

NAVARRO

ESCRITORES
DE LA
HISTORIA
AUGUSTA

9

203425

3

~~125184~~

9

203425

ESCRITORES
DE LA
HISTORIA AUGUSTA.

BIBLIOTECA CLASICA
CXXIX

ESCRITORES

DE LA

HISTORIA AUGUSTA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL LATÍN

POR

D FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

—
TOMO I
—

MADRID

LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 11

—
1889

—
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESOES DE RIVADENEYRA»,
Pasco de San Vicente, 20.
—

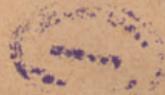
HISTORIA AUGUSTA.

NOTICIA PRELIMINAR.

La decadencia absoluta de la Historia comienza después de la muerte de los Antoninos, no habiendo llegado hasta nosotros ninguna obra de los que escribieron los acontecimientos desde la muerte de Marco Aurelio hasta el advenimiento de Diocleciano, aunque este siglo no careció de escritores que transmitieran sus trabajos á la posteridad, siendo la fuente en que bebieron los historiadores de los tiempos siguientes; pero como el buen gusto y la sana razón aminoraban de día en día, los imitadores que les sucedieran quedaron muy por debajo de sus modelos, resultando su mérito muy escaso.

Hasta nosotros han llegado las obras de seis historiadores de esta clase, conocidos con el nombre de *Escritores de la Historia Augusta*. No poseemos completas las biografías que escribieron, y existen dudas acerca de los autores de algunas Vidas, porque no concuerdan los títulos de los manuscritos, y cuando concuerdan se ignora la fe que merecen, no pudiendo aplicarse, para desvanecer las dudas en estos casos, los medios que tiene la crítica para resolverlas. Mas por escaso que sea el mérito de estas biografías, no carecen de importancia para los estudios históricos, porque contienen muchas anécdotas que no se encuentran en otra parte.

R. 1303080



Elévanse estas biografías al número de treinta y cuatro, desde el advenimiento de Adriano hasta la muerte de Caro y de sus hijos, comprendiendo, por consiguiente, un período de ciento sesenta y cinco á ciento sesenta y ocho años, pudiendo servir de continuación á la historia de Suetonio, si no faltasen las vidas de Nerva y de Trajano y no existiese una laguna desde los tres Gordianos, Máximo y Balbino hasta Valeriano. Pero estas deficiencias pueden salvarse acudiendo á los autores griegos, que escribieron mejor que los latinos esta parte de la historia romana. De Dióñ Casio, compendiado por Xifilino, pueden tomarse las vidas de Nerva y Trajano, y de Zósimo y Zonaro la historia de los emperadores comprendidos entre Balbino y Valeriano.

Además, terminando la Historia Augusta en Caro y sus hijos en el año 284 después de J. C., y avanzando Eutropio hasta Joviano en el 364 después de J. C., puede completarse la historia hasta este Emperador, resultando general, detallada y completa.

Siguiendo el orden cronológico, anteponemos las vidas de Nerva y Trajano á la de Adriano, en la que empiezan realmente los trabajos que nos quedan de los escritores de la Historia Augusta.

VIDA DE NERVA,

POR XIFILINO.

Inmediatamente después del asesinato de Domiciano, fué proclamado emperador Nerva. Tanto odio y execración sublevaba la memoria de su antecesor, que derribaron considerable número de estatuas de oro y plata, con las que se le honró durante su vida y con las que reunieron considerable cantidad de dinero. Demolieron también los arcos triunfales que le habian elevado, absolviendo Nerva á cuantos habian sido acusados de impiedad, y llamando á los desterrados. Condenó á muerte á los esclavos y libertos que habian puesto asechanzas á la vida de sus amos y patronos, y prohibió á todos los de esta condición que intentasen acción ninguna contra sus señores. No permitió que se acusase á nadie por haber observado las ceremonias de la religión judaica ó haber descuidado el culto de los dioses. Habian sido desterradas muchísimas personas por consecuencia de acusaciones calumniosas, contándose entre ellas un filósofo llamado Seras; y como la licencia de las denuncias alteraba profundamente la tranquilidad pública, el cónsul Frontón dijo sabiamente que si era un mal tener un emperador que nada permitía á nadie, era mal mucho mayor tener otro que todo lo permitía. Esto fué lo que impulsó á Nerva á imponer silencio á los denunciadores.

Tan debilitado se encontraba Nerva por la edad y enfermedades, que apenas podía retener algunos alimentos

su estómago; prohibió que se le erigiese ninguna estatua de oro ni de plata; devolvió todas las cantidades que se encontraban en el Tesoro público á aquellos á quienes las había arrebatado injustamente Domiciano; designó terrenos, apreciados en 500.000 dracmas, para la subsistencia de los ciudadanos necesitados, y nombró senadores para la adquisición y reparto de estos terrenos.

Careciendo de dinero, vendió muchos muebles, trajes y vasos de oro y plata, tanto suyos como del palacio; enajenó también casas y tierras, y se deshizo de todo lo que no le era necesario. En estas ventas, lejos de exigir el justo valor, con avaricia indigna de su rango, las realizó á precios tan bajos, que las adquisiciones parecían gracia á los compradores. Suprimió sacrificios, juegos y espectáculos, para evitar grandes gastos; juró en pleno Senado que no haría morir á ningún senador, y cumplió su juramento hasta con aquellos que atentaron á su vida.

Nunca hizo nada sin la cooperación del Senado; publicó muchas leyes, y entre ellas una prohibiendo se hiciese eunuco á ningún hombre, y otra prohibiendo el matrimonio entre tío y sobrina. No experimentó animosidad contra Rufo Virginio, ni opuso dificultades á tenerle por colega en el Consulado, á pesar de que le habían llamado muchas veces emperador. Sobre la tumba de Virginio se había puesto una inscripción diciendo que habiendo vencido á Vindex, aseguró la posesión del poder soberano, no á su persona, sino á su patria. Gobernaba Nerva con tanta equidad, que un día dijo que de tal manera había obrado, que nada tendría que temer cuando volviese á la condición privada. Calpurnio Craso, vástago de ilustre familia, habiendo tramado una conjuración contra Nerva, este hizo que sus cómplices se sentasen á su lado en los espectáculos públicos antes de que se enterasen del descubrimiento de la conspiración, y les puso en las manos puñales para que viesen si estaban bien afilados; obrando así para demostrarles que no temía que le asesinasen en el acto. Elieno Casperio, capitán de sus guardias, que había ejercido el

mismo cargo bajo Domiciano, sublevó los soldados contra él, excitándoles á que pidiesen la muerte de algunos; pero Nerva rechazó la petición con tal energía, que les presentó la garganta para que le degollasen. Pero la resistencia no sirvió de nada, y Elio dió muerte á cuantos quiso. Cuando vió Nerva que hasta aquel punto se despreciaba su vejez, subió al Capitolio y dijo en alta voz: «Para el bien del Imperio, del pueblo y para el mío propio, adopto á Marco Ulpio Nerva Trajano.» Hecho esto, le declaró César en el Senado; y como entonces mandaba en Germania, le escribió de su propio puño en estos términos: «Emplea tus armas en vengar mis injurias.»

Ocurrió por esta razón que, á pesar de tener parientes Nerva, Trajano fué declarado César, y después Emperador. Prefirió Nerva los intereses del Estado al cariño de sus parientes; y creyendo que era necesario juzgar á los hombres por el mérito de su virtud, antes que por el lugar de su nacimiento, eligió á Trajano, que era español de origen, para elevarlo al trono, en que no se había sentado ninguno que no fuese de Roma ó de Italia. Poco después murió Nerva, habiendo reinado un año, cuatro meses y nueve días, y vivido sesenta y cinco años, diez meses y diez días.

VIDA DE TRAJANO,

POR XIFILINO.

Antes de llegar Trajano al imperio, tuvo un sueño en el que vió á un anciano vestido con manto de púrpura y corona, es decir, una figura semejante á aquella con que se acostumbra á representar al Senado, y aquel anciano le imprimió su sello en el lado izquierdo del cuello y después en el derecho. En cuanto tuvo en sus manos la autoridad soberana, escribió de su propio puño al Senado que jamás haría morir á ningún inocente ni le tacharía de infamia; promesa que confirmó después con juramentos. En cuanto á Elieno y los soldados de los guardias que se habían insurreccionado bajo el reinado de Nerva, mandó llamarles como si tratase de servirse de ellos, y en cuanto llegaron, les condenó á muerte. Apenas entró en Roma, dictó hermosas disposiciones para la reforma de los abusos, para la administración del Estado y en favor de las personas honradas, de las que cuidaba tan especialmente, que suministró fondos á las ciudades de Italia para la educación de la juventud. La primera vez que su esposa Plotina entró en el palacio, se detuvo en la escalinata, y, volviéndose al pueblo, dijo: «Deseo salir de aquí con la misma disposición que entro.» Y de tal manera se condujo durante todo su reinado, que jamás pudo murmurarse de sus acciones.

No hacía mucho tiempo que se encontraba en Roma Trajano, cuando recordando la insolencia con que los

Dacios empuñaron las armas, y considerando de una parte que el tributo que impusieron á los Romanos era insoportable, y de otra que su orgullo aumentaba diariamente á medida que crecía su poder, decidió hacerles la guerra. En cuanto Decebalo tuvo noticia de su marcha, le sobrecogió el temor, convencido de que en el paraje en que en otro tiempo venció, no á los Romanos, sino á Decio, tendría que combatir con los Romanos mandados por un emperador como Trajano, tan notable por la grandeza de su valor, como por su celo, por la justicia y pureza de costumbres. Trajano tomó posesión de la autoridad soberana á la edad de cuarenta y dos años, cuando se encontraba en pleno vigor de cuerpo y de espíritu y tan alejado de los arrebatos juveniles como de la languidez de los ancianos. Jamás persiguió por envidia ni arruinó á nadie, sino que, al contrario, honró constantemente á los hombres de bien y los elevó todo lo posible. Como no odiaba á nadie estaba convencido de que ninguno le odiaba, viviendo, por tanto, libre de desconfianza y temor. No prestaba oídos á la maledicencia ni se dejaba dominar por la cólera, y tan lejos estaba de apoderarse de los bienes de sus súbditos como de arrebatarles la vida. Hizo grandes gastos en tiempos de paz y en guerra; pero los hizo muy útiles para el público, reparando caminos, fortificando puertos y embelleciendo la ciudad con hermosos edificios; pero jamás empleó en estas obras la sangre de ninguno. En todas sus empresas desplegaba magnanimidad y magnificencia tan extraordinarias, que habiendo reconstruido el arruinado Circo, haciéndole más grande y hermoso que antes, mandó poner una inscripción diciendo que le había reedificado de aquella manera para que pudiese contener á todo el pueblo romano.

Prefería que sus súbditos le amasen á que le honrasen; hablaba familiarmente con el pueblo y trataba con mucha afabilidad á los senadores; en una palabra, todos le querían, y solamente le temían los enemigos del Imperio. Concurría á las cacerías y festines de los ciudadanos; tomaba parte en sus diversiones, como también en sus

negocios graves, y bromeaba algunas veces con ellos sentando tres á su mesa, presentándose también con bastante frecuencia y sin guardias en casa de los particulares. No era sabio, jamás había estudiado bien, pero no dejaba de juzgar con acierto de las obras de otro y de obrar siempre con tanta seguridad como los que acuden al socorro de los libros. En fin, sus cualidades eran excelentes. Bien sé que era aficionado al vino y á los jóvenes, y que merecería censuras por estos vicios, si le hubiesen impulsado á hacer ó consentir algo contrario á la honradez ó á la justicia; pero de tal manera soportaba el vino, que, hasta cuando bebía con exceso, parecía que no traspasaba los límites que impone la sobriedad. Y en cuanto á la pasión que tenía por los jóvenes, no perjudicaba á nadie. A pesar de que experimentaba inclinación por las armas, de tal manera contenía el ardimiento de su valor, que á la vez que abatía á sus enemigos, adquiría amigos nuevos. Guiaba las tropas con tan maravillosa habilidad, que jamás tuvo que luchar ni con conatos de sedición, y no es posible dudar que tan extraordinarias cualidades no le hiciesen formidable á Decebalo.

Cuando marchaba contra los Dacios, encontrándose ya bastante cerca de su campamento, le trajeron un hongo muy grande, en el que estaba escrito en latín que los Burros y demás aliados le rogaban que se retirase y ajustase la paz. No por esto dejó de dar la batalla, en la que destruyó considerable número de enemigos, teniendo al mismo tiempo el disgusto de ver heridos á muchos de los suyos. Dicese que, habiendo faltado vendajes, mandó romper sus ropas para hacerlos. Erigió un altar en honor de los que habían sucumbido en la batalla, y dispuso que todos los años se les tributasen honores fúnebres. En seguida subió de colina en colina, y después de correr varios peligros, llegó á la ciudad principal de los Dacios, quienes, atacándoles al mismo tiempo por otro lado Lusio, perdieron mucha gente. Esta pérdida obligó á Decebalo á enviar á Trajano los

principales del país, cubiertos con gorros para pedirle la paz. Trajano les mandó entregar las armas, las máquias y los obreros que habían trabajado para construir las; que pusiesen en su poder los desertores de su ejército, demoler las fortificaciones que habían levantado, devolver el territorio que habían tomado y considerar como amigos ó enemigos á los que lo fuesen de los Romanos. Llevado Decebalo á Trajano, aceptó estas condiciones á pesar suyo y se prosternó para adorarle. De regreso en Roma Trajano, presentaron en el Senado á los legados de Decebalo, donde rindieron las armas, juntaron las manos á la manera de los prisioneros, pronunciaron pocas palabras para dar seguridades de su sumisión, ajustaron la paz y recobraron sus armas.

Trajano gozó, después de esto, de los honores del triunfo que había merecido y recibió el epíteto de Dácico. Restableció en el teatro á los gladiadores y bailarines, entre los que había uno llamado Pilades, por el que experimentaba profunda pasión. Aunque sus aficiones le inclinaban mucho á la guerra, no por esto descuidaba los otros negocios, no dejando de enterarse de los pleitos de los particulares, y de administrar justicia, unas veces en la plaza Augusta, otras en el pórtico de Livia y en algunos otros parajes. Dijéronle que Decebalo faltaba á muchos artículos del tratado de paz, que hacía acopios de armas, que recibía los desertores del ejército romano, que fortificaba sus plazas, que solicitaba á sus vecinos para que se aliasen con él, que talaba los territorios de los que se negaban á coadyuvar á sus intentos, y que se había apoderado de algunos terrenos de los Yazyges, á quienes después no quiso devolverlos Trajano cuando se los pidieron. Estas violaciones obligaron al Senado á declarar por segunda vez enemigo del pueblo romano, y al Emperador á hacerle la guerra por sí mismo, en vez de encargarla á sus generales. Como Decebalo no tenía fuerzas iguales á las de Trajano, recurrió á las astucias; y poco faltó para que le hiciese perecer por medio de la traición de algunos desertores que envió á Mesia para

asesinarle, si bien no se atrevieron á llevar á cabo su designio porque, habiendo sido preso por sospechas uno de ellos, lo sujetaron á tormento y descubrió cuanto sabía. Decebalo empleó también la estratagema de atraer á su campamento á Longino, uno de los jefes del ejército romano, hombre muy hábil en achaques de guerra, so pretexto de conferenciar con él. Pero en vez de someterse á sus órdenes, mandó prenderle, y le estrechó públicamente para que le revelase los designios del Emperador. No habiendo podido obtener nada, mandó encerrarle sin cadenas y escribió á Trajano ofreciéndole que se lo entregaría y pidiéndole la paz. Trajano le contestó de tal manera, que si no mostraba desprecio por Longino, tampoco manifestaba estimación particular hacia él, indicando claramente que, si no deseaba perderle, tampoco estaba dispuesto á comprar á precio elevado su devolución. Mientras Decebalo, á quien no había dado resultado su estratagema, meditaba otras, Longino, que tenía veneno, lo tomó y murió.

Trajano hizo construir entonces un puente de piedra sobre el Danubio. Aunque había emprendido considerable número de obras magníficas, ninguna igualó á ésta, ni debe hacer admirar tanto la grandeza de su ánimo. Sostenían el puente veinte pilas de piedras cuadradas, de cincuenta pies de altura, no comprendiendo los cimientos, que tenían sesenta pies de anchos, distantes entre sí cien pies y unidos por arcos. Aunque puede asombrar la enormidad del gasto necesario para terminar aquella maravillosa empresa, mucho más debe admirar la destreza de los obreros que trabajaron en medio de un río tan lleno de fango y de sumideros, teniendo en cuenta que no pudieron variar su curso. El paraje en que se construyó el puente era el más cómodo y más estrecho, porque en otros puntos el cauce es dos ó tres veces más ancho. Estrechadas allí las aguas, su corriente era mucho más rápida, dificultando más y más la construcción del puente, por lo que aparece más en relieve la grandeza de la empresa y el ánimo del Em-

perador que tuvo la gloria de terminarla. Sin embargo, es de todo punto inútil, puesto que no se pasa por encima y parece que las pilas solamente se han elevado como monumentos para acreditar que nada hay que no pueda vencer la industria humana. Trajano mandó construirlo por temor de que cuando estuviese helado el Danubio, los Romanos que se encontrasen al otro lado se vieran expuestos á la violencia de sus enemigos y privados de todo socorro. Pero más adelante Adriano mandó derribar la parte superior, temiendo que los Bárbaros arrollasen á sus defensores y penetrasen en la Mesia.

Habiendo terminado el puente Trajano, cruzó el Danubio é hizo la guerra con más prudencia y habilidad que ardimiento y ligereza. Pero al fin redujo á los Dacios á su obediencia, mediante hazañas de extraordinario valor, secundadas por sus soldados. Entre los que corrieron mayores peligros y se distinguieron por sus méritos, hubo un caballero que, herido en un combate, fué retirado para curarle; pero habiendo reconocido que su herida era mortal, tuvo bastantes fuerzas y bastante valor para volver contra los enemigos y realizar gloriosas hazañas antes de morir. Cuando vió Decebalo que su país y su palacio estaban ya en poder de los vencedores, y que corría peligro de caer vivo en sus manos, se dió la muerte, siendo llevada después su cabeza á Roma. Habiendo reducido Trajano de esta manera la Dacia á su obediencia, fundó ciudades en ella. Los tesoros del Príncipe vencido, que consistían en oro, plata, pedrería y muebles preciosos, fueron delatados por uno de sus amigos más íntimos, llamado Bicilis, prisionero de guerra, y los encontraron en las cuevas construidas á lo largo del palacio, bajo el lecho del río Sargecia, cuya corriente desviaron los esclavos para este efecto. También se encontraron riquísimos trajes en cavernas abiertas por los mismos esclavos, que Decebalo tuvo la crueldad de hacer matar en seguida, por temor de que revelasen el secreto.

Palma, gobernador de Siria, redujo al mismo tiempo

á la obediencia de los Romanos la parte de la Arabia que lleva el nombre de Petraca, su ciudad capital. En cuanto Trajano regresó á Roma, recibió en audiencia á los embajadores de muchas naciones, y entre ellos á los de los Indios. Después de esto dió, durante ciento veintitrés días, espectáculos en los que á veces se mataron mil animales, y algunas hasta diez mil, y en los que diez mil gladiadores combatieron entre sí. Al mismo tiempo construyó caminos, calzadas, puertos y alojamientos en las Lagunas del Ponto y retiró toda la moneda que carecía de inscripción. Tributo honores fúnebres á Licinio Sura y le erigió una estatua. Este Sura había adquirido inmensas riquezas y había construido á sus expensas un edificio para los ejercicios públicos. Trajano había adquirido tanta confianza en su amistad, que, á pesar de que algunos envidiosos se habían esforzado en hacérsela sospechosa, fue á cenar á su casa sin ser invitado; despidió á sus guardias y llamó al médico de Sura para que le reconociese los ojos.

En seguida hizo que su barbero le afeitase, según la antigua costumbre de los particulares y emperadores de llevar la barba afeitada, habiendo sido Adriano el primero que dejó crecer la suya. Hecho esto, se bañó y cenó, y al día siguiente dijo á aquellos amigos que continuaban tratando de prevenirle contra Sura: «Si hubiese proyectado asesinarle, lo habría realizado anoche.» Efecto de extraordinaria curiosidad en este Emperador fué querer experimentar de tal manera la fidelidad de un amigo acusado de traición, y de atreverse á confiarle su persona para asegurarse de su amistad. Un día en que daba posesión de su cargo al capitán de sus guardias, y que, según costumbre, le entregaba la espada, al presentársele desnuda, le dijo: «Recibe esta espada que emplearás en mi favor si gobierno conforme á justicia, y contra mí si gobierno de otro modo.» Erigió estatuas en honor de Sosio, de Palma y de Celso, á quienes profesaba especial estimación y afecto. Entabló ante el Senado el proceso de algunos que habían conspirado con-

tra él, entre ellos Crasso, y obtuvo su condenación. Mandó construir bibliotecas y elevó en la plaza que lleva su nombre una gran columna, tanto para que le sirviese de tumba, como para que fuese en lo venidero monumento de su magnificencia; y en efecto, no pudo terminarse aquella obra sin enormes gastos, porque hubo que demoler una montaña tan alta como la columna y allanar la plaza pública. Después de esto empuñó las armas contra los Armenios y los Parthos, so pretexto de que el rey de Armenia, en vez de recibir la corona de su mano, la había recibido del rey de los Parthos; pero en realidad no le impulsaba otro motivo que la ambición. En cuanto penetró en el territorio enemigo, salieron á recibirle muchos sátrapas y príncipes, llevándole regalos, entre los que le presentaron un caballo enseñado á saludar, arrodillándose y bajando la cabeza hasta los pies del que saludaba.

Apoderándose Trajano del país sin pelear, avanzó hasta Satala y Elegia, ciudades de Armenia; tributó grandes honores al rey de los Heniocos; se vengó de Parthamasiro, rey de Armenia; contó entre sus amigos á los príncipes que se sometieron á su obediencia, y se apoderó de los otros sin combate. El Senado le otorgó grandes honores y el título de Óptimo. Marchaba siempre á pie al frente de sus tropas, guiándolas y ordenándolas de diferentes maneras. Cruzaba los ríos del mismo modo que los soldados; á veces hacía circular entre ellos falsos rumores, para acostumbrarles á obedecer rápidamente sus órdenes y á no temer nada en los encuentros inesperados. Cuando se apoderó de las ciudades de Nisiba y Batna, recibió el título de Párthico; pero este epíteto, que solamente celebraba su valor militar, le era mucho menos caño que el de Óptimo, que demostraba la dulzura de su carácter y la pureza de sus costumbres.

Durante su permanencia en Antioquía ocurrió un terremoto que causó daños en muchas ciudades, y en ésta mayores que en las demás. Entre las gentes de guerra y los particulares que de todas partes habían

acudido allí, llevados por sus asuntos, negocios ó curiosidad, no hubo ninguno que no experimentase pérdidas; de manera que parecía encerrado en aquella ciudad todo el imperio romano para experimentar los funestos efectos de aquella deplorable desgracia. Precedieron al terremoto relámpagos y truenos; pero nadie sospechó que les siguiese. Al principio se oyó como un mugido ó estremecimiento; en seguida se levantó el suelo y se quebrantaron los edificios. Sobrevino horrible estrépito por el choque de las vigas, de las piedras, ladrillos y tejas que saltaban de sus sitios, y el aire se llenó de tan denso polvo que no era posible ver. Muchas personas fueron levantadas en alto y arrojadas fuera de las casas, resultando algunos heridos y muertos. Tan extraordinaria fué la violencia del terremoto, que cayeron árboles arrancados de raíz. El número de los que quedaron aplastados bajo las ruinas de las casas es incalculable. Algunos sucumbieron por la caída de otros, y los hubo que quedaron sepultados bajo tierra. Otros quedaron en deplorable posición, cogidos entre confuso montón de ruinas, donde no podían vivir ni morir. Entre el extraordinario número, muchos escaparon, pero muchos también quedaron heridos en los muslos, en los hombros ó en la cabeza. Algunos arrojaron la sangre que tenían, entre ellos el cónsul Pedon, que murió. En una palabra, no hubo género de desgracia que no ocurriese en aquella violenta calamidad, y, como duró muchos días y muchas noches, no se sabía qué remedio aplicar. Unos quedaron aplastados bajo las ruinas, y otros, que se encontraban en parajes huecos, como bajo maderos ó bóvedas, murieron de hambre. Cuando terminó el terremoto, hubo un hombre que tuvo valor para subir á las ruinas, donde encontró una mujer con un niño, al que había alimentado con su leche, habiéndose ella misma sustentado de igual manera. Buscáronse en seguida los muertos, entre los que solamente se encontró un niño que respiraba todavía, adherido al pecho de su madre, que acababa de expirar. Tan violento era el dolor de los que

sacaban los muertos de entre las ruinas, que no experimentaban satisfacción ninguna por haber conservado la propia vida. Trajano se salvó por una ventana, guiándole un hombre de mayor estatura que la ordinaria. Tan grande fué el terror que experimentó, que permaneció en el Circo durante muchos días después de cesar el terremoto. El monte Coraso quedó tan quebrantado, que su cima se rebajó amenazando caer sobre la ciudad. También se rebajaron otras montañas. Aparecieron manantiales en sitios donde jamás los había habido y desaparecieron otros de parajes donde siempre los hubo. Al comenzar la primavera entró Trajano en territorio enemigo, y como la comarca que se extiende en las inmediaciones del Tigris no produce maderas á propósito para la construcción de naves, hizo llevar en carros la que había construido en los bosques inmediatos á Nisiba; cosa bastante fácil porque se desarmaban. Cuando llegó al río hizo un puente de barcas enfrente del monte Cardino, sin que el enemigo pudiese impedirlo, porque era tal la multitud de barcas y soldados, que al mismo tiempo se veían naves equipándose y otras equipadas y llenas de soldados cubriendo la superficie del río. Asombrados los bárbaros ante el inesperado espectáculo de tantas barcas y naves en un país que no da madera á propósito para construir las, volvieron la espalda y dejaron libre á los Romanos el paso del río. En cuanto tocaron éstos la orilla opuesta se apoderaron de Adiabena, que forma parte de la Asiria y que en otro tiempo dependió de Nino. También se le rindieron los de Arbela y Gangamela, que es el punto donde Alejandro venció á Darío. Estas son dos ciudades de la misma comarca que los habitantes llaman por corrupción Altyria, cambiando la S en T. Como los Romanos no encontraban enemigos en condiciones de resistir, y como las fuerzas de los Parthos estaban extraordinariamente disminuidas por efecto de sus divisiones, avanzaron hasta Babilonia, donde el Emperador contempló el lago de betún que sirvió para la construcción de las murallas de

aquella soberbia ciudad. Tan grande es la fuerza de este betún cuando se mezcla con ladrillos y piedrecillas, que los hace más duros que el mármol y el hierro. También examinó el Emperador la desembocadura del lago, de donde brota tan peligroso vapor, que quedan asfixiados en el acto los animales y pájaros que lo respiran. Si este vapor se elevase á mayor altura ó se extendiese á más distancia, haría absolutamente inhabitable el país; pero se condensa y encierra en sí mismo. He visto uno semejante en Jarapolo, ciudad del Asia, y he hecho el experimento en pájaros y me he inclinado para ver de qué manera descendiendo en una caverna sobre la que han construido un teatro. Aquel vapor es mortal á todos los animales, exceptuando á los eunucos, diferencia de la que confieso no he comprendido la causa; pero me limito á escribir lo que he visto y oído decir.

Trajano había decidido hacer bajar el Eufrates al Tigris por medio de un canal, con objeto de que pudiesen llegar naves al sitio donde quería hacer un puente. Pero abandonó el proyecto cuando reconoció que el Eufrates estaba más alto que el Tigris, y que habría peligro de que se secase si daba tanta pendiente á sus aguas. Así fué que hizo llevar sus naves por el estrecho espacio de tierra que separa estos dos ríos, pasó el Tigris y entró en la ciudad de Ctesifonte. La toma de esta ciudad fué causa de que le proclamasen de nuevo emperador y le denominasen Párthico. Otros honores recibió además del Senado, y entre ellos el del triunfo, acompañado de fiestas y regocijos públicos que habían de durar todo el tiempo que quisiese.

Cuando, como ya he dicho, redujo este príncipe á su obediencia la ciudad de Ctesifonte, emprendió la obra de atravesar el mar Rojo, que es un golfo del Océano, y que se le ha llamado así del nombre de un rey que mandaba en otro tiempo en las comarcas inmediatas. Después de esto, sometió sin mucho trabajo una isla del Tigris, llamada Messena, en la que reinaba Atambilo; pero el rigor del invierno, la rapidez del Tigris y el reflujó del

mar le ofrecieron graves peligros en medio de sus victorias. Con facilidad y respeto le recibieron los habitantes de una plaza llamada fortaleza de Spasin, que pertenecía al estado de Atambilo. En seguida avanzó hasta las orillas del Océano, examinándolas con mucha atención; y habiendo visto allí una nave equipada para marchar á las Indias, dijo que de no encontrarse en edad tan avanzada, habría emprendido aquel viaje. Enteróse minuciosamente de los asuntos de aquella nación, y manifestó que Alejandro había sido muy afortunado por haber llevado hasta allí sus armas. Añadió, sin embargo, que había llevado él las suyas más lejos, y así lo escribió al Senado, á pesar de que sus conquistas eran inútiles, puesto que no podía conservarlas. El Senado le concedió por esto grandes honores, y entre ellos el de triunfar del número de naciones que quisiese, no pudiendo determinarlas especialmente el Senado porque no las conocía. Entre las obras que construyó para eternizar el recuerdo de sus victorias, elevó un arco de triunfo en la plaza que lleva su nombre. Los ciudadanos se preparaban para salir hasta muy lejos á recibirle; pero jamás volvió á entrar en Roma, ni pudo terminar sus empresas por un acontecimiento tan desagradable como afortunado fué el principio. Cuando visitaba el Asia, y encontrándose todavía en alta mar, recibió noticia de la sublevación de los pueblos que había sometido y de la matanza de las guarniciones que había dejado en aquellos países. Viajaba por mera curiosidad y para ver si eran verdaderos los rumores que corrían acerca de aquellos parajes. Pero no encontró nada que correspondiese á lo que esperaba, no existiendo más que fábulas y ruinas. Habiale atraído también la fama de Alejandro, al que tributó honores fúnebres en el mismo punto donde murió. En cuanto recibió la noticia de la sublevación, envió á Lusio y Máximo contra los rebeldes. Este último fué vencido y muerto; el otro se portó como varón animoso, recobró á Nisiba, forzó á Edesa y lo llevó todo á sangre y fuego. Los legados Erucio Claro y Julio Alejandro tomaron á

Seleucia y la quemaron. Trajano decidió dar un rey á los Parthos, temiendo se les ocurriese sublevarse como los otros; y en cuanto llegó á Ctesifonte, reunió á los Parthos y á los Romanos en campo raso, subió á una altura, refirió sus expediciones militares y declaró á Porthamaspató rey, ciñéndole la corona. Hecho esto, penetró en la Arabia y llevó sus armas contra los Atrenianos, que habían sacudido también el yugo de la obediencia. La ciudad que habitaban no era importante por su extensión ni por sus riquezas, y la comarca inmediata está casi desierta porque hay poca agua, y ésta bastante mala. Además, escasean mucho las leñas y víveres, por cuya razón no puede subsistir allí mucho tiempo un ejército. Añádase á esto que el calor es tan excesivo, que puede bastar para contener las incursiones de los extraños. Así fué que Alejandro no pudo tomarla entonces, como no pudo Severo después, aunque derribaron parte de sus murallas. Trajano dispuso que la atacasen primeramente turmas de caballería, que regresaron al campamento después de experimentar pérdidas bastante notables. En seguida marchó él mismo, después de despojarse de sus vestiduras imperiales por temor de que le reconociesen; pero no dejó de serlo por la blancura de sus cabellos y majestad del rostro, por lo cual los Bárbaros le asestaron multitud de golpes, matando á un caballero que se encontraba á su lado. Al mismo tiempo zumbó el trueno en las nubes y se presentó el arco iris. Cuando los Romanos quisieron dar el asalto, detuvieron los relámpagos, torbellinos, granizo y rayos: cuando quisieron comer les molestaron extraordinariamente las moscas que caían en sus platos y copas. Apenas retiraron á Trajano de delante de la plaza, cayó enfermo.

Entretanto los Judíos que habitaban en Cirenaica, habiendo elegido un jefe llamado Andrés, derrotaron á los Romanos y á los Griegos, comieron carne y entrañas suyas, se frotaron con su sangre y se cubrieron con sus pieles. Serraron á muchos de alto abajo, arrojaron á otros á las fieras y obligaron á algunos á que peleasen

como gladiadores, de tal manera, que hicieron perecer hasta doscientos veinte mil. A iguales excesos se entregaron en Egipto y Chipre, bajo el mando de Artemion, y se apoderaron de otros doscientos cuarenta mil hombres. Por esta razón está prohibido á los Judíos poner el pié en Chipre, y si el viento arroja allí á alguno de ellos, en seguida sufre pena de muerte. Los generales de Trajano, especialmente Lusio, subyugaron esta nación. El Emperador se preparaba para llevar sus armas por segunda vez contra la Mesopotamia, cuando se agravó su enfermedad, obligándole á regresar á Italia y á dejar en la Siria á Elio Adriano al mando del ejército. Todos los trabajos que los Romanos habian experimentado y todos los peligros que habían corrido para conquistar la Armenia y la Mesopotamia, quedaron inútiles por la inconstancia y cambio de los Parthos, que, habiendo concebido aversión por su rey Parthamaspató, se negaron á obedecerle y se gobernaron por sí mismos. Trajano creyó que estaba envenenado; otros atribuyeron su enfermedad á falta de sangre, de la que anualmente acostumbraba á descargarse: lo cierto es que le acometió una apoplejía, que quedó paralizada una parte de su cuerpo, y se hizo hidrópico. En cuanto llegó á Selinonta, ciudad de Cilicia, que nosotros llamamos Trajanópolis, murió repentinamente, después de haber reinado diez y nueve años y seis meses y medio.

HISTORIA AUGUSTA ⁽¹⁾.

EL EMPERADOR ADRIANO,

POR ELIO SPARCIANO.

Á DOMICIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Origen de Adriano.—Sus antepasados.—Sus enlaces.—Su nacimiento.—Sus tutores.—Su afición á la literatura griega.—Supasión por la caza.—Nómbrenle decenviro y después tribuno.—Sirve en la Mesía baja.—Pasa á la Germania superior y es el primero que lleva á Trajano la noticia de la muerte de Nerva.—Su actividad.—Cae en desgracia de Trajano.—Consulta las suertes virgilianas.—Se reconcilia con Trajano y casa con la sobrina de este Príncipe, por mediación de Plotina.—Su cuestura.—Sus estudios de la lengua latina.—Acompaña á Trajano en sus expediciones contra los Dacios.—Su aparente afición al vino.—Su tribunado.—Recompensas que recibe del Emperador.—Su pretura.—Marcha como legado á la Panonia inferior.—Es nombrado cónsul.—Concibe esperanzas de que le adopte el emperador Trajano.—Por influencia de Plotina, nómbrenle legado en la guerra contra los Parthos.—Confírmase la esperanza de su adopción.—Su segundo consulado.—Muerte de Trajano.—Diferentes opiniones acerca de las in-

(1) *Historia Augusta* es el nombre que estos escritores mismos daban á la historia de los emperadores.

tenciones de este Príncipe, relativamente á su sucesor.—Una intriga da el imperio á Adriano.—Abandona una parte de las conquistas romanas.—Su clemencia.—Hace trasladar á Roma las cenizas de Trajano.—Pide para Trajano los honores divinos.—Triunfo póstumo de este Emperador.—Adriano hace la paz con los Roxolanos.—Libértase de una conspiración.—Contra su voluntad, son condenados á muerte los conjurados.—Sus generosidades con el pueblo.—Perdona á los deudores del fisco.—Sus generosidades particulares.—Su moderación.—Su deferencia con los senadores, y especialmente con Serviano.—Atribuye á mandatos de Trajano aquellos actos suyos que no merecen aprobación.—Reemplaza á Taciano y Similis.—Su viaje á Campania.—Sus relaciones en Roma.—Su deferencia á su suegra.—Su viaje á la Galia y á la Germania.—Restablece la disciplina militar y da ejemplo de actividad, temperancia, sencillez, etc.—Su vigilancia.—Eleva una gran muralla en Bretaña.—Destituye á Claro y á Suetonio.—Su curiosidad.—Turbulencias en Egipto con ocasión del bucy Apis.—Adriano eleva una basilica á Plotina.—Su conducta diestra y prudente en España.—Peligro que corre cerca de Tarragona.—Señala límites á los Bárbaros.—Hácese iniciar en los misterios de Eleusis.—Su conducta en Grecia.—Sube á la cumbre del Etna.—Rapidez de sus viajes.—Sus indicaciones á los reyes de Oriente.—Su odio á los habitantes de Antioquia.—Guerra de los Judíos.—Construye una tumba á Pompeyo.—Pierde á Antinoo, que es deificado.—Carácter y cualidades de Adriano.—Trata como enemigos á todos sus amigos.—Su vanidad.—Sus luchas con los sabios.—Sus escritos.—Sus preferencias literarias.—Sus conocimientos en astrología.—Su trato con todos los profesores, y su conducta con algunos de ellos.—Como Emperador, abjura sus enemistades privadas.—Sus regalos á sus amigos.—Su liberalidad con un veterano.—Compra la paz de la mayor parte de los reyes.—Sus reglamentos.—Sus funciones en diferentes ciudades.—Sus fiestas.—Sus espectáculos.—Sus construcciones.—Su atafabilidad.—Da su nombre á muchas ciudades.—Su memoria y sus facultades.—Sus precauciones contra sus libertos.—Males que distinguieron su reinado.—Su carácter pacífico.—Sus amistosas relaciones con todos los reyes.—Sus reglamentos concernientes al traje romano, juegos, carruajes y baños.—Su celo por la justicia.—Su enfermedad.—Sus sospechas y crueldad.—Adopta á Vero, que muere á poco.—Adopta en seguida á Ario Antonino.—En vano trata muchas veces de darse la muerte.—Atribuyénle algunos prodigios.—Marcha á Bayas y muere allí.—Sus últimos versos.—Su retrato.—Sus gustos.—Los presagios de su muerte.—Antonino, su sucesor, hace que se le concedan los honores divinos.

La antigua familia del emperador Adriano, originaria del Picentino, pasó después á España; sus antepasados, nacidos en Adria, pasaron en tiempo de los Escipiones á Itálica (1), como él mismo refiere en la historia de su vida. Su padre, Elio Adriano, denominado Adriano, era, por parte de madre, primo hermano del emperador Trajano. Su madre, Domicia Paulina, era natural de Cádiz. Su hermana Paulina casó con Serviano (2), y él tomó por esposa á Sabina. Su abuelo Marulino fué el primero de aquella familia que obtuvo el cargo de senador. Adriano nació en Roma (3) el IX de las Kalendaras de Febrero (24 de Enero), bajo el séptimo consulado de Vespasiano y el quinto de Tito (826 de Roma y 76 de J. C.) Habiendo perdido á su padre á la edad de diez años, fueron sus tutores su primo hermano Ulpio Trajano, que habia sido pretor y ascendió después al imperio, y Cecilio Taciano, caballero romano. Educósele cuidadosamente en los estudios griegos, á los que tenia tan decidida afición, que algunos le llamaban el niño griego.

A los quince años regresó á su patria y en seguida in-

(1) Créese que esta ciudad es hoy Sevilla la Vieja, sobre el Guadalquivir, y poco distante de Sevilla. Fundóla Escipión el Africano, que, al salir de España, de la que habia arrojado á los Cartagineses, dejó en un paraje inmediato al Betis los soldados que por su edad y heridas no podian servir. La nueva ciudad aumentó, se hizo floreciente y adquirió los derechos de municipio y colonia romana.

(2) Este Julio Serviano, que fué cónsul por tercera vez con Vibio Vero el año xvii del reinado de Adriano, y cuyo trágico fin refiere Sparciano, es el mismo que Xifilino llama Severiano, y de quien habla en estos términos: «Trajano apreciaba de un modo tan particular el mérito de Severiano, que le habia considerado digno de poseer el mando supremo. Estando un día á la mesa con sus amigos, les manifestó deseo de que le nombrasen diez hombres capaces de gobernar el Imperio. Después, habiendo guardado por algún tiempo silencio, lo rompió para decirles que no buscasen más que nueve, porque tenia uno, que era Severiano.»

(3) Eutropio dice que Adriano nació en Itálica.

gresó en la milicia; pero su afición á la caza le mereció algunas reconvenciones y que le llamase Trajano, que cuidó de él como de propio hijo, y le hizo recibir poco después en el número de los decenviros encargados de juzgar los pleitos (1). En seguida le crearon tribuno de la segunda legión, *adjutrix* (2), y á fines del reinado de Domiciano fué enviado á la Mesia inferior, donde, según se dice, un astrólogo le confirmó, acerca de su futuro advenimiento al imperio, la predicción de su bisabuelo paterno Elio Adriano, muy versado en la ciencia de las cosas celestes. Cuando Nerva adoptó á Trajano, enviado Adriano para llevar al anciano Emperador las felicitaciones del ejército, fué trasladado á la Germania superior, de donde partió casi en seguida para ser el primero en anunciar á Trajano la muerte de Nerva. Su cuñado Cervino, que había prevenido á Trajano en contra suya, enterándole de sus gastos y deudas, procuró detenerle mucho tiempo en el camino, é imaginó para retrasar su marcha, hacer romper su carruaje. Adriano recorrió el resto del camino á pie (3), y hasta se adelantó al mensajero que había enviado Cervino. Por algún tiempo gozó del favor de Trajano, pero los maestros de los pajes de este Príncipe, que tenían mucho ascendiente sobre él, consiguieron, por instigación de Galo, excitarle en contra suya. Inquieto entonces Adriano acerca de las disposiciones del Emperador relativamente á él, consultó las suertes virgilianas (4) y

(1) Había muchas clases de decenviros; unos presidían el repartimiento de tierras; otros las ceremonias del culto ó la custodia de los libros sibilinos; estos la confección de las leyes; aquellos, en fin, las decisiones de los procesos.

(2) Esta legión tenía sus cuarteles en Alisca, en la Panonia inferior, hoy Almar, en Hungría, sobre el Danubio. La segunda legión, *adjutrix*, la levantó Vespasiano; la primera la había formado Galba.

(3) Mucho se ha admirado la diligencia de Adriano en esta ocasión. Sparciano dice de él que caminaba á pie, y completamente armado, veinte millas.

(4) Los escritores de estos últimos tiempos, al hablar de las

recibió esta contestación: «¿Quién es ese anciano que se presenta á lo lejos con la corona de olivo y los objetos sagrados del culto? Le reconozco por su cabellera y blanca barba; es un rey, es el primero que fundará sobre leyes la naciente grandeza de Roma; de su pueblecillo de Cures y del humilde campo de su padre, le llamarán al gobierno de poderoso imperio.» Pretenden otros que los libros sibilinos le revelaron su destino: pero lo cierto es que concibió la esperanza de llegar á ser emperador, por una contestación que recibió en el templo de Júpiter Vencedor, que menciona en sus libros el filósofo platónico Apolonio Livio. En fin, la mediación de Sura (1) le reconcilió con Trajano, que á ruegos de su esposa Plotina, porque Trajano no se encontraba bien dispuesto, según dice Mario Máximo (2), consintió en que casara con su sobrina, hija de su hermana.

Adriano ejerció la cuestura bajo el cuarto consulado de Trajano y el primero de Arunculeyo. Habiendo excitado la hilaridad de los senadores el acento con que leyó en el Senado un discurso del Emperador, estudió con tanto afán la lengua latina, que concluyó por adquirir tanta sabiduría como elocuencia. Después de su cuestura quedó encargado de la redacción de las actas del Senado, y hecho familiar de Trajano le acompañó á la guerra contra los Dacios, durante la cual, según él mismo confiesa, por halagar los gustos del Príncipe, se entregó al

suertes virgilianas, homéricas, etc., refieren que se escribía en tiras de papel, *in pittaciis*, ciertos versos escogidos de Virgilio, de Homero, etc., que se ponían los papeles en una urna y se arrojaban en seguida de la misma manera que los dados; de aquí la frase *sors eiecidit*.

(1) Trátase de Licino Sura, conocido por la amistad que le profesaba Trajano.

(2) Este historiador, que fué prefecto de Roma en tiempo de Macrino, compuso una historia de los emperadores, desde Trajano hasta Alejandro Severo. Los escritores de la Historia Augusta citan con frecuencia esta obra que no ha llegado á nosotros.

vino (1), complacencia que le valió ricos presentes. Nombráronle tribuno del pueblo bajo el segundo consulado de Cándido y de Quadrato, y dice que durante esta magistratura tuvo el presagio de perpetuo tribunado (2), porque perdió el manto que llevaban los tribunos en tiempo de lluvia, y del que los emperadores no se servían jamás (3), por lo que todavía hoy se distinguen de los que acuden á saludarles por la mañana. Trajano le llevó consigo en su segunda expedición contra los Dacios, poniéndole al frente de la primera legión Minervina (4). En aquella guerra se distinguió Adriano realizando muchas acciones brillantes, por las que le recompensó el Emperador regalándole el diamante que él mismo había recibido de Nerva, regalo que le hizo esperar su sucesión. Bajo el segundo consulado de Sura y Serviano fué nombrado pretor, y recibió de Trajano cuarenta mil monedas de oro para dar juegos. Enviado en seguida á la Panonia inferior, como legado del Emperador, rechazó á los Sármatas, mantuvo en el ejército la disciplina militar, y reprimió las pretensiones y audacia de los administradores imperiales. Esta conducta le mereció el consulado. Entonces supo por Sura que Trajano pensaba adoptarle, y desde aquel momento los amigos del Emperador cesaron de menospreciarle y mostrarle desvío. La muerte de Sura aumentó su influencia con el Emperador, á quien á su vez se hizo necesario, principalmente por ser quien le componía los discursos.

También empleó para sus adelantos el favor de Plotina, por cuya mediación consiguió le nombrasen legado

(1) Dión Cassio y otros muchos atestiguan la afición de Trajano al vino.

(2) Este era presagio de imperio, porque la autoridad tribunicia se daba siempre á los emperadores.

(3) Dión Cassio dice terminantemente que Tiberio se presentaba en público con este traje.

(4) Domiciano formó esta legión, que tenía sus cuarteles en la Germania inferior.

en la guerra contra los Parthos. Por este tiempo cultivaba Adriano la amistad de los senadores Sosio Pappo y Pletorio Népote, y la de los caballeros, Taciano, que había sido tutor suyo, y Liviano Turbón. La esperanza que había concebido de que le adoptase Trajano, se confirmó más que nunca con la desgracia de Palma y de Celso, que siempre fueron enemigos suyos, y á quienes persiguió á su vez cuando se hicieron sospechosos de aspirar al trono. Su segundo consulado, que obtuvo por la protección de Plotina, acabó de hacerle considerar como segura su adopción. Muchas razones hacen sospechar que aprovechó su acceso á la corte para ganar á los libertos de Trajano, y de granjearse con indignas complacencias el favor de sus pajes. El quinto día de los idus de Agosto recibió en Siria, donde se encontraba como legado, sus letras de adopción, y quiso que aquel día se consagrara perpetuamente á celebrar el aniversario de aquel favor. El tercer día de los idus del mismo mes (1), que por su orden fué festejado en adelante como aniversario de su advenimiento al trono, le llevaron la noticia de la muerte del Emperador. Es opinión muy general que Trajano tuvo formal intención, aprobada por casi todos sus amigos, de designar como sucesor, no á Adriano, sino á Neracio Prisco (2), y que un día dijo á éste: «Si me ocurre alguna desgracia, te recomiendo las provincias.» Muchos escritores dicen también que, á ejemplo de Alejandro de Macedonia, Trajano quería morir sin designar sucesor; otros, que se proponía dirigir al Senado un discurso, rogando á esta asamblea que nombrase, después de él, jefe para la república romana, y que eligiese al más digno contra aquellos cuyos nombres citaría. En fin, los hay que pretenden que la adopción de Adriano fué obra del partido de Plotina, la que, inmediatamente después de la muerte de

(1) 20 de Agosto del año de Roma 870, 117 de J. C.

(2) Jurisconsulto célebre.

Trajano, le substituyó un impostor que habló con voz agonizante simulando al príncipe.

Llegado al imperio, siguiendo la costumbre antigua, se dedicó inmediatamente á mantener la paz en todo el orbe de la tierra. Además de la sublevación de naciones que subyugó Trajano, los Moros no cesaban en sus hostilidades, los Sármatas hacían francamente la guerra, la Bretaña había sacudido el yugo romano, el Egipto se agitaba con sediciones, y la Siria y la Palestina se encontraban en plena revolución. Por estas razones abandonó Adriano todo lo que poseía Roma al otro lado del Eufrates, diciendo que imitaba á Catón, que concedió la libertad á los Macedonios porque no podía conservarlos bajo la dominación romana. Viendo que Psamatossiris, á quien Trajano hizo rey de los Parthos, no tenía mucha autoridad sobre ellos, lo dió por rey á los pueblos inmediatos. Adriano mostró al principio tanta clemencia, que habiéndole escrito Taciano en los primeros días de su reinado para que mandase matar á Bebio Mácer, prefecto de Roma, si se negaba á reconocerlo, y á Laberio Máximo, desterrado entonces como sospechoso de aspirar al trono, así como también á Frugi Crasso, no tomó disposición alguna rigurosa contra ellos. Pero más adelante, habiendo abandonado Crasso la isla donde estaba relegado, el prefecto de la provincia, por orden propia, le hizo matar como conspirador contra la tranquilidad del Imperio. Adriano duplicó la gratificación que se acostumbraba dar á los soldados al comenzar un reinado; desarmó á Lusio Quieto, que se había hecho sospechoso, y le quitó el mando de las gentes moras; encargó á Marcio Turbón, que acababa de vencer á los Judíos, que aplacase las turbulencias de la Mauritania, y en seguida dejó á Antioquía, saliendo al encuentro de los restos de Trajano, que traían Taciano, Plotina y Mattidia. Después de recibir las de éstos, y habiéndolas colocado en la nave que debía llevarlos á Roma, volvió á Antioquía, confió el gobierno de la Siria á Catidio Severo, y regresó á Roma por la Iliria.

Por medio de cartas muy apremiantes pidió al Senado los honores divinos para Trajano, con lo cual se adelantaba á todos los deseos: los senadores decretaron espontáneamente en favor de aquel príncipe muchos honores que Adriano no había pedido. En aquellas cartas se excusó por no haber esperado su opinión para encargarse del Imperio, en atención á que los soldados le saludaron inmediatamente como emperador, y pensando que la república no podía estar sin jefe. Rehusó por voluntad propia el triunfo que el Senado le había concedido, y que se debía á Trajano; pero hizo llevar en un carro triunfal la imagen de aquel grande Emperador, no queriendo que ni la muerte le arrebataste el honor del triunfo. Ofreciósele desde los comienzos de su reinado, y también más adelante, el título de Padre de la patria; pero aplazó admitirle, porque Augusto no creyó merecerle hasta la vejez. Entregó á la Italia el dinero coronario (1) y lo rebajó en las provincias, atendiendo á la fiel y apremiante exposición que le hicieron de los apuros del Tesoro. Enterado en seguida de las incursiones de los Sármatas y Roxolanos, hizo que se adelantasen sus ejércitos, y marchó á la Mesia. Dió provisionalmente á Marcio Turbón, después de su prefectura en la Mauritania, la de la Pannonia y la Dacia, con las insignias de esta nueva dignidad. El Rey de los Roxolanos se quejaba de que hubiesen disminuido su pensión; Adriano se enteró del hecho y ajustó la paz con él.

Escapó de las asechanzas de una conspiración que debía estallar durante un sacrificio, y que Nigrino, destinado por Adriano para que le sucediera, había tramado con Lusio y otros descontentos. Palma fué condenado á

(1) Al principio, cuando un procónsul conseguía una victoria, no solamente las ciudades de su gobierno, sino los estados vecinos, le enviaban coronas de oro, que hacía llevar delante de él el día de su triunfo. Más adelante, las ciudades provinciales, en vez de decretar coronas, enviaron su valor efectivo, llamándole *aurum coronarium*: algunas veces se cobraba el regalo como un impuesto.

muerte en Terracina, Celso en Bayas, Nigrino en Favencia, y Lusio mientras se encontraba en camino (1), todos por orden del Senado y contra la voluntad de Adriano, como él mismo dice en sus memorias. Queriendo destruir cuanto antes la mala opinión que habían formado de él porque había hecho morir á la vez cuatro varones consulares, se apresuró á regresar á Roma, después de haber encargado á Turbón la Dacia, con el título de prefecto de Egipto, con objeto de robustecer su autoridad; y para destruir las malas impresiones, mandó distribuir ante su vista doble congiario al pueblo, que durante su ausencia había recibido ya tres monedas de oro por cabeza. Cuando justificó ante el Senado todo lo que había ocurrido, juró no castigar jamás á ningún senador sino por sentencia del mismo Senado. Desde el principio de su reinado estableció postas públicas (*cursum fiscales*), para evitar á los magistrados los gastos de viajes. No omitiendo nada de lo que podía atraerle el cariño de los pueblos, perdonó á los particulares en Roma y en Italia todo lo que debían al fisco (2). A las pro-

(1) Aunque el reinado de Adriano fué moderado, no dejó de desacreditarlo con la muerte de algunos hombres honrados, arrebatados al principio y al fin de su mando. Poco faltó para que estos actos crueles impidiesen que se le colocase en el rango de los héroes. Al principio de su reinado mandó matar á Palma, Celso, Nigrino y Lusio, so pretexto de que le habían tendido un lazo en una cacería. Mandó matar á otros bajo diferentes pretextos, como el poder y riquezas que habían adquirido. Cuando se enteró de lo que se deploraba su muerte, quiso justificarse negando que la hubiese ordenado. Al final de su reinado hizo matar á Severiano y Fusco.

(2) En cuanto Adriano entró en Roma perdonó á los particulares todo lo que en diez y seis años debían al tesoro especial del Emperador y al tesoro público del pueblo romano. Dió gratuitamente al pueblo juegos y espectáculos el día de su proclamación, y de una sola vez hizo matar, para diversión pública, cien leones y cien leonas. Arrojó separadamente á los hombres y á las mujeres, en el teatro y en el circo, bolitas que contenían billetes con diferentes regalos. Dispuso también que en adelante se bañasen los hombres y las mujeres en baños separados. En el mismo año, un filósofo llamado Eufrates se dió voluntariamente

vincias las dejó tranquilas en cuanto á las considerables cantidades que continuaban debiendo, y para dar completas seguridades á los deudores, mandó quemar en el foro de Trajano todos los documentos que acreditaban las deudas. Prohibió que ingresasen en su tesoro particular los bienes de los condenados, disponiendo que los aprovechase el Erario público. En las distribuciones de trigo aumentó la parte que Trajano asignó para los jóvenes y las jóvenes. Algunos senadores habían perdido, sin culpa propia, parte de su caudal; Adriano les trató como á hijos suyos, les completó el censo de la dignidad senatorial, y la mayor parte de ellos experimentaron mientras vivió los efectos de su liberalidad. Sus larguezas abrieron el camino de los honores, no solamente á sus amigos, sino que también á ciudadanos de condición muy humilde. Algunas mujeres recibieron de él medios para subsistir dignamente; durante seis días consecutivos dió el espectáculo de un combate de gladiadores y para celebrar el aniversario de su nacimiento, presentó en la arena mil fieras.

Hizo participar de la autoridad consular á los senadores más distinguidos. De todos los juegos del circo que le ofrecieron, solamente aceptó los destinados á celebrar el día de su nacimiento, y más de una vez declaró en presencia del público y de los senadores «que gobernaría la república de manera que demostrase que la consideraba bien del pueblo y no suyo propio». Concedió el tercer consulado á muchos ciudadanos, porque él mismo había sido cónsul tres veces. A otros muchos llamó al honor de segundo consulado. Solamente desempeñó cuatro meses su tercer consulado, durante los cuales con mucha frecuencia administró justicia. Cuando se encontraba en Roma ó cerca de ella, asistía siempre á las reuniones ordinarias del Senado. Escaseando los nombramientos de senadores, realzó la dignidad de aquella

la muerte tomando cicuta, con permiso de Adriano, para librarse de las molestias de las enfermedades y de la vejez.

asamblea; así fué que, habiendo revestido á Taciano con los ornamentos consulares, después de su prefectura del pretorio, en seguida le nombró senador, para demostrar que no tenía título más honroso que darle. No permitió á los caballeros romanos que juzgasen sin él ni con él las causas de los senadores, porque se acostumbraba entonces, en cuanto á los asuntos que el príncipe traía á su consejo, llamase á los senadores y caballeros y diese sentencia en conformidad con su opinión; en fin, mostró mucha indignación contra los emperadores que habían tenido pocas consideraciones al Senado. Su cuñado Serviano, al que mostraba tanta deferencia que siempre salía de su habitación para recibirle cuando se presentaba á visitarle, fué elevado, sin solicitarlo ni pedirlo, por tercera vez al consulado, que, sin embargo, no compartió con Adriano, porque no quiso el príncipe que Serviano, que había sido cónsul dos veces antes que él, emitiese su opinión después que él en el Senado. Mientras hacía estas cosas, Adriano abandonó muchas provincias adquiridas por Trajano, y contra todos los deseos destruyó el teatro que aquel emperador había construido en el Campo de Marte. Su conducta en este punto fué tanto más triste, cuanto que, al hacer lo que sabía era desagradable al pueblo, fingía obrar según la expresa voluntad de Trajano (1). No pudiendo soportar el poder de Taciano, su prefecto, y en otro tiempo su tutor, decidió su muerte; pero cambió de opinión á causa de la indignación que promovieron contra él los suplicios de cuatro varones consulares, á pesar de que los atribuía á los consejos del mismo Taciano. Como no le era posible darle sucesor, porque éste no lo pedía, consiguió decirle á pedirlo, y en cuanto ocurrió esto trasladó su autoridad á Turbón (2). También reemplazó á Similis,

(1) De la misma manera se sirvieron Antonio y Octavio del nombre de Julio César después de su muerte, y Tiberio del de Augusto, para hacer cuanto querían.

(2) Así habla Xifilino de estos dos hombres: «Existieron en

el otro prefecto, con Septicio Claro. Después de alejar á estos dos varones, á quienes debía el imperio, marchó á la Campania, donde auxilió á todas las ciudades con sus beneficios y generosidades y donde buscó la amistad de todos los hombres de valimiento. En Roma mantenía con los pretores y los cónsules asiduo comercio de favores; asistía á los festines de sus amigos; visitaba dos ó tres veces al día á los enfermos, á algunos caballeros y á determinados libertos; confortábales con sus consuelos, les ayudaba con sus consejos y á todos les admitía á sus festines, permaneciendo siempre para ellos como simple particular. También prodigó extraordinarios honores á su suegro, dándole espectáculos de gladiadores y otras demostraciones públicas de respeto.

Después de esto marchó á las Galias, donde todos los necesitados recibieron pruebas de su liberalidad. Desde allí pasó á la Germania, y á pesar de que prefería la paz

aquel tiempo eminentes varones, entre los que sobresalieron Turbón y Similis, quienes, por su valor, se elevaron á las altas dignidades. Turbón conocía perfectamente el arte de la guerra, ejercía el cargo de prefecto del pretorio, y, á pesar de su elevación, vivía con la modestia de un particular, sin ostentar el lujo y orgullo de los grandes. Tan asiduo era en la corte, que pasaba en ella todo el día, y frecuentemente acudía también á media noche, cuando los demás comenzaban á entregarse al descanso. Nunca permanecía Turbón en su casa, ni siquiera cuando estaba enfermo, y habiéndole aconsejado un día Adriano que descansase algo, le contestó que un prefecto del pretorio debía morir de pie. Similis excedía en edad y dignidad á Turbón y Frontón, y no les era menor en virtud. Su grandeza puede apreciarse en una circunstancia pequeña que referiré. Habiéndole llamado un día Trajano para conversar con él antes de hablar con los prefectos, aunque entonces no era más que centurión, le contestó: «Las conveniencias no permiten, señor, hablar con un centurión mientras los prefectos se encuetran fuera y de pie.» A pesar suyo ejerció después el cargo de prefecto del pretorio, que dimitió, y habiendo conseguido con dificultad licencia para retirarse al campo, pasó en él siete años, y al morir mandó se escribiese en la tumba, que había estado considerable número de años sobre la tierra pero que solamente había vivido siete.»

á la guerra, ejercitó á los soldados como si la guerra fuese inminente. Enseñóles á soportar la fatiga; él mismo vivió como soldado en medio de los manipulares (1), comió delante de ellos, y como ellos se alimentaron con tocino, queso y agua mezclada con vinagre (*posca*), imitando á Escipión Emiliano, Metelo y Trajano, autor de su fortuna. Concedió recompensas á muchos de ellos y distinciones á otros para animarles á hacer lo que les exigía penoso. Después de Octavio César, él fué quien contribuyó más á la conservación de la disciplina, debilitada por la negligencia de los emperadores precedentes. Introdujo mayor orden en los empleos y en los gastos. No se permitió á nadie alejarse del ejército sin causa justa, porque la justicia y no el favor de los soldados

(1) El Emperador, dice Xifilino, visitó muchas provincias y ciudades, cambiando en algunas de ellas las fortalezas y murallas. Se enteró de todo lo que se refería al ejército, de las armas, de las máquinas, fosos y parapetos. Examinó la conducta de jefes y soldados, su manera de hacer la guardia y sus costumbres particulares. Reformó los abusos, derribó los edificios que amenazaban ruina y construyó otros. Acostumbró á los hombres de guerra á los ejercicios, honró á los que se distinguían, reprendió á otros, y á todos enseñó su deber. Nadie se atrevía á excusarse cuando veía el rigor de la disciplina que se imponía á sí mismo. Viajaba á pie ó á caballo, y nunca montaba en carro. Jamás se cubría la cabeza, ni por calor ni por frío, llevándola siempre descubierta, tanto entre las nieves de las Galias como bajo el sol del Egipto. En fin, para decirlo todo en pocas palabras, durante su reinado, con sus preceptos y ejemplo estableció tan rigurosa disciplina en el ejército, que todavía se mantiene como una especie de ley. Durante la paz, vivía casi constantemente entre los extranjeros, á los que separaba de esta manera, bien por su presencia, bien por el aspecto de su comitiva, ó sea por la equidad con que les trataba, ó sea por regalos, del deseo de formar nuevas empresas. Después de establecer la disciplina entre los soldados; de la manera que acabo de decir, y que les hubo acostumbrado á constantes ejercicios, la caballería pasó el Danubio, y de tal manera aterró á los bárbaros, que, reuniéndose, tomaron á Adriano por árbitro de sus disensiones. Durante este viaje construyó teatros en muchas ciudades y dió en ellas combates, aunque no con la pompa y magnificencia que se admiraban en Roma.

presidia á la elección de tribunos, siendo su ejemplo aguijón poderoso para todos los que le veían marchar armado por espacio de veiate mil pasos; había destruido en los campamentos las salas de festines (*triclinia*), los pórticos, las grutas artificiales y los jardines de recreo: ordinariamente vestía con suma sencillez, sin bordados de oro en el cinturón, sin piedras preciosas en los broches del manto, llevando una espada pesada cuyo puño á lo sumo era de marfil. Visitaba en los hospitales á los soldados enfermos; por sí mismo señalaba el emplazamiento de los campamentos, y no concedía el bastón de sarmiento (1) sino á los soldados robustos y con buena fama; no creaba tribunos más que á los hombres formados ó de edad á propósito para sostener con su experiencia y cordura el honor del tribunado. No consentía que ningún tribuno recibiese nada de los soldados, y apartó de ellos todo lo que podía parecer molice, realizando cambios en sus armas y equipo de guerra. También se había constituido juez de la edad militar para impedir que, con desprecio de las costumbres antiguas, hubiese en los campamentos algún soldado demasiado joven para el servicio ó demasiado viejo, cosas contrarias á los sentimientos humanitarios, procurando á la vez conocerles y saber exactamente su número.

Ejercía además activa vigilancia sobre los almacenes militares y hacía que se le diese exacta cuenta de los impuestos de las provincias para hacerlas completar las cantidades que podían quedar debiendo. Evitaba cuidadosamente adquirir ó conservar nada inútil, y después de haber ajustado las tropas á su ejemplo, pasó á la

(1) El bastón de sarmiento era uno de los atributos del centurión, y lo usaba para castigar á los soldados que faltaban á su deber. «El sarmiento de viña, dice Plinio el Viejo, es distinción militar, señal de mando y autoridad. En manos del centurión anima á los soldados con la esperanza de igual grado y les hace ocupar el puesto que les alejaba de las enseñas; también sirve para castigar al soldado que falta, pero como castigo cívico, de manera que es como pena honrosa.»

Bretaña, donde corrigió considerable número de abusos, siendo el primero que construyó una muralla de ochenta mil pasos de longitud, destinada á separar á los Romanos de los bárbaros. Aunque frecuentemente se quejaba del carácter acre y difícil trato de Sabina, su esposa, á la que, según decía, habría repudiado de ser simple particular, dió sucesores á Septicio Claro, prefecto del pretorio, á Suetonio Tranquilo, su secretario, y á otros muchos, que, sin permiso suyo, se habían conducido con ella con más familiaridad de lo que consentía el palacio real. No se ocupaba solamente de sus asuntos domésticos, sino también de los de sus amigos, cuyos actos más secretos descubría por los comisarios de víveres (*frumentari*) (1), ignorando todos que el Emperador los conocía hasta el momento en que éste se los revelaba. Citaré un hecho que demuestra la curiosidad del Emperador por estos detalles. Una mujer había escrito á su marido una carta en la que le afeaba su afición á los placeres y á los baños, que le impedía volver á su lado. Enteróse Adriano por los frumentarios, y cuando aquel hombre pidió una licencia, le dirigió iguales censuras que su esposa y en los mismos términos. Al oírlo, dijo: « ¡Pero mi esposa te ha escrito lo mismo que á mí? » Mucho se ha censurado á Adriano esta curiosidad, y muy especialmente su pasión por los jóvenes y sus adulterios con las casadas; acusándosele también de haber hecho traición hasta á sus amigos más íntimos.

Cuando lo hubo arreglado todo en Bretaña, pasó á la Galia, donde recibió la noticia de los disturbios que acababan de estallar en Antioquía, con ocasión del buey Apis, que al fin habían encontrado después de muchos

(1) Siempre había cierto número de estos agentes unidos á cada legión. Sus funciones consistían en recorrer las provincias y hacer contratas para el aprovisionamiento, cuyo transporte y empleo vigilaban. También los utilizaban como espías, á causa de las facilidades que les daba para este trabajo su título de empleados en los víveres.

años (1), y cuya custodia se disputaban todas las ciudades de Egipto con tal encarnizamiento, que había degenerado en sedición. Por este tiempo hizo construir Adriano en Nemausum (Nimes) una admirable basilica á Plotina (2). En seguida marchó á España y pasó el invierno en Tarragona, donde reparó á sus expensas el templo de Augusto. Allí convocó en asamblea general á los legados de todas las ciudades de España, obrando con tanta destreza como prudencia con los habitantes de aquel país, de los que unos, originarios de Italia, procuraban con fútiles excusas, según dice Mario Máximo, sustraerse al alistamiento; negándose violentamente otros á él. Por esta época corrió peligro gravísimo, que vino á ser para él motivo de acción gloriosa: paseando en un prado cerca de Tarragona, un esclavo de su huésped le acometió furiosamente espada en mano. Adriano le detuvo, le entregó á los ministros que le acompañaban, y, convencido de que aquel desgraciado estaba loco, encargó á los médicos que le curasen, sin mostrar desagrado á nadie. En muchos puntos donde no había ríos, sino sencillamente postes que servían de límites á los bárbaros, construyó, para separar los territorios, una manera de muralla formada con grandes estacas clavadas en el suelo hasta cierta profundidad y fuertemente ligadas unas con otras. Dió rey á los Germanos; reprimió los movimientos de los Moros y mereció del Senado solemnes acciones de gracias. Estando á punto de estallar la guerra con los Parthos, bastó á Adriano una conferencia para reprimirla.

Después de estas cosas se dirigió por mar hacia el Asia y las islas hasta la Acaya, y, á imitación de Hér-

(1) Este buey debía tener en la frente una mancha blanca en forma de media luna; sobre el dorso la figura de un águila y en la lengua la imagen de un escarabajo.

(2) Tributo honores extraordinarios á la memoria de Plotina, que le amó apasionadamente y elevó al trono. Vistió de color obscuro durante nueve días, le elevó un templo y compuso himnos en alabanza suya.

cules y Filipo, se hizo iniciar en los misterios de Eleusis. Concedió muchos privilegios á los Atenienses, honrándose con la presidencia de sus juegos. Durante su permanencia en la Acaya, observóse que, á pesar de la opulencia que autorizaba á muchos para llevar cuchillo en las ceremonias religiosas, ninguno de los que acompañaban á Adriano se presentó armado. En seguida pasó á Sicilia, donde subió á la cumbre del Etna (1) para ver la salida del sol, que, según dicen, aparece con los colores del arco iris. Desde allí regresó á Roma, pasó después al Africa y colmó de beneficios á las provincias. Tal vez ningún príncipe recorrió tantos países ni con tanta rapidez. Regresando del Africa á Roma, partió en seguida para el Oriente, pasando por Atenas, donde dedicó los monumentos que había comenzado, tales como un templo á Júpiter Olímpico (2) y un altar que se elevó á sí mismo. En su viaje al Asia, consagró también muchos templos bajo su propio nombre. Tomó esclavos de los Capadocios, destinándolos al servicio de los campamentos. Ofreció su amistad á los príncipes y reyes de aquellas comarcas: ofrecióla también á Cosdroes, rey de

(1) Desde lo alto del Etna se abraza de una mirada, al salir el sol, toda la Sicilia, las costas de la Calabria, el Mediterráneo y el mar Jónico.

(2) Dice Xifilino que Adriano hizo construir en Atenas un templo en honor de Júpiter Olímpico, colocando en él su propia estatua y un dragón que habían traído de las Indias. Allí celebró la fiesta de Baco, en calidad de magistrado de la ciudad, vestido con magnificencia, á la manera de su nación. Permitió á los Griegos que le elevasen un templo, que recibió el nombre de Panelimión, en cuyo honor estableció juegos y le señaló rentas anuales, granos y dinero. Además, gratificó á los Atenienses de Cefalonia. Hizo muchas leyes, entre ellas una que prohibía á los senadores tomar los arrendamientos públicos, bien á su nombre, bien á nombre de otro. Cuando regresó á Roma, el pueblo le pidió á gritos en un día de espectáculo que diese libertad á un auriga; pero rechazó la petición, y contestó en estos términos: «La urbanidad y la conveniencia no os permiten me pidáis libertad á un esclavo ajeno, ni obligue á su dueño á manumitirlo.»

los Parthos, devolviéndole su hija que había caído en poder de Trajano, prometiéndole entregarle el trono de oro que le habían cogido. Habiendo salido á su encuentro algunos reyes, les trató de manera que inspirase pesar á los que no habían dado aquel paso, especialmente á Pharasmano, que despreció orgullosamente su invitación. Al visitar las provincias impuso tan severas penas á los intendentes y gobernadores en castigo de sus faltas, que se creyó que él mismo les había suscitado acusadores.

Tanta indignación le dominó contra los habitantes de Antioquía, que quiso separar la Siria de la Fenicia para que Antioquía no se llamase metrópoli de tantas ciudades. Por aquel tiempo se sublevaron los Judíos en contra de los Romanos, porque les impedían la circuncisión. Habiendo subido una noche Adriano al monte Cassio para ver la salida del sol, sobrevino una tempestad, y en el momento en que sacrificaba cayó un rayo sobre la víctima y el victimario. Después de recorrer la Arabia, se detuvo en Pelusio, donde hizo construir á Pompeyo una tumba magnífica (1). Navegando por el Nilo, perdió á su querido Antinoo, al que lloró como una mujer (2).

(1) Adriano atravesó la Judea para pasar á Egipto, donde tributó honores fúnebres á Pompeyo, aplicándole un verso cuyo sentido es, que tenía templos y no tenía tumba; reparando la que en otro tiempo le construyeron. Dice Pausanias, que Adriano elevó una columna sobre la tumba de Epaminondas, haciendo grabar una inscripción que compuso en honor de aquel héroe.

(2) Xifilino dice, que habiendo reparado una ciudad de Egipto, le dió el nombre de Antinoo, que era natural de Bitinión, ciudad de Bitinia, llamada por otros Clodiopolis. Este Antinoo había servido para sus placeres y había muerto en Egipto, por haber caído en el Nilo, según dijo Adriano, ó más bien siendo sacrificado; porque Adriano, que se dedicaba á toda clase de curiosidades, y que buscaba los secretos del arte mágico, necesitado para descubrirlos de una persona que se entregase voluntariamente á la muerte, honró á Antinoo por gratitud, por haberse sujetado á esta necesidad, ó solamente por el recuerdo de los vergonzosos placeres que había gozado con él. Uno de estos dos motivos le llevó á construir una ciudad, á darla su nombre y á elevar sus insignias, ó mejor dicho, sus ídolos, en

Háblase de diferente manera de este Antinoo: creen unos que se sacrificó por Adriano; otros que solamente su belleza fué causa de la insensata pasión del Emperador. Obedeciendo los Griegos las órdenes de Adriano, le colocaron en el rango de los dioses, asegurando que pronunciaba oráculos que, según dicen, componía el mismo Emperador. En efecto, aquel príncipe tenía mucha afición á la poesía y bellas letras, poseyendo además grandes conocimientos en aritmética, geometría y pintura (1). También era muy perito en las artes de la danza y el canto. Entregábase demasiado á su inclinación á la voluptuosidad. Hizo para sus pajes considerable número de versos, conservándose también de él poemas eróticos. Era muy diestro en el manejo de las armas y muy entendido en las cosas de la guerra. También se entregó á los ejercicios de los gladiadores: severo y alegre, decidor y grave, púdico y disoluto, avaro y generoso, disimulado, clemente y cruel siempre, y en todo fué vario.

Enriqueció á sus amigos, hasta á aquellos que nada le pedían, y jamás rechazó sus peticiones. Sin embargo, acogía con demasiada facilidad las acusaciones que le hacían contra ellos, y se le vió tratar como á enemigos, de la misma manera que á Taciano, Nepote y Septicio Claro, á casi todos los que habían sido sus amigos más íntimos ó que había elevado á las dignidades más altas. Así fué que redujo á la miseria á Eudemón, que había

todas las partes del universo. Fué además tan supersticioso, que aseguró haber visto en el cielo á Antinoo bajo la forma de un astro nuevo; y le encantaba que sus cortesanos le dijese que el alma de Antinoo había pasado á ser una estrella nueva que los astrónomos habían observado pocos días antes. La vanidad y extravagancia de estas supersticiones le exponían con razón á las burlas de toda el mundo.

(1) El insaciable deseo de gloria que le dominaba le inspiró curiosidad hasta por las cosas más pequeñas. Aprendió la escultura y la pintura, y se dedicó á todos los ejercicios convenientes para la guerra ó la paz, no ignorando nada de lo que un particular ó un emperador debía saber.

gozado de toda su confianza; obligó á Polyeno y á Marcelo á que se matasen; desacreditó á Heliodoro con escritos infamantes; permitió que fuese acusado y proscrito Taciano, como culpable de aspirar al trono; persiguió con encarnizamiento á Numilio Quadrato, Catilio Severo y Turbon. Temiendo que le sobreviviese su cuñado Servieno, que tenía noventa años de edad, le obligó á morir. También persiguió á libertos y soldados. Escribió con mucha facilidad en prosa y verso, y poseía muchos conocimientos en todas las artes, pero se creía más hábil que todos los que le enseñaban, no haciendo otra cosa que burlarse de ellos, humillarles y perseguirles. Frecuentemente también entró en competencia con profesores y filósofos, dando por resultado estas luchas por una y otra parte tratados y poemas. Un día recogió una frase de Favorino (1), que cedió en el acto á su crítica; y como sus amigos le censuraban haber cedido fácilmente al Emperador, cuando podía apoyarse en las mejores autoridades, excitó en todos la hilaridad con esta respuesta: «Amigos míos, no me persuadiréis de que el que manda 30 legiones no sea el más sabio de todos.»

Tan ávido de fama era Adriano, que dió á algunos libertos suyos, que eran literatos, la historia de su vida, escrita por él mismo, para que la publicasen bajo sus nombres, y dicese que lo que se conserva de Flegon es de este príncipe. Imitando á Antimaco, escribió también libros muy oscuros titulados *Catacrianos*. Habiéndole escrito el poeta Floro estos versos: «No quiero ser César para recorrer los campos de la Bretaña y soportar los hielos de la Seytia», le contestó: «No quiero ser Floro para recorrer las tabernas, habitar en tugurios y sufrir las picaduras de los mosquitos.» Gustaba de la manera antigua de hablar y declamó controversias. Prefería Ca-

(1) Este Favorino, filósofo y orador, era natural de Arles. Según Filostrato, extrañaba tres cosas: que siendo galo hablase bien el griego; que siendo eunuco le hubiesen acusado de adulterio, y que odiándole el Emperador le dejara vivir.

tón á Cicerón, Ennio á Virgilio, Celio á Salustio, y con igual jactancia juzgaba á Homero y Platón. Tales conocimientos tenía en astronomía, que en la noche de las kalendas de Enero escribía todo lo que había de acontecerle en el transcurso del año; de manera que había escrito para el año mismo de su muerte todo cuanto había de hacer hasta la hora de expirar. Aunque se complacía en criticar á los músicos, autores trágicos y cómicos, retóricos, gramáticos y oradores, no dejó de enriquecer y honrar á los que se dedicaban á la enseñanza, aunque abrumándoles con arduas preguntas. Despidió á considerable número de pretendientes sin haberles satisfecho, lo cual no le impedía repetir «que nunca veía sin tristeza un rostro descontento.» Vivió en íntima familiaridad con los filósofos Epicteto y Heliodoro, y por no nombrarlos especialmente, con gramáticos, retóricos, músicos, géometras, pintores y astrólogos; pero, según se dice, Favorino fué su amigo más íntimo. A los maestros que no parecían bastante hábiles para la enseñanza, les hizo renunciar á su profesión, después de tratarles honrosamente y enriquecerlos.

A los que tuvo como enemigos en su vida privada, los olvidó como Emperador, y el día en que fué elegido dijo á uno de los que más daño le habían hecho: «Has escapado.» A los que llamaba él mismo á la milicia, les daba caballos, mulos, ropas, dinero, en una palabra, todo el equipo necesario. En las saturnales y sigilarias frecuentemente enviaba regalos á sus amigos, sin que éstos los esperasen; también los recibía con agrado y los ofrecía á su vez. Para descubrir los fraudes de sus proveedores se hacía llevar los días en que daba banquetes los platos de otras mesas, hasta de las últimas. Atrájose á todos los Reyes con regalos. Muchas veces se bañaba en público y con todos los demás, costumbre que dió lugar á un juego que todavía se usa en los baños. Viendo á un veterano, que en otro tiempo conoció en el ejército, frotarse la espalda y el resto del cuerpo contra un mármol, le preguntó por qué se frotaba de aquella

manera; y habiéndole contestado el anciano que no tenía esclavos á quienes mandarlo, dióle esclavos y dinero. Al día siguiente muchos viejos comenzaron á frotarse también contra el mármol del baño para excitar en provecho propio la generosidad del Emperador. Mandóles llamar y les ordenó que mutuamente se prestasen aquel servicio. Hacia ostentación de su amor al pueblo. Tal pasión tenía por los viajes, que quería ver todos los puntos del universo, cuya descripción había leído. Pacientemente soportaba con la cabeza descubierta el frío y todas las intemperies. Mostró mucha deferencia á considerable número de Reyes, llegando á comprar la paz con la mayor parte de ellos, algunos le despreciaron, y á muchos hizo magníficos regalos. Pero á ninguno trató con tanta esplendor como al Rey de los Iberos, quien, sin contar otros ricos regalos, le envió un elefante y una cohorte de 500 peones. Por su parte, Pharasmano, habiéndole hecho ricos presentes, entre ellos clámides adornadas con oro, Adriano, para burlarse del regalo, mandó vestir con aquellas clámides 300 criminales, presentándoles en seguida en la arena.

Cuando administraba justicia tomaba consejo, no solamente de sus amigos y personas de su comitiva, sino que también de los mejores jurisconsultos, tales como Julio Celso, Salvio Juliano, Neracio Prisco y otros, si bien para elegirlos pedía la aprobación del Senado. Entre otras cosas, dispuso que en ninguna parte podría demolerse una casa para transportar los materiales á otra ciudad (1). Concedió á los hijos de los proseritos la duodécima parte de los bienes de sus padres. No admitió las acusaciones de lesa majestad. Jamás aceptó las herencias de los ciudadanos que le eran desconocidos, ni de aquellos que conocía, si tenían hijos. Decretó que quien encontrase un tesoro en finca propia, quedase

(1) Por estos materiales deben entenderse los mármoles, pinturas, objetos preciosos y demás que servía para el embellecimiento de los edificios.

dueño de él; si lo encontraba en finca ajena, daría la mitad al dueño, y en fin, que la mitad pertenecía al Fisco si la finca era del Estado. Quitó á los amos el derecho de muerte sobre sus esclavos, queriendo que, si la merecían, les sentenciasen los jueces. Prohibió que se vendiese á los mercaderes de esclavos (*lenoni*) ó á los maestros gladiadores (*lanisti*), esclavo ó sirviente, sin haber declarado el motivo. A los que siendo mayores de edad habían disipado su fortuna, les condenó á ser ridiculizados en pleno teatro y después expulsados. Suprimió la prisión de los esclavos y de los libertos. Separó los baños para hombres y mujeres (1). Cuando mataban á un amo en su casa, no se aplicaba el tormento á todos sus esclavos, sino solamente á aquellos que habían estado al alcance de ver ó de oír.

Ejerció en la Etruria la pretura siendo Emperador. Nombrósele dictador, edil y duunviro, en muchas ciudades de Italia; demarca (2) en Nápoles y magistrado quinquenal en su patria. También recibió este mismo título en Adria, la que consideraba como su segunda patria, siendo en fin arconte en Atenas (3). Construyó edificios y celebró juegos en casi todas las ciudades del imperio. En el estadio de Atenas dió el espectáculo de una cacería de mil animales silvestres. No desterró de Roma á ningún cazador ni cómico. Después de inmensas fiestas en Roma mandó distribuir aromas al pueblo en honor de su suegra. También dispuso en honor de Trajano, que rociasen las gradas del anfiteatro

(1) Dice Dion que Agripa construyó, durante su edilidad, baños públicos para hombres y mujeres. Catón, el censor, reprochaba con energía la costumbre de bañarse juntos los dos sexos. Si Adriano destruyó este abuso, no fué por mucho tiempo, porque Marco Aurelio renovó la prohibición, de que en seguida se burló Heliogábalo.

(2) Título equivalente al de tribuno del pueblo.

(3) Presidente de los nueve magistrados que gobernaban el Estado de Atenas después de la muerte de Codro, su último rey.

con menuda lluvia de perfumes y azafrán (1). Siguiendo la costumbre antigua se representaron en el teatro obras de toda clase, y permitió á los actores de la corte que representasen en público. Mató en el circo considerable número de fieras, y algunas veces hasta cien leones. Muchas veces hizo ejecutar delante del pueblo las danzas militares llamadas pírricas (2) y frecuentemente asistió á los combates de gladiadores. Por numerosos que fueron los monumentos que construyó en todas partes, solamente escribió su nombre en el templo de su padre Trajano. Reparó en Roma el panteón, las *Septa* (3), la basílica de Neptuno, infinidad de templos, el foro de Augusto y los baños de Agripa. Consagró todos estos edificios con los nombres de los antiguos fundadores y dió el suyo á un puente que construyó (4). Hizo construir su tumba cerca del Tiber (5) y trasladar á otro emplazamiento el templo de la Buena Diosa. El arquitecto Detriano trasladó el coloso, de pie y suspendido, del punto donde ahora se encuentra el templo de la ciudad, teniendo que emplear para el transporte de aquella enorme masa, veinticuatro elefantes. Consagró al Sol aquella estatua, en otro tiempo dedicada á Nerón, cuya imagen representaba; encargando al arquitecto Apolodoro que hiciera otra igual para dedicarla á la Luna.

Era extraordinariamente amable, hasta con las per-

(1) Muchos escritores citan estas lluvias de perfumes derramadas en el teatro.

(2) La pírrica era una danza militar en la que los bailarines, completamente armados, imitaban los movimientos de los combates. Para que se distinguiesen los partidos, vestían de distintos colores.

(3) Plazas cercadas con barreras donde se reunía el pueblo romano.

(4) Hoy puente Sant Angelo.

(5) Procopio habla de este edificio, llamándole unas veces tumba y otras torre ó fortaleza de Adriano (hoy castillo de Sant'Angelo). Julio Capitolino lo enumera entre las obras de Antonino Pio, tal vez porque este Emperador lo terminaría.

sonas de condición más humilde, y no podía soportar á los que le estorbaban los placeres de la urbanidad so pretexto de mantener la majestad del trono. Durante su permanencia en Alejandría propuso en pleno museo á los profesores multitud de cuestiones que él mismo resolvió. Mario Máximo dice que era naturalmente cruel y que el temor de experimentar la misma suerte que Domiciano fué el único motivo de sus buenas acciones. Aunque no gustaba de poner inscripciones suyas en los monumentos que construía, dió el nombre de Adrianópolis á muchas ciudades, hasta á Cartago y un barrio de Atenas; también lo dió á considerable número de acueductos. Fué el primero que estableció abogado del Fisco. Su memoria era vasta é inmensas sus facultades: él mismo dictaba sus discursos y respondía á todo. Hanse conservado muchos chistes suyos, porque gustaba de la agudeza; siendo de los mejores el siguiente: Un pretendiente cuya cabeza comenzaba á encanecer y al que había negado una gracia, habiendo vuelto á pedirla, pero con el cabello teñido, le contestó: «Ya se la negué á tu padre.» Saludaba por sus nombres, sin que nadie ayudase á su memoria, á muchísimas personas, bastando que las hubiese oído nombrar una vez y á todas juntas, ocurriendo algunas veces que corregía las equivocaciones del nomenclátor. Recordaba los nombres de todos los veteranos á quienes en otro tiempo había dado la licencia. Repetía de memoria delante de algunos oyentes los libros que había leído, hasta aquellos que le eran más desconocidos. Podía á la vez escribir, dictar, escuchar y departir con sus amigos. Tan al detalle conocía todas las cuentas públicas, que ningún padre de familia, por vigilante que fuese, jamás conoció tan bien sus asuntos domésticos. Fué aficionado á perros y á caballos hasta el punto de erigirles tumbas (1). Construyó una ciudad

(1) Dícese que fué apasionado por la caza, en la que se rompió una clavícula y faltó poco para que se inutilizase de una pierna. Por esta afición dió el nombre de Caza de Adriano á

á la que llamó Adrionatheras (1) en un paraje donde realizó una cacería afortunada y mató una osa.

Imposible era que los jueces descansasen hasta que conseguía de ellos todos los esclarecimientos necesarios para el descubrimiento de la verdad. No quería que se creyese por el público que sus libertos tenían sobre él alguna influencia, y atribuía á todos los príncipes que le habían precedido los vicios de aquella clase de hombres. De aquí este rasgo, á la vez gracioso y severo que se refiere de él. Viendo un día á un esclavo suyo paseando entre dos senadores, envió á uno para que le diese un bofetón, diciéndole: «No debes pasear con dos de quienes puedes ser esclavo.» Prefería entre todos los manjares el tetrapharmaco, que se componía de carne de faisán, ubre de puerca, jamón y una pasta crujiente. Su reinado se señaló por hambre, peste y terremotos, tratando de conjurar estas calamidades por medio de sacrificios, socorriendo además á muchas ciudades que experimentaron graves daños. También durante su reinado ocurrió un desbordamiento del Tiber. Concedió á muchas ciudades el derecho del Lacio y á otras perdonó el tributo. En su tiempo no se emprendió ninguna expedición importante y apenas se habló de guerras. Los soldados le querían extraordinariamente por el minucioso cuidado que tuvo con ellos y sus liberalidades. Vivió constantemente en paz con los Parthos, porque destituyó al rey que les dió Trajano. Permitió á los Armenios, que bajo Trajano solamente habían tenido un legado, tuviesen Rey. No exigió á la Mesopotamia el tributo que aquel rey le impuso. Conservó constantemente la amistad de los Albanos é Iberos, á cuyos reyes colmó de regalos, aunque desdeñaron acudir á verle. Los

una ciudad que fundó en Mesia. Pero esta pasión no le distrajo nunca de los negocios y gobierno del Imperio. Tal fué su amor á la caza, que cuando murió el caballo *Bavisthenes*, del que se servía para este ejercicio, le elevó una tumba en forma de columna, grabando en ella un epitafio.

(1) Caza de Adriano.

de los Bactrianos le enviaron legados para pedirle su amistad.

Frecuentemente dió tutores á los pupilos y mantuvo la disciplina civil con tanto cuidado como la militar. Mandó que los senadores y caballeros romanos llevasen siempre la toga en público, exceptuando cuando volviesen de comer. El mismo no se presentaba jamás sin la toga cuando se encontraba en Italia. Recibía de pie á los senadores que invitaba á comer, y á la mesa usaba siempre el palio ó manto griego ó la toga recogida. Ordenó los gastos de los jueces, reduciéndolos á la costumbre antigua. Prohibió entrar en Roma con carros pesadamente cargados ó á caballo en las otras ciudades. Solamente permitió á los enfermos que se bañasen en público antes de la hora octava (1). Tuvo á los principales caballeros romanos por secretarios y encargados de presentarle las demandas. Espontáneamente enriqueció á aquellos cuya pobreza era honrosa y mostró aversión á los que debían su caudal al fraude. Cuidó muy especialmente de la religión romana y despreció los cultos extranjeros. Desempeñó las funciones de pontífice máximo. Muchas veces instruyó causas en Roma y en las provincias, admitiendo á su consejo á los cónsules, á los pretores y á los miembros más distinguidos del Senado. Dió salida á las aguas del lago Fucino. Instituyó jueces á cuatro varones consulares extendiéndose su jurisdicción á toda Italia. Cuando marchó al Africa, donde no había llovido en cinco años, llovió á su llegada, y esta circunstancia le atrajo el cariño de los africanos.

La costumbre de viajar por todas partes con la cabeza descubierta, en medio de recias lluvias y de intenso frío, le produjo una enfermedad que le obligó á guardar cama. Ocupándose de elegir sucesor, pensó primeramente en Serviano, á quien obligó en seguida, como ya hemos dicho, á darse la muerte. Tenía aversión á

(1) Dos de la tarde.

Fusco (1), á quien presagios y prodigios hacían esperar el Imperio. Erale sospechoso Pletorio Népote, á quien había querido tanto, que pacientemente soportaba el desaire de que no le admitiesen á verle cuando se encontraba enfermo. También separó á Terencio Genciano, y con tanta mayor animosidad, cuanto que veía el afeto que le profesaba el Senado. En una palabra, odiaba como á futuros emperadores á todos aquellos que parecían llamados al trono. Sin embargo, reprimió la violencia de su crueldad natural, hasta el día en que un flujo de sangre, que le sobrevino en la ciudad de Tibur, le puso á punto de morir. Entonces ya no se dominó, y obligó á Serviano á morir como culpable de haber usurpado al trono, porque había enviado su cena á los esclavos de un Rey, porque en la mesa había ocupado asiento regio cerca de Emperador, y en fin, porque aquel anciano nonagenario había avanzado con paso seguro hacia algunos puestos militares. También hizo perecer á otros muchos ciudadanos públicamente ó en secreto. Sospechóse además que dió muerte á su esposa Sabina, envenenándola. Durante aquella enfermedad decidió adoptar á Ceyonio Cómodo, á quien por su belleza había querido mucho en otro tiempo, y que era yerno de aquel Nigrino, cuyas asechanzas tuvo que temer. Así, pues, contra la opinión general adoptó á Ceyonio Cómodo Vero, y le llamó Elio Vero César. Para celebrar esta adopción, el Emperador dió juegos en el circo é hizo un donativo al pueblo y á los soldados. Revistió al nuevo César de la pretura, le dió el gobierno de las Pannonias, le hizo cónsul, atendió á los gastos de aquella dignidad y le designó, en fin, para el segundo consulado. Pero viendo que aquel príncipe estaba enfermizo, dijo más de una vez: «Nos hemos apoyado en una pared caduca y hemos perdido los 400 millones de sextercios que hemos dado al pueblo y á los soldados por la adopción de

(1) Este Fusco era hijo de Claudio Fusco Salinator, cónsul con Adriano el año de Roma 689.

Cómodo.» Ni siquiera pudo éste, á causa de su mala salud, dar las gracias á Adriano delante del Senado por el favor que había recibido. Su enfermedad fué agravándose, y habiendo tomado excesiva dosis de cierto medicamento, murió durmiendo el mismo día de las Kalendaras de Enero, por lo que Adriano, en atención á la solemnidad del día, prohibió que se le llorase (1). Muerto Elio Vero César, el Emperador, cuya enfermedad se agravaba más y más, adoptó á Arrio Antonino, á quien más adelante se le llamó Pío, pero imponiéndole la condición de adoptar á su vez á Annio Vero y Marco Antonino, que son los mismos que más adelante fueron los príncipes que gobernaron juntos la república con el título de Augustos. Dicese que se dió el título de Pío á Antonino, porque un día presentó la mano á su abuelo, agobiado por la edad. Pretenden otros que mereció aquel dictado por haber libertado á muchos senadores de las iras de Adriano, y otros, en fin, porque tributó grandes honores á este príncipe después de muerto. La adopción de Antonino desconcertó á muchos, especialmente á Catilio Severo, prefecto de la ciudad, que se preparaba al Imperio; pero descubrieron sus manejos y le reemplazaron en su dignidad. Entretanto, disgustado profundamente de la vida Adriano, mandó á un esclavo suyo que le atravesase con la espada. Habiéndose enterado de esto Antonino, acudió con el prefecto al palacio y exhortaron al Emperador para que soportase valerosamente la enfermedad. Irritado el príncipe, mandó dar muerte al que le había hecho traición; pero le salvó Antonino, y dijo á Adriano que habiéndole adoptado, resultaría parricida permitiendo que le matasen. Adriano escribió en seguida su testamento y continuó ocupándose de los asuntos de Estado. Otra vez intentó matarse, pero le quitaron el puñal de las manos, á pesar de que

(1) Este día estaba consagrado á votos solemnes por la prosperidad del Príncipe y del Imperio.

se enfureció; pidió veneno á un médico, y éste, por no dárselo, se mató.

Por aquel tiempo se presentó una mujer que decía haber recibido aviso en un sueño para aconsejar á Adriano que no se matase, porque sanaría, y que por no haberlo hecho, había perdido la vista; pero que en otro sueño se le había prometido la curación si abrazaba las rodillas de aquel príncipe, y le hacía la advertencia. Obedeció al sueño y recobró la vista después de lavarse los ojos con el agua del templo, de donde había venido. También llegó de la Pannonia un ciego de nacimiento, que tocó al Emperador encontrándose éste en un acceso de fiebre, recobrando en seguida la vista y desapareciendo la fiebre del enfermo; pero Mario Máximo atribuye estos prodigios al artificio. Adriano marchó en seguida á Bayas, dejando en Roma á Antonino con el mando de la ciudad; pero no encontrando alivio, llamó á Antonino, y murió ante su vista en Bayas, el día 6 de los idus de Julio. Detestado de todo el mundo, fué enterrado Adriano en Puzzola, en la quinta de Cicerón. Temiendo, cuando veía acercarse la muerte, que Serviano, nonagenario, como ya se ha dicho, le sobreviviese y ocupase el trono, le obligó á morir. También dispuso, por faltas ligeras, la muerte de muchos ciudadanos á quienes salvó Antonino. Dicese que al morir hizo los siguientes versos: «Almita mía, mi querida, huésped y compañera del cuerpo, te marchas sin saber dónde, pálida, rígida, temblorosa, y ya no te entregarás á tus juegos.» También los hacía en griego, aunque no mucho mejores.

Vivió Adriano setenta y dos años, cinco meses y diez y siete días. Reinó veintiún años y once meses. Su estatura era esbelta y elevada; peinábase con mucho cuidado y larga barba ocultaba algunas cicatrices naturales que tenía en el rostro; su robustez era notable. Frecuentemente montaba á caballo y caminaba mucho de esta manera. Ejercitóse constantemente en el manejo de las armas y del dardo. Muchas veces se le vió en la caza matar por su mano un león; pero un día se rompió una

clavicula y una costilla. Siempre compartía la caza con sus amigos. No daba banquete en que no se oyesen, según las circunstancias, tragedias, atelanas, sambucas (1), lectores ó poetas. Adornó con magníficos edificios su quinta de Tibur, viéndose allí los nombres de las provincias y de los parajes más célebres, tales como el Liceo, la Academia, el Pritaneo, Canope, el Pecile, Tempe. Para no omitir nada, hizo representar allí también la mansión de las sombras. He aquí las señas precursoras de su muerte: En el último aniversario de su nacimiento, mientras hacía votos solemnes por Antonino, su pretexto, desprendiéndose por sí mismo, le dejó descubierta la cabeza; el anillo en que estaba grabada su imagen, se le cayó del dedo; la víspera de aquel aniversario, no se sabe quién, llegó al Senado gritando. Adriano quedó aterrado, como si aquella voz, en la que nadie distinguía ni una una palabra, le hubiera anunciado su fin. Queriendo decir al Senado: «Después de la muerte de mi hijo», dijo: «Después de mi muerte.» Soñó también que su padre le daba una bebida narcótica, y otra vez que le ahogaba un león.

Muchos hablaron mal de él después de su muerte (2). El Senado quiso anular sus actos, y no le concedió los honores de la apoteosis sino cediendo á las instancias de su sucesor. Antonino hizo que le construyesen un templo en Puzzola, en vez de tumba. Estableció en memoria suya un certamen quinquenal, le dió flamines y un colegio de sacerdotes; en una palabra, le tributó honores que pertenecian á los divinos, y por los que, como ya hemos dicho, muchos creen se le llamó Antonino Pío.

(1) Créese que este instrumento era parecido á nuestras arpas y que lo tocaban las mujeres.

(2) Xifilino termina de esta manera la vida de Adriano: «Se hizo extraordinariamente odioso, por los asesinatos que cometió al final y al principio de su reinado. Hay que confesar, sin embargo, que no era cruel por carácter. Cuando los que habían cometido algún delito tenían hijos, consideraba su número, y según era éste, así aminoraba el rigor de las leyes y las penas.

APÉNDICE

Á LA VIDA DE ADRIANO.

Xifilino niega terminantemente que Trajano adoptase á Adriano, y también está en desacuerdo en otros puntos con Sparciano. Verdad es que éste refiere también la opinión que atribuía á una intriga de Plotina la adopción de Adriano. El historiador griego dice: «Nunca adoptó Trajano á Adriano, á pesar que eran de la misma ciudad y que lo tuvo por curador. Después entró en su familia, habiendo casado con su sobrina, se adhirió mucho á su persona y recibió el mando de las tropas de Siria, mientras guerreaba él con los Partos; pero no recibió ninguna otra dignidad importante, ni fué nombrado cónsul. Habiendo muerto Trajano sin hijos, Attiano, que era de la misma ciudad que Adriano, y Plotina, que le amaba, le declararon Emperador, atendiendo á que se encontraba cerca y á que mandaba un ejército numeroso. Mi padre, Aproniano, gobernador de Cilicia, que estaba muy bien informado de los asuntos de Adriano, me refirió las circunstancias de su advenimiento al trono, y me dijo, entre otras cosas, que se mantuvo secreta durante algunos días la muerte de Trajano, con objeto de preparar la adopción de Adriano; y que la carta que, á nombre de Trajano, se envió al Senado acerca de este asunto, la firmó Plotina, por nueva práctica de que no había ejemplo alguno. Adriano se encontraba en Antioquía, ciudad me-

tropolitana de la Siria, donde mandaba el ejército cuando fué designado emperador. El día anterior tuvo un sueño en el que creyó ver con tiempo tranquilo y cielo despejado, un fuego que le cayó sobre el lado izquierdo del cuello y que se le extendió hasta el derecho, sin causarle daño ni miedo. Escribió al Senado rogándole diese su beneplácito á su elección y declarando que no quería recibir ningún honor que antes no le hubiese pedido.

El mismo escritor refiere de esta manera, ateniéndose á Dion, la guerra de los Judíos, que fué muy importante, y que el autor no hace más que mencionar. «Habiendo construido una ciudad sobre las ruinas de Jerusalen, la llamó Elia Capitolina, y en el paraje mismo en que estuvo el templo de Dios, elevó uno á Júpiter. No podían ver los Judíos, sin profundo disgusto, su país habitado por extranjeros y manchado por la impiedad de la religión pagana. Sin embargo, mientras Adriano se encontró en Egipto ó Palestina, permanecieron tranquilos, trabajando solamente en la construcción de armas, y haciéndolas de intento toscas, para que los Romanos, que habian mandado construir las, las encontrasen mal hechas y las rechazasen, pudiendo ellos conservarlas y emplearlas en contra de los Romanos. Pero en cuanto se alejó, se sublevaron abiertamente. No atreviéndose, sin embargo, á exponerse á los accidentes de una batalla, se apoderaron de los puntos más ventajosos, construyeron fortificaciones, se prepararon puertos de refugio, abrieron cavernas, haciendo en ellas claraboyas para recibir aire y luz cuando se retirasen á su abrigo. Los romanos despreciaban al principio su presa; pero cuando se sublevaron los Judíos en todas las partes del mundo; cuando por astucia ó fuerza abierta hubieron causado grandes males; cuando se les unieron muchos pueblos esperando utilidad; cuando toda la tierra, por decirlo así, quedó conmovida por el espíritu de su revuelta, entonces envió contra ellos el Emperador jefes excelentes, de los que fué el más notable Ju-

lio Severo, á quien para este objeto llamaron de la Gran Bretaña, donde mandaba. Éste no se atrevió á venir á las manos con ellos, temiendo su número y desesperación. Pero atacándoles separadamente y con ventaja, habiéndoles interceptado los viveres, los debilitó de tal manera, aunque en mucho tiempo, pero sin arriesgar sus tropas, que muy pocos pudieron escapar. Destruyóles cincuenta fortificaciones y novecientos ochenta y cinco caseríos. En escaramuzas y combates perecieron quinientos ochenta mil hombres; y la multitud que sucumbió por hambre, enfermedades ó el fuego fué tal, que no pudo contarse, quedando completamente desierta la Judea. Esta deplorable desgracia se les había vaticinado en cierto modo por la ruina de la venerada tumba de Salomón, que se derrumbó por sí misma, y por los lobos y hienas que entraron en la ciudad lanzando espantosos aullidos. Los Romanos, por su parte, no consiguieron aquella victoria sin experimentar graves pérdidas, por lo que Adriano, al escribir al Senado, se abstuvo de aquella fórmula que acostumbraban emplear los Emperadores: « Si os encontráis bien, vosotros y vuestros hijos, los asuntos marchan perfectamente; » en cuanto á mí y al ejército nos encontramos bien.»

Después de relatar la guerra, Xiflino menciona el hecho siguiente, que omite Sparciano. « Inmediatamente después, Adriano envió á Severo á Bitinia, porque aquella provincia necesitaba un gobernador tan equitativo, prudente y estimado como él. Con tanta prudencia gobernó, tan perfectamente ordenó los asuntos particulares y del Imperio, que todavía se venera allí su memoria. Apenas terminada la guerra de los Judíos, Farasmano suscitó la de los Alanos, que son los mismos que los Mesagetas. Este causó grandes estragos en la Media, no perdonando la Armenia ni la Capadocia. Pero los Alanos quedaron muy pronto tranquilos, ganados por los regalos de Vologino y asustados por los aprestos de Flavio Adriano.»

Hablando de las cualidades del emperador Adriano,

dice Xiflino: «Censurábasele por su envidia, y también por su excesiva curiosidad; por la inutilidad de sus ocupaciones y por sus desiguales costumbres. Pero debe confesarse que sus defectos estaban en cierta manera compensados por sus excelentes cualidades; su vigilancia, previsión, magnificencia, aplicación y destreza. Añádase á esto que amó tanto la paz, que no promovió ninguna guerra y calmó las que encontró promovidas. Además, nunca despojó á nadie de sus bienes é hizo regalos extraordinarios á los gremios y á los particulares, á los caballeros y á los senadores. No esperaba que se implorase socorro, sino que se adelantaba á las necesidades y peticiones. Mantuvo severa disciplina entre los soldados y no permitió que abusasen de la fuerza para desobedecer á los generales ó para oprimir á los débiles. No hay ciudad en la extensión del Imperio, ni en los Estados de nuestros aliados en que no haya dejado pruebas de su magnificencia. Visitó mayor número que cualquier otro Emperador y á todas les dispensó beneficios: á unas las dotó de aguas; á otras les construyó puertos. En algunas distribuyó trigo y dinero, y las hubo en que construyó soberbios edificios, honrando á otras con franquicias y privilegios. Gobernó el pueblo romano con majestuosa severidad, sin rebajarse jamás hasta adular sus pasiones. Haciéndole un día una petición con muchas instancias, en medio de los espectáculos y combates, no solamente la rechazó, sino que mandó al pregonero impusiese silencio con esta palabra, que en otro tiempo usó Domiciano: *Callad*. El pregonero no llegó á pronunciar la palabra, sino que extendiendo la mano, según costumbre, impuso silencio; y cuando vió que callaba le dijo: «Eso es lo que quería el Emperador.» Adriano, lejos de disgustarse porque el pregonero no hubiese pronunciado aquella palabra tan dura que le mandó decir, le apreció más, porque se alegraba de que, hasta las personas de condición más humilde le prestasen de aquella manera buenos servicios, contradiciendo aparentemente sus inten-

ciones. Habiéndose presentado un día á él una mujer en la calle pidiéndole audiencia, le contestó al pronto que no tenía tiempo. Pero, habiéndole replicado aquella mujer en tono brusco: «Pues no seas Emperador», se volvió y la escuchó. Nada importante hacía sin la cooperación del Senado; con frecuencia administraba justicia en el palacio, en la plaza de las Arengas, en el Panteón y en otros lugares con los primeros y principales del Senado, de manera que sus sentencias en el acto se divulgaban. Algunas veces también juzgaba los procesos con los cónsules y les tributaba tan distinguidos honores en los juegos, que les acompañaban á sus casas. Hacíase llevar en litera cubierta para que no le importunase la muchedumbre popular que le seguía. Los días en que el pueblo celebraba fiestas y se entregaba á regocijos públicos, permanecía en palacio, para que no le abrumasen los negocios, y no recibía ni á sus amigos más íntimos, como no hubiese apremiante necesidad. Constantemente tenía á su lado, tanto en Roma como fuera de ella á los principales del Imperio, sentándoles á su mesa, en la que de ordinario había cuatro puestos. Iba á caza cuando se presentaba ocasión; no bebía vino en la comida, cenaba con los magnates, con los que departía agradablemente de diferentes asuntos durante la comida. Visitaba á sus amigos cuando se encontraban enfermos; asistía á sus festines y se divertía con ellos en sus casas de recreo. Á algunos les erigió estatuas en la plaza pública durante la vida y á otros después de su muerte. Sin embargo, no hubo ninguno que se atreviese á abusar de su amistad para hacer daño á alguien, ni que vendiese sus favores y beneficios, como habían hecho los favoritos de los Emperadores precedentes.

»Su deseo de sobresalir en todo y sobrepujar á los demás, fué causa de que hiciese perecer á hombres de raro mérito. Por este motivo trató de deshacerse de Favorino, galo de nación, y de Dionisio, milesiano, y dispersar á sus secuaces. Refiérese que este Dionisio había dicho á

Heliodoro, secretario de Adriano: «El Emperador puede darte bienes y honores, pero no elocuencia.» En cuanto á Favorino, encontrándose próximo á defender delante de Adriano una causa en la que se trataba de una exención que queria obtener en su país, y que temia perder vergonzosamente, acercóse al tribunal y no dijo nada, sino que su señor se le habia aparecido en sueños mandándole prestase servicios al país donde habia nacido. Por envidia y odio que experimentase Adriano contra aquellos dos hombres, tuvo que perdonarles por falta de pretexto para perderles. Con más rigor trató al arquitecto Apolodoro, á quien habia empleado en la construcción del foro del Odeón y del Gimnasio; porque no contento con desterrarle le condenó á muerte, so pretexto de que habia cometido algunos crímenes, pero en realidad porque cuando Adriano mostraba algún diseño de arquitectura y hablaba de ella como hombre poco instruido, se tomó la libertad de decirle: «Ve á pintar calabazas, porque de esto no entiendes nada.» Ahora bien, Adriano pintaba entonces calabazas y se envanecía de aquella clase de pinturas. Recordando aquella punzante contestación, cuando llegó al imperio le envió el plano del templo de Venus que habia levantado, para demostrarle que podian hacerse sin él grandes obras, y le preguntó si tenia algo que criticar en aquel dibujo. Apolodoro le contestó que el templo no era bastante grande ni bastante alto, y que por este defecto no se le veía bien desde la vía Sacra; y que por no ser bastante grande no era fácil sacar las máquinas y presentarlas en el teatro. Añadió que las estatuas eran demasiado grandes y no estaban en proporción con la altura del templo, porque si las diosas querian levantarse, se lo impediria la bóveda. Respuesta tan libre excitó en Adriano tan implacable cólera, que hizo morir á aquel hábil arquitecto. Por efecto del mismo humor, tuvo proyecto de suprimir las obras de Homero y sustituirlas con las de Antimaco, de quien muchos no conocen ni el nombre.»

En cuanto á los últimos momentos de Adriano y sus

vacilaciones para elegir sucesor, dice Xifilino: «Habiendo aumentado la molestia que desde mucho tiempo padecía de arrojar sangre por la nariz, desesperó de su curación y declaró á Cómodo emperador, aunque padecía igual enfermedad. Hizo morir á Severiano y á su nieto Fusco, á pesar de que el primero tenia noventa años y diez y ocho el segundo, no teniendo otro pretexto para tratarlos de aquella manera, que el de haber desaprobado aquella elección. Antes de ser estrangulado Severiano pidió fuego, y habiendo arrojado incienso en él, hizo esta imprecación: «¡Oh Dios, que sabes que no he cometido ningún delito, y que Adriano me hace morir injustamente, no te pido otra venganza, sino que algún día deese la muerte sin poder conseguirla!» No fué vana la imprecación, porque Adriano sufrió los dolores de larga y penosa enfermedad, durante la cual deseó muchas veces la muerte y trató de dársela. Consérvase una carta suya en que describe la deplorable situación á que quedan reducidos los que invocan la muerte sin poder conseguirla. Adriano perdió tal cantidad de sangre, que quedó seco y después hidrópico. Habiendo muerto por aquel tiempo Cómodo de una hemorragia, Adriano reunió en su palacio á los principales del Senado, y desde el lecho donde le retenia la enfermedad les habló así: «Amigos míos, no habiéndome dado hijos la naturaleza, vuestras leyes me permiten adoptarlos. Pero existe esta diferencia entre los que da la naturaleza y los que se adoptan, que en vez de tenerlos como la casualidad del nacimiento los hace, se les elige según se les quiere tener. Frecuentemente vienen los unos al mundo con grandes defectos de cuerpo y de espíritu, y solamente se toma á los otros porque se les encuentra libres de ellos. Antes fijé la atención en Cómodo, y le preferí á todo lo más notable de Roma, porque reunia las cualidades más excelentes que hubiese podido desear en un hijo á quien hubiera dado la vida. Pero ya que los dioses nos lo han arrebatado, he encontrado otro que os presento, y que es ilustre por nacimiento, moderado por carácter, prudente en su conducta

y que se encuentra en edad igualmente alejada de los arrebatos de los jóvenes y de la parsimonia de los viejos. Hase educado en la obediencia de las leyes y ha ocupado los cargos según las costumbres de nuestros antepasados: de manera que, habiendo aprendido lo que debe saber un soberano, puede esperarse que cumplirá dignamente sus deberes. Hablo de Aurelio Antonino, á quien tenéis en vuestra presencia; que á pesar de su natural aversión al ruido de los negocios, y esté muy libre de la ambición de mando, espero no nos despreciará hasta el punto de negarse á tomar la dirección del Imperio.» De esta manera fué revestido Antonino del poder soberano. Como no tenía hijos varones y quería designar desde luego sus sucesores, adoptó á Cómodo, hijo de Cómodo, y á Marco Antonino Vero, que antes se llamaba Catilo y era nieto de Armio Vero, que había sido cónsul tres veces y tribuno militar. Adriano había mandado á Aurelio Antonino que les adoptase á los dos; pero había distinguido mucho á Antonino Vero, tanto por el parentesco que les unía, como por la madurez de su edad y vigor de su espíritu, que le hacían llamarle en tono jovial Verísimo.

»Por los secretos del arte mágico consiguió Adriano arrojar el agua que le hinchaba el cuerpo. Pero á poco volvía la hinchazón, y habiendo aumentado el mal de día en día, deseó la muerte sin poder conseguirla, pidiendo muchas veces veneno ó un puñal sin que nadie quisiera dárselos. Al fin, no encontrando quien quisiera obedecerle en este punto, mandó llamar un yagiciano nombrado Mastor, hombre robusto y atrevido, por cuyas cualidades le utilizaba en la caza, y le excitó con promesas y amenazas á que le matase. Para ello le señaló un punto por debajo de la tetilla, que en otro tiempo le indicó su médico Hermógenes, donde le daría un golpe que, sin producir dolor, le libertaría de la vida. Pero habiéndole faltado el golpe, porque Mastor se horrorizaba de aquella acción, y habiendo huido de su presencia, comenzó á quejarse de su enfermedad y del estado á que

se encontraba reducido, no pudiendo morir, cuando podía privar de la vida á los demás. Después de esto, no observando ya ningún régimen, comiendo y bebiendo indiferentemente todo lo que le agradaba, y repitiendo en alta voz la frase conocida de que la multitud de médicos habían matado al Emperador, espiró á los sesenta y dos años, cinco meses y diez y nueve días, habiendo reinado veinte años y once meses. Su cuerpo quedó depositado en tumba que había hecho construir en la orilla del Tiber, una cerca del puente Elio, porque el mausoleo de Augusto estaba lleno.»

ELIO VERO,

POR ELIO SPARCIANO.

Á DIOCLECIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Dedicatoria á Diocleciano.—Etimología del nombre de César.—Antepasados de Elio Vero.—Su adopción por Adriano.—Sus títulos.—Su mala salud.—Vergonzosos motivos de esta adopción.—Conocimientos de Adriano en astrología.—Pasajes de Virgilio aplicados á Vero.—Su muerte.—Su retrato.—Sus conocimientos.—Sus gustos y placeres.—Su hijo adoptado por Marco Aurelio.—Disgustos de Adriano por la adopción de Vero.—Desesperación de éste.—Sus funerales.—Adriano adopta á Antonino.—Monumentos elevados á la memoria de Vero.

He decidido en mi ánimo ¡oh Diocleciano Augusto, el más grande de los Emperadores! presentar á tu dignidad la historia, no solamente de los príncipes que han ocupado el trono que gloriosamente ocupas, como la he escrito hasta el divino Adriano, sino que también la vida de aquellos que, sin haber sido emperadores ni Augustos,

llevaron el nombre de Césares, ó que con cualquier otro título pudieron lisonjearse de haber llegado al rango supremo. Comenzaré por Elio Vero, que fué el primero que recibió sencillamente el título de César, cuando por la adopción de Adriano entró en la familia de los Emperadores. Pero teniendo muy poco que decir, para que el prólogo no sea más largo que la fábula, entro desde luego en materia.

Poco ofrece de memorable la vida de Ceyonio Cómodo, llamado también Elio Vero, á quien adoptó Adriano en su vejez, en medio de dolorosas enfermedades y después de sus viajes por el mundo entero, como no sea que recibió el nombre de César, no por testamento, según la antigua costumbre, ni con las formalidades observadas para la adopción de Trajano, sino casi de la misma manera que en nuestros días; por vuestra clemencia llámanse Césares, Maximiano y Constancio por ser jóvenes de ilustre prosapia y futuros herederos de la autoridad imperial. En mi opinión deben consignarse las conjeturas á que ha dado lugar el nombre de *César*, único título que llevó el príncipe cuya vida escribo, y diré que, según el parecer de los autores más doctos y sabios, el nombre viene de que el primero que lo llevó había dado muerte en un combate á un elefante, animal llamado *carsa* en la lengua de los moros, ó porque fué necesario, para que naciese, hacer á su madre, que había muerto antes de darle á luz, la operación llamada cesárea; ó bien porque nació con larga cabellera (*casaries*); ó en fin, porque tenía los ojos de color azul celeste (*carsa oculi*) y extraordinariamente vivos. Pero es necesario proclamar como muy dichosa la necesidad, fuese la que quisiera, de proclamar un nombre, que tan famoso ha llegado á ser y que durará la eternidad del mundo. Este de quien hablo, se llamó primeramente Lucio Aurelio Vero. Adriano le hizo después pasar por adopción á la familia de los Elio, es decir, á la suya, y le llamó César. Su padre, á quien unos han llamado Vero, otros Lucio Aurelio y algunos Annio, se llamaba Ceyonio Cómodo. Todos sus an-

tepasados, cuya mayor parte eran originarios de la Etruria ó Favencia, pertenecían á la nobleza más elevada. Hablaremos de su familia con más detalles en la vida de su hijo Lucio Aurelio Ceyonio Cómodo Vero Antonino, á quien el emperador Antonino recibió el mandato de adoptar. En su libro, dedicado á la historia de este príncipe, del que hay muchas cosas que decir, debe encontrarse todo lo concerniente á su genealogía.

Adriano adoptó á Elio Vero en la época en que, como antes dijimos, la debilidad de su salud le hizo, naturalmente, pensar en la elección de sucesor. Primeramente fué nombrado pretor, después se le impuso como general y gobernador á las Pannonias, y á poco fué creado cónsul. Destinado al Imperio, se le designó para segundo consulado. Para celebrar esta adopción, el Emperador dió un congiario al pueblo, 300 millones de sextercios á los soldados y juegos en el circo, no omitiéndose nada de lo que podía prolongar el regocijo público. Tanta influencia tenía Vero en el ánimo de Adriano, que además de las muestras de afecto que recibía como hijo adoptivo, era el único que alcanzaba, hasta por cartas, todo lo que pedía. Consiguió ser útil en la provincia que se le confió, y sus triunfos militares, ó mejor dicho, su fortuna, le conquistaron, si no el título de famoso, al menos el de buen general. Pero su salud era tan endeble, que Adriano se arrepintió muy pronto de haberle adoptado, y pensó más de una vez en dar á otro su puesto en la familia imperial, lo que, sin duda, habría realizado de haber vivido. Los que han escrito con algún cuidado la vida de Adriano refieren que conocía el heróscopo de Vero y lo encontraba poco apto para el gobierno de la república; pero que lo adoptó para satisfacer su pasión, y algunos autores añaden, que para cumplir el juramento que le había hecho en secreto. Mario Máximo dice, para demostrar los conocimientos de Adriano en astrología, que sabía tan perfectamente todo cuanto le concernía, que de antemano escribió la historia de los futuros acontecimientos de su vida hasta la hora de su muerte.

Sabido es que Adriano decía frecuentemente hablando de Vero:

.....Fortuna un día
Ese joven mostrando á los humanos
Tornarále á ocultar en sombra impía (1).

En una ocasión en que repetía estos versos paseando por un jardín, un literato, cuya sociedad afectaba desear el Emperador, quiso continuar la cita, y añadió:

Tal vez, tal vez ¡oh Dioses soberanos,
Si este don inmortal nos franqueara,
El trance vuestra diestra recelara! (2).

Dícese que Adriano replicó: «Esos versos no son aplicables á Vero», y añadió:

Azucenas me dad con mano larga;
Que, á ilustre nieto fáciles honores,
Cortos alivios de esperanza amarga,
Quiero esparcir sobre su frente flores (3).

Refiérese también que aludiendo satíricamente á la apoteosis de los príncipes muertos, decía: «He adoptado un dios y no un hijo.» Habiéndole dicho, para consolarle, un literato que estaba presente: «Tal vez no habrán formado bien su horóscopo, y, como creemos, vivirá mucho tiempo.» Adriano, dicen que replicó: «Fácilmente puedes hablar así tú que buscas heredero para tus bienes y no para el Imperio.» Es, pues, evidente que el Emperador pensaba elegir otro César, y en las postrimerías de su vida alejar á aquél del trono. Los acontecimientos favorecieron sus deseos, porque Vero, de regreso de su provincia, cuando se preparaba para dar las gracias á su padre Adriano el día de las kalendas de Enero, con un

(1) *Encida*, VI, 870, traducción de D. Miguel Antonio Caro publicada en esta BIBLIOTECA.

(2) *Ibid.*, VI, 870.

(3) *Ibid.*, VI, 884.

hermoso discurso, que todavía se lee hoy, y que él mismo había compuesto ó con el auxilio de sus secretarios y de sus maestros de elocuencia, habiendo tomado una medicina con la que esperaba aliviarse, murió aquel mismo día, y como era el de los votos solemnes, Adriano prohibió llorarle.

Vero fué muy jovial, muy instruido en las letras, y, según dicen algunos malévolos, Adriano le amó más por su belleza que por sus virtudes. No permaneció mucho tiempo en la corte; y si en su vida privada no fué intachable, sin embargo, no fué tan desordenado que se olvidase de su nombre. Gustábale el ornato, el esplendor; su belleza era admirable, noble su apostura, su elocuencia elevada; tenía facilidad para hacer versos, y conocimientos que no fueron inútiles á la república. Los que escribieron su vida, refieren muchas cosas acerca de sus placeres algo desordenados, pero no infames. Dícese que se le debe la invención del tetrapharmaco, ó, mejor dicho, del pentapharmaco, que más adelante constituyó la única delicia de Adriano, y que consistía en una mezcla de ubre de puerca, carne de faisán, pavo real, jamón empanado y jabali. Mario Máximo da otros detalles acerca de este plato, al que llama tetrapharmaco y no pentapharmaco, en lo que nosotros le hemos seguido en la vida de Adriano. Atribúyese también á Vero otro refinamiento de voluptuosidad: un lecho formado de cuatro cojines muy abultados, rodeado por red muy fina y relleno de hojas de rosa, de las que habían quitado la parte blanca: allí se acostaba con sus concubinas, cubierto con un velo tejido de lirios y perfumado con los aromas más suaves de la Persia. Algunos imitadores tiene hoy que derraman sobre las mesas y asientos del festín rosas y lirios cuidadosamente escogidos, costumbre que, si no es laudable, tampoco causó daño directo á la sociedad. En su lecho tenía siempre las poesías eróticas de Ovidio y los epigramas de Marcial, al que llamaba su Virgilio. Entre otras diversiones frívolas, ataba algunas veces alas á sus mensajeros, como las suponen á los amores, y les daba

los nombres de todos los vientos de la fábula, llamando al uno Boreo, al otro Noto, á éste Aquilon, á aquél Cirio, haciéndoles correr sin descanso ni compasión. Cuéntase que afeándole un día su esposa sus infidelidades, le contestó: «Permite que satisfaga en otra parte mis deseos: el nombre de esposa es una dignidad, y no un título para el placer.» Su hijo Antonino Vero fué adoptado por Marco Aurelio, compartiendo con este príncipe el gobierno del Imperio, siendo los primeros á quienes se llamó los dos Augustos, pareciendo tan memorable la importancia y novedad de este acontecimiento, que en algunos fastos consulares han hecho de esta época una era para establecer el orden de los Cónsules.

Por la adopción de Vero, mandó Adriano distribuir cantidades enormes al pueblo y á los soldados. Pero viéndole tan débil de salud, que ni siquiera podía sostener un escudo algo pesado, dijo con el acento satírico que le era habitual: «He perdido los trescientos millones de sextercios dados al ejército y al pueblo; me he apoyado en un muro que se cae, y que, lejos de sostener á la República, apenas puede sostenerme á mí.» Tales fueron las palabras de Adriano á su Prefecto; éste las repitió, y el César Elio, á quien llegaron, experimentó tanta inquietud, que, aumentando diariamente, llegó á la desesperación. Adriano, para dulcificarle el efecto de estas palabras, castigó la locuacidad de su Prefecto, dándole sucesor. Pero la reparación no sirvió de nada, y el César Lucio Ceyonio Cómodo Vero Elio (porque llevaba todos estos nombres) murió como ya hemos dicho. Los funerales fueron dignos de un Emperador y de la dignidad suprema; solamente obtuvo los honores fúnebres. Adriano le lloró como buen padre, pero no como buen príncipe, porque habiéndole preguntado algunos amigos suyos á quién adoptaría, dícese que contestó: «Tenía ya hecha la elección, aun en vida de Vero»; contestación que demuestra su prudencia ó su conocimiento del porvenir. En fin, después de largas incertidumbres, adoptó á Antonino, llamado Pio, á condición de que éste adopta-

ria á su vez á Marco y Vero, y daría su hija á Vero, y no á Marco. Adriano no vivió ya mucho tiempo, atacado como estaba de una enfermedad de languidez y de otros males al mismo tiempo. Frecuentemente decía que «un príncipe debía morir sano y no enfermo.»

Hizo que se erigiesen estatuas colosales á Elio Vero en todo el universo, y templos en algunas ciudades; y quiso, como ya hemos dicho, que, en honor de este príncipe, Antonino Pio adoptase, no solamente á Marco Aurelio, sino que también al hijo de Vero, sobrino suyo, que, después de la muerte de Elio, había quedado en la familia de Adriano. Frecuentemente decía: «Es necesario que la República tenga algo de Vero»; palabras que contradicen terminantemente lo que la mayor parte de los autores han dicho acerca del pesar de Adriano relativamente á esta adopción, puesto que el segundo Vero nada tuvo notable y que pudiese honrar á la familia imperial si no es sus plácidas costumbres. Esto es todo lo que tenía que referir de Vero César. Aunque muchos niegan la necesidad de estos detalles, no he querido omitirlos, siendo mi propósito referir en libros distintos la vida de todos los que, después del dictador César, es decir, después del divino Julio, han sido llamados Césares, Augustos ó príncipes, y que han entrado por adopción en la familia imperial, ó que, siendo hijos ó parientes de los Emperadores, han llevado el nombre de Césares. De esta manera satisfaré á mi propia conciencia.

ANTONINO PÍO,

POR JULIO CAPITOLINO.

Á DIOCLECIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Origen y familia de Antonino Pío.— Su carácter, sus cualidades; motivos por que se le dió el dictado de Pío.— Adriano le encarga la administración de una parte de Italia.— Algunos presagios le anuncian su elevación al trono.— Desórdenes de su esposa.— Llamásele á los consejos de Adriano.— Su adopción por este príncipe.— Su desinterés.— Su respeto á la memoria de Adriano. Sus guerras y sus victorias.— Su moderación, su bondad, su respeto al Senado.— Muerte de su esposa Faustina, que es deificada.— Su deferencia para con sus amigos.— Dulzura de su gobierno.— Su manera de vivir.— Solamente impulsa los trabajos útiles.— Disminuye los gastos que ocasionaba la ostentación imperial.— Sus liberalidades.— Sus obras.— Sus prefectos del pretorio.— No condena á muerte á ningún senador.— Acontecimientos desastrosos que ocurrieron en su reinado.— Su conducta con los reyes aliados de Roma.— Nombra á Apolonio preceptor de Marco Aurelio.— Sus juegos.— Su conducta con sus amigos.— Sus placeres.— Sus costumbres.— Mejora la jurisprudencia.— Sus reglamentos.— Su enfermedad.— Su muerte.— Su testamento.— Su apotheosis.— Su parecido con Numa.

Tito Aurelio Fulvio Boyonio Antonino Pío era originario, por parte de padre, de la ciudad de Nimes, en la

Galia Transalpina. Fué su abuelo Tito Aurelio Fulvio, que, después de desempeñar diferentes magistraturas, fué dos veces cónsul y al fin prefecto de Roma. Su padre Aurelio Fulvio también fué cónsul, varón íntegro y de puras costumbres; fué su abuela materna Boyonia Proclila; su madre, Arria Fadila; su abuelo materno, Arrio Antonino, dos veces cónsul, varón virtuoso y que compadecía á Nerva porque ocupaba el trono; Julia Fadila fué su hermana uterina; tuvo por padrastro, á consecuencia del segundo matrimonio de su madre, á Julio Lupo, varón consular, y por esposa á Annia Faustina, hija de Annio Vero. Tuvo dos hijos y dos hijas. La mayor de éstas le dió por yerno á Lamia Silano, y la menor á Marco Antonino. Antonino Pío nació en una quinta cerca de Lanuvio, el 13 de las kalendas de Octubre, bajo el duodécimo consulado de Domiciano y el primero de Cornelio Dolabela. Educóse en Lauris, en la vía Aureliana, y más adelante construyó allí un palacio, cuyas ruinas todavía se ven hoy. Pasó la infancia con su abuelo materno, después con el paterno, y amó religiosamente á toda su familia; así fué que sus primos, su padrastro y casi todos sus parientes le nombraron heredero.

Era notablemente hermoso, brillante su ingenio, moderados sus gustos; su rostro expresaba nobleza, y su carácter era ameno, poco común su elocuencia y poseía notables conocimientos en literatura. Era extraordinariamente sobrio, protector esclarecido de la agricultura; bueno, generoso, sin envidia por el bien ajeno, y todo esto mesurado y sin ostentación. En una palabra, era un buen príncipe, que, según opinión de todos los hombres honrados, merece que se le compare con Numa Pompilio. El Senado le dió el nombre de Pío (1), bien porque

(1) No se sabe exactamente por qué lleva Antonino el nombre de Pío. Los escritores griegos como los latinos dan muchas razones para explicarlo. Xifilino dice: «La historia de Antonino Pío no se encuentra en las obras de Dion, de las que debe

un día, delante de aquella asamblea, presentó la mano á su abuelo, debilitado por la edad (lo que á la verdad no justifica suficientemente el título, porque es más impío no cumplir este deber, que piadoso cumplirlo), bien por haber salvado la vida á aquellos á quienes mandó matar Adriano durante su enfermedad, sea porque después de la muerte de este príncipe hizo, contra el deseo general, que se le tributasen infinitos é inmensos honores, sea porque habiendo querido matarse Adriano, consiguió á fuerza de vigilancia y cuidados impedir que realizase su propósito, sea, en fin, y esto parece más verosímil, á causa de su inagotable bondad y de la constante felicidad que se gozó durante su reinado. Dió su dinero al 3 por 100 (*Fœnus trientarium*) (1), es decir, al interés más bajo, y auxilió con su caudal á considerable número de personas. Distinguió su cuestura por sus liberalidades, y su pretura por su magnificencia. Compartió el consulado con Catilio Severo. Pasó en el campo casi todo el tiempo de su vida privada, y por todas partes se portó con distinción. Adriano le colocó en el número de los cuatro varones consulares á quienes estaba encargada

haberse perdido alguna parte. Por esta razón no se sabe casi nada de él, si no es que, habiendo muerto Cómodo, adoptado por Adriano, antes que éste, Antonino fué adoptado en su puesto. Sábese también que el Senado, detestando la memoria de Adriano, porque había hecho morir á los varones más distinguidos del Imperio, y negándose por esto á concederle los honores divinos, Antonino suplicó, con lágrimas en los ojos, que no se le hiciese aquella ofensa, diciendo, entre otras cosas, para ablandar á los senadores, que si tenían á Adriano por enemigo, si condenaba su memoria y anulaba lo que había mandado, él anularía su adopción y su elección para gobernar el Imperio. Estas palabras conmovieron al Senado que, por respetos á Antonino y por temor á los soldados, colocó á Adriano en el número de los dioses. Dion dice que Antonino recibió el nombre de Pío, porque habiendo sido acusados muchos al comenzar su reinado, y algunos llevados al suplicio, les perdonó la vida diciendo que no quería comenzar su imperio con aquella ejecución tan repugnante.»

(1) El *trienis* valía cuatro onzas, es decir, la tercera parte de las ó libra romana.

la administración de Italia y le dió el gobierno de la parte de este territorio donde tenia mayor número de posesiones, para conciliar por este medio su gloria y tranquilidad (1).

Cuando gobernaba la Italia, un presagio le anunció su advenimiento al Imperio, y fué que, en el momento en que ocupaba su tribunal, oyó, entre otras exclamaciones, estas palabras: «Augusto, que los dioses te conserven.» En su consulado del Asia sobrepujó la gloria de su abuelo, que hasta entonces no habia tenido rival. También recibió allí, durante su reinado, un presagio del Imperio; porque la sacerdotisa de Tralis, en vez de saludarle con su título, como lo hacia con todos los demás, esto es, «Salud, Procónsul», le dijo: «Salud, Emperador.» En la ciudad de Cizico trasladaron una corona de la estatua de un emperador á la suya. Después de su consulado, un toro de mármol colocado en una pradera, se encontró suspendido por los cuernos de un árbol, que lo habia levantado al crecer. Con tiempo despejado cayó un rayo en su casa, sin ocasionar daño alguno. En la Etruria, unos toneles que habían enterrado aparecieron sobre el suelo. Enjambres de abejas cubrieron sus estatuas en toda la extensión del país. Frecuentemente se le advirtió en sueños que colocase la imagen de Adriano entre sus dioses penates. Perdió su hija mayor en el momento de partir para su proconsulado. Mucho se ha hablado de su esposa, á causa de su desordenada y licenciosa vida, que le causó amargos y secretos pesares. Después de su proconsulado vivió habitualmente en Roma; con frecuencia le llamaron á los consejos de Adriano, y en los asuntos sometidos á su experiencia se declaró siempre partidario de la benignidad.

Dícese que su adopción se verificó de esta manera. Después de la muerte de Elio Vero, á quien habia dado

(1) Créese que se trata aquí de la Campania, que hoy forma la mayor parte de la Tierra de labor. En esta comarca se encontraban las posesiones principales de Antonino.

Adriano, al adoptarlo, el título de César, reunióse el Senado. Arrio Antonino marchó á él, ayudando á andar á su abuelo; y según algunos, esto fué lo que hizo que Adriano le adoptase. Pero, á la verdad, este motivo no pudo ni debió ser el único, habiendo Antonino merecido siempre bien de la República, y habiéndose distinguido en su proconsulado por la pureza de sus costumbres y utilidad de sus actos. Así, pues, cuando Adriano dió á conocer que queria adoptarlo, fijaron un término á Antonino para que declarase si aceptaba la adopción. La ley de esta adopción fué que, así como Adriano adoptaba á Antonino, éste adoptaria á su vez á Marco Antonio, hijo de su cuñado, y á Lucio Vero, conocido en lo sucesivo con el nombre de Vero Antonino, é hijo del Elio Vero adoptado por Adriano. Antonino fué adoptado el 5 de las kalendas de Marzo. En presencia del Senado dió gracias á su padre por su benevolencia con él, y fué nombrado colega con el Emperador en el mando proconsular y autoridad tribunicia. El primer rasgo que se cita de él después de su adopción, es que habiendo censurado su esposa su reserva en no sé qué regalo hecho á su servidumbre, le dijo: «Debes saber, insensata, que estando llamados al Imperio, lo que tenemos no nos pertenece ya.» De su propio caudal dió un congiario á los soldados y al pueblo y todo lo que Adriano habia ofrecido; contribuyendo en gran manera á la terminación de las obras comenzadas por este principe; devolvió á Italia todo el dinero coronario ofrecido con motivo de su adopción y la mitad á las provincias.

Mientras su padre adoptivo vivió, le estuvo religiosamente sometido. Habiendo muerto éste en Bayas, trasladó sus restos á Roma con grandes muestras de respeto y veneración y los depositó en los jardines de Domicia (1), y él mismo le colocó en el rango de los dioses á pesar de unánime oposición. Permitió que el

(1) Tía de Nerón; sus jardines ocupaban el terreno sobre que se alza el castillo de Sant'Angelo.

Senado diese á su esposa Faustina el título de Augusta, y él recibió el nombre de Pio. Con mucha gratitud aceptó las estatuas que decretaron á su padre, á su madre, á sus abuelos y hermanos que ya habían muerto; pero rechazó todos los honores que querían tributarle á él mismo, exceptuando los juegos del Circo, destinados á celebrar el aniversario de su nacimiento. Consagró un escudo magnífico á Adriano, y le dió sacerdotes. Á su advenimiento al trono, no removió á ninguno de los que habían recibido cargos del Emperador. Tan constante era en sus elecciones, que dejó durante siete años, y hasta durante nueve, en sus respectivas provincias á los gobernadores que obraban bien. Hizo muchas guerras por medio de legados; venciendo Lolio Urbico á los Bretones, y haciendo levantar, después de rechazar á aquellos bárbaros, otra muralla de césped. Los moros quedaron reducidos á pedir la paz. Los gobernadores de las provincias y sus generales sometieron á los Germanos, los Dacios, otros muchos pueblos y los Judíos que se habían sublevado. También sofocó rebeliones en Acaja y en Egipto.

Con bastante frecuencia reprimió á los Alanos, que se agitaban. Mandó á sus delegados que empleasen mucha dulzura en la percepción de los impuestos, é hizo dar estrecha cuenta de su conducta á los que se excedían. Jamás se regocijó por utilidad alguna que fuese carga para las provincias, y escuchaba gustoso las quejas que se le dirigían contra los intendentes. Pidió al Senado el perdón de los condenados por Adriano, diciendo que aquel príncipe se lo hubiese otorgado de haber vivido. Con su extraordinaria afabilidad templó la majestad imperial, con lo cual ganó mucho á despecho de los cortesanos que ya no podían, con un príncipe que todo lo hacía por sí mismo, asustar á los pueblos ni vender en secreto los cargos. Siendo Emperador mostró tanto respeto al Senado, como siendo simple ciudadano había deseado que el Emperador le mostrase. Recibió con profundo agradecimiento el título de Padre de la patria que

le ofreció el Senado, y que había rehusado la primera vez. En el tercer año de su reinado perdió á su esposa Faustina: el Senado le tributó los honores divinos, y le decretó juegos en el Circo, un templo, sacerdotisas y estatuas de oro y de plata. Él mismo consintió que se llevase la imagen de la Emperatriz á todos los juegos del Circo, y aceptó la estatua de oro que el Senado le concedió. A petición de los senadores creó cónsul á M. Antonino, que era cuestor y designó para la cuestura, antes de la edad, á Annio Vero, llamado más adelante Antonino. Nada establecía para las provincias; nada importante decretaba sin consultarlo antes con sus amigos, y sus edictos reflejaban la opinión de éstos. Siempre recibía como simple particular y ocupado en los asuntos domésticos.

Con tanto cuidado y atención gobernó los pueblos que le estuvieron sometidos como si le pertenecieran sus bienes (1). Bajo su reinado florecieron todas las provincias. Desaparecieron los delatores (*Quadruplatores*) (2). La confiscación de bienes fué más rara que nunca. Solamente se vendieron, y esto por orden del Senado, los de un ciudadano, Atilio Taciano, culpable de haber aspirado á la tiranía. El Emperador no quiso que se buscase á sus

(1) Todos están de acuerdo, dice Xifilino, para asegurar que Antonino fué un buen Príncipe; que no oprimió á ningún súbdito y que jamás persiguió á los cristianos, sino que, al contrario, les respetó y, en cierto modo, sobrepujo las muestras de estimación y honor que Adriano les había dado. Eusebio el filósofo inserta en su historia cartas en las que Adriano amenaza bajo juramento castigar á los que maltraten á los cristianos ó les acusen ante los jueces. Dícese que Antonino cuidaba minuciosamente hasta de las cosas más pequeñas, exponiéndole esto á la burla pública.

(2) Llamábase de este modo á los delatores ó acusadores públicos, bien porque recibiesen á título de salario la cuarta parte de los bienes de los criminales, bien que procediese el nombre de la multa que se imponía á los condenados, ó como otros pretenden, porque los perseguidos por ellos tenían que pagar el cuádruplo como los culpables de usuras ilícitas y trampas en el juego.

cómplices, y en muchas ocasiones socorrió á su hijo. Prisciano, reo del mismo delito, pereció, pero por muerte voluntaria; prohibiendo el Emperador que se profundizase en aquella conjuración. Antonino Pío desplegó en su manera de vivir opulencia sin fausto y economía sin avaricia. Solamente sus esclavos, pajareros, pescadores y cazadores proveían á las necesidades de su mesa. Cuando ya se había bañado, abría gratuitamente sus baños al pueblo, y nada cambió en las costumbres de su vida privada. Suprimió los honorarios de muchos ciudadanos que los recibían sin ganarlos, diciendo «que nada era tan contrario á la justicia y hasta á la humanidad, como dejar la República en manos de ociosos que no le prestaban ningún servicio.» Esta razón le impulsó también á disminuir la pensión del poeta lírico Mesomedes (1). Conocía con exactitud las rentas é impuestos de las provincias: destinó á su hija sus bienes particulares, pero entregó el producto á la República. Vendió aquellos muebles y propiedades imperiales que le parecieron superfluos, y alternativamente, según las estaciones, vivió en tierras suyas. Solamente emprendió viajes para visitar las posesiones que tenía en la Campania diciendo: «Que el cortejo de un príncipe, aunque se redujese mucho, siempre era una carga para las provincias.» Y aunque permaneciese en Roma para recibir allí las noticias que aflúan como á centro del Imperio, no por esto dejó de tener mucha autoridad sobre todos los pueblos.

Dió un congiario al pueblo y añadió el donativo á los soldados. En memoria de Faustina dedicó un fondo especial al mantenimiento de doncellas, que recibieron el nombre de Faustianas. Las obras que construyó en Roma son: el templo de Adriano dedicado á este Emperador; el Greco-estadio, reconstruído después de un incendio; la restauración del Anfiteatro; el sepulcro de

(1) Dice Suidas que Adriano estimaba mucho al poeta lírico Mesomedes, natural de Creta, porque celebró á su querido Antinoo.

Adriano; el templo de Agripa; el puente sostenido en pilas de madera; la restauración del Faro; el puente de Cayeta; reparaciones en el de Terracina; los baños de Ostia; los acueductos de Ancio y los templos de Lanuvio. Concedió socorros en dinero á considerable número de ciudades, bien para construir edificios nuevos, bien para reparar los antiguos. También dió á los magistrados y senadores de Roma medios para sostener su dignidad. Rechazó la herencia de todos aquellos que tenían hijos, y fué el primero que estableció la nulidad del legado que se hiciese á aquel que había merecido un castigo. Jamás removió á ningún juez bueno durante su vida, exceptuando el pretor de Roma Osfito que le pidió sucesor. Bajo su mando fué prefecto del pretorio durante veinte años Gavio Máximo: éste era muy austero y tuvo por sucesor á Tacio Máximo, á cuya muerte creó el Emperador dos prefectos, Fabio Repentino y Cornelio Victorino; pero el primero quedó manchado con la sospecha de haber obtenido el cargo por una concubina del Emperador. Tan cierto es que, bajo Antonino, no fué condenado á muerte ningún senador, que á un miembro de este orden que se confesó parricida, se le relegó á una isla desierta, porque las leyes de la naturaleza le condenaban á morir. El Emperador conjuró una escasez comprando de su propio peculio vino, aceite y trigo, que mandó distribuir gratuitamente al pueblo.

Ocurrieron durante su reinado las siguientes desgracias: el hambre de que acabamos de hablar; el derrumbamiento del Circo; un terremoto (1) que destruyó en la

(1) Dicese que bajo su reinado ocurrió en Bitinia y en el Hellesponto un terremoto terrible, en el que quedaron arruinadas muchas ciudades, entre ellas las de Cizico, destruyéndose por completo el templo de ésta, que era uno de los más grandes y hermosos del mundo. Sus columnas eran de una sola pieza, aunque tenían diez y seis pies de diámetro y cincuenta codos de altura. Dicese que el mismo terremoto, habiendo abierto la cumbre de una montaña, hizo penetrar en la tierra agua y espuma del mar.

isla de Rodas y en Asia muchas ciudades que el Emperador hizo reedificar en seguida. En Roma ocurrió un incendio que devoró trescientas cuarenta casas aisladas ó contiguas. Fueron presa de las llamas la ciudad de Narbona, la de Antioquía y el Foro de Cartago. Desbordóse el Tiber; presentóse un cometa cabelludo; nació un niño con dos cabezas, y una mujer dió á luz cinco niños en un parto. En la Arabia se vió una serpiente con crines, extraordinariamente grande, que se devoró desde la cola hasta la mitad del cuerpo. También affligió la peste á este país. En la Mesia se vió crecer la cebada en la copa de los árboles. En fin, cuatro leones, abandonando su ferocidad, se dejaron coger pacíficamente en la Arabia. El rey Pharasmano fué á Roma á visitar á Antonino y le mostró más deferencia que á Adriano. El Emperador nombró á Pacoro Rey de los Lades (1). Bastó una carta suya para que el Rey de los Parthos desistiese de su propósito de atacar á los Armenios. Su autoridad fué suficiente para alejar del Oriente al rey Abgaro. Terminó las desavenencias que mediaban entre algunos Reyes. Negó al Rey de los Parthos la silla regia que reclamaba y de la que le despojó Trajano. Envió á Rime-thalces al reino del Bósforo después de enterarse de las desavenencias suscitadas entre él y el intendente de la provincia. Envió socorros al Ponto á los Oblipólitos contra los Tauro-scitas, obligando á éstos á que entregasen rehenes á los primeros. Nadie tuvo más influencia que él sobre las naciones extranjeras, aunque siempre buscó la paz, repitiendo frecuentemente estas palabras de Escipión: «Que prefería conservar un solo ciudadano á matar mil enemigos.»

El Senado decretó que los meses de Septiembre y Octubre se llamarían Antoniano y Faustiniario, pero Antonino no lo consintió. Celebró con grande magnificencia el matrimonio de su hija Faustina con Marco Antonio,

(1) Los Lades habitaban un país que hoy forma parte de la Georgia.

y con este motivo concedió un donativo á los soldados. Nombró á Vero Antonino cónsul después de su cuestura. Había hecho venir de Calcis al filósofo Apolonio, llamándole al palacio del Tiber, donde habitaba, para encargarle la educación de Marco Antonino. Habiéndole dicho el filósofo «que no era propio del maestro ir á buscar al discípulo, sino que el discípulo debía ir á buscar al maestro», Antonino le contestó riendo: «Más fácil ha sido á Apolonio venir de Calcis á Roma que desde su casa á este palacio.» También echó de ver su avaricia en la cuestión de su estipendio (1). Entre las pruebas de la bondad de Antonino se encuentra la de que, viendo á Marco llorar la pérdida de su preceptor, y á los cortesanos impidiéndole que mostrase su dolor, les dijo: «Permitidme que sea hombre: ni la filosofía ni la diadema destruyen los afectos.» Enriqueció á sus prefectos y les concedió los ornamentos consulares. Si condenó á algunos ciudadanos por el delito de concusión, devolvió su caudal á sus hijos, pero con la obligación de restituir á las provincias lo que las habían extraído. Siempre se mostró dispuesto á perdonar. Dió juegos en los que se presentaron elefantes, leocrocotos (2), strepsiceros (3), cocodrilos, hipopótamos, tigres y otros muchos animales procedentes de toda las comarcas de la tierra.

Con sus amigos se condujo en el mando de la misma manera que antes de llegar á él; así fué que jamás recurrieron para aprovechar su favor á la mediación de sus libertos, con los que se mostraba muy severo. Alentó el ingenio de los actores; sus mayores placeres eran la

(1) Conocida es la frase del filósofo cínico Demonax, que al ver á Apolonio con muchos discípulos suyos, exclamó: «Ahí va Jasón con sus argonautas», para indicar que Apolonio había venido á la corte con el único objeto de enriquecerse.

(2) Plinio dice que el leocrocoto nace de la unión de la hiena con el león de Etiopía, y que imita la voz humana, como también el balido del cordero. Parece que también se le llama *cro-cotta*.

(3) Según Buffón, este es el antilope de los antiguos.

pesca, la caza, el paseo con sus amigos y la conversación, pasando con ellos como simple particular el tiempo de las vendimias. En todas las provincias concedió honores y honorarios á los retóricos y filósofos. Algunos escritores atribuyen á otros las oraciones publicadas bajo su nombre; pero Mario Máximo asegura que son realmente suyas. Convidaba á sus amigos á sus banquetes particulares ó públicos. Jamás se hizo sustituir en ningún sacrificio, á no ser que se encontrase enfermo. Cuando solicitaba dignidades para él ó para sus hijos, lo hacía como los demás ciudadanos. También asistió muchas veces á los banquetes de sus amigos. Citase el rasgo siguiente, entre otras pruebas, de la dulzura de su carácter: Había ido á casa de Omulo, y llamándole la atención la belleza de unas columnas de pórfido, le preguntó dónde las había adquirido, contestándole Omulo: «Cuando entres en casa ajena debes ser mudo y sordo», broma que el Emperador recibió muy bien, como recibía todas las de Omulo.

Ocupóse mucho de la jurisprudencia, ayudándole los juriconsultos Vinidio Vero, Salvio, Valenta, Volusio Meciano, Ulpio Marcelo y Yabolenio. Calmó todas las sediciones que estallaron con su prudencia y bondad, sin recurrir á medios crueles. Prohibió que enterrasen los muertos dentro de las ciudades (1). Ordenó los gastos de los combates de gladiadores. Cuidó muchísimo de moderar el uso de carrozas, y dió cuenta al Senado y al pueblo de todo lo que hizo. Murió á la edad de setenta años (2), y fué tan sentido como si hubiese sido arreba-

(1) Parece extraña esta prohibición, puesto que ni los Romanos, ni los Atenienses, ni otros muchos pueblos grandes, enterraban sus muertos dentro de las ciudades. Pero algunos dicen que ciertos personajes tenían este derecho; que á medida que el cristianismo se propagaba, se consideró como superstición que debía rechazarse la costumbre de enterrar los muertos fuera de las ciudades, y que esto fué lo que movió al Emperador para que renovase la prohibición que ya había hecho Adriano.

(2) Quadrato ha dicho que Antonino vivió hasta edad muy avanzada y que su muerte fué tranquila como plácido sueño.

tado en la flor de la edad. Dicese que su muerte ocurrió de esta manera: habiendo comido una tarde con demasiada avidez queso de los Alpes, tuvo vómitos durante la noche, y á la mañana algunos estremecimientos de fiebre. Al tercer día, viendo que el mal se agravaba, recomendó á M. Antonino la República y su hija delante de los prefectos, é hizo que llevasen á casa de este príncipe la estatua de oro de la Fortuna, que está siempre en la alcoba de los Emperadores. Dió por consigna al tribuno de servicio: «Tranquilidad de ánimo», y volviéndose en seguida, como si quisiera dormir, espiró en su casa de Lorio. En los momentos en que la fiebre le atacaba á la cabeza, solamente hablaba de la República y de los reyes que le habían disgustado. Dejó su patrimonio á su hija, y en el testamento legados idóneos á los suyos.

Fuó de estatura elevada y elegante; pero habiéndole encorvado la edad, llevaba para mantenerse derecho al andar, una manera de corsé hecho de tablillas de tilo. En la ancianidad tomaba, antes de recibir á los que se presentaban á saludarle, un poco de pan seco para mantener sus fuerzas. Su voz, aunque algo ronca, era sonora y hasta agradable. El Senado le colocó en la categoría de los dioses, de acuerdo con todos los ciudadanos, que á porfía celebraban su piedad filial, su clemencia, su talento y la pureza de sus costumbres. También le concedieron todos los honores decretados hasta entonces para los mejores príncipes. Tuvo un flamin, juegos circenses, un templo y sacerdotes llamados Antoninianos. De todos los Emperadores fué el único que vivió, en cuanto dependió de él, sin derramar sangre de ciudadanos ni de enemigos; y con razón se le puede comparar á Numa, cuya dicha, piedad y tranquilidad en el mando gozó, mereciendo hasta sus honores después de la muerte.

M. ANTONINO EL FILOSOFO,

POR JULIO CAPITOLINO.

SUMARIO.

Familia de Marco Antonio.—Su nacimiento.—Sus nombres.—Su afición al estudio de la filosofía.—Sus maestros.—Su respeto hacia ellos.—Sus primeras dignidades.—Presagio de su advenimiento al Imperio.—Su desinterés. Sus gustos.—Su carácter.—Su adopción por Antonino Pío.—Sus virtudes.—Sus dignidades bajo Antonino Pío.—Su matrimonio con la hija del emperador.—Su influencia con este príncipe.—Sucede á Antonino Pío y toma á su hermano por colega.—Funerales del difunto Emperador.—Guerras y desastres perturban el reinado de los dos Emperadores.—Vero marcha contra los Parthos.—Entrégase á los placeres en Siria.—Antonino cuida de todo desde Roma.—Triunfo de Stacio Prisco en Armenia.—Antonino casa á su hija con Vero.—Sus leyes para asegurar el estado de los ciudadanos.—Su deferencia al Senado.—Su celo por la justicia.—Sus reglamentos.—Su bondad.—Triunfa con Vero.—Su modestia.—Sus preparativos de guerra contra los Marcomanos.—Estragos de la peste en Roma.—Los dos Emperadores marchan contra los bárbaros.—Resultado de esta campaña.—Muerte de Vero.—Marco Aurelio coloca á Vero en el rango de los dioses.—Se le acusa de haberle hecho morir.—La muerte de Vero permite á Marco Aurelio mostrar todas sus virtudes.—Sus triunfos militares.—Vende públicamente el mobiliario imperial.—Su muerte.—Demostraciones del cariño público.—Diferentes opiniones acerca del nacimiento de Cómodo.—Alocución de Diocleciano.—Marco Aurelio da á entender al Senado que se felicita de la muerte de Vero.—Casa á su hija con Pompeyano.—Triunfos de sus legados.—Pierde un hijo de siete años de edad.—Sus preparativos de guerra contra los Marco-

manos.—Sus triunfos militares.—Atiende á los placeres del pueblo.—Sus reformas.—Revolta de Avidio Casio.—Muerte del rebelde.—Clemencia de Marco Aurelio.—Sus virtudes le hacen querido en todo el Oriente.—Su conducta con la familia de Casio.—Regresa á Roma y vuelve á partir para la guerra.—Su opinión acerca de Cómodo.—Su enfermedad y muerte.—Censuras más ó menos fundadas que le dirigieron sus contemporáneos.

Marco Antonino, que se dedicó durante toda su vida al estudio de la filosofía y que sobrepujó en pureza de costumbres á todos los Emperadores, era hijo de Antonio Vero, que murió siendo pretor. Su abuelo Antonio Vero, cónsul y prefecto de Roma, fué agregado á los patricios por los emperadores Vespasiano y Tito, durante su censura. Su tío paterno, Antonio Libon, fué cónsul; su tía Galeria Faustina llevó el título de Augusta; su madre, Domicia Calvila, era hija de Calvisio Tulo, que había obtenido dos veces el consulado. Su bisabuelo paterno, Annio Vero, después de haber ejercido la pretura en el municipio de Suceuba, en España, fué senador. Su bisabuelo materno, Catilio Severo, fué dos veces cónsul y prefecto de Roma. Su abuela paterna era Rupilia Faustina, hija del consular Rupilio Bono. Marco Antonino nació en Roma el seis de las kalendas de Mayo, en los jardines del monte Celio, bajo el segundo consulado de su abuelo y el de Augur. Está demostrado, como dice Mario Máximo, que el origen de esta familia remonta hasta Numa y hasta el rey Salentino Malennio, hijo de Dasumno, que fundó á Lupias. Educóse en el mismo punto en que nació y en la casa de su abuelo Vero, cerca del palacio de Laterano. Tuvo una hermana menor que él, Annia Cornificia, siendo prima hermana suya su esposa Annia Faustina. Primeramente llevó el nombre de su abuelo y de su bisabuelo materno Catilio Severo. Pero después de la muerte de su padre, Adriano le llamó Annio Aerisimo, y cuando hubo tomado la toga viril, habiendo muerto ya su padre, le educó y adoptó su abuelo paterno con el nombre de Annio Vero.

Por la gravedad de su carácter fué muy notable desde la infancia. En cuanto dejaron de cuidarle mujeres, quedó encargado á proceptores hábiles (1), y estudió filosofía, siendo sus maestros en los trabajos elementales el literato Euforion, el cómico Gemino y el músico Andron, que también le enseñó geometría, á quienes mostró siempre mucha deferencia. Aprendió el griego con el gramático Alejandro, y diariamente se ejerció en la lengua latina con Trosio Aper, Polion y Eutiquio Próculo Siciense. Estudió con los oradores griegos Antonio Marco, Caninio Céler y Herodes Atico, siendo su profesor de elocuencia latina Fronton Cornelio (2), á quien

(1) Xifilino nombra los cuatro maestros de Marco Aurelio, y dice «que consiguió grandes auxilios de las bellas letras, la retórica y la filosofía. Sus proceptores fueron, en la primera, Fronton y Herodes, y en la segunda, Rústico y Apolonio, que pertenecían á la escuela de Zenón. Su afición al estudio hacía que muchos la fingiesen para atraerse sus generosidades. Pero además del estudio, tenía excelente carácter, y antes de haber conversado con filósofos, por sí mismo se inclinaba á la virtud. Desde su infancia se granjeó, por sus bellas cualidades, el amor de sus deudos, que eran los más poderosos y ricos del Imperio. Por esta razón le adoptó Adriano, sin que este honor le hiciese perder nada de su moderación. Continuamente leía las obras de los oradores y filósofos griegos y romanos. Herodiano acentúa más el elogio, diciendo que todas las virtudes le fueron igualmente habituales; apreció mucho á las antiguas, poseyéndolas por completo, sin ceder en esto á ningún romano, ni tampoco á ningún griego, como todavía puede verse por lo que nos queda de sus escritos y de sus frases notables. Era príncipe moderado, afable y de fácil acceso. Presentaba la mano á cuantos se acercaban á saludarle, y no consentía que su servidumbre rechazase á ninguno. De cuantos príncipes han tomado el nombre de filósofos, éste solamente lo ha merecido; no haciéndolo consistir en conocer las doctrinas de todas las escuelas y saber discutir de todas las cosas, sino en la severa y constante práctica de la virtud. Los súbditos se honran imitando á su príncipe, y por esto jamás se vió tanto número de filósofos como bajo su reinado.» En seguida añade: «Muchos hombres hábiles han escrito su vida, describiendo sus virtudes cívicas y militares, su prudencia y su valor.»

(2) Cornelio Fronton había adquirido mucha influencia, llegando á ser el abogado más notable de Roma.

consideró mucho, llegando á pedir al Senado una estatua para él. A Próculo le elevó hasta el proconsulado, encargándose de los gastos inherentes á este cargo. Desde niño mostró velémente pasión por la filosofía: á los doce años tomó el traje de filósofo, conservando en lo sucesivo la austeridad de éstos. Estudiaba envuelto en el manto griego, acostábase en el suelo (1), y no cedía sino con mucho trabajo á las instancias de su madre, para que colocasen sobre su lecho algunas pieles. También estudió con Cómodo, del que había de llegar á ser pariente; y asimismo tuvo como maestro el filósofo estoico Apolonio Calcedonense.

Tal fué su afición á la filosofía que hasta después de ascender á la dignidad imperial continuó yendo á casa de Apolonio para escuchar sus lecciones. También fué discípulo de Sexto y de Queroneo, nieto de Plutarco, de Junio Rústico, de Claudio Máximo y de Cinna Catulo, todos estoicos. En cuanto á la Peripatética tomó lecciones de Claudio Severo y especialmente de Junio Rústico, cuya persona reverenció siguiendo su doctrina. Era Rústico varón tan eminente en la guerra como en la paz, y que había profundizado la filosofía estoica. Nada hacía Antonino sin consultarle, le abrazaba siempre delante de los prefectos del pretorio, le designó dos

(1) Esta afición al trabajo y el austero régimen que se imponía, alteraron profundamente la constitución de Marco Aurelio. Xifilino dice: «Marco Antonino tenía temperamento tan delicado, que no podía soportar el frío. Cuando reunía á los soldados y quería arengarles, se retiraba antes para tomar algún alimento. Solamente comía de noche, y durante el día no tomaba otra cosa que triaca, no para que le sirviese de contraveneno, sino á manera de remedio y para aliviar la debilidad de su estómago.» El mismo escritor añade: «Su asiduidad en el estudio había alterado mucho su temperamento, á pesar de que había sido bastante robusto para aprender todos los ejercicios y matar á caballo jabalíes. Alterada de esta suerte su salud, estuvo enfermo casi todo su reinado; siendo lo más admirable que, á pesar de tantas enfermedades, pudiese dirigir los asuntos más importantes y conservar el Imperio.

veces cónsul, y después de su muerte pidió al Senado estatuas para él. Tanto respeto profesaba este príncipe á sus maestros, que conservaba sus imágenes en oro en su *larario* (oratorio), llegando hasta á sacrificar sobre sus tumbas, constantemente adornadas con flores. También aprendió derecho con L. Volusio Meciano; y con tanto afán se entregó al estudio, que se debilitó su naturaleza, siendo esto lo único que se le reprendió durante su juventud. Frecuentó las escuelas públicas de los declamadores, y entre sus compañeros de estudios tuvo estrecha amistad, en el orden de los senadores, con Seyo Lusiano y Aufidio Victorino; y en el de los caballeros, con Bebio Longo y Caleno, á quienes colmó de favores, enriqueciendo á los que, por su nacimiento, no podía colocar al frente de los negocios.

Educóse en la intimidad de Adriano, que, como ya hemos dicho, le llamaba Verísimo, y que le concedió, á la edad de seis años, el derecho de servirse de los caballos del Estado, y á los ocho el honor de formar parte del colegio de los Salianos (1). En esta época tuvo un presagio de su advenimiento al Imperio (2); el día en que, según costumbre, todos los sacerdotes de aquel colegio arrojaron coronas sobre el lecho sagrado de Marte, aquellas coronas cayeron á uno ú otro lado, pero la suya, como si la hubiera dirigido una mano, fué á colocarse sobre la cabeza del dios. Durante su sacerdocio fué ordenador de las ceremonias salianas, director de la música (*rates*) (3) y maestro de las iniciaciones. Consagró muchos sacerdotes y destituyó otros, sin auxilio de nadie, porque había aprendido todos los himnos necesarios.

(1) Para ser admitido en el número de los Salianos era necesario pertenecer á familia patricia y tener vivos los padres.

(2) Parece que Marco Aurelio no tuvo más que este presagio. Xifilino dice: «Antes de ascender al Imperio tuvo un sueño, en el que se vio con brazos y manos de marfil, de las que se servía para todo.»

(3) El *cate* era propiamente *praecantor*, el que entonaba y dirigía el canto.

A la edad de quince años tomó la toga viril, y por voluntad de Adriano, quedó desposado en seguida con la hija de L. Ceyonio Cómodo. Poco después fué creado prefecto de Roma durante las ferias latinas (1). En estas funciones, que desempeñaba por los magistrados ordinarios, y en los festines del Emperador, desplegó extraordinaria magnificencia. En seguida cedió á su hermana todo el caudal que procedía de su padre, y cuando su madre le llamó á partir, le contestó que le bastaban los bienes de su abuelo, añadiendo que la dejaba en completa libertad para dar á su hermana lo que poseía, porque deseaba que no fuese menos rica que su esposo. Sus costumbres eran tan sencillas, que algunas veces tenían que obligarle para que asistiese á las cazas del Circo, para que se presentase en el teatro y presidiese los espectáculos. También aprendió la pintura, siendo su maestro Diogneto. Tenía afición al pugilato, á la lucha, á la carrera y caza de aves; era muy diestro en la pelota y la caza; pero su afición á la filosofía le separó de todas estas distracciones, dándole mucha gravedad, aunque sin hacerle perder el atractivo que desplegaba en el trato con sus amigos, y hasta con las personas que menos le conocían. Era sobrio sin ostentacion, bueno sin debilidad y grave sin tristeza.

Así estaban las cosas, cuando habiendo muerto Lucio César, tuvo que pensar otra vez Adriano en tomar sucesor. Encontrando demasiado joven á Marco Aurelio, porque solamente tenía diez y ocho años, eligió á Antonino Pío, casado con la tía de Marco Aurelio, pero á condición de que Antonino adoptaría á Marco Aurelio, y éste á Lucio Cómodo. En el mismo día de su adopción, soñó Vero que tenía hombros de marfil, y ha-

(1) Los habitantes de Roma y los latinos acudían anualmente, en días señalados, al monte Albano para hacer sacrificios á Júpiter Lacial. Nombrábase entonces un patricio para prefecto interino de Roma durante los días consagrados á aquel acto religioso.

biendo ensayado si podían soportar carga, los encontró más fuertes que los suyos. Más pesar que alegría experimentó al saber que le había adoptado Antonino, y con mucho disgusto dejó los jardines de su madre por el palacio del Emperador. Habiéndole preguntado las personas de su comitiva por qué le entristecía aquella gloriosa adopción, les demostró los enojos unidos á la autoridad suprema. Entonces fué cuando en vez de Annio se le llamó Aurelio, porque el derecho de adopción le había hecho pasar á la familia Aurelia, es decir, á la de los Antoninos. Fué, pues, adoptado á la edad de diez y ocho años, bajo el segundo consulado de su padre Antonino; y habiendo hecho Adriano que se le dispensase la edad, se le designó cuestor. A pesar de este parentesco con una familia soberana, profesó á todos los suyos igual respeto que les mostraba anteriormente. Tan económico y laborioso en el palacio como en su casa, no quiso hacer nada, hablar y ni siquiera pensar, sino siguiendo los principios de su padre.

Cuando Antonino Pío fué á buscar los restos de Adriano, muerto en Bayas, quedó en Roma Marco Aurelio; tributó los últimos honores á su abuelo, y, como cuestor ordinario dió un combate de gladiadores. Inmediatamente después de la muerte de Adriano, Antonino Pío, declarando nulos los esponsales de Marco Aurelio con la hija de Lucio Ceyonio Cómodo, hizo que la Emperatriz le ofreciese la mano de su hija; pero siendo todavía demasiado joven Marco Aurelio, pidió tiempo para pensarlo. Hecho esto, el Emperador le designó para colega suyo en el consulado, á pesar de que todavía era cuestor; al mismo tiempo le atorgó el título de César y le creó sevir (1) de caballería. Sentóse á su lado el día que dió con sus colegas los juegos severales, y le asignó por morada el palacio del Tiber, le rodeó, á pesar suyo, con todo el aparato de la autoridad, le re-

(1) Jefe de una de las seis decurias de la caballería romana.

ibió, por decreto del Senado, en el colegio de los sacerdotes, y, al tomar posesión de su cuarto consulado, le designó cónsul por segunda vez. Colmado de honores y admitido á todos los consejos de su padre, que quería instruirle en el gobierno de la República, no mostró menos afán por el estudio. Poco después casó con Faustina, de la que tuvo una hija. Revistiósele en seguida del poder tribunicio y de la autoridad proconsular fuera de Roma, distinciones á las que se añadió el derecho de proponer al Senado cinco asuntos en la misma sesión (1). De tanta influencia gozaba con Antonino Pio, que difícilmente ascendía este príncipe á alguno sin su consentimiento. Siempre mostró profunda deferencia á su padre Antonino, contestando así á las calumnias secretas que propalaron contra él algunos envidiosos, especialmente Valerio Omulo, que viendo á Lucila, madre de Marco Aurelio, prosternada en un prado delante de la estatua de Apolo, dijo en voz baja á Antonino Pio: «Está rogando para que termine tu vida y ocupe el trono su hijo.» Pero palabras que no causaron impresión alguna en el ánimo de Antonino; tan conocida era la virtud de Marco Aurelio y tan grande su moderación en el ejercicio de la autoridad.

En tanto aprecio tenía la estimación pública, que siendo todavía niño, prohibió á sus intendentes que hiciesen nada con arrogancia, y devolvió á los parientes de algunos testadores la herencia que éstos le habían

(1) Según unos, este derecho de quinta *relación* consistía en la libertad de proponer al Senado cinco negocios. Otros dicen que solamente concedía el privilegio de proponer cinco veces en el tribunal un asunto juzgado ya; y otros, en fin, que este derecho daba al voto del proponente el valor de cinco. Un decreto del Senado revistió á Augusto vitaliciamente de la autoridad tribunicia, para que en todo tiempo pudiese presentar á aquella asamblea los proyectos de ley que quisiese, sin tener la dignidad de cónsul. Los Emperadores que le siguieron recibieron del Senado el derecho de presentarle dos ó más negocios en la misma sesión, prerrogativa llamada *is prima, secunda, tertia, quarta et quinta relationis*.

dejado. En fin, durante los veintitrés años que vivió en la casa de su padre adoptivo, consiguió que cada día le estimasen más; y en todo este tiempo no se ausentó más que dos veces y cada vez una noche solamente. Cuando Antonino Pio vió acercarse su fin, llamó á sus amigos y á los prefectos, le nombró delante de ellos sucesor suyo en el mando y se los recomendó: en seguida, habiendo dado por contraseña al tribuno «Tranquilidad de ánimo», mandó llevar á la alcoba de Marco Aurelio la estatua de oro de la Fortuna, que, según costumbre, estaba siempre en las habitaciones del emperador Marco Aurelio, entregó á Mumio Quadrato, hijo de su hermana, que acababa de morir, parte de los bienes de su madre. Obligándole el Senado, después de la muerte de Antonino Pio, á hacerse cargo del gobierno, tomó á su hermano por colega, le llamó Lucio Amelio Vero Cómodo (1), le confirió los títulos de César y de Augusto,

(1) En cuanto Marco Antonio tomó posesión del Imperio, después de la muerte de Antonino Pio, que le había adoptado, se asoció Lucio Vero, hijo de Cómodo. Impulsóle á tomar colega su delicada salud y afición al estudio, que le llevaba, á pesar de su autoridad soberana, á presentarse en las escuelas de los filósofos y á escuchar con frecuencia á Sexto de Beocia y al orador Hermógenes. El Emperador profesaba las doctrinas de los estoicos. Lucio se encontraba en la flor de la edad, gozaba de robusta salud y tenía afición á la guerra. En cuanto casó con Lucila, hija de Marco Antonio, marchó para sostener contra los Partos la guerra que había comenzado Vologeso, cuyo éxito le fué al principio tan ventajoso, que habiendo encerrado al ejército romano cerca de Elegia, ciudad de Armenia, donde acampaba por orden de Severiano, destruyó parte de él y se hizo formidable á todas las ciudades de la Siria. En cuanto Lucio Vero llegó á Antioquia, reunió los soldados, eligió jefes, permaneció en aquella ciudad para dar las órdenes necesarias y para proveer á las necesidades del ejército, dejando el mando á Casio. Este sostuvo gallardamente al principio el ataque de Vologeso, en seguida le persiguió en cuanto le abandonaron sus aliados, le llevó hasta Seleucia y Ctesiphonte, incendió la primera y destruyó por completo el palacio que el Rey tenía en la segunda. El fin no correspondió á tan excelentes principios, porque si bien aquel general fué bastante afortunado para llevar sus tro-

y, desde aquel momento, gobernaron juntos la república, viéndose entonces por primera vez la autoridad en manos de dos Augustos. Poco tiempo después recibió el nombre de Antonino; y, como si hubiese sido padre de L. Cómodo, le llamó también Vero, á cuyo nombre unió el de Antonino, desposándole además con su hija Lucila, y con motivo de este enlace, hicieron admitir á la participación en las distribuciones de trigo á los hijos é hijas de los ciudadanos nuevos. Después de arreglar en el Senado todo lo que demandaban las circunstancias, los Emperadores marcharon juntos al campamento pretoriano, y, por su elevación al trono ofrecieron á cada soldado veinte mil sextercios y cantidades proporcionalmente más crecidas á los que tenían mando. Con suntuoso aparato depositaron los restos del Emperador en la tumba de Adriano, ordenando luto público y procediendo solemnemente á los funerales. Desde la tribuna pronunciaron los dos príncipes el elogio de su padre y eligieron entre sus afines un flamin, y entre sus mejores amigos, sacerdotes que recibieron el nombre de Aurelios.

Los dos Emperadores obraron con tal bondad que hasta se olvidó la de Antonino Pio, haciéndole impunemente objeto de sus bufonadas el mimógrafo Marulo. En memoria de su padre dieron un combate de gladiadores. Marco Aurelio se dedicó por completo al estudio de la filosofía, esforzándose en granjearse el amor de los pueblos. Pero la dicha y tranquilidad que se gozaban bajo su mando quedaron inesperadamente turbadas por un desbordamiento del Tiber, el más desastroso que se ha visto: en Roma cayeron al suelo con-

pas á la Siria, perdió, sin embargo, considerable número por hambre ó enfermedades. Mucha fama consiguió Lucio por aquella expedición, pero la fortuna se cansó de favorecer sus empresas, porque, según se dice, habiendo conspirado poco después contra su suegro Marco Antonio, fué envenenado antes de ejecutar sus proyectos. Así habla Xifilino.

siderable número de edificios, perecieron muchos animales y hambre horrorosa puso el colmo á esta calamidad. Marco Aurelio y Vero la suavizaron con sus cuidados y actividad. Al mismo tiempo estalló la guerra con los Parthos, declarándola Bologeso bajo el imperio de Marco Aurelio y Vero, después de haberse preparado bajo Antonino Pio y de haber ahuyentado á Atidio Corneliano, que gobernaba entonces la Siria. Además, era inminente la guerra en Bretaña y los Catts habían hecho irrupción en la Germania y la Rhecía. Calpurnio Agrícola marchó contra los Bretones, y Aufidio Vietorino contra los Catts. Vero quedó encargado, por consentimiento del Senado, de la guerra con los Parthos, y quedó convenido que Antonino permanecería en Roma, donde los negocios exigían su presencia. Sin embargo, marchó con Vero hasta Capua, le dejó para que le acompañasen algunos senadores amigos suyos, y añadió los jefes de todos los cargos. Pero habiendo sabido, á su regreso á Roma, que Vero había caído enfermo en Canusio (Canosa), se puso en marcha para verle, después de haber hecho, en presencia del Senado, solemnes votos por su restablecimiento. Al recibir la noticia de que aquel príncipe había continuado la marcha, regresó á Roma y en seguida cumplió sus votos. Cuando Vero llegó á Siria, se entregó á los placeres en Antioquía y en Dafne, entreteniéndose en combates de gladiadores y luchas de fieras. Solamente por medio de sus legados hizo la guerra á los Parthos y recibió el título de *Imperator*. Entretanto, Marco Aurelio se dedicaba completamente al cuidado de la República; soportaba la vida voluptuosa de su hermano con paciencia, que hacía sospechar si la deploraba ó no, y desde dentro de Roma arreglaba y disponía todo lo necesario para la guerra.

Stacio Prisco guió con éxito los asuntos de Armenia, tomando la ciudad de Artaxatés, dándose á los dos Emperadores el título de *Armeniacos*, título que al principio rehusó Marco por modestia, pero que admitió después.

Habiendo terminado la guerra de los Parthos, fueron llamados también *Parthicos*. Marco rechazó igualmente este título, aunque lo admitió más adelante. En cuanto al de *Padre de la patria*, que le ofrecieron estando ausente su hermano, quiso esperar su regreso para aceptarlo. Durante la guerra se ocupó del matrimonio de su hija con Vero, y la acompañó hasta Brundisium, donde, después de colmarla de regalos, la confió á los cuidados de su hermana y de Civica, tío paterno de Vero, que había de llevarla á su futuro esposo. Por su parte, regresó inmediatamente á Roma, desmintiendo de esta manera á los que decían que marchaba á Siria para recoger la gloria de una guerra terminada ya. Escribió al procónsul prohibiéndole permitiese á nadie que saliese al encuentro de su hija durante su viaje. Empleando todas las precauciones posibles, aseguró el estado de los ciudadanos, y fué el primero que mandó se inscribiese ante los prefectos del tesoro de Saturno (1), en el término de treinta días, los nombres de todos los hijos nacidos libres. Estableció en las provincias del Imperio escribanos públicos, encargados, lo mismo que los prefectos del tesoro en Roma, de inscribir todos estos nacimientos, para que, el que hubiese nacido en una provincia, y tuviese que hacer valer sus derechos de hombre libre, pudiera presentar la prueba. En esta ley comprendió también todo lo relativo á las manumisiones y promulgó otras además concernientes á los banqueros y subastas.

Estableció al Senado como juez en gran número de asuntos y especialmente en aquellos que eran de su especial competencia. Restringió al espacio de cinco años la duración de las investigaciones relativas á la condición de las personas muertas. Ningún príncipe mostró más de-

(1) Después de la expulsión de los reyes fué depositado el Tesoro público en el templo de Saturno, donde al principio lo custodiaron cuestores, después sacerdotes y últimamente prefectos, que guardaban también allí las enseñas y actas públicas.

ferencia que él al Senado: con objeto de rodear á este cuerpo de la mayor consideración posible y de asegurar á muchos de sus miembros la autoridad que da el ejercicio de un derecho, encargó por delegación á los que habían sido pretores y cónsules la decisión de algunos asuntos. En este número hizo entrar algunos amigos suyos, en calidad de ediles ó pretores. A algunos senadores que se encontraban pobres, sin culpa propia, les concedió dignidades de ediles ó de tribunos, y no admitió en el orden senatorial ningún ciudadano sin conocerle perfectamente. Por respeto á los senadores, cuando se trataba de asunto que interesaba á la vida de alguno de ellos, lo examinaba con mucho sigilo, é instruido de esta manera, lo presentaba á la Asamblea, no permitiendo que estuviesen presentes ni los caballeros romanos. Cuando se encontraba en Roma asistía todo lo posible al Senado, aunque nada tuviese que comunicarle, y si tenía que tratar de algún asunto, venía hasta de la Campania. También se le vió con frecuencia asistir á los comicios hasta la noche y jamás salió del Senado hasta que el cónsul decía: «No os detenemos más, padres censcripto s.» Entregó al Senado el conocimiento de los negocios en que se apelaba al cónsul. Vigiló muy especialmente por la pronta administración de justicia (1): añadió á los fastos, días en que los tribunales debían estar abiertos, y de esta manera fijó doscientos treinta días por año para tratar los asuntos y juzgar los procesos. Fué el primero que creó un pretor de tutelas, encargado de vigilar á los tutores, que hasta entonces rendían cuentas á los cónsules. En cuanto á los curadores, que en

(1) Cuando el Emperador no se ocupaba en la guerra, se dedicaba á la administración de justicia, dando á los abogados un vaso grande de agua para que pudiesen hablar cuanto quisieran. Frecuentemente empleaba once ó doce horas examinando un asunto. Era amante del trabajo, y cuidaba hasta de sus deberes más pequeños, no haciendo, hablando ni escribiendo, nada con negligencia ni para salir del paso.

virtud de la ley Lectoria (1) sólo se les nombraba anteriormente en los casos de libertinaje ó demencia, estableció que se nombrarían para todos los adultos, sin necesidad de exponer la causa.

Redujo los gastos y puso término á las calumnias de los delatores, tachando de infamia á los que presentaban acusaciones falsas. Despreció las delaciones que enriquecían al Fisco. Tomó prudentes medidas para la distribución de los alimentos públicos, y eligió en el Senado curadores para muchas ciudades, con objeto de dar mayor brillantez á la dignidad de senador. En época de hambre mandó distribuir á las ciudades de Italia trigo que se sacaba de los graneros de Roma, cuidando muy especialmente de los aprovisionamientos. Por toda clase de medios moderó los combates de gladiadores; disminuyó también el valor de los regalos que hacían á los histriones además de sus honorarios, y les prohibió recibir más de cinco monedas de oro, dejando sin embargo, al que daba el espectáculo, la facultad de llegar á diez. Acudió con especial cuidado á que se conservasen perfectamente las calles de Roma y los caminos. Vigiló con severidad la distribución de trigo. Dió jueces á Italia, siguiendo el ejemplo de Adriano, que encargó á varones consulares que administrasen justicia en ella. Encontrándose extenuadas las Españas, acudió generosamente á su socorro, por medio de levas hechas en Italia, en contra de lo que Trajano había ordenado. También completó las leyes acerca del vigésimo de las concesiones, sobre la tutela de los manumitidos, sobre los bienes maternos y sobre la parte de los menores varones en la herencia de la madre. Quiso que los senadores de origen extranjero tuviesen en Italia la cuarta parte de sus bienes. Dió á los conservadores de barrios y caminos derecho para castigar por sí mismos ó para enviar al prefecto de Roma para el castigo, á los receptores que hu-

(1) Esta ley se dió en el año 490 de Roma contra los expoliadores de los mismos.

biesen exigido algo más de la tasa, de cualquier género que fuere. Pero más bien puso en vigor las leyes antiguas que las hizo nuevas. Siempre administraba justicia con el consejo de los pretores y bajo su responsabilidad, consultando con preferencia al jurisconsulto Scévola.

Obró con el pueblo como es propio obrar con ciudadanos libres. Bondadoso con los hombres, poseía el arte de separarlos del mal y de inclinarlos al bien, otorgando recompensas á los unos y dulcificando los pesares de los otros. Hizo buenos á los malos y excelentes á los buenos. También soportó con resignación las burlas de algunos: así, pues, habiéndole pedido una dignidad un tal Veterasino, que tenía detestable fama, y exhortándole el Emperador á que destruyese la opinión en que se le tenía, contestándole éste que en el rango de los pretores se encontraban muchos que habían combatido con él en la arena, soportó con paciencia la respuesta. Temiendo especialmente castigar con demasiada precipitación, acostumbraba, cuando un magistrado, aunque fuese pretor, había obrado mal, no obligarle á que renunciase su cargo, sino que confiriese sus funciones á un colega suyo. Jamás sentenció en favor del Fisco las causas que podían enriquecerlo. Sabía ser enérgico y bueno á la vez. Cuando su hermano regresó victorioso de la Siria, se dió á los dos Emperadores el título de padres de la patria, porque Marco se había conducido, durante la ausencia de Vero, con moderación suma relativamente á los senadores y á todos los ciudadanos. También les ofrecieron á los dos la corona cívica y Lucio pidió que Marco compartiese con él los honores del triunfo, proponiendo también que á los hijos de este príncipe se les llamase césares. Tan lejos llevó Marco la modestia, que, á pesar de haber triunfado con su hermano, le dejó después de su muerte el título de pártico y él tomó el de germánico, que le habían merecido sus propias hazañas. Los hijos de Marco, varones y hembras, participaron del triunfo de los dos emperadores, de manera que entonces se vió á doncellas sobre el carro triunfal. Marco Aurelio y Vero asistieron

con traje de triunfadores á los juegos que se dieron con ocasión de aquella ceremonia. Entre otras pruebas de la humanidad de Marco Aurelio debe citarse el cuidado que tuvo de hacer colocar cojines bajo los bailarines de cuerda, después de la caída de algunos de ellos, de donde procede la actual costumbre de tender bajo la cuerda una red.

Durante la guerra de los Parthos estalló la de los Marcomanos; pero la habilidad de los generales que se encontraban en la frontera, consiguió retrasarla hasta que terminó la guerra de Oriente. Encontrábase de regreso Vero, después de cinco años de ausencia, cuando Marco Aurelio hizo comprender al pueblo, á pesar del hambre que lo agobiaba á la sazón, la necesidad de hacer la guerra, y expuso en el Senado lo indispensable que era la presencia allí de los dos Emperadores. Era tan grande el terror que infundía una expedición contra los Marcomanos, que tuvo que empezar por hacer venir de todas partes sacerdotes, para realizar las ceremonias acostumbradas hasta entre los extranjeros, y purificar de todos modos la ciudad de Roma, operaciones que retrasaron su salida para el ejército. También celebró durante siete días y según el rito romano, las fiestas del lectisternio (1). Pero causaba tales estragos la peste, que tuvieron que emplear toda clase de carruajes para el transporte de cadáveres. Los dos Emperadores promulgaron entonces leyes muy severas relativamente á las inhumaciones y á las tumbas; prohibiendo se construyesen donde cada cual quería, prohibición que todavía subsiste. La calamidad arrebato muchos millares de personas, y entre ellas bastantes ciudadanos distinguidos.

(1) La palabra *lectisternium* designa las fiestas en que se preparaban lechos para los dioses, como si se les invitase al festín. Colocábanse en estos lechos las estatuas quitadas de sus pedestales, poniéndolas alrededor de altares cargados de manjares exquisitos. La costumbre del lectisternio tuvo su origen en un tiempo de peste en el año 356 de Roma.

Marco Aurelio mandó erigir estatuas á los más eminentes y dispuso por bondadoso decreto que, por cuenta del Estado, se hicieran funerales hasta á los más humildes. En esta época apareció un malvado que después de tramar con algunos cómplices el proyecto de saquear á Roma, anunció que el día en que hablase á la muchedumbre desde lo alto de una higuera silvestre, en el campo de Marte, descendería del cielo un globo de fuego y produciría el fin del mundo, si en el momento en que él mismo cayese de la higuera se trocaba en cigüeña. En el día señalado cayó efectivamente del árbol, soltando una cigüeña que llevaba oculta en el pecho. El Emperador mandó se lo llevaran, y habiendo confesado su impostura le perdonó.

Partieron, pues, los dos Emperadores con traje militar, para oponerse á los estragos de los Victovalos y Marcomanos, á quienes se habían unido otros pueblos, que huían arrojados por bárbaros más lejanos, y que también amenazaban con la guerra, si resistían los Romanos recibirles en sus provincias. La marcha de los Emperadores produjo excelentes resultados, porque, en cuanto llegaron á Aquilea, la mayor parte de aquellos reyes se retiraron con sus pueblos, dando muerte á los autores de la revuelta. Los Quados, que habían perdido su Rey, declararon que no querían recibir al elegido, á no ser que los Emperadores aprobasen la elección. Lucio, que había partido á disgusto, viendo que la mayor parte de aquellos pueblos enviaba legados pidiendo perdón, opinaba por el regreso, porque había muerto el prefecto del pretorio Furio Victorino, y perécido una parte del ejército. Persuadido por el contrario Marco Aurelio de que la retirada de los bárbaros y sus disposiciones pacíficas solamente eran artificio para alejar de ellos aquel formidable aparato de guerra, opinó por perseguirles; y después de cruzar los Alpes, los dos Emperadores avanzaron, tomando todas las disposiciones necesarias para la seguridad de Italia y de la Iliria. Marco Aurelio consintió, á instancias de su hermano, en que regresase á

Roma, precedido de cartas para el Senado. Pero cuando se encontraban en marcha y los dos en el mismo carruaje, este príncipe murió de una apoplejía.

Acostumbraba Marco Aurelio durante los juegos del Circo, leer, oír informes y firmar edictos; lo que, según se dice, frecuentemente le expuso á las burlas del pueblo. Los libertos Geminus y Agaclyto gozaron de mucha influencia con los dos Emperadores. Aunque á Marco Aurelio le apesadumbraban mucho los vicios de Vero, sus sentimientos eran tan generosos, que ocultaba y excusaba sus desórdenes. Después de su muerte le colocó en el rango de los dioses; colmó á sus tías y á sus hermanas de honores y regalos; honró su memoria con muchas ceremonias religiosas; le dió su flamin y sacerdotes llamados antonianos y le prodigó, en fin, todos los honores que se tributan á los dioses. Ningún príncipe se encuentra al abrigo de la calumnia, así fué que en voz alta se acusó á Marco Antonio de haber dado muerte á Vero, bien con veneno, cortando en la mesa con un cuchillo envenenado por un lado una teta de puerca, y presentándole la parte emponzoñada, después de guardar para él la que no lo estaba; ó bien por la mediación del médico Posidippo, que, según dicen, le sangró inoportunamente.

Después de la muerte de Vero, se sublevó Cassio contra Marco Aurelio. Este príncipe, cuya bondad era inagotable para los que le rodeaban, colmó á todos sus parientes de dignidades y de honores, concedió desde muy temprano á su hijo Cómodo, que era vicioso y malo, el nombre de César, después el sacerdocio, é inmediatamente el título de emperador, el derecho de triunfar con él y el consulado; y hasta se le vió entonces seguir á pie en el Circo, no obstante su edad, el carro triunfal de su hijo. Después de la muerte de Vero, Marco Aurelio gobernó solo la República, entregándose con tanta mayor libertad á las virtuosas inclinaciones de su corazón, cuanto que no le contenían los artificiosos rigores de aquel príncipe, en quien era natural el disimulo, ni tam-

poco sus vicios, que desde mucho tiempo le causaban horror, porque con la edad se habían desarrollado todas sus malas propensiones. Tanta era la igualdad de su ánimo, que nunca se vió alterasen sus facciones la tristeza ó la alegría: este era el fruto de la filosofía estoica, de cuyos principios se había impregnado en sus conversaciones con los principales maestros. Por esta razón le hubiese nombrado Adriano su sucesor, á no haberle parecido obstáculo su juventud; y esto lo demuestra el hecho de haberlo dado por yerno á Antonino Pío como príncipe que más adelante merecería el Imperio.

Después de estas cosas, gobernó las provincias romanas con mucha moderación y bondad. Consiguó importantes victorias sobre los galos, y demostró, especialmente en la guerra con los Marcomanos, valor y habilidad sin ejemplo, al mismo tiempo que horrible peste arrebatava diariamente muchos millares de ciudadanos y de soldados. Libertó los Pannonias de la esclavitud, por medio de la derrota completa de los Marcomanos, los Sármatas, Vándalos y Quados, celebrando su triunfo en Roma con su hijo Cómodo, al que ya había creado César. Pero como esta guerra había agotado su tesoro y no podía decidirse á gravar las provincias con un impuesto extraordinario, hizo vender en subasta, en el foro de Trajano, los vasos de oro y cristal, las copas myrrhinas (1), los vasos reales, los vestidos de mujer, tejidos de oro y seda y todas las piedras preciosas que había encontrado en el tesoro particular de Adriano. La venta duró dos meses y produjo bastante para que pudiese terminar, como había decidido, la guerra con los Marcomanos. Más adelante concedió á los compradores la facultad de

(1) Parece que el valor de estos vasos dependía, no solamente de su agradable olor, sino de la diversidad de sus colores. Los primeros que se vieron en Roma los trajo Pompeyo á su regreso de Oriente. Creen algunos que estos vasos eran de ágata, opinando otros que estaban contruidos con una especie de porcelana.

devolverle aquellos objetos por el precio que habían pagado, y no mostró desagrado á los que los devolvieron ni á los que los guardaron. Permitió á los ciudadanos más distinguidos que desplegasen en sus festines igual aparato que él, y tener servidores lo mismo que los suyos. Magnífico en sus espectáculos, hizo ver un día al pueblo, en una sola cacería, cien leones que cayeron traspasados por flechas.

Después de un reinado de diez y ocho años, durante el cual tanto le quisieron y amaron todos los ciudadanos, que unos le llamaban padre, otros hermano y otros hijo, según su edad, murió á los sesenta y un años. Tal era el cariño que le profesaban, que el día de sus funerales nadie creyó que debía llorarle, tan persuadidos estaban de que, prestado por los dioses á la tierra, había vuelto con ellos. Dicen muchos escritores que antes de terminar la ceremonia, el pueblo y el Senado le nombraron juntos, y por unánime voto, dios propicio, cosa que hasta entonces jamás se había hecho, ni se hizo después. Pero aquel hombre tan virtuoso, tan grande, aquel príncipe á quien su vida hace semejante á los dioses, y á quien su muerte le hace igual á ellos, dejó por hijo á Cómodo; ¡feliz hubiese sido no le hubiera engendrado! No era bastante que todos, sin distinción de edad, de sexo y condición le hubiesen otorgado los honores divinos; tratabase de sacrilego á cuantos habiendo debido ó podido adquirirla no tenían en su casa la imagen de aquel príncipe. Hoy mismo se encuentran en muchas casas estatuas de Marco Aurelio al lado de las de los dioses penates; y algunos han asegurado que les predijo en sueños cosas que después han sucedido. Erigiósele un templo: diósele pontífices llamados Antoninianos, un colegio de sacerdotes y flamines; en una palabra, todo lo que la antigüedad asignó á los que consagraba.

Pretenden algunos autores (y parece bastante verosímil) que Cómodo Antonino, su hijo y sucesor, no era suyo, sino procedente de adulterio, refiriéndose comunemente la historia de este modo: Faustina, hija de Anto-

nino Pío y esposa de Marco Aurelio, habiendo visto un día pasar delante de ella gladiadores, se prendó con amor violento de uno de ellos, y habiéndola tenido enferma mucho tiempo aquella pasión, se la manifestó á su esposo. Caldeos, á quienes consultó Marco Aurelio, dijeron que era necesario, después de matar á aquel gladiador, que Faustina se bañase en su sangre y en seguida yaciese con su esposo. Seguido el consejo, se extinguió efectivamente el amor de la Emperatriz; pero dió á luz á Cómodo, que antes fué gladiador que príncipe, puesto que, como se verá en su vida, siendo emperador dió al pueblo el espectáculo de más de mil combates de gladiadores. Tomó cuerpo este rumor ver al hijo de un padre tan virtuoso, reunir vicios que ni siquiera se encuentran en un lanista (1), en un histrión, en un esclavo de la arena, en aquellos, en fin, que parecían los únicos á propósito para dar tan abominable ejemplo. Pero la opinión general es que aquel príncipe procedía realmente de adulterio: sabido es que Faustina elegía amantes en Cayeta, entre los marineros y gladiadores. Antonino, á quien aconsejaban que la repudiase, puesto que no la hacía perecer, respondió: «Si repudio á mi esposa, tendré que devolver también su dote»; entendiendo por esto el Imperio, que había recibido de su suegro, que le adoptó por orden de Adriano. La vida de aquel príncipe tan íntegro, su igualdad de ánimo, su piedad, le hacen tan esclarecido que ni los vicios de sus parientes pueden empañar su esplendor. Artificiosos cortesanos; un hijo gladiador, una esposa infame, no le impidieron ser siempre lo mismo. Hasta en nuestro siglo se le ha considerado como un dios y así le has considerado tú, insigne emperador Diocleciano. No es para tí divinidad ordinaria; le has dedicado culto especial, y frecuentemente te propones imitar la vida y bondad de aquel príncipe, á quien no sobrepujaría Platón, á pesar

(1) Maestro de gladiadores.

de toda su filosofía, si volviese á la vida; pero terminemos esta digresión.

Después de la muerte de Vero ocurrieron las siguientes cosas bajo Marco Aurelio. El cuerpo de Vero fué trasladado inmediatamente á Roma y depositado en la tumba de sus antepasados. Decretáronle honores divinos. El Emperador al dar gracias al Senado por haber concedido la apoteosis á su hermano, dió á entender que á sus consejos solamente se debían las victorias conseguidas sobre los Parthos, y que él iba á comenzar á gobernar la República, habiendo perdido un colega que ya no le ayudaría. Por este discurso comprendió el Senado que se felicitaba de la muerte de aquel príncipe. Marco Aurelio cohnó de regalos, distinciones y honores á las hermanas, parientes y libertos de Vero. Siendo, en efecto, muy celoso de su reputación, informábase con cuidado de lo que cada uno decía de él y reformaba en su conducta lo que creía que con razón le reprecindían. Al partir para la guerra de Germania, y antes de que terminase el tiempo del luto, dió su hija á Claudio Pompeyano. Este, viejo ya, é hijo de un caballero romano, era originario de Antioquia y de familia no muy antigua. Como Lucila era hija de madre que llevaba el título de Augusta y ella lo llevaba también, Marco Aurelio concedió en lo sucesivo dos consulados á Pompeyano. Pero este matrimonio desagradó igualmente á Faustina y á la misma que lo contraía.

Los legados de Marco Aurelio combatieron con éxito á los moros que asolaban las Españas; y Avidio Cassio, que más adelante se apoderó del poder, domó á los Buecos, cuyas depredaciones sufría el Egipto. En el momento mismo de su marcha, Marco Aurelio perdió en su retiro de Prenesto, á su hijo Vero César, de edad de siete años, al que habían operado un tumor bajo la oreja. Solamente dedicó cinco días de duelo á su muerte; consoló él mismo á los médicos, y continuó en la gestión de los asuntos de la República. Como era la época de los grandes juegos de Júpiter Capitolino, no quiso interrumpirlos con un duelo público, y se limitó á ordenar que se erigirían estatuas á

Vero, que se llevaría pomposamente su imagen hecha en oro en los juegos del Circo y se incluiría su nombre en los himnos de los salianos. Continuando la peste sus estragos, restableció cuidadosamente el culto de los dioses y ejercitó en el manejo de las armas, como se hizo durante la guerra púnica, á esclavos que llamó voluntarios, á imitación de los volones. También armó gladiadores que fueron llamados obsecuentes (1). Alistó bandidos de la Dalmacia y de la Dardania, haciendo lo mismo con los diocmitas (2) y compró entre los Germanos auxiliares contra los Germanos mismos; en fin, preparando sus legiones con toda la diligencia posible para la guerra con los Germanos y Marcomanos. Temiendo ser gravoso á las provincias, hizo vender en subasta, en el foro de Trajano, como ya hemos dicho, parte del mobiliario imperial, trajes, copas, vasos de oro, y hasta las estatuas y cuadros de famosos artistas. Exterminó á los Marcomanos en el paso del Danubio y distribuyó á las provincias el botín que les recogió.

Todos los pueblos desde las fronteras de la Iliria hasta la Galia, se habían levantado á la vez, como los Marcomanos, los Nariscos, los Hermunduros, Quados, Suevos, Sármatas, Latringos y Buros. Estos y otros además, como los Sosibos, Sicobotos, Roxolanos, Bastarnos, Alanos, Peucinos y Costobocos, se habían unido á los Victovalos. Era inminente también la guerra con los Parthos y los Bretones; y con trabajo inaudito se pudo triunfar de estos pueblos bárbaros. Los soldados se animaban mutuamente, teniendo á su frente legados del Emperador y prefectos del pretorio. Aceptó la sumisión de los Marcomanos é hizo pasar considerable número de ellos á Italia. Antes de emprender nada consultaba siempre á sus legados acerca de los asuntos militares y hasta de los civiles, siendo su máxima favorita: « Más justo es que

(1) Formaban parte de la comitiva del príncipe.

(2) Soldados armados á la ligera para la persecución de bandidos en las provincias.

siga yo la opinión de tantos amigos esclarecidos, que pretender que ellos sigan la mía.» Su severidad, que atribuían al estudio de la filosofía, hacia que se censurase enérgicamente sus expediciones militares y toda su conducta; pero contestaba á las censuras verbalmente ó por escrito. Muchos ciudadanos ilustres perecieron en la guerra contra los Germanos, contra los Marcomanos y otras naciones, mandando el Emperador que se les erigiesen estatuas en el foro de Trajano. Impresionados por estas pérdidas, muchas veces le instaron sus amigos á que renunciase á sus expediciones y regresara á Roma; pero despreció tales consejos, continuó la guerra y no se retiró hasta que estuvo completamente terminada. Cambió las provincias proconsulares en consulares (1) y éstas en proconsulares ó pretorianas, según las necesidades de la guerra. Con su energía y autoridad reprimió las turbulencias que estallaron entre los Sequanos y pacificó la España agitada por los lusitanos. Habiendo hecho venir á la frontera á su hijo Cómodo, lo vistió la toga civil, dió un congiario al pueblo y le designó cónsul antes de la edad.

No le agradaba saber que el prefecto de la ciudad había proscrito á alguno. En sus liberalidades fué muy económico de los fondos públicos, cosa que antes merecía elogio que censura. Sin embargo, hizo regalos á ciudadanos distinguidos; socorrió á las ciudades amenazadas de inminente ruina y perdonó los tributos ó los impuestos cuando lo exigía la necesidad. Cuidó mucho, durante su ausencia, de atender á las diversiones del pueblo romano y mandó á los más ricos que diesen juegos, porque el pueblo había exclamado, al ver que se llevaba los gladi-

(1) Hasta antes del reinado de Adriano, las provincias del pueblo, aquellas que se consideraban como menos amenazadas por la guerra, llamábanse provincias proconsulares, y las del emperador consulares. Pero los emperadores podían disponer de aquellas provincias y tenían derecho de atribuirse aquella que veían amenazada de guerra exterior, hacerla consular ó pretoriana, cediendo, en cambio, al pueblo otra más tranquila.

dores á la guerra, que le privaba de su diversión favorita para obligarle á filosofar. En interés del comercio, dispuso que, en los días ordinarios, se diese más tarde el espectáculo de las pantomimas. Solamente se hablaba en Roma del amor de su esposa por aquellos histrionés, como ya hemos dicho; pero destruía él aquellas suposiciones con sus cartas. Prohibió entrar á caballo ó en carruaje en las ciudades; abolió los baños comunes á los dos sexos; refrenó las disolutas costumbres de las mujeres y de los jóvenes nobles y prohibió al populacho de Pelusa la celebración de las fiestas de Serapis. Corrió el rumor de que algunos ciudadanos oprimían, bajo capa de filosofía (1), á la República y á los particulares, pero les justificó de aquella acusación.

Acostumbraba Marco Aurelio disminuir para todos los delitos las penas que establecían las leyes, aunque algunas veces permaneciese inexorable á las súplicas de aquellos que habían cometido con audacia crímenes graves. Por sí mismo conocía en los procesos criminales intentados contra ciudadanos de familia distinguida, y tal equidad demostraba, que censuraba enérgicamente al pretor su precipitación en la instrucción de causas, y le ordenaba volver á comenzar diciendo que importaba á su dignidad que los acusados fuesen oídos por el que juzgaba en nombre del pueblo. No fué menos equitativo con los prisioneros de guerra, estableciendo muchísimos en territorio romano. Sus plegarias tuvieron eficacia para que cayese el rayo sobre las máquinas de guerra de sus enemigos y conseguir la lluvia para su ejército que moría de sed. Quiso hacer una provincia de la Marcomania y otra también de la Sarmacia, y hubiese realizado el proyecto si Avidio Cassio no se hubiera sublevado en Oriente, tomando allí el título de Emperador, por consejo, según se dice, de la emperatriz Faustina, que deses-

(1) Como la filosofía era el camino más seguro para llegar á aquel príncipe filósofo, muchos ciudadanos se dedicaban á este estudio con miras de prosperar.

peraba de la salud de su marido. Dicen otros que Cassio se hizo nombrar Emperador después de hacer correr la noticia de la muerte de Marco Aurelio y haberle proclamado divino. La traición de Cassio conmovió muy poco á Marco Aurelio, que no desplegó rigor alguno contra los amigos de aquel, y cuando el Senado le declaró enemigo, adjudicó al tesoro público sus bienes confiscados.

Abandonando entonces la guerra de los Sármatas y Marcomanos, marchó contra Cassio. Ocurrieron también algunas turbulencias en Roma, donde se temía acudiese éste en ausencia del Emperador. Pero aquel rebelde no tardó en recibir la muerte, llevándose su cabeza á Antonino, quien no mostró regocijo ninguno por el suplicio de Cassio, que mandaba en Alejandría, donde había nombrado un prefecto del pretorio que pereció con él. Marco Aurelio prohibió al Senado que castigase severamente á los cómplices de aquella sublevación, y pidió al mismo tiempo que no fuese sentenciado á muerte ningún senador, no queriendo que su reinado llevase aquella mancha. Hizo llamar á los que habían sido deportados y solamente se ejecutó á corto número de centuriones. Perdonó á las ciudades que habían hecho causa común con Cassio, y á los habitantes de Antioquía, que, siendo favorables al rebelde, propalaron multitud de calumnias contra el Emperador. Cassio les había concedido espectáculos, reuniones públicas y toda clase de liberalidades: Marco Aurelio se los prohibió todo por un edicto muy severo. Puede formarse idea de su ánimo sedicioso por el discurso que el Emperador pronunció entonces á sus amigos y que refiere Mario Máximo. Negóse el Emperador á entrar en Antioquía al marchar á Siria, y tampoco quiso ver la isla de Chipre donde había nacido Cassio.

Marco Aurelio marchó á Antioquía y fué muy claramente con los habitantes de aquella ciudad. Más adelante entró en Antioquía. Ajustó tratados con considerable número de príncipes extranjeros, y renovó la paz con todos los Reyes y con los legados de los persas, que acudieron á su encuentro. Fué muy estimado en todas

las provincias del Oriente, y allí dejó testimonios de su filosofía. Con los Egipcios obró como ciudadano y como filósofo, en sus asambleas, en sus templos, en todas partes. No mostró resentimiento alguno á los Alejandrinos, que habían hecho votos por Cassio, y hasta dejó entre ellos su hija. Perdió repentinamente á su esposa Faustina, en el pueblo de Halala, al pie del monte Tauro; y pidió para ella al Senado los honores divinos y un templo, pronunciando su elogio, á pesar de la mancha de impúdica que pesaba sobre ella, y que ignoró siempre ó aparentó ignorar. En memoria de Faustina estableció un colegio de vírgenes llamadas Faustianas. Dió gracias al Senado por haber concedido los honores de la apoteosis á aquella Emperatriz que, habiéndole acompañado á todas sus campañas, mereció el nombre de madre de los soldados. El pueblo en que murió lo cambió en colonia, y le construyó allí un templo, que más adelante fué dedicado á Heliogábalo. Inclinado siempre á la clemencia, consintió, pero no ordenó, la muerte de Cassio. Heliodoro, hijo de aquel rebelde fué deportado: los otros cómplices pudieron elegir el punto de su destierro y conservaron parte de sus bienes. En cuanto á sus hijos, consiguieron más de la mitad del caudal de su padre, añadiendo el Emperador oro y plata: las mujeres recibieron también joyas. Alexandria, hija de Cassio, y Druciano, su yerno, tuvieron libertad para ir donde quisieran, y el Emperador los recomendó al marido de su tía. En una palabra, deploró la muerte de Cassio, diciendo que hubiese querido terminar su reinado sin derramar la sangre de su senador.

Cuando dejó arreglados los asuntos de Oriente, marchó á Atenas donde, para demostrar su inocencia, fué al templo de Ceres y entró solo en el santuario (1). Al regresar á Italia por mar, le asaltó violenta tempestad. Tomó la toga en Brindis, y mandó que los soldados

(1) No podía entrar en el santuario el que había cometido algún crimen.

hiciesen lo mismo, porque jamás, durante su reinado, llevaron en Roma el traje militar. Cuando llegó á Roma celebró su triunfo, y poco después marchó á Lavinia. En seguida tomó por colega á Cómodo en la autoridad tribunicia, dando al pueblo un congiario y espectáculos magníficos. Reformó muchos abusos en el orden civil. Moderó los gastos ocasionados por los combates de gladiadores; repitiendo frecuentemente la máxima de Platón: «Los Estados florecerian si reinasen los filósofos ó si los reyes practicasen la filosofía.» Casó á su hijo con la hija de Brucio Presens, celebrándose las bodas como las de los particulares. Con este motivo dió también un congiario al pueblo; y en seguida partió para terminar la guerra, durante la cual murió. A pesar de todos sus cuidados, comenzaban ya á corromperse las costumbres de Cómodo. Durante tres años hizo la guerra á los Marcomanos, Hermundurios, Sármatas y Quados, y si hubiese vivido un año más, habría hecho de sus países provincias romanas. Habiendo reunido á sus amigos dos días antes de morir, dicese que les manifestó, relativamente á su hijo, iguales sentimientos que Filipo en cuanto á Alejandro, porque auguraba mal de él, añadiendo que no temia morir dejando tal hijo. Cómodo se había envilecido ya por su desenfreno y crueldad.

Su muerte fué de esta manera: Cuando se sintió enfermo llamó á su hijo y le exigió que terminase la guerra, para que no se le acusase de que hacía traición á los intereses de la República. Habiéndole contestado Cómodo que su primer deber era sustraerse al contagio, le permitió hacer lo que quisiera, pidiéndole solamente que esperase algunos días ó que partiese al mismo tiempo que él. Deseando morir, se abstuvo de comer y beber, haciendo todo lo posible por agravar la enfermedad. Al sexto día llamó á sus amigos, disertó burlándose sobre la fragilidad de las cosas humanas, mostró profundo desprecio á la muerte, y les dijo: «¿Por qué me lloráis y no pensáis más bien en la peste que puede arrebatáros á todos?» Viendo en seguida que querían retirarse, les dijo suspi-

rando: «Si ya me abandonéis, me despido y os precedo.» Cuando le preguntaron á quién recomendaba su hijo: «A vosotros y á los dioses inmortales si es digno de ello.» La noticia de su enfermedad produjo profundo dolor en los ejércitos, que le amaban mucho. El séptimo día se agravó, no admitiendo á su lado más que á su hijo, pero le despidió en seguida por temor á que se contagiase. Cuando quedó solo, se cubrió la cabeza, como si deseara dormir, y espiró durante la noche. Dicese que deseó morir desde el día que previó que su hijo sería tal como se mostró después, temiendo que se pareciese á Nerón, Calígula y Domiciano.

Se ha acriminado á Marco Aurelio que elevase á diferentes dignidades á los amantes de su esposa, tales como Tertulo, Utilio, Orphito y Moderato. Un día encontró á Tertulo comiendo con ella; y un músico aludió también á sus amores en pleno teatro y en presencia del Emperador. Un marido imbécil preguntaba en la pieza el nombre del amante de su esposa á un esclavo (que era el músico), quien le contestó *Ter Tullus*: y á otra pregunta de su amo, contestó: «Ya he dicho *Ter* (1) *Tullus*, así se llama.» Mucho se murmuró en el pueblo acerca de esto, y generalmente se censuró la paciencia de Antonino. Muy antes de la época de su muerte y de su segunda expedición contra los Marcomanos, juró en el Capitolio que ningún senador sería condenado á muerte por consentimiento suyo, y que hasta perdonaría á los que fuesen acusados de rebelión si le dejaban libertad para ello. Nada temía tanto como que le creyesen avaro, y de esta imputación se justificó en muchas cartas. También se le acusó de disimular, de no ser tan franco como afectaba, ó como lo fueron Antonino Pío y Vero; censurándole igualmente haber aumentado el orgullo áulico no admitiendo á sus amigos ni á su mesa, ni en su trato. Concedió los honores divinos á sus pa-

(1) *Ter*, tres veces.

rientes, y hasta hizo erigir estatuas á sus amigos muertos. No creía fácilmente en recomendaciones, y comenzaba siempre por asegurarse de la verdad. Después de la muerte de Faustina, Fabia hizo cuanto pudo por casarse con él; pero no queriendo dar madrastra á tantos hijos, tomó como concubina á la hija del intendente de su esposa.

APÉNDICE

Á LA VIDA DE MARCO AURELIO.

Xifilino refiere de la siguiente manera las diferentes guerras que tuvieron lugar bajo Marco Aurelio, de las que Julio Capitolino da muy pocos detalles:

«Habiendo dado Marco Antonino á Cassio el gobierno del Asia entera, hizo guerra durante casi todo su reinado á los pueblos que habitan á lo largo del Danubio, á los Jazygianos y á los Marcomanos, sirviéndose durante todo este tiempo de la Pannonia para retirarse, para poner en seguridad las tropas y para hacer irrupciones. Los Germanos que habitan en las inmediaciones del Rhin avanzaron al mismo tiempo hasta las fronteras de Italia y molestaron sobremanera á los Romanos. Antonino resistió sus embates y eligió como legados á Pompeyano y Pertinax, que se distinguió en esta guerra y subió después al trono.

»Entre los bárbaros muertos se encontraron mujeres armadas: el combate fué muy rudo y muy gloriosa la victoria de los Romanos, por lo que los soldados pidieron al emperador recompensas, que les negó diciendo que les daría, además de lo que se les debía legítimamente, la sangre de sus padres y parientes, y que un Emperador solamente podía tener por jueces á los dioses. Siempre se condujo con los soldados con tal circunspección y prudencia, que durante tantas guerras, tan obstinadas y continuas, jamás les concedió nada por

debilidad ni por temor. Habiendo ganado los Marcomanos una batalla en la que murió Vindex, prefecto del pretorio, el Emperador le erigió tres estatuas. Después derrotó á aquellos pueblos y mereció el título de Germánico, porque llamamos germanos á los que habitan la tierra alta. Los pastores y otros habitantes de Egipto, excitados á la rebelión por un sacerdote y un tal Isidoro, se vistieron de mujeres; y habiéndose presentado con este disfraz á un centurión del ejército romano, como llevando el propósito de libertar á sus maridos que estaban prisioneros y pagar su rescate, le mataron, así como á un compañero suyo, de cuyas entrañas comieron una parte, jurándose sobre ellas reciproca fidelidad. Sin duda alguna, Isidoro era el más notable por su fama y valor de todos los de su partido. Guiados los rebeldes por aquel excelente jefe, vencieron fácilmente á los Romanos que se encontraban en Egipto, y se habrían apoderado de Alejandria si no hubiese acudido Cassio desde Siria para oponerse al progreso de sus armas: pero no atreviéndose éste á trabar combate contra un enemigo tan numeroso y cuyo valor aumentaba la desesperación, recurrió á las astucias é intrigas, por cuyo medio introdujo en ellos la división que produjo su ruina.

»Para no omitir nada de lo que ocurrió en la guerra de Germania, diré que interrogando el emperador Antonino á un joven de esta nación que había caído prisionero, le respondió: «Señor, el rigor del frío no me permite contestarte; si quieres saber algo por mi boca »manda que me dén un vestido.» Un soldado que estaba una noche de centinela en la orilla del Danubio, habiendo oído en la otra orilla gritos de compañeros suyos que habían sido cogidos, pasó á nado el río y los libertó. Marco Aurelio había dado el cargo de prefecto del pretorio á Rufo Baceo, hombre honrado, pero de carácter muy rudo, y mal educado desde la niñez. Habiéndole encontrado un día uno cortando leña en un bosque, le mandó bajar del árbol en que estaba subido, y como no le obedecía, repitió el mandato, diciendo: «Baja, pre-

»fecto, baja.» Parece que entonces solamente le llamaba así por desprecio y como aludiendo á su bajo nacimiento, pero la fortuna le elevó después á aquel cargo.

»Por este tiempo consiguieron al fin los Romanos la victoria sobre los Jazygianos, primeramente en campo raso, donde comenzó el combate, y después en el Danubio, helado entonces por el rigor del frío, donde continuó después de la retirada de los bárbaros. Creían éstos que conseguirían ventaja sobre el hielo, sobre el que no estaban acostumbrados los Romanos á marchar, y con esta esperanza les atacaron unos de frente y otros de flanco. Sin asombrarse los Romanos por aquella nueva manera de combatir, arrojando los escudos y poniendo un pie encima para asegurarse mejor, resistieron el choque de sus enemigos, se cogieron á ellos, les estorbaron los movimientos y les derribaron con sus caballos. Los romanos caían sobre el hielo lo mismo que los bárbaros, pero caían de espaldas, arrastraban al enemigo, tirándole de los pies, y conseguían la ventaja. Si caían hacia adelante, lo hacían sobre el enemigo, al que en el acto cogían con los dientes. Así fué que los bárbaros, que en manera alguna estaban acostumbrados á aquel modo de pelear, y que, además, solamente estaban armados á la ligera, no pudieron resistir; de suerte que siendo muchísimos, muy pocos pudieron escapar. De esta manera sometió al fin el emperador Marco Antonino á su obediencia á los Jazygianos y Marcomanos, después de librar varios combates y corrido grandes peligros.

»Apenas terminada esta guerra, comenzaron otras contra los Quados, en la que experimentaron los Romanos visibles efectos de la protección divina. Los Romanos habían penetrado en pasajes estrechos en los que, sin combate, debían perecer por calor y sed. De tal manera les había envuelto el enemigo, que les superaba infinitamente en número, que no podían sacar agua de ninguna parte. Agobiados estaban por todo género de males, fatigados por el trabajo, llenos de golpes, abrasados por el sol, sedientos y encerrados en un paraje donde no te-

nian fuerzas para combatir, ni salida para retirarse. Sin embargo, en aquella dura extremidad, recibieron inesperrado auxilio, porque de pronto se amontonaron nubes, bajaron y derramaron abundantísima lluvia. Dicese que un mago de Egipto, llamado Arunfo, que se encontraba en el ejército romano, invocó á Mercurio y los demás demonios que presiden en el aire y consiguió de ellos aquella lluvia. Esto dice Dion, aunque creo que engaña de intento ó porque él mismo fuese engañado. Persuádome de que tenia propósito de engañar, porque no ignoraba que existía una legión á la que se había dado el nombre de Fulminante, y no por otra razón sino por la de haber impetrado del cielo con ardientes súplicas y procurado por maravilloso modo la conservación del ejército romano y la ruina del de los bárbaros. Arunfo no fué mago jamás y nadie ha escrito que Marco Aurelio se entregase á las supersticiones de la magia. He aquí la verdad del suceso de que hablo. Entre las legiones de Marco Aurelio Antonino había una formada por soldados sacados de Militena, isla en la que todos los habitantes profesan la religión cristiana. Ahora bien: cuando el Emperador temblaba de miedo por el resultado de aquella situación, el prefecto del pretorio le dijo que entre sus soldados había cristianos, cuyas plegarias eran tan poderosas que no había nada que no consiguiesen del cielo. La noticia regocijó al Emperador y mandó á los cristianos que rogasen á su Dios por la conservación del ejército romano. Apenas lo hicieron, cuando atrajeron tempestades y rayos que asustaron y dispersaron á los enemigos, y una lluvia que consoló y refrescó á los Romanos. Sorprendido el Emperador por la fuerza de aquellas plegarias, publicó un edicto en favor de los cristianos y á la legión cristiana le dió el nombre de Fulminante. Dicese que se conserva todavía una carta suya acerca de este asunto. No ignoran los paganos que aquella legión recibió el nombre de Fulminante, sino que lo confiesan, pero ocultan la razón por que se le dió este nombre. Añade Dion que en Ayanto los Romanos vieron la lluvia,

abrieron la boca para recibirla, que en seguida tendieron los escudos y los cascos, bebieron cuanto quisieron y dieron agua á sus caballos. Sus enemigos les atacaron al mismo tiempo, teniendo que beber y defenderse á la vez. Habiendo sido heridos algunos, mezclaron su sangre con el agua que bebían. Sin duda alguna aquel ataque les hubiese molestado mucho, á no detenerle la violencia de los granizos y los rayos que cayeron sobre los enemigos. El cielo derramaba al mismo tiempo el agua que refrescaba á los unos y el fuego que abrasaba á los otros. Algunos pasaron al campamento de los Romanos buscando refugio en él. El Emperador se compadeció de su desgracia y les recibió humanamente. El ejército lo proclamó *Imperator* por séptima vez, y aunque no acostumbraba recibir este título, á menos que se lo concediese el Senado, recibiólo, sin embargo, entonces no tanto de los soldados como del mismo cielo. Al mismo tiempo se llamó á Faustina madre del ejército.

»Habiendo sido honrado Pertinax con la dignidad de cónsul en recompensa de notables servicios que prestó en aquella guerra, algunos mostraron indignación á causa de la humildad de su nacimiento, y le aplicaron unos versos cuyo sentido era que debía su elevación á las desgracias de la guerra.»

Hablando Xifilino de la guerra de Scitia que hizo Marco Aurelio, dice: «Apresuró el matrimonio de su hijo con Crispina, á causa de los nuevos movimientos verificados en Scitia, que hicieron necesaria su presencia. Por valor, prudencia y experiencia que mostrasen los Quintilios en esta guerra, no pudieron terminarla; razón por la cual tuvieron que acudir personalmente los Emperadores. Marco Aurelio pidió al Senado, antes de partir, el dinero que había en el Tesoro público, y no porque teniendo en sus manos la autoridad suprema le fuese más difícil tomarlo que pedirlo, sino porque acostumbraba decir que todos los bienes pertenecían al Senado y al pueblo. Arengando un día á la Asamblea, dijo: «Yo no tengo nada mio, y el palacio que habito es vuestro.»

«Dicho esto, tomó una lanza ensangrentada del templo de Marte, como he sabido por los que lo presenciaron, la arrojó contra el país enemigo, y partió. Dió á Paterno un ejército poderoso, con orden de combatir á los bárbaros, quienes se defendieron durante un día entero, y al fin fueron destrozados á pesar de su tenaz resistencia. Después de esta victoria, fué proclamado por décima vez *Imperator* Marco Aurelio, y no dudo que si hubiese vivido más tiempo, hubiera reducido á toda la Scitia á su obediencia.»

Xifilino dice lo siguiente acerca de la guerra de Cassio: «Habiéndose sublevado Cassio en Siria, el Emperador quedó extraordinariamente sorprendido, y envió contra él á su hijo Cómodo, que había llegado á la edad de la pubertad. Cassio era natural de Ciros, ciudad de Siria, varón muy virtuoso y notablemente adornado con todas las cualidades que pueden desearse en un emperador. Solamente le faltaba la estirpe, porque era hijo de Heliodoro, que llegó por la profesión de la retórica al gobierno del Egipto. Grave falta cometió, sin duda, cuando intentó usurpar la autoridad soberana, pero le impulsó á hacerlo Faustina. Era ésta hija de Antonino Pio, y esposa de Marco Aurelio Antonino el Filósofo. Viendo que el Emperador su esposo estaba enfermo, y que Cómodo era joven y estúpido, temió que la autoridad soberana recayese en manos de otro que la redujese á condición privada, y decidió á Cassio para que se preparase secretamente á casarse con ella y hacerse dueño del Imperio en el caso de que sobreviniese á Antonino algún accidente desgraciado. Cuando acariciaba Cassio estos proyectos en su mente, la fama publicó la noticia de la muerte del Emperador, y en el mismo instante Cassio, sin depurar la verdad, declaró su deseo de apoderarse del poder supremo, que ya le había otorgado el voto de las tropas que servían en Pannonia. Cuando se enteró de que era falsa la noticia de la muerte de Antonino, se encontró demasiado comprometido para retroceder; redujo á su obediencia á los pueblos que habitan al otro

lado del monte Tauro, y se preparó á hacerse reconocer por todos los demás súbditos del Imperio.

»Enterado Marco Antonino por cartas de Vero, gobernador de Capadocia, de la sublevación de Cassio, quiso mantenerla secreta. Pero cuando se divulgó y produjo turbación y confusiones entre los soldados, los reunió y habló en estos términos: «No me presento aquí, compañeros, para dar rienda suelta á mi indignación y resentimiento, porque ¿de qué sirve acusar á los dioses cuando disponen de todas las cosas como poder absoluto? Sin embargo, los que, como yo, son desgraciados, sin haber merecido serlo, no pueden menos de quejarse. En efecto; ¿no es desgracia verse agitado por guerras continuas, y no salir de una sino para caer en otra? ¿No es cruel ver que sucede una guerra civil á una extranjera? ¿Y no es desgracia, más funesta todavía que la guerra civil ó extranjera, reconocer por triste experiencia que no existe fidelidad entre los hombres, ver que me hace traición uno de mis amigos más íntimos, y verme comprometido en combates á que no he dado motivo alguno por mi parte? Después de esto, ¿queda virtud en el mundo que sea firme ó amistad que sea constante? ¿No es necesario confesar que no hay buena fe ni fundada esperanza? Despreciaría este peligro si me amenazase á mi solo, porque en último caso no soy inmortal. Pero por lo mismo que atañe á todo el mundo, que tiende á un levantamiento público y guerra general, quisiera llamar á Cassio delante de vosotros y delante del Senado, si fuese posible, y examinar sus pretensiones; y si demostrase que para bien de la República debía abandonarle el poder, lo haría con mucho gusto. ¿Qué razón tendría yo para conservar un cargo que me obliga á soportar tantos trabajos y me expone á tantos peligros? A pesar de las molestias que me ocasionan la edad y las enfermedades, he pasado mucho tiempo fuera de Italia, durante el cual no he podido tener ni agradable reposo ni sueño tranquilo. Pero como Cassio no quería entrar en este

»examen, ni tendría ninguna confianza en mí después
 »de haberme dado tantas muestras de perfidia, os exhorto,
 »¡oh compañeros! tanto como puedo, á que tengáis valor.
 »Aunque los soldados sacados de Cilicia, Siria, Judea y
 »Egipto fuesen mil veces más numerosos que vosotros,
 »en vez de serlo menos, no os aventajarian por ello. Ade-
 »más, por grande que sea la experiencia de Cassio en el
 »parte de la guerra, y por afortunadas que hayan sido
 »hasta el presente sus empresas, no por eso es más temi-
 »ble en esta ocasión, puesto que un águila que guía grajos,
 »ni un león que conduce ciervas, son capaces de grandes
 »cosas. Por lo demás, á vosotros, y no á él, pertenece la
 »gloria de haber terminado felizmente la guerra contra
 »los Arabes y contra los Parthos. Si se vanagloria de
 »las hazañas que ha realizado, con vosotros está Vero,
 »que ha dado batallas más célebres y conseguido victo-
 »rias más ilustres. Además, tal vez se arrepienta de su
 »empresa desde que dijo era falsa la noticia que corrió
 »de mi muerte, y quizá también habría permanecido en
 »reposo á creer que vivía yo. Pero aunque permanezca
 »en su resolución de sublevarse, renunciará á ella por
 »respeto á mi dignidad, ó por el temor que le infundirá
 »vuestra fuerza, en cuanto tenga noticia de vuestra mar-
 »cha. Así es que solamente temo una cosa, porque no
 »quiero ocultaros nada de la verdad: repito que sola-
 »mente temo una cosa, y es que, por evitar la vergüenza
 »de presentarse delante de vosotros, se dé la muerte, ó
 »alguno se la dé al tener noticia de mis preparativos
 »para ir á castigar su insolencia. Esto sería privarme de
 »la ventaja mayor que puedo obtener de la guerra y la
 »victoria, y la más gloriosa que otro haya conseguido en
 »cualquiera ocasión. Me preguntaréis: ¿qué ventaja es
 »esa? La de perdonar una injuria, la de conservar amis-
 »tad á un hombre que la ha violado, la de ser fiel al pér-
 »dido. Tal vez os parezca increíble lo que digo; pero no
 »por eso deja de ser verdadero, porque no ha de creerse
 »que la virtud esté absolutamente desterrada del mundo,
 »y que no nos queda ni resto de la probidad de los pri-

»meros siglos. Cuanto más difícil de creer es lo que digo,
 »más desearía realizarlo y demostrar que me es fácil, á
 »pesar de que se considera imposible. Siempre conse-
 »guiré de nuestras desgracias la ventaja de demostrar al
 »mundo que, por funesta que sea la guerra civil, puede
 »hacerse buen uso de ella.»

»Esto dijo Marco Aurelio á los soldados. Al mismo
 tiempo escribió al Senado, sin emplear en su arenga ni
 en su carta palabras injuriosas para Cassio, como no sea
 que le afeaba su ingratitud. Cassio, por su parte, tampoco
 pronunció ni una palabra contraria al respeto que debía
 á Aurelio.

»Mientras hacía sus preparativos el Emperador, reci-
 bió noticia de la derrota de algunas naciones extranjeras
 y de la muerte de Cassio. Un centurión, llamado Anto-
 nio, habiéndole encontrado en un camino, le hirió en el
 cuello; pero no siendo mortal la herida, porque arrastró
 al centurión la velocidad de su caballo, un decurión le
 infirió otra. Hecho esto, le cortaron la cabeza y se la lle-
 varon al Emperador. De esta manera fué muerto, des-
 pués de haber gozado por tres meses y seis días la som-
 bra de la dignidad imperial. También fué muerto su hijo
 al mismo tiempo en otro país.

»Marco Aurelio visitó las naciones que secundaron la
 sublevación de Cassio, tratándolas con singular clemen-
 cia, no condenando á muerte á nadie, ni grande ni pe-
 queño.

»Faustina murió al mismo tiempo que Cassio, de la
 gota que padecía ó de otra enfermedad, evitando con su
 muerte la vergüenza y disgusto de verse acusada de
 complicidad en la conjuración. Verdad es que el Empe-
 rador no había querido enterarse de los detalles, y que
 en vez de leer las cartas en que le advertían, las había
 roto por temor de experimentar odio contra aquellos que
 nombrasen. Dicese también que Vero, que fué el primero
 que enviaron á Siria, habiendo encontrado la cajita y las
 memorias de Cassio, las destruyó, diciendo que Marco
 Aurelio se alegraría de ello; y que si se disgustaba, se

sacrificaría gustoso á su cólera por la conservación de los demás. Es tan cierto que este Emperador no quería derramar sangre, que los gladiadores combatian en su presencia, así como los atletas con espadas sin punta. Mucho lamentó la muerte de Faustina; y en la carta que escribió al Senado con este motivo, demostró que el único consuelo que podía tener era que no fuese castigado con la muerte ningún cómplice de Cassio. «Guárdenme los dioses, decía, de condenar ó permitir que condeneis vosotros ninguno de vuestro orden al último suplicio.» Tal era su dulzura, que añadió que si no le concedían esta gracia, le sería odiosa la vida. Otorgó favores á personas que habían conspirado contra él y contra su hijo. Como Cassio intentó usurpar la autoridad soberana en Siria, que era su país, dió una ley por la que prohibía que los nacidos en una provincia no pudiesen en lo sucesivo ser gobernadores de ella. El Senado dispuso que se erigieran en el templo de Venus dos estatuas de plata, una en honor de Marco Aurelio y otra en el de Faustina. También dispuso que se erigiese un altar en el que sacrificasen juntos antes de casarse los mancebos y las doncellas desposados. En fin, para honrar más todavía la memoria de aquella Emperatriz, dispuso que cuantas veces asistiese el Emperador al teatro, se colocase su estatua de oro en el puesto que acostumbraba ella á ocupar durante su vida, y que se situasen alrededor las señoras más distinguidas.

»Cuando el emperador Marco Aurelio marchó á Atenas se hizo iniciar en los misterios de esta ciudad, concedió honrosos privilegios á los habitantes y señaló pensiones á los maestros que enseñaban allí toda clase de ciencias. De regreso en Roma, encontrándose un día arengando al pueblo, cuando hablaba del número de años que había empleado en sus viajes, los ciudadanos alzaron la voz diciendo ocho, tendiendo al mismo tiempo las manos para recibir igual número de monedas de oro. El Emperador repitió riendo ocho y mandó que se diesen á cada romano para su cena ocho monedas, que era cantidad

tan considerable, que nunca habia dado otra igual ningún emperador.

»En seguida perdonó todo lo que se debía al tesoro público y al tesoro imperial en el espacio de cuarenta y seis años, sin incluir los diez y seis del reinado de Adriano, y mandó quemar todas las obligaciones en el Foro. Hizo grandes regalos á muchas ciudades, y entre ellas á Smirna, destruida por un terremoto, y encargó á un senador, pretor á la sazón, del cuidado de reedificarla. Por esta razón me asombra la injusticia con que algunos le acusan de no haber tenido bastante elevación de miras; porque es cierto que, si bien muy económico, no escaseaba nada de lo necesario, y que, además de su gasto ordinario, hacía otros muchos que solamente eran de conveniencia, sin imponer por esto ningún tributo al pueblo.

»Murió el día diez y siete de Abril, no de su enfermedad, sino de un veneno que le dieron los médicos para congraciarse con Cómodo como lo sé positivamente. Cuando se sintió próximo á morir, recomendó Cómodo á los soldados, no queriendo se creyese que había adelantado su muerte; y habiéndole pedido el tribuno la contraseña, le dijo: «Vuélvete al sol que sale, yo me acerco á mi ocaso.» Tributáronse grandes honores á su memoria, y entre ellos se le erigió una estatua de oro en el Senado. Así murió el mejor de los emperadores que hubo jamás. Poseía todas las virtudes, inclinándose especialmente á la beneficencia, á la que erigió un templo en el Capitolio. Abstúvose de toda clase de vicios y no investigó con mucho cuidado los de su esposa ni de los otros. Con placer alababa á los que descollaban en cualquier profesión útil á la República y los empleaba sin atribuirse jamás la gloria de su trabajo. No podría reconocerse mejor la excelencia de su virtud, que observando su vida entera y considerando que en cincuenta y ocho años, diez meses y veinte días que vivió, que en todo el tiempo que reinó con su suegro Antonino Pío, y en los diez años que reinó solo, no mostró alteración alguna

de carácter ni inconsecuencia en su recta conducta.»

Herodiano dice, hablando de la muerte de este Emperador: «Marco Aurelio cayó enfermo en Pannonia: encontrábase ya viejo, pero más quebrantado que por la edad, se encontraba por los cuidados y trabajos del gobierno. En cuanto sintió que se acercaba su fin, no se ocupó más que de su hijo, que solamente tenía quince ó diez y seis años, y el Emperador temía que, abandonado á sí mismo en aquella juvenil edad, olvidase en seguida las buenas enseñanzas que le había dado, para entregarse á los excesos y el desorden. Pero no era ésta la única cosa que le inquietaba. Los Alemanes eran vecinos peligrosos: no les había dominado por completo, sino que había vencido á unos y tratado con otros; los demás habíanse refugiado en los bosques, conteniéndoles su presencia y evitando que intentasen nada. Temía, pues, que la juventud de su hijo avivase su valor y empuñasen de nuevo las armas, porque sabía por otra parte que los bárbaros son amantes de novedades, y que se necesita muy poco para ponerles en movimiento.

»Agitado é inquieto por estas reflexiones, mandó llamar á sus parientes y amigos, y cuando estuvieron reunidos, colocó á su hijo en medio de ellos, se incorporó un poco en el lecho y les habló en estos términos: «No me sorprende que el estado en que me encontráis os apene y conmueva; los hombres experimentan natural compasión por sus semejantes, y las desgracias que presenciamos nos afectan vivamente. Pero pretendo de vosotros algo más que los sentimientos ordinarios que inspira la naturaleza: mi corazón me responde del vuestro, y mis sentimientos relativamente á vosotros, me prometen otros iguales de vuestra parte. Vosotros tenéis que justificar ahora mi elección; tenéis que demostrarme que había depositado bien mi estimación y cariño, y que probarme con obras ciertas que no habéis perdido el recuerdo de mis beneficios. Delante tenéis á mi hijo; á vuestros cuidados debo su educación; apenas ha salido de la infancia. En los primeros hervores de la juventud

»lo mismo que en mar tempestuoso, necesita timón y piloto, por temor de que sin experiencia y sin guía se extravíe y pierda en los escollos. Servidle todos de padre; que al perderme me encuentre en cada uno de vosotros; no le abandonéis; dadle incesantemente buenos consejos y saludables instrucciones. Las riquezas más grandes no pueden bastar á los placeres y desórdenes de un príncipe voluptuoso. Si sus súbditos le odian, su vida peligrará y su guardia será débil muralla. Vemos que los príncipes que han reinado mucho tiempo y que han estado á cubierto de conspiraciones y revueltas, son los que han cuidado más de hacerse amar que de hacerse temer. Los que se inclinan por sí mismos á la obediencia en su conducta y en todas sus empresas, se encuentran al abrigo de las sospechas: sin ser esclavos son buenos súbditos; y si alguna vez resisten obedecer, es porque se les manda con demasiada dureza y que se une á la autoridad el desprecio y el ultraje; porque es muy difícil usar con moderación de autoridad que se posee en absoluto. Dad con frecuencia á mi hijo instrucciones parecidas á éstas; repetidle la que acaba de oír. De esta manera formaréis para vosotros y para todo el Imperio un príncipe digno de este elevado puesto; me demostraréis vuestro agradecimiento, y será el único medio de hacerlo inmortal». Al terminar estas palabras le dominó tal debilidad, que, no pudiendo continuar, se dejó caer sobre el lecho. Tan afectados quedaron todos los presentes por aquella oración, que no pudieron contener las lágrimas. Marco Aurelio vivió un día más y murió muy sentido por sus súbditos, dejando á la posteridad en la historia de su vida, el ejemplo de sus virtudes. El pueblo y los soldados quedaron igualmente afligidos por su muerte, y nadie la supo en el Imperio sin llorarle. Todos le daban de común acuerdo el nombre de padre de la patria, príncipe hábil, capitán valiente, de Emperador prudente y moderado, y-en todo esto no decían más que la verdad».

EL EMPERADOR VERO,

POR JULIO CAPITOLINO.

AL EMPERADOR DIOCLECIANO.

SUMARIO.

Origen y nacimiento de Vero.—Sus maestros.—Su juventud.—Sus gustos.—Sus dignidades.—Comparte el mando con Marco Aurelio.—Sus felices comienzos.—Su estancia en Siria.—Sus vicios.—Un festín suyo.—Su pasión por los juegos del Circo.—Su flojedad en la guerra.—Victorias de sus legados.—Regresa á Roma para celebrar su triunfo.—Lleva consigo la peste.—Su desarreglada conducta en Roma.—Su presunta divergencia con Marco Aurelio.—Su muerte.—Sospechas á que ésta da lugar.—Marco Aurelio justificado de estas sospechas.

Bien sé que la mayor parte de los que han escrito la historia de Marco Aurelio y de Vero, han presentado á los lectores la de éste antes que la de aquél, ajustándose á la duración de su vida, y no al orden que ocupan como emperadores. Pero yo he creído deber hablar primeramente de Marco Aurelio, porque empezó á reinar antes que Vero y le sobrevivió. L. Ceyonio Elio Cómodo Vero Antonino, que fué llamado Vero por orden de Adriano, y que unió á este nombre el de Vero y Antonino por su afinidad con Antonino, como principe no fué bueno ni malo, porque no tuvo grandes vicios ni brillantes virtudes. No reinó solo, sino bajo Marco Aurelio, que le hizo participar con él de la majestad del

mando. Sus disolutas costumbres y licenciosa vida contrastaron con la austeridad de este príncipe. Era, además muy franco y no sabía disimular nada de su conducta. Su padre natural, L. Elio Vero, adoptado por Adriano, fué el primero de su familia que obtuvo el título de César, y murió en posesión de esta dignidad. Vero contaba además entre sus antepasados muchos consulares. Nació en Roma, durante la pretura de su padre, el diez y ocho de las Kalendas de Enero, día del nacimiento de Nerón. Por parte de padre, su familia era originaria de la Etruria, y por su madre, de Favencia.

Tal era su prosapia. La adopción de su padre por Adriano le hizo entrar también en la familia Elia, y á la muerte de su padre el César quedó en la familia de Adriano. Este príncipe, que quería asegurarse una posteridad, hizo que Marco Aurelio adoptase á Vero, cuando él mismo tomó por hijo á Antonino Pio y por nieto á Marco Aurelio, á condición de que Vero se casase con la hija de Antonino Pio. Si más adelante se otorgó ésta á Marco Aurelio, fué, como ya dijimos, á causa de la extremada juventud de Vero, que casó con Lucila, hija de Marco Aurelio. Educóse en el palacio del Tiber, siendo su maestro en letras latinas Scauro (1), hijo del que fué profesor de Adriano; para el griego tuvo á Telepho (2), Hephestión y Harpocracion; para la retórica, Apolonio, Celer Caninio, Herodes Ático y Cornelio Fronton (3); retórico, latino y

(1) Este Scauro tuvo un hijo, que llevó su mismo nombre, y que fué gramático y preceptor de Alejandro Severo.

(2) Telepho escribió varias obras muy estimadas, tales como las vidas de los poetas cómicos y trágicos, un tratado de leyes y costumbres de Atenas, etc.

(3) El primero era un gramático de Alejandría, del que se conserva un tratado *De métrica*: el segundo un retórico de Alejandría, que escribió un léxico sobre los diez oradores de Atenas: el tercero se llamó *Discolo*, ó el Dificil: créese que el cuarto era Secretario de Marco Aurelio. Herodes había nacido en Atenas; más adelante se sospechó que había favorecido á Vero en su presunta conspiración contra Marco Aurelio.

para la filosofía, Apolonio y Sexto. Á todos les profesó tierno cariño, y éstos le quisieron mucho también, á pesar de que tenía pocas disposiciones para las letras. En su juventud gustaba de hacer versos, y más adelante discursos: siendo, según dicen, mejor orador que poeta, ó hablando con más exactitud, peor poeta que retórico. Añádese que le ayudaban sus amigos, y que nada de lo que escribió era suyo; así fué que siempre estuvo rodeado de escritores y sabios. Su preceptor fué Nicomedes. Gustaba excesivamente del lujo y los placeres y era muy diestro en todos los juegos. A la edad de siete años pasó á la familia de Marco Aurelio, quien le educó con su ejemplo y consejo. Tenía afición á la caza, á la lucha y á todos los ejercicios de la juventud. Vivió veintitrés años como simple particular en el palacio imperial.

El día en que tomó Vero la toga viril, Antonino Pio dedicó el templo de Adriano, haciendo con este motivo regalos al pueblo. En los juegos que dió como cuestor, se sentó entre este príncipe y Marco Aurelio. Inmediatamente después de su cuestura, fué nombrado cónsul con Sextilio Laterano. Algunos años después lo fué de nuevo con su hermano Marco Aurelio. Vivió mucho tiempo como simple particular y sin gozar de los honores que se otorgaban á éste, porque no tuvo asiento en el Senado antes de su cuestura. Tampoco se colocaba al lado de su padre en viaje, sino con el prefecto del pretorio, y no se le concedía otro título que el de hijo de Augusto. Era muy asiduo á los juegos del Circo y á los combates de gladiadores. Su desenfrenada afición al lujo y á los placeres fué causa, á lo que puede conjeturarse, de que Antonino permaneciese más unido á él por deber que por cariño, y parece que no le conservó su título, sino porque Adriano hizo que le adoptase Antonino Pio para llamarle nieto. Antonino, que gustaba especialmente del candor y la sencillez, no cesaba de exhortar á Vero para que imitase á su hermano. Después de la muerte de Antonino Pio, Marco Aurelio colmó de honores á Vero, le admitió á la participación de la autori-

dad suprema, y le hizo colega suyo, aunque el Senado le había concedido el Imperio á él solo.

Además de haberle elevado al Imperio, conferido la autoridad tribunicia y el honor del proconsulado, le dió también su nombre de Vero, en lugar del de Cómodo, que había llevado hasta entonces. Cierto es que Vero se mostró agradecido á los beneficios de Marco Aurelio y le estuvo sometido como el legado lo está al procónsul, ó el gobernador de provincia al emperador. En efecto, Marco Aurelio era quien hablaba por los dos á los soldados; y Vero no hacía nada, sino ajustándose á los principios y opinión de Marco Aurelio. Pero en cuanto marchó á Siria se deshonoró con su licenciosa vida, adulterios y vergonzosos amores. Dicese que eran tan disolutas sus costumbres, que á su regreso estableció en su casa una taberna, á la que acudía después de dejar la mesa de Marco Aurelio, haciéndose servir por la gente más infame de Roma. También se refiere que pasaba noches enteras en el juego, pasión que había contraído en la Siria. Émulo de Nerón, Caligula y los Citelios, recorría durante la noche las tabernas y parajes de disolución, oculta la cabeza en un mal capuchón de viajero; y disfrazado de este modo, se mezclaba entre los alborotadores, trababa riñas y frecuentemente regresaba con el rostro y el cuerpo llenos de contusiones. A pesar de sus disfraces, le conocían bien en las tabernas, en las que solía divertirse lanzando monedas gruesas de cobre contra los vasos para romperlos. Gustaba de los aurigas del Circo y favorecía al partido verde. Frecuentemente daba combates de gladiadores durante sus festines, que prolongaba toda la noche; solía dormirse en la mesa, y en estos casos les llevaban sobre mantas á su cámara. Dedicaba muy poco tiempo al sueño y digería muy de prisa. Marco Aurelio fingió ignorar esta conducta y no le reconvino, avergonzándose de hacerlo á un hermano.

Muchos han hablado de una comida que dió en la que, según dicen, se encontraron reunidas por primera vez doce personas, á pesar de aquella frase tan conocida,

relativamente al número de convidados: «siete forman un festín y nueve una zahurda.» A cada uno de ellos dió hermosos niños que le sirviesen de coperos; maestresalas y platos de su mesa; dió animales vivos, aves y cuadrúpedos domesticados ó silvestres y de la misma especie de los servidos en la comida; regaló todas las copas en que cada cual había bebido, y no se bebía dos veces en la misma (copas murrhinas ó de cristal de Alejandría; copas de oro ó de plata, guarnecidas de piedras preciosas); regaló coronas adornadas con laminillas de oro y con flores muy raras; vasos de oro llenos de perfumes y parecidos á los que construían de alabastro; en fin, cada cual recibió para su regreso una carroza con muleros y mulas con jaeces de plata, subiendo los gastos de este festín, según dicen, á seis millones de sextercios. Cuando se enteró Marco Aurelio gimió profundamente por la suerte de la República. Terminada la comida se jugó á los dados hasta el amanecer. Ocurrió esto después de la guerra con los Parthos, á la que se dice envió Marco Aurelio á Vero, con objeto de libertar á Roma del espectáculo de sus desórdenes, ó con la esperanza de que los trabajos de la guerra cambiarían sus costumbres y le harían recordar que era emperador. Pero el banquete de que acabamos de hablar y toda su conducta, demuestran cual era su vida.

De tal manera se ocupaba de los juegos del Circo que, en lo relativo á ellos, mantenía continua correspondencia con las provincias del Imperio. Encontrándose un día sentado junto á Marco Aurelio, en un espectáculo de éstos, le injuriaron muchas veces los partidarios de los azules, porque favorecía de un modo inconveniente á sus rivales, llevando sobre sí la imagen en oro de un caballo prasino (1), llamado Pájaro. En vez de cebada hacía que le diesen pasas y dátiles, y mandaba que se lo llevasen al palacio del Tíber, cubierto con

(1) Partido de los verdes.

mantas de color de púrpura. Cuando murió aquel caballo, le erigió una tumba en el Vaticano. Por los triunfos de este caballo comenzaron á solicitarse caballos de oro, y otros premios (*bravia*) (1); y en efecto, tan estimado era aquel animal, que frecuentemente se vió al Partido sirsino pedir para él un modio de monedas de oro. Cuando marchó Vero á la guerra contra los Parthos, Marco Aurelio le acompañó hasta Capua; y como continuaba en sus excesos en cuantos puntos se detenía, cayó enfermo de cansancio, acudiendo su hermano á su lado. Ni la guerra misma produjo cambio alguno en su vergonzosa y afeminada vida. Mientras los Sirios, después de haber dado muerte al legado del Emperador y destruido sus legiones, procuraban extender la revuelta y devastaban el Oriente, cazaba en Apuleya, navegaba en las cercanías de Corinto y Atenas, en medio de sinfonías y conciertos, y se detenía para entregarse á los placeres en las ciudades marítimas más célebres del Asia, de la Pamfilia y de la Cilicia.

Cuando llegó á Antioquia continuó aquella vida desordenada, y sus capitanes Stacio Prisco, Avidio Cassio y Marcio Vero, terminaron en cuatro años la guerra de los Parthos, avanzaron hasta Babilonia y la Media, recorrieron la Armenia y merecieron á Vero, así como también á Marco Aurelio, que permanecía en Roma, los títulos de *Arménicos*, *Párticos* y *Médicos*. Durante estos cuatro años, Vero pasó el invierno en Laodicea, el estío en Dafne y el resto del año en Antioquia, siendo la burla de los Sirios, de los que se han conservado multitud de bufonadas, representadas contra él en los teatros. Siempre admitió esclavos á su mesa, durante las saturnales y otras fiestas. Cediendo á las instigaciones de sus amigos, marchó por segunda vez hacia el Éufrates. Regresó á Efeso para casarse con Lucila, que le en-

(1) *Bravia*, *braveya* ó *braveu* (del griego *βραβείον*) era el premio que los *braveuta*, ó jueces de la lucha, daban á los vencedores.

viaba su padre Marco Aurelio; pero especialmente para que éste no llegase con ella hasta Siria y se enterase allí de su mala conducta, porque Marco Aurelio había dicho en el Senado que la acompañaría hasta allí. Terminada la guerra dió Vero el gobierno de los reinos á reyes, y los de las provincias á sus compañeros, regresando á Roma para celebrar su triunfo, pero á disgusto, como si al dejar la Siria abandonase su propio reino. Triunfó con Marco Aurelio y recibió del Senado los nombres que le había dado el ejército.

Dicese, además, que se hizo cortar la barba en Siria para complacer á una cortesana, hecho que excitó al sátira de los Sirios. El destino quiso que á su regreso propagase la peste por todas las ciudades que atravesaba hasta Roma. Créese que esta calamidad había nacido en Babilonia, habiendo abierto un soldado en el templo de Apolo un cofrecillo de oro, del que escapó aire pestilencial, que invadió el país de los Parthos y el Imperio romano. Pero no se debe acusar á Vero, sino á Cassio, que violando sus compromisos, se atrevió á tratar como enemiga á la ciudad de Selencia, donde habían recibido amistosamente á los soldados romanos. Quadrato (1), que escribió la guerra de los Parthos, lo justifica de esta imputación, y acusa á los habitantes de la ciudad de haber sido los primeros en faltar á la fe prometida. Vero llevó su respeto hacia Marco Aurelio hasta querer compartir con él el día del triunfo los nombres que le habían dado. Después de su expedición contra los Parthos le mostró menos consideración, favoreciendo descaradamente libertos y haciendo multitud de cosas sin el consentimiento de su hermano. Viósele, además, traer histriones de la Siria, con tanta ostentación como si trajese reyes en su comitiva para realzar su triunfo. Al frente

(1) Asinio Quadrato vivió en tiempo de los Filipos; escribió en griego, y en quince libros, una historia romana que abrazaba un período de mil años. También escribió una historia de los Parthos y de sus guerras.

de ellos se encontraba un tal Maximino, al que dió el nombre de Paris. Mandó construir en la vía Clodia una magnífica casa de campo y en ella pasó muchos días, entregado á monstruosos excesos, con sus libertos y amigos semejantes á él, compañeros ante los cuales desaparecía todo pudor. A esta casa invitó á Marco Aurelio, que fué á ella para darle ejemplo de su incorruptible pureza de sus costumbres. Este príncipe permaneció allí cinco días completamente ocupado en los negocios, mientras que Vero, no pensando más que en sus placeres, se entregaba á los festines. Tenía éste, entre otros cómicos, uno llamado Agripio, que llevaba el mote de Manfis, á quien había traído de Siria como trofeo de los Parthos. Dióle el nombre de Apolausto ó ministro de sus placeres, teniendo, además de éste, arpistas y flautistas, histriones, bufones, actores mímicos, jugadores de cubiletes y todos los juglares que tanto divierten á los Sirios y Alejandrinos, de modo que parecía haber triunfado más de los histriones que de los Parthos.

Decíase por lo bajo, y sin asegurarlo abiertamente, que la diferencia de conducta había producido enemistad entre los Emperadores. Observóse especialmente que Marco Aurelio envió á Siria, en calidad de legado, á un tal Libón, primo suyo, que obró con más atrevimiento del que convenía á un senador, diciendo que escribiría al Emperador en todos los casos dudosos; hora bien, este legado, cuya presencia era insoportable á Vero, cayó enfermo repentinamente y murió con señales de envenenamiento. Algunos, pero no Marco Aurelio, atribuyeron su muerte á la perfidia de Vero, y esta circunstancia aumentó el rumor que se había extendido de la desavenencia de los dos hermanos. Los libertos Geminas y Agaclito tuvieron, como hemos dicho, en la vida de Antonino el Filósofo, mucha influencia en el ánimo de Vero, que hizo se casase este último con la esposa de Libón, contra la voluntad de Marco Aurelio, quien, sin embargo, asistió á las bodas celebradas por su hermano. También favoreció este príncipe á algunos libertos de

malas costumbres, tales como Codes, Eclecto y otros. A la muerte de Vero les alejó el Emperador á todos con títulos honoríficos, exceptuando á Eclecto, que más adelante fué el asesino de Cómodo. No queriendo Marco Aurelio ni enviar á Vero solo contra los Germanos, ni dejarle en Roma, á causa de sus desórdenes, partieron juntos para aquella guerra, marchando á Aquilea. Cruzaron los Alpes, con profundo disgusto de Vero, que había empleado el tiempo en Aquilea en paseos y festines, mientras Marco Aurelio atendía á todo. En la vida de este Emperador hemos hablado bastante de las legaciones que enviaron los bárbaros, y de la conducta de los generales romanos. Una vez terminada la guerra en Panonia, Vero pidió el favor de regresar á Aquilea, cuyos placeres echaba de menos, y allí se encaminó. Mas á poca distancia de Altino le acometió una apoplejía en su carruaje. Bajáronle, y después de sangrarle, le llevaron á Altino, donde murió á los tres días, sin haber recobrado la palabra.

Dijose que había vivido en comercio incestuoso con su suegra Faustina, y que ésta le mató con ostras envenenadas para vengarse, porque había revelado el secreto á su hija. También alcanzaron las sospechas á Marco Aurelio, como ya hemos visto en su vida; pero su propio carácter le justifica bastante. Además, casi todos los testimonios atribuyen el crimen á Faustina, tan celosa como la mujer de Vero, de la influencia que tenía Fabia con este príncipe. Tan grande era la intimidación de Vero con su hermana Fabia, que corrió el rumor de que habían proyectado matar á Marco Aurelio, y que habiéndolo denunciado al Emperador el liberto Agaclito, Faustina se adelantó á la ejecución con la muerte de Vero. Este príncipe era esbelto y tenía hermoso semblante. Su barba, que dejaba crecer á la manera de los bárbaros, era imponente, y sus cejas, que se unían á la frente, le daban aspecto venerable. Dícese que cuidaba tanto sus rubios cabellos, que los cubría de polvo de oro para hacerlos más brillantes. Hablaba con dificultad;

tenía pasión por el juego; durante toda su vida se entregó al desenfreno, y en muchas cosas se pareció á Nerón, exceptuando, sin embargo, la crueldad y afición á la sátira. Entre otros objetos de lujo, poseía una copa de cristal inmensamente grande, á la que llamaba Pájaro, como á su caballo favorito.

Vivió cuarenta y dos años y reinó once con su hermano. Depositaron su cadáver en el sepulcro de Adriano, donde estaba también el de Elio César, su padre por naturaleza. Según una fábula bastante común, pero incompatible con la vida de Marco Aurelio, este príncipe cortó con un cuchillo, impregnado de veneno por un lado, una teta de cerda, dando á su hermano la parte emponzoñada. Sacrilegio es atribuirle este crimen, aunque el carácter y conducta de Vero lo hubieran justificado. Por nuestra parte, ni siquiera ponemos en duda el relato; lo rechazamos como completamente falso, porque, á excepción de tu clemencia, ¡oh Diocleciano Augusto!, no ha habido después de Marco Aurelio un emperador á quien la adulación se haya atrevido á compararle con él.

AVIDIO CASSIO,

POR VULCACIO GALICANO (1).

SUMARIO.

Origen de Avidio Cassio. — Su odio á los Emperadores. — Vero enterá á Marco Aurelio de sus sospechas acerca de Cassio. — Hermosa contestación de Marco Aurelio. — Carácter de Cassio. — Su severidad como general. — Carta de Marco Aurelio acerca de las prendas militares de Cassio. — Sus reglamentos. — Se hace proclamar emperador en Oriente, y el Senado le declara enemigo público. — Clemencia de Marco Aurelio. — Carta de este Emperador y de Faustina relativamente á la sublevación de Cassio. — Faustina excita á Marco Aurelio para que castigue con severidad á Cassio y sus cómplices. — Aclamaciones del Senado. — Hermosa carta de Cassio, nombrado emperador.

Dicen algunos que Avidio Cassio pertenecía á la familia de los Cassios, y que su abuelo materno fué Avidio Severo, quien de centurión llegó á las primeras dignidades. Quadrato habla de él con elogio en sus Anales, diciendo que era varón muy notable, de quien obtuvo grandes servicios la República y buenos consejos Marco

(1) Vulcacio Galicano lleva el título de *vir clarissimus*, lo cual indica que era senador. Vivió en tiempo de Diocleciano. Habíase propuesto Vulcacio el mismo plan que Sparciano; pero solamente se conserva de él la vida de Avidio Cassio, y hasta algunos manuscritos la atribuyen á Sparciano.

Antonino, y que murió de un modo trágico bajo este emperador. Descendiente, como ya hemos dicho, de los Cassios que conspiraron contra Julio César, éste, cuya vida escribimos, odiaba secretamente el gobierno imperial y tenía horror al nombre de emperador; nombre tanto más odioso, decía, cuanto que no se le podía arrancar á uno sino para ver que lo usurpaba otro. Dicese que en su juventud trató de arrebatar el trono á Antonino Pio, pero que este proyecto de usurpación quedó secreto, gracias al talento y prudencia de su padre. Sin embargo, Cassio continuó siendo sospechoso á sus jefes, y el párrafo siguiente de una carta de Vero demuestra que también formó contra éste iguales proyectos: «A lo que me parece, Avidio Cassio está ávido del Imperio, y ya se hizo notable bajo mi atuelo, que fué padre tuyo. Te aconsejo que vigiles sus maniobras. Todo lo que hacemos le desagrada; se está procurando grandes recursos; se burla de nuestra afición á las letras, y nos llama, á ti viejo filósofo y á mi estudiante disoluto. Considera qué medidas debes tomar. No profeso odio alguno á Avidio, pero me parece que no conviene á tu seguridad ni á la de tus hijos mantener al frente de los ejércitos un hombre como él, capaz de hacer que los soldados le escuchen y capaz de hacerse amar.»

Contestación de Marco Aurelio acerca de Avidio Cassio: «He leído la carta en que me manifiestas temores que no son propios de un emperador ni de un gobierno como el nuestro. Si los dioses le destinan al Imperio, no podríamos evitarlo aunque quisiéramos, porque conoces la frase de tu bisabuelo: «Ningún príncipe ha dado muerte á su sucesor.» Si, por el contrario, no ha de reinar, se perderá en sus mismas empresas, sin que acudamos á medidas crueles. Añade á esto que no podemos considerar como criminal á un hombre á quien no acusa nadie y á quien, como tú mismo dices, aman los soldados. En fin, tal es la naturaleza de los delitos de Estado, que hasta los mismos convictos de ellos pasan por oprimidos. También te recordaré lo que decía tu abuelo

Adriano: «¡Qué desgraciada condición la de los príncipes! No se les cree acerca de las conspiraciones de sus enemigos sino cuando son víctimas de ellas.» Domiciano lo dijo antes que él, pero he preferido citarte á Adriano, porque las mejores máximas pierden su autoridad en boca de los tiranos. No consideremos su conducta sino tal como aparece, puesto que, por otra parte, tenemos en él un general excelente, enérgico, valeroso y necesario á la República. En cuanto á lo que me dices de atender con su muerte á la seguridad de mis hijos, que perezcan si Avidio merece más que ellos que le amen, si la felicidad del Estado exige que Cassio viva y no los hijos de Marco Aurelio.»

Así pensaban de Cassio Vero y Marco Aurelio. En breves palabras describiremos ahora su carácter y costumbres, porque pueden reunirse pocos detalles acerca de los hombres de quienes nadie se atreve á escribir la vida por temor de sus vencedores. Diremos cómo llegó éste al Imperio, cómo fué muerto y dónde le vencieron; porque habiéndome propuesto darte á conocer ¡oh Diodorciano Augusto! todos los emperadores, he de ocuparme de cuantos llevaron la púrpura legítima ó injustamente. Cassio tenía algunas veces aspecto duro y cruel, y otras dulce y bueno; en tanto mostraba piedad y en tanto desprecio por la religión; gustaba con pasión del vino, y sabía abstenerse de él; buscaba la buena mesa, y podía soportar el hambre; amaba las mujeres, y sabía también ser casto. Algunos le llamaron Catilina, y le complacia le diesen este nombre, diciendo que en efecto lo sería si lograba matar al dialoguista (1), nombre que daba á Antonino. Tal era la reputación de filósofo que tenía este príncipe, que en el momento de partir para la

(1) *Dialogistam*, confeccionador de diálogos filosóficos: sin duda fué ésta la única frase despreciativa que se permitió Cassio contra Marco Aurelio, porque Xifilino asegura que jamás se le oyó decir nada contrario al respeto que aquel Emperador inspiraba á todo el mundo.

guerra de los Marcomanos, en la que se temía perciese, le rogaron, no por adulación, sino formalmente, que publicase sus máximas filosóficas. No participaba él de estos temores, pero declamó durante tres días una serie de exhortaciones ó preceptos. Avidio Cassio fué, por su parte, rígido observador de la disciplina militar, queriendo que le encontrasen igual á Mario.

Puesto que hemos empezado á hablar de su severidad, diremos que antes parecía crueldad que rigor: fué el primero que hizo crucificar soldados en el paraje mismo en que habían cometido alguna violencia contra los habitantes de las provincias, y también inventó un género de suplicio que consistía en atar de alto abajo, á un madero clavado en el suelo y de ochenta á cien pies de largo, á los que había condenado, pereciendo aquellos desgraciados, unos por las llamas, otros por el humo, y los demás por el miedo. Algunas veces mandaba arrojar á un río ó al mar diez sentenciados atados juntos. A los desertores les hacía cortar las manos, los muslos ó los jarretes, diciendo que la vida miserable de un criminal era ejemplo más provechoso que su muerte. Encontrándose en marcha el ejército, un cuerpo de auxiliares, arrastrado por los centuriones, corrió á arrojarse sin permiso suyo sobre tres mil Sármatas que ocupaban negligentemente las orillas del Danubio, y los destrozaron. Regresando en seguida los centuriones con rico botín, esperaban recompensa por haber destruido tantos enemigos con un puñado de hombres en una empresa tolerada ó más bien ignorada por los tribunos. Cassio mandó que aquellos centuriones fuesen crucificados y entregados al suplicio de los esclavos, cosa que no tenía ejemplo, diciendo que el enemigo podía haber tendido un lazo, donde habría perecido la majestad del pueblo romano. Habiendo estallado en el ejército violenta sedición, salió de su tienda, sin más ropa que la túnica, diciendo: «Heridme si os atrevéis, y aumentad con este crimen la destrucción de la disciplina.» Con estas palabras quedó restablecido el orden, y mereció que le temieran porque

no temía nada. Su severidad restableció la disciplina romana; y aquel ejemplo de un general que castigaba sus soldados por haber vencido sin sus órdenes, infundió tanto terror á los bárbaros, que pidieron á Antonino, ausente, que ajustase la paz por cien años.

Encuéntrense muchos ejemplos de la severidad de Cassio con los soldados en la obra de Emilio Partheniano, autor de un libro sobre aquellos que, desde los tiempos más antiguos, aspiraron al mando supremo. Cassio hacia azotar con varas en el foro y decapitar en seguida en medio del campamento á los soldados que lo merecían. También mandó cortar las manos á muchos de ellos. A nadie permitía llevar en tiempo de guerra otras provisiones que tocino, galleta y vinagre, y si encontraba algo más, castigaba aquel lujo con severas penas. Acerca de esto existe una carta de Marco Aurelio á su prefecto, que dice así: «He encargado á Avidio Cassio las legiones de Siria, que viven entregadas á la molicie y en las delicias de Dafne, y que, según me ha escrito Cesonio Vectiliano, usan continuamente baños calientes. Creo que no he hecho mala elección; tú conoces también á Cassio, que posee la severidad de aquellos cuyo nombre lleva, y que restablecerá la disciplina antigua, sin la que es imposible gobernar á los soldados. Conoces el verso tan frecuentemente citado de un gran poeta: «Por las costumbres antiguas y por los hombres que las conservan se mantiene la república romana.» En cuanto á ti, cuida solamente de suministrar á las legiones víveres abundantes. Avidio, si yo le conozco bien, los empleará acertadamente.» El prefecto contestó al Emperador: «Sabiamente has obrado al dar á Cassio las legiones de Siria. Nada es tan necesario como un jefe severo para soldados griegos. Es seguro que prohibirá los baños calientes y las flores con que se adornan la cabeza, el cuello y el pecho. El aprovisionamiento del ejército está preparado; nada falta con un buen general, porque las peticiones y las necesidades son menores.»

No defraudó Cassio aquellas esperanzas. Inmediatamente publicó un bando, que mandó fijar en las paredes, diciendo que á todo soldado que se le viese en Dafne se le arrojaría ignominiosamente. Dispuso revista de armas, ropas, calzado y botines de soldados de siete en siete días. Prohibió en el campamento todo aquello que pudiese enervar el valor. Amenazó á las tropas con hacerles pasar el invierno bajo las tiendas, si no cambiaban de costumbres; y hubiesen experimentado, en verdad, el efecto de la amenaza, si no se hubieran corregido. Cada siete días ejercitaba á los soldados en lanzar flechas y manejar las armas. Decía que era vergonzoso ver atletas, cazadores y gladiadores ejercitarse sin cesar, mientras que los soldados, á quienes la costumbre del trabajo debía hacerlo menos penoso, no se ejercitaban jamás. De esta manera restableció la disciplina y consiguió notables triunfos en Armenia, Arabia y Egipto. Todos los pueblos de Oriente le amaron, y en particular los habitantes de Antioquía, que le ayudaron á apoderarse del Imperio, como refiere Marco Máximo en la vida de Marco Aurelio. Según el mismo historiador en el segundo libro de la vida del citado príncipe, rechazó á los Bucóles, que cometían grandes desórdenes en Egipto.

Según dicen algunos historiadores, Cassio se hizo nombrar emperador de Oriente, de acuerdo con Faustina, que comenzaba á inquietarse por la salud de Marco Aurelio, y que temía no poder proteger ella sola á sus hijos, niños todavía, si alguno quería apoderarse del poder supremo y hacerlos perecer. Dicen otros que, con objeto de burlar la adhesión de los soldados y de las provincias á Marco Aurelio y que consintiesen su elevación, imaginó declarar que había muerto el Emperador, colocándole, según cuentan, en el rango de los dioses para dulcificar su pérdida. Cuando se presentó en público con el título de emperador, nombró en seguida prefecto del pretorio al que le había revestido los ornamentos imperiales. Más adelante el ejército, contra la voluntad de Marco Aurelio, dió muerte á este prefecto al mismo

tiempo que á Cassio, así como también á Meciano, que era gobernador de Alejandria, y que, en la esperanza de compartir el trono con Cassio, pasó á su partido. No mostró Marco Aurelio mucho enojo á la noticia de aquella sublevación, y no ejerció rigores, ni contra los hijos de Cassio, ni contra sus parientes. El Senado le declaró enemigo y confiscó sus bienes, con los que Marco Aurelio no quiso aumentar su tesoro particular; negativa que obligó al Senado á adjudicarlos al erario público. Grande fué la alarma en Roma por haber corrido el rumor de que Cassio llegaría en ausencia de Marco Aurelio, á quien solamente odiaban los libertinos, y que entregaría la ciudad al pillaje, especialmente á causa de los senadores que habían dictado contra él sentencia de muerte y la confiscación de sus bienes. Prueba especialmente el cariño que profesaban á Marco Aurelio, el hecho de que todos los pueblos, exceptuando Antioquía, aplaudieron la muerte de Cassio. El Emperador la permitió sin mandarla, y nadie dudó que le hubiese perdonado á tenerle en su poder.

Llevaronle su cabeza á Marco Aurelio, que, lejos de manifestar regocijo ú orgullo, se afligió al ver perdida una ocasión de ejercitar su clemencia, diciendo que hubiese deseado se lo llevasen vivo, para recordarle sus beneficios y perdonarle. En fin, habiendo censurado un amigo de Marco Aurelio su clemencia con Cassio, sus hijos, parientes y todos sus cómplices, y habiendo añadido: «Venceder Cassio, no habria obrado lo mismo contigo», dícese que contestó: «Nuestra conducta y respeto á los dioses nos aseguraban la victoria.» En seguida enumeró todos los emperadores que habían sido asesinados, y demostró que, por un motivo ó por otro, habían merecido su suerte; que con dificultad se encontraría en la historia un príncipe bueno vencido ó muerto por un tirano; que Caligula y Nerón se habían atraído su suerte mostrándose crueles; Othón y Vitelio, obrando como si despreciasen el Imperio. Lo mismo pasaba relativamente á Pertinax y á Galba, y decía que «en un príncipe la ava-

ricia es el defecto más grave». Añadió, en fin, que ni Augusto, ni Trajano, ni Adriano, ni su padre Antonino Pío pudieron quedar vencidos por los rebeldes, de los que muchos perecieron sin que lo supiesen y contra la voluntad de aquellos Emperadores. Rogó al Senado que no dictase penas severas contra los cómplices de Cassio, y al mismo tiempo pidió á aquella asamblea decretase que ningún senador sería condenado á muerte bajo su reinado, lo que acabó de conquistarle el cariño de todos. Castigóse á corto número de centuriones, y mandó regresar á los que habían sido deportados.

También perdonó á los habitantes de Antioquia, que se habían declarado por Cassio, y á las ciudades que le habían prestado socorro. Cierta es que al pronto mostró profundo enojo á los primeros y que les prohibió los espectáculos y otras muchas diversiones peculiares de su ciudad; pero más adelante se los devolvió todos. Dejó á los hijos de Cassio la mitad de los bienes de su padre, y dió oro, plata y alhajas á sus hijas, llegando á conceder á una de ellas Alexandria, y á su yerno Druenciano, libertad para marchar á donde quisieran; de manera que vivieron en la mayor seguridad, no como rehenes de un tirano, sino como miembros del orden senatorial. Llegó hasta prohibir que se les censurase en justicia la desgracia de su familia, y condenando las injurias que les habían dirigido algunos impulsados por exceso de celo, les recomendó personalmente al esposo de su tía. Los que deseen conocer toda esta historia, pueden leer el libro segundo de la vida de Marco Aurelio, escrita por Mario Máximo, en el que refiere los actos de este Emperador desde la muerte de Vero. En efecto, después de este acontecimiento tuvo lugar la sublevación de Cassio, como lo demuestra el siguiente extracto de una carta de Marco Aurelio á Faustina: «Vero me dijo la verdad al enterarme de que Cassio aspiraba al trono. Sin duda conoces ya las noticias que han traído los guardias de Marcio Vero. Ven, pues, á Albano para que deliberemos con la ayuda de los dioses y sin temor acerca del partido

que debemos tomar.» Dedúcese de esto que Faustina ignoraba lo que ocurría, mientras que Marcio Máximo, que procura difamarla, la supone cómplice del crimen de Cassio. Consérvase también una carta de esta Emperatriz á su esposo, en la que le exhorta á tomar ruidosa venganza del rebelde. Dice así: «Mañana llegaré á Albano, como me dices. Entretanto, permíteme que te ruegue, si quieres á tus hijos, que persigas rigurosamente á los rebeldes. El mal ejemplo puede contagiar á los jefes y soldados, que, si no se les reprime, pronto serán opresores.»

Léese en otra carta de Faustina á Marco Aurelio: «Mi madre Faustina exhortó también á tu padre Antonino Pío, después de la sublevación de Celso, á que considerase lo que debía á su familia y al Estado. Porque no es propio de buen príncipe no pensar en su esposa ni en sus hijos. Considera la extraordinaria juventud de nuestro hijo Cómodo. Nuestro yerno Pompeyano es viejo y casi extranjero en Roma. Medita, pues, lo que has de decidir relativamente á Cassio y á sus cómplices. Guárdate de perdonar á hombres que no te han respetado y que no me perdonarían á mí ni perdonarían á nuestros hijos, si fuesen vencedores. Muy pronto te seguiré. La indisposición de nuestra Fadila me ha impedido marchar á Formiano. Si no te encuentro ya allí, seguiré hasta Capua, ciudad que convendrá quizá para la salud de nuestros hijos y la mía. Rúégote que envíes á Formiano al médico Sotérides, porque no me inspira confianza Pisistheo, que no consigue mejorar á nuestra hija. Calpurnio me ha entregado tus cartas bien cerradas; si tardo en reunirme contigo, contestaré por medio del viejo eunuco Cecilio, que, como sabes, es hombre seguro. De viva voz le repetiré lo que, según dicen, hablan de ti la esposa de Cassio, sus hijos y su yerno.»

Por esta carta se ve que Faustina no era cómplice de Cassio, puesto que insistía para que le castigasen severamente, haciendo ver á Marco Aurelio, inclinado á la clemencia, la necesidad de terrible venganza. El Empe-

rador le contestaba de este modo: «Consideras con profundo interés, querida Faustina, lo que atañe á tu esposo y á nuestros hijos. He vuelto á leer en Formiano las cartas en que me exhortas para que castigue á los cómplices de Cassio. Pero estoy decidido á perdonar á sus hijos, á su yerno y á su esposa; hasta escribiré al Senado para que no decrete una confiscación muy extensa, ni pena demasiado severa. Nada honra tanto como la clemencia á un emperador romano. Esta virtud elevó á César hasta el rango de los dioses, ha conservado la memoria de Augusto y mereció á tu padre el nombre de Pio. En una palabra, si se hubiese seguido mi consejo en cuanto á esta guerra, Cassio viviría aún. Tranquilízate; los dioses me protegen, y mi piedad les agrada. He designado cónsul para el año entrante á nuestro yerno Pompeyano.» Tal fué la contestación de Marco Aurelio á su esposa.

También conviene conocer la oración que remitió al Senado: «En agradecimiento á vuestras felicitaciones por la última victoria, os doy, Padres conscriptos, á mi yerno Pompeyano por cónsul. Por su edad debería haber obtenido hace mucho tiempo esta dignidad, si la República no hubiese tenido que recompensar los servicios que le han prestado otros ciudadanos. En cuanto á la sublevación de Cassio, os pido y suplico que limitéis vuestro rigor, que pongáis de manifiesto mi clemencia, ó, mejor dicho, la vuestra; en una palabra, que no dictéis ninguna sentencia de muerte. Que no vea castigado ningún senador; que no se derrame sangre de ningún hombre distinguido; que regresen los deportados y recobren sus bienes aquellos á quienes se les hayan confiscado. ¡Ojalá pudiese resucitar también algunos de los que están en el sepulcro! Nada es menos conveniente á un emperador que vengar sus ofensas personales; aunque la venganza fuera justa, se la tacharía de rigurosa. Concederéis, pues, el perdón á los hijos de Avidio Cassio, á su yerno y á su esposa. ¿Y qué digo de perdón? no son criminales. Que vivan con seguridad, sabiendo

que esto sucede bajo Marco Aurelio. Que gocen en tranquila posesión parte de su patrimonio, y que reciban todo el oro, plata y alhajas que ha dejado Avidio. Que sean ricos, que queden exentos de todo temor, que sean dueños de ir á donde les plazca; en una palabra, que sean libres y que lleven á todos los países que visiten el testimonio de mi bondad y de la vuestra. En último caso, Padres conscriptos, es grande esfuerzo de clemencia perdonar á los niños y mujeres de aquellos á quienes hirió la muerte. También os pido que aquellos cómplices de Avidio que pertenezcan al orden de los senadores ó de los caballeros, queden al abrigo de la muerte, de la confiscación, del temor, de la infamia, del odio; en fin, de toda injuria. Conceded á mi reinado la gloria de que, con motivo de una sublevación por el mando, solamente hayan perecido los que cayeron en el tumulto.»

A este hermoso ejemplo de clemencia, contestó el Senado con aclamaciones. «Piadoso Antonino, que los dioses te conserven. Clemente Emperador, que los dioses te guarden. No has querido lo que era lícito, y nosotros hemos hecho lo que convenia. Deseamos que Cómodo comparta el imperio contigo; robustece tu familia; asegura la tranquilidad de tus hijos. Ninguna fuerza puede quebrantar un imperio legítimo. Pedimos para Cómodo Antonino la autoridad tribunicia; reclamamos tu presencia; admiramos tu filosofía, tu valor, tu talento, tu generosidad, tu virtud. Domas á los rebeldes, triunfas de los enemigos, los dioses te protegen, etc.» Los descendientes de Avidio Cassio vivieron, pues, tranquilamente, y hasta fueron admitidos á las dignidades del Estado. Pero Cómodo, después de la muerte de su padre, les condenó á todos á ser quemados vivos, como si hubiesen sido cogidos en la sublevación. Tales son los detalles que nos da la historia relativamente á Cassio, cuyo carácter, como antes dijimos, fué siempre muy voluble, pero inclinado especialmente al rigor y la crueldad. En el trono no hubiese mostrado solamente clemencia, sino que también bondad, y además las virtu-

des de príncipe excelente. Se conserva una carta suya que escribió como emperador á su yerno, y en la que habla así: «¡Cuán desgraciada es la República al verse presa de esos ricos y de los que aspiran á serlo! Marco Aurelio es sin duda hombre honrado; pero con objeto de que se alabe su clemencia, deja vivir á muchos cuya conducta condena. ¿Dónde está el antiguo Cassio, cuyo nombre llevo inútilmente? ¿Dónde está Catón el censor? ¿Dónde están las virtudes de nuestros antepasados? Mucho tiempo hace ya que desaparecieron y ni siquiera se piensa en hacerlas revivir. Marco Aurelio hace profesión de filósofo; diserta sobre la clemencia, sobre la naturaleza del alma, sobre lo justo y lo injusto, y nada siente por la patria. Comprenderás que se necesitarán muchas espadas, muchos edictos para devolver al Estado su forma antigua. ¡Ay de todos estos gobernadores de las provincias! ¿Puedo yo acaso considerar como procónsules, como magistrados del pueblo romano, á los que creen que el Senado y Marco Aurelio les han dado provincias para que vivan en ellas entregados al libertinaje y para enriquecerse? Conoces al prefecto del pretorio de nuestro filósofo: tres días antes de conferirle estas funciones no tenía pan, y hele de pronto rico. ¿Cómo se hace esto si no es devorando las entrañas de la República y de las provincias? Han amontonado riquezas, éstas servirán para rellenar el agotado Tesoro. ¡Ojalá favorezcan los dioses la buena causa y traigan para la República los tiempos de Cassio!» Esta carta demuestra claramente cuán severo y duro habría sido de lograr hacerse emperador.

CÓMODO ANTONINO,

POR ELIO LAMPRIDIO.

Á DIOCLECIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Nacimiento de Cómodo.—Sus maestros.—Su carácter.—Sus primeras dignidades.—Sus vicios.—Sus desórdenes.—Escapa de una conspiración contra su vida.—Sus venganzas.—Entrégase por completo á los placeres y deja á Perennis el cuidado de los negocios.—Sus incestos.—Extraordinario poder de Perennis.—Abandona este favorito al furor de los soldados y lo reemplaza por Cleandro.—Abandona á su vez á Cleandro al furor del pueblo.—Sus asesinatos.—Sus nombres.—Quiere hacer llamar á Roma colonia de Cómodo.—Un niño revela su último proyecto de asesinatos.—Su devoción á Isis.—Mata dos hombres á mazazos ó con flechas.—Otras crueldades suyas.—Su afición á todo lo obsceno.—Sus odiosos caprichos.—Da sus nombres á algunos meses del año.—Sus combates contra los gladiadores.—Fechas de los acontecimientos principales de su vida.—Enumeración de sus combates en la arena.—Su fuerza como gladiador.—Victorias de sus legados.—Su pereza.—El y sus favoritos lo venden todo en el Imperio.—Sus costumbres de gladiador.—Da orden de pasar á cuchillo al pueblo é incendiar á Roma.—Prodigios y presagios que ocurren bajo su reinado.—Mátanle Leto y Marcia.—Su retrato.—Sus monumentos.—El emperador Severo le coloca en el rango de los dioses.—Con furiosos gritos se detesta su memoria en el Senado.—Derribo de sus estatuas.

De la familia de Cómodo Antonino se ha hablado bastante en la vida de Marco Aurelio. Cómodo nació en

Lanuvio con su hermano Antonino Gemino, la víspera de las kalendas de Septiembre, bajo el consulado de su padre y de su tío. Dicese que su abuelo materno nació en el mismo lugar. Encontrándose Faustina en cinta de Cómodo y de su hermano, soñó que daba á luz dos serpientes, de las que una era más feroz que la otra: nacieron Cómodo y Antonino. Este vivió solamente cuatro años, aunque los matemáticos habían vaticinado, según el curso de los astros, igual destino á los dos hermanos. Habiendo muerto Antonino, Marco Aurelio quiso educar á Cómodo tanto con sus lecciones como con las de los maestros más célebres. Dióle para la literatura griega á Onesicrito; para las letras latinas, y Capela Antiscio; y para la retórica, y Ateyo Sanoto. Pero Cómodo no obtuvo provecho alguno de la enseñanza de aquellos profesores: «tanto puede la fuerza del carácter ó la influencia de aquellos á quienes en la corte se llama instructores.» Desde su niñez fué impúdico, malo, cruel y libidinoso, manchando hasta su boca (1). Dedicóse á cosas que no convienen á la majestad imperial, como modelar copas, cantar, bailar, silbar, en fin, á sobresalir en el arte de los bufones y de los gladiadores. En la ciudad de Centumecelas dió á la edad de diez y seis años muestras de su crueldad: no encontrando bastante caliente el baño,

(1). Según Xifilino, «Cómodo no era astuto ni malo, sino, por el contrario, extremadamente sencillo, y su natural timidez le mantenía en la dependencia de cuantos se le acercaban.» Como no tenía bastantes luces para dirigirse por sí mismo, los que se habían apoderado de su ánimo le llevaron primeramente al libertinaje y después á todo género de crueldades. Solamente tenía diez y nueve años cuando murió su padre, dejándole curadores elegidos entre los varones más respetables del Senado. Pero en seguida renunció á los prudentes consejos de aquellos senadores para seguir sus inclinaciones; hizo la paz con los extranjeros para entregarse á la ociosidad y á las delicias de Roma. Cuando regresó á la capital, pronunció en pleno Senado una oración muy impertinente, en la que, entre las alabanzas que se prodigó, hizo alarde de que un día sacó á su padre de un lodazal profundo, en el que había tenido la desgracia de caer.

mandó arrojar al horno al fogonero. Encargado de hacerle su pedagogo, quemó una piel de carnero, cuya fetidez hizo creer á Cómodo que se había ejecutado su orden. Desde la infancia llevó el título de César con su hermano Severo, y á los catorce años fué agregado al colegio de los pontífices.

El día que tomó la toga viril fué nombrado uno de los tres príncipes de la juventud. Revestido todavía con la pretexto de la infancia, dió un congiarío al pueblo y lo presidió en la basilica de Trajano. Recibió la toga el día de las nonas de Julio, día en que desapareció Rómulo y se sublevó Cassio. Después que se le recomendó á los soldados, partió con su padre para Siria y Egipto, regresando con él á Roma. Dispensado en seguida de la ley acerca de la edad para las magistraturas (1), fué nombrado cónsul, y le saludaron emperador con Marco Aurelio el día v de las kalendas de Diciembre, bajo el consulado de Polión y de Aper. Un decreto del Senado le hizo participar de los honores del triunfo con su padre, á quien también acompañó á la guerra de Germania. No pudiendo soportar, á causa de sus puras costumbres, á los vigilantes que le habían dado, se rodeó de los hombres más corrompidos; y cuando se los quitaron cayó enfermo de pesar. Devolviéndoselos la debilidad de su padre, convirtió el palacio en una taberna y paraje de desorden, no poniendo límites á su falta de pudor y á sus gastos. Tuvo en su casa mesa de juego: compraba, como viles prostitutas, á las jóvenes más bonitas para todos los caprichos de su impureza. A semejanza de los chalanes que recorren todos los mercados, él mismo compraba caballos para las carreras. Vestíase como auriga y guiaba los carros; vivía con los gladiadores; presentaba el agua en los lupanares como los es-

(1) Antiguamente no había edad fija para desempeñar los cargos de la República; pero en el año 573 de Roma L. Villo ó L. Junio, tribuno del pueblo, hizo adoptar una ley relativa á este punto. *Lex annalis ó annaria.*

clavos encargados de este servicio; de manera que parecía nacido más bien para la infamia que para el rango á que le había elevado la fortuna.

Echó á los antiguos servidores de su padre, y despidió á aquellos amigos que ya eran viejos. Inútilmente solicitó para placeres infames á los hijos de Salvio Juliano, que se encontraba al frente del ejército, y desde entonces no cesó de perseguirlos. Alejó de su lado á los ciudadanos más respetables, ó cubriéndoles de oprobio, ó dándoles empleos humillantes. Apostrofado por los mímicos como libertino, en seguida mandó deportarles para que no volbiesen á presentarse en la escena. Esclavo de los reyes enemigos, no continuó la guerra que su padre casi había terminado, y regresó á Roma, llevando detrás en su carro, al entrar en ella, á su paje Antero; y durante toda la ceremonia de su triunfo, no cesó de volverse para darle besos, cosa que también se le vió hacer en el teatro. Ordinariamente bebía en pleno día, y las rentas del Imperio no bastaban para sus desórdenes. De noche recorría las tabernas y lupanares. Nombró gobernadores de las provincias á los cómplices de sus crímenes ó á los protegidos de los criminales. Despreciado y odiado por el Senado, ejerció su crueldad contra aquel orden eminente.

Su crueldad decidió á Quadrato y á Lucila, ayudados y aconsejados por Tarutino Paterno, prefecto del pretorio, á formar una trama contra su vida. Encargóse la ejecución á su pariente Claudio Pompeyano, quien, entrando en la habitación de Cómodo con un puñal en la mano, en vez de herirle en seguida, le dijo: «El Senado te envía este puñal.» Revelando sus intenciones estas necias palabras, no pudo realizar aquella empresa en la que estaban comprometidos muchos ciudadanos. Cómodo hizo quitar la vida primeramente á Pompeyano y á Quadrato, después á Narbana, Norbaño y Paralio, cuya madre Lucila marchó al destierro. Viendo los prefectos del pretorio el odio que inspiraba Cómodo á causa de su pasión por Antero, y no pudiendo soportar el

poder de este favorito, imaginaron atraerle, mediante una ceremonia religiosa, fuera del palacio, y después, cuando regresaba por los jardines, le hicieron asesinar. Más sintió Cómodo aquella muerte que un atentado contra su persona. Paterno, uno de los asesinos de Antero, y en cuanto podía conjeturarse cómplice también en la conjuración formada contra Cómodo, habiendo hecho cuanto pudo por salvar á sus autores, quedó separado de la prefectura, por instigaciones de Tigidio y recibió la lacticlavia. Pocos días después le acusó el Emperador de conspirar contra él, pretendiendo que había prometido su hija al hijo de Juliano con objeto de colocarle en el trono. Por esta razón hizo matar en seguida á Paterno, Juliano y Vitruvio Secundo, amigo íntimo de Paterno y secretario imperial. Toda la familia de Quintilio fué inmolada, so pretexto de que Sexto, hijo de Cocidiano, se había evadido haciéndose pasar por muerto solamente para provocar una sublevación. También recibieron la muerte Vitrasia Faustina, y los consules Velio Rufo y Egnacio Capito. Fueron desterrados los consules Emilio Yuncto y Atilio Severo, recibiendo otros muchos diferentes castigos.

Desde entonces rara vez se presentó Cómodo en público, y no permitió á nadie que le hablase de nada, antes de que Perennis se enterase del asunto. Éste, que conocía muy bien su carácter, lo aprovechó para aumentar su poder, excitando á Cómodo para que se entregase á los placeres y le dejase la carga de los negocios, arreglo que desde luego aceptó el Emperador. No pensando ya sino en vivir según aquel sistema, reunió en su palacio trescientas concubinas elegidas por su belleza entre las damas romanas y las prostitutas, y trescientos jóvenes libertinos, elegidos igualmente de la nobleza y el pueblo, y que por sus elegantes formas eran aptos para sus innobles placeres: los festines eran comunes para todos, y también los baños. Algunas veces se vestía de victimario y sacrificaba é inmolaba víctimas. Otras también combatía en la arena con gladiadores cubicula-



rios (1), empleando armas embotadas ó cortantes espadas. Entretanto Perennis se apoderó de toda la autoridad; hizo perecer á cuantos quiso; despojó á muchos ciudadanos; despreció todas las leyes y se apoderó de inmenso botín. Cómodo, por su parte, mató á su hermana Lucila después de deshonrarla. Dicese que también violó á sus otras hermanas; se hizo entregar la prima hermana de su padre, y dió á una concubina suya el nombre de su madre y el de su esposa, á la que, habiéndola sorprendido en adulterio, la repudió, desterró y últimamente mandó matar. Obligaba á sus concubinas á que se entregasen delante de él á los placeres. Ávido de todas las infamias, se entregaba á los jóvenes, y no había parte de su cuerpo, inclusa la boca, que no manchase en su comercio con los dos sexos. Por este tiempo pereció Claudio bajo el puñal de pretendidos ladrones; era padre de Pompeyano, que entró un día en la habitación de Cómodo con un puñal en la mano. Otros muchos senadores fueron condenados á muerte sin que se les juzgase, así como también mujeres conocidas por su fortuna. En las provincias, algunos particulares cuyas riquezas deseaba Perennis, fueron despojados ó perecieron por supuestos crímenes. Á los que no podían acusar de ningún crimen real, se les suponía por querer vivir aun después de haber instituido heredero á Cómodo.

Por esta época consiguieron los generales notables ventajas en Sarmacia, atribuyendo Perennis toda la gloria á su hijo. Sin embargo, acusado ante Cómodo aquel poderoso favorito por legados del ejército de Bretaña que le hacían cargos por haber quitado el mando á senadores para dárselo á caballeros, se vió de pronto declarado enemigo público, y quedó abandonado al furor de los soldados. Cleandro, dignatario del Emperador,

(1) En los teatros el trono del Emperador estaba cobijado por dosel en forma de pabellón, al que se daba el nombre de *cubiculum*; de aquí el nombre de los gladiadores que combatían bajo aquel palco.

sucedió en el poder á Perennis. Cómodo, después de la muerte de éste y de su hijo, fingiendo que habian obrado sin su consentimiento, revocó parte de sus actos, como si pensase restablecer el orden en la República. Pero no pudo perseverar más de treinta días en el arrepentimiento de sus crímenes, y por medio de Cleandro los cometió más atroces todavía que los realizados por medio de Perennis. Como ya hemos dicho, Cleandro le había reemplazado, y se había dado á Níger la prefectura del pretorio, aunque, según se dice, solamente conservó su autoridad seis horas. Los prefectos del pretorio cambiaban por días y por horas, y Cómodo se mostró más cruel que nunca. Marcio Quarto solamente fué prefecto del pretorio cinco días; y los que se sucedían en esta autoridad permanecían en ella ó recibían la muerte á voluntad de Cleandro, que llegó á elevar libertos á la dignidad de senadores y patricios. Por primera vez se vieron veinticinco cónsules en un mismo año. Se sacaron á subasta todas las provincias. Cleandro lo vendía todo; llamaba á los desterrados, les colmaba de dignidades y anulaba las sentencias cuando quería. Gracias á la imbecilidad de Cómodo, adquirió tal poder, que Birro, cuñado del Emperador, habiendo censurado públicamente y denunciado á éste lo que se hacía, Cleandro le acusó de aspirar al Imperio, excitó sospechas contra él y le hizo perecer con otros muchos que le secundaban, entre los que se encontraba el prefecto Ebucio. Cleandro ocupó su puesto, nombrando otros dos, que él mismo eligió. Entonces se vieron por primera vez tres prefectos del pretorio, y entre ellos un liberto, que fué llamado el prefecto del puñal.

Pero el fin de Cleandro correspondió á su vida, porque después que hizo perecer á Arrio Antonino por medio de falsas acusaciones y para coadyuvar á la venganza de Atalo, á quien condenó Arrio durante su proconsulado en Asia, no pudiendo resistir Cómodo el odio que el favorito inspiraba al pueblo, se lo abandonó, pereciendo Apolausto y otros libertos áulicos. Cleandro ha-



bía tenido comercio con las concubinas del Emperador, resultando hijos que, después de su muerte, fueron exterminados con sus madres. Sucediéronle Juliano y Regilo; pero no tardó Cómodo en hacerles matar también. Después de éstos hizo perecer con sus parientes á Servilio y Dnilio, de la familia de los Silanos; en seguida á Anicio Lupo; á continuación Mamertino y Sura, de la familia de los Petronios, y Antonino, hijo de Mamertino y de su hermana; después de éstos, seis varones consulares á la vez, Alio Fusco, Celio Félix, Luceyo Torcuato, Larcio Euripiano, Valerio Bassiano y Pactuleyo Magno, con sus respectivas familias. En Asia mandó matar al procónsul Sulpicio Crasso y Julio Próculo, con sus parientes, así como también al consular Claudio Lucano; en Acaya á Faustina Annia, prima hermana de su padre, y otras muchísimas personas. Habiendo disipado en sus libertinajes todos los recursos del Imperio, todavía tenía decidida la muerte de catorce ciudadanos.

Cuando designó cónsul Cómodo al adúltero de su madre, el Senado, por burla sin duda, le dió el título de Pio, y cuando hizo morir á Perennis, el de Feliz. Dicese que en medio de aquella matanza de ciudadanos, aquel piadoso y feliz Emperador supuso, como nuevo Sila, una conspiración contra su vida, con objeto de inmolar á la vez mayor número de víctimas. Sin embargo, no existió otra conjuración que la de Alexandro, que se mató en seguida con sus cómplices, y la de Lucila, hermana de Cómodo. Los aduladores dieron también á este Emperador el título de Británico, porque los Bretones quisieron elegir otro emperador. También recibió el nombre de *Hércules romano*, por haber matado fieras en el anfiteatro de Lanuvio. Habitualmente se entregaba en su casa al ejercicio de matar animales. Llevó la demencia hasta el extremo de que se llamase Roma *Colonia de Cómodo*, ocurriéndosele este monstruoso capricho, según se dice, entre las voluptuosidades á que se entregaba con Marcia. También quiso guiar cuadrigas. Presentóse en público

con dalmática (1), y con este traje dió la señal de salida á las cuadrigas. Cuando propuso al Senado cambiar el nombre de Roma por el de Cómodo, no solamente, consintió aquella asamblea (probablemente por irrisión) sino que adoptó también para sí misma el nombre de Senado Comodiano y llamó á Cómodo Hércules y dios.

Una vez fingió querer ir al África para hacer que le pagaran los gastos de viaje, y el dinero que recibió lo gastó en festines y en el juego. Envenenó con higos á Motileno, prefecto del pretorio. Erigieronle estatuas que le representaban como Hércules, y le inmolaron víctimas como á un dios. Había decidido la muerte de considerable número de personas, dando el aviso un niño que sacó de la habitación del príncipe la lista en que constaban los nombres de los que habían de perecer. Cómodo practicaba el culto de Isis, hasta el punto de hacerse afeitar la cabeza y llevar un Anubis (2). Con refinada crueldad obligó á los adoradores de Belona á hacerse en el brazo verdaderas heridas. Obligó á los sacerdotes de Isis á que se golpeasen el pecho con piñas hasta que brotase sangre. Cuando llevaba el Anubis, descargaba fuertes golpes sobre las desnudas cabezas de los sacerdotes isiacos con la boca del idolo. Armado con una maza y vestido de mujer ó con una piel de león, mató no solamente leones, sino también hombres. A los que tenían débiles los pies y no podían andar, los convertía en gigantes, haciendo que los envolviesen de rodillas abajo con cintas y telas, cuya disposición recordaba la forma de los dragones, y después los mataba á flechazos. Manchó con un homicidio verdadero los misterios de Mithra, en los que solamente se dicen y fingen cosas espantosas (3).

Desde la infancia fué glotón é impúdico. En su ju-

(1) Dicese que era un traje de arriero.

(2) Divinidad egipcia representada con cabeza de perro.

(3) Dicese que sacrificaban á esta divinidad hombres, mujeres y niños.

ventud cometió toda clase de infamias con los que le rodeaban y se prestó á todas las de ellos. El que se burlaba de él era arrojado á las fieras. También hizo sufrir este suplicio á uno que había leído en Suetonio la vida de Calígula, porque había nacido el mismo día que aquel emperador. Si oía decir á alguno que deseaba morir, en el acto mandaba le matasen, á pesar de su negativa. Hasta en sus juegos era cruel; así fue que habiendo visto entre los cabellos negros de un hombre algunos blancos que parecían gusanillos, mandó traer un estornino que, creyendo cazar gusanos, convirtió á poco en una llaga la cabeza de aquel desgraciado. Un día abrió el vientre á un hombre grueso, para ver cómo salían precipitadamente los intestinos. Por irrisión llamaba sus monópodos y sus tuertos á los que había hecho cortar un pie ó arrancar un ojo. Por todas partes hizo perecer considerable número de hombres; á unos porque se habían presentado á él vestidos como los bárbaros, á otros porque tenían aspecto noble y distinguido. Amó especialmente á los que llevaban los nombres de las partes pudendas de uno ú otro sexo y con preferencia los besaba. Entre sus familiares se encontraba uno dotado de enorme miembro viril, por lo que le dió el nombre de Onón (*ὄνος*, asno), le enriqueció y le nombró gran sacerdote de Hércules rústico.

Dícese que frecuentemente mezcló excrementos humanos á los manjares más exquisitos, y hasta los comió para tener el gusto, creyendo burlar á sus comensales, de vérselos comer. Hízose servir en un plato de platos jorobados muy encogidos y cubiertos de mostaza, dándoles en seguida dignidades y riquezas. Hizo arrojar en un vivero, con la toga y delante de todos los funcionarios del palacio, á Juliano, prefecto del pretorio; también le obligó á bailar desnudo delante de sus concubinas, tocando el cimbalo y con el rostro lleno de barro. Con objeto de encontrarse más apto para la lujuria, rara vez hizo servir en su mesa legumbres cocidas. Bañábase siete ú ocho veces al día, y comía en el baño. Cometía

impurezas y derramaba sangre humana hasta en los templos de los dioses. Fingiase médico algunas veces, y sangraba hasta que morían los enfermos. Atentos á todo lo que le halagaba, los cortesanos cambiaron en su honor los nombres de algunos meses (1); el de Agosto se llamó Cómodo; Septiembre, Hércules; Octubre, Invencible; Noviembre, Triunfante; Diciembre, Amazona. Este mes se llamó así por su concubina Marcia, porque tenía un retrato que la representaba en traje de amazona y que gustaba mucho al Emperador; también por esto quiso él mismo presentarse con este traje en la arena de Roma. Combatió con los gladiadores y aceptó los nombres de los más famosos con tanto orgullo como si fuesen títulos triunfales. Con frecuencia tomó parte en aquellos combates, y mandaba que se consignase en los monumentos públicos. Dícese que combatió setecientas treinta y cinco veces.

Fué nombrado César el iv de los idus de Octubre, mes á que más adelante llamó Hércules, bajo el consulado de Pudente y Polión. En los idus de Hércules,

(1) «Inventóse, dice Xifilino, nueva manera de contar los meses y distinguirlos con los nombres siguientes: Amaroniano, Invencible, Feliz, Pio, Lucio, Elio, Aurelio, Cómodo, Augusto, Hércules, Romano, Vencedor. Aunque con frecuencia cambió estos nombres, conservó siempre los de Amaroniano y Vencedor, como si, en efecto, hubiese sobrepujado á todos los hombres en toda clase de mérito; tal era su arrogancia y vanidad. Cuando escribía al Senado, lo hacía en estos términos:

«El emperador César, Lucio, Elio, Aurelio, Cómodo, Augusto, Pio, Feliz, Sarmático, Germanico, Británico, Magno, Pacificador del universo, Invencible, Romano, Hércules, pontífice máximo, diez y ocho veces tribuno, ocho veces *imperator*, siete veces cónsul, padre de la patria, á los cónsules, á los pretores, á los tribunos del pueblo y al Senado Comodiano y feliz, «salud.»

«Entre las estatuas que le habían erigido, las había que lo representaban en el traje de Hércules. Dispúsose que el tiempo de su reinado se llamara siglo de oro, y que en todas las cartas se mencionase este título. A tal punto llegó su extravagancia, que cambió su nombre de Cómodo, hijo de Marco Aurelio, por el de Hércules, hijo de Júpiter.»

siendo cónsules Máximo y Orfito, recibió el nombre de Germánico. Se le recibió sacerdote en todos los colegios sacerdotales el XIII de las kalendas Invencibles, bajo el consulado de Pisón y Juliano, y bajo el mismo consulado partió para la Germania, el XIV de las kalendas Elienas, según se las llamó después. Tomó la toga viril y se le saludó emperador con su padre, el V de las kalendas Triunfantes, bajo el segundo consulado de Polión y Aper y bajo los mismos Cónsules triunfó el X de las kalendas Amazonianas. Siendo cónsules Orfito y Rufo, partió nuevamente el día de las nonas Comodianas. Fué confiado para siempre á la fidelidad de su guardia, en el palacio Comediano, por el ejército y el Senado, el XI de las kalendas romanas, bajo el segundo consulado de Presens. Enterados de que proyectaba otro viaje, el Senado y el pueblo le retuvieron en Roma. Hicieron votos por él en las nonas Pias, bajo el segundo consulado de Fusciano. Encuéntrase escrito que combatió trescientas sesenta y cinco veces, en vida de su padre. Después alcanzó tantas veces la palma de los gladiadores, venciendo reciarios ó matándolos, que enseñaba hasta mil. Mató por su mano muchos millares de fieras, hasta elefantes, haciendo todo esto delante del pueblo romano.

En todos estos ejercicios mostraba vigor, aunque por otra parte su constitución era muy débil, teniendo además entre las ingles una extumescencia tan grande que se veía á través de sus ropas de seda. Contra él escribieron muchos versos, de los que habla con elogio en su obra Mario Máximo. Desplegaba tanta fuerza en sus combates con las fieras en el circo, que traspasaba á un elefante de parte á parte con la lanza, clavaba el dardo en el cuerno de un oryx (1) y mató del primer golpe muchos millares de animales enormes. Muchas veces se le vió, tan grande era su impudencia, beber públicamente y

(1) Especie de cabra de Getulia con un solo cuerno, según Plinio.

en pleno teatro vestido de mujer. Mientras vivía de esta manera, sus legados sometieron á los Moros, vencieron á los Dacios, pacificaron las Pannonias é hicieron reconocer su autoridad en Bretaña, Germania y la Dacia, que querían emanciparse. Todo esto fué obra de sus generales. Cómodo era tan perezoso y negligente para firmar, que frecuentemente decidía por el mismo decreto muchos asuntos diferentes. En casi todas sus cartas solamente empleaba la fórmula de *Vale*. Todo lo despachaban otros, que, según dicen, aprovechaban hasta las condenaciones.

Permitiendo esta negligencia á los que entonces gobernaban la república disipar las provisiones, produjo extraordinaria escasez en Roma, aunque no faltaba trigo. Verdad es que el Emperador hizo morir en seguida á los autores de este desorden y confiscó sus bienes. En cuanto á él, asimilando con el nombre de Comodiano su siglo al siglo de oro, disminuyó el precio de los víveres, con lo que aumentó la escasez. Bajo su reinado tuvieron muchos ciudadanos que rescatar su vida y la de sus parientes. Vendió los diferentes géneros de suplicios, las sepulturas, la impunidad de los crímenes y sacrificó unos ciudadanos á otros. También vendió las provincias y los gobiernos, compartiendo el precio de la venta con los que la hacían. A algunos vendió la vida de sus enemigos; y sus libertos vendieron las sentencias de los pleitos. No soportó mucho tiempo á los prefectos Paterno y Perennis, y de todos aquellos á quienes confió este cargo, ninguno lo conservó más de tres años, pereciendo casi todos bajo el hierro ó el veneno. Con igual facilidad cambiaba los prefectos de la ciudad.

Sucesivamente mató á todos los empleados de su palacio, aunque siempre hacia lo que ellos querían. Viendo su cubiculario Electo con cuánta facilidad hacía perecer á los que estaban encargados del servicio inmediato de su persona, se le adelantó y formó parte de una conjuración contra su vida. Cómodo se presentaba en el circo como simple espectador con las armas de los gladiadores, y un manto pequeño de púrpura sobre los hombros desnudos.

También acostumbraba, como lo demuestran los escritos de Mario Máximo, hacer consignar en las actas de Roma todo lo que realizaba de vergonzoso, impuro, cruel, en una palabra, todos sus actos de gladiador y libertino. Llamó Comodiano al pueblo romano, ante el cual combatió muchas veces en la arena, y aquella multitud, tantas veces testigo de sus combates, habiéndole aplaudido un día como á un dios, tomando él aquellos aplausos por burla, mandó á los soldados de la flota, encargados de tender los toldos sobre el anfiteatro, que la exterminasen durante el espectáculo. También había mandado incendiar Roma, como colonia suya, y se habría ejecutado la orden si Leto, prefecto del pretorio, no la hubiese revocado. Entre otros títulos gloriosos, recibió seiscientas veces el de Paulo, vencedor de los secutores (1).

Durante su imperio ocurrieron los siguientes prodigios públicos y particulares (2). Vióse una estrella con cabellera; en el Foro se observaron las huellas de los dioses que acababan de salir; antes de la guerra de los desertores, el cielo apareció inflamado; densas y oscuras tinieblas cubrieron el circo en las kalendas de Enero. Aparecieron antes de amanecer aves incendiarias (3) y de mal agüero. Cómodo abandonó el palacio diciendo que no podía dormir en él, y marchó al monte Celio al palacio Vectiliano. El templo de Jano se abrió espontáneamente, y pareció que se movía la estatua de mármol de Anubis. Vióse la de Hércules, que era de bronce, cubierta de sudor durante muchos días, en el pórtico de Minucio. Cogióse un buho sobre la alcoba del Emperador, tanto en Roma como en Lauvio. El mismo Cómodo se dió un pre-

(1) Llamábase secutor al gladiador que oponían al que acababa de matar á su adversario.

(2) Muchos escritores hablan de la terrible peste que asoló Roma y la Italia bajo el reinado de Cómodo. Según Xifilino, no pasaba día sin que sucumbiesen hasta dos mil personas en Roma, siendo inmenso el número de hombres y animales que perecieron. Una vez terminada la peste, la reemplazó el hambre.

(3) Plinio dice que ignora qué ave sea esta.

sagio funesto secándose en la cabeza la mano que acababa de meter en la herida de un gladiador muerto á sus pies; y además, contra la costumbre, mandó que se asistiese al teatro, no con toga, sino con manto, traje que ordinariamente se llevaba á los funerales; él mismo presidió vestido de color obscuro. Su casco fué llevado dos veces fuera de la puerta Libitina (1).

Dió al pueblo un congiario de setecientos veinte dineros por cabeza; siendo, por otra parte, muy poco generoso con los otros ciudadanos, porque su hijo había agotado el tesoro. A los juegos ordinarios del circo añadió otros muchos, menos por motivos religiosos que por satisfacer sus caprichos y enriquecer á los jefes de los bandos. Alentados por esta conducta, su prefecto Quinto Elio Leto y su concubina Marcia tramaron, aunque algo tarde, una conjuración contra su vida. Primeramente le dieron veneno; pero como no obraba bastante pronto, hicieron que le estrangulase un atleta con el que acostumbraba ejercitarse. El Emperador tenía mediana estatura y el aspecto embrutecido peculiar de los borrachos. Su conversación carecía de atractivo. Constantemente se teñía el pelo, sembrándolo de polvo de oro; por temor á los barberos se quemaba la barba y el pelo. El pueblo y el Senado pidieron que se arrastrase su cadáver con un gancho y lo arrojasen al Tiber; pero Pertinax dispuso más adelante que le depositasen en la tumba de Adriano. No queda de él otro monumento que los baños que construyó Cleandro. El Senado borró su nombre de los edificios en que lo habían inscrito y que no eran obra suya. No terminó ninguno de los trabajos que comenzó su padre. Equipó una flota africana que debía servir especialmente en el caso en que llegasen á faltar los trigos de Alejandría. A Cartago hizo tomar el ridículo nombre de *Alejandría romana de Cómodo* y á la flota el de *Comodiana hercúlea*. Al coloso añadió algunos adornos que

(1) La puerta de los funerales.

arrancaron más adelante. Hizo quitar á aquella estatua inmensa la cabeza de Nerón para sustituirla con la suya, mandando grabar las acostumbradas inscripciones, sin olvidar sus nombres de gladiador y libertino. Sin embargo, el emperador Severo, que lo era de nombre y condición, sin duda en odio al Senado, decidió que se colocase á Cómodo en el rango de los dioses, dándole el flamin que él mismo eligió en vida, con el nombre de Comodiano hercúleo. Este Emperador dejó tres hermanas. Severo dispuso que se celebrasen los aniversarios de sus nacimientos.

Las aclamaciones del Senado después de la muerte de Cómodo fueron extraordinariamente violentas, y para que se pueda juzgar de los sentimientos de aquella asamblea relativamente á él, extractaremos de Mario Máximo las mismas aclamaciones y el senatusconsulto: « Que se arranquen los honores al enemigo de la patria; que se arranquen los honores al parricida; que el parricida sea arrastrado; que el enemigo de la patria, el parricida, el gladiador sea desgarrado en el espoliario (1). ¡El enemigo de los dioses! ¡El verdugo del Senado! ¡El enemigo de los dioses! ¡El parricida del Senado! ¡Al espoliario del gladiador! ¡Que el asesino del Senado sea expuesto en el espoliario! ¡Que el asesino del Senado sea arrastrado con el gancho! ¡Que sea arrastrado el asesino de los inocentes! ¡Enemigo! ¡Parricida! ¡Cruel! ¡Que se arrastre con el gancho al que no perdonó á su propia sangre! ¡Que se arrastre con el gancho al que quería matarte, César! (2). ¡Tú has participado de nuestros temores y peligros! ¡Júpiter óptimo máximo, consérvanos á Pertinax para nuestra salvación! ¡Honor á la fidelidad de los pretorianos; honor á las cohortes pretorianas; honor á los ejércitos romanos; honor á la piedad del Senado! Que se arrastre al parricida. Pedimos, príncipe augusto, que se arrastre

(1) Sitio cercano al Circo donde arrastraban con ganchos á los gladiadores muertos ó mortalmente heridos.

(2) El Senado se dirigió á Pertinax.

al parricida. Consiente en ello, César. Que se arroje á los leones á los delatores. César, consiéntelo. ¡A los leones los delatores! César, mándalo. A los leones Spe-rato (1). Honor á la victoria del pueblo romano; honor á la fidelidad de los soldados; honor á la fidelidad de los pretorianos; honor á las cohortes pretorianas. Abajo en todas partes las estatuas de ese enemigo; abajo las estatuas del parricida; abajo las estatuas del gladiador; que se derriben las estatuas del gladiador y parricida; que se arrastre al asesino de los ciudadanos; que se arrastre al parricida de los ciudadanos; que se derriben las estatuas del gladiador. Contigo nos hemos salvado, estamos tranquilos; sí, sí, lo estamos; lo estamos verdadera, digna y libremente. Nada tememos ya. ¡Tiembren los delatores! ¡Que tiembren, porque nada tememos! Nos hemos salvado. ¡Fuera del Senado los delatores! El suplicio del palo para los delatores; puesto que estás en salvo, á los leones los delatores. César, mándalo. Al suplicio del palo los delatores. ¡Que se borre la memoria del gladiador parricida; que se derriben las estatuas del gladiador parricida! Que se extinga el recuerdo del gladiador impuro; al espoliario el gladiador. Mándalo, César; que se arrastre al verdugo con el gancho, según la costumbre de nuestros mayores. Fué más cruel que Domiciano, más impuro que Nerón; vivió como ellos, que sea arrastrado como ellos. Que se rehabilite la memoria de los inocentes; que se tributen honores á su memoria. Pedimos que el cadáver del parricida sea arrastrado con el gancho; que se arrastre con el gancho el cadáver del gladiador; que se arroje al espoliario el cadáver del gladiador. Recoge los votos, recoge los votos; todos queremos que se le arrastre con el gancho. A todos los mató; que se le arrastre. No perdonó ninguna edad; que se le arrastre. No perdonó á los suyos; que se le arrastre. Despojó los templos; que se le arrastre. Violó los testamentos; que

(1) Sin duda nombre de gladiador que se daba á Cómodo.

se le arrastre. Robó á los vivos; que se le arrastre. Hemos obedecido á esclavos. Puso precio al derecho de vivir; que se le arrastre. Puso precio al derecho de vivir y no cumplió sus contratos; que se le arrastre. Vendió al Senado; que se le arrastre. Despojó á los herederos; que se le arrastre. Fuera del Senado los espías; fuera del Senado los delatores. Fuera del Senado los sobornadores de esclavos. Tú has compartido nuestros temores; tú lo sabes todo; tú conoces los buenos y los malos. Todo lo sabes; corrige todos los males. Hemos temido por ti. Somos dichosos, puesto que reinas tú. Manda juzgar al parricida; manda juzgarle. Recoge los votos, recoge los votos; pedimos tu presencia. Los inocentes están impultos todavía. Que sea arrastrado el cadáver del parricida. El parricida ha exhumado los muertos; que el cadáver del parricida sea arrastrado.»

Habiendo sido sepultado durante la noche el cadáver de Cómodo, por orden de Pertinax, que comunicó su intendente Livio Laurence al cónsul designado Fabio Chilón, los senadores exclamaron; «¿Quién ha mandado sepultarle? ¿Que se desentierre al parricida y se le arrastre!» Cingio Severo dijo entonces: «No merecía sepultura; lo digo como pontífice, y el colegio de sacerdotes lo dice conmigo. Después de exponer lo que debe hacer nos felices, diré lo que es necesario hacer. Mi opinión es que es indispensable derribar las estatuas de aquel que, no habiendo vivido más que para la ruina de los ciudadanos y para su propia vergüenza, obtuvo por el terror los honores que se le otorgaron. Que se derriben, pues, en todas partes esas estatuas y que se borre su nombre de todos los edificios públicos y particulares; en fin, que se devuelva á los meses los nombres que tenían antes de que cayese sobre la república esa calamidad.»

APÉNDICE

Á LA VIDA DE CÓMODO.

Hablando Herodiano del advenimiento de Cómodo, de sus primeras gestiones y de su regreso á Roma, dice: «Cuando terminaron las ceremonias de las exequias de Marco Aurelio y hubieron pasado los primeros días de duelo, los amigos del difunto Emperador creyeron llegado el momento de presentar á Cómodo á los soldados para que les arengase é hiciese los regalos que acostumbran los príncipes á su advenimiento al Imperio. Mandáronles que se reuniesen en el Foro, el Emperador marchó á él, y después de celebrar los sacrificios ordinarios, subió á una tribuna, erigida al efecto, alrededor del cual se agruparon los principales amigos de Marco Aurelio, y habló en estos términos: «Persuadido estoy de que compartis mi pesadumbre y que no os aflige menos que á mí la pérdida que nos es común. En vida de mi padre jamás me he elevado sobre vosotros. Por su parte, á todos ellos amaba igualmente, y con más gusto me llamaba compañero de armas que hijo, diciendo que esta última penalidad solamente determina la relación que establece entre nosotros el nacimiento, y que la primera determina otra que solamente procede del valor y la virtud. «Cuando me encontraba todavía en la cuna, frecuentemente me colocaba en vuestros brazos como para entregarse á vuestros cuidados y celo en lo relativo á mi educación. Espero que todos me demostréis pro-

»funda adhesión; los ancianos me la deben como á su discípulo; los jóvenes como á compañero en los ejercicios militares; porque mi padre nos quería á todos como á hijos y nos educaba con igual cuidado. La fortuna me ha llamado al Imperio después de él; para esto tengo derecho natural, que no he necesitado comprar como hicieron muchos predecesores míos. He nacido en el palacio y al lado del trono; he sido vestido con la púrpura al salir del seno de mi madre, y el día en que vi la luz me aseguró el Imperio. Si reflexionáis en esto, encontraréis justo amar á un príncipe que no debe su elevación á secretas intrigas ni á disturbios públicos. Mi padre, remontando al cielo, ha ocupado ya su puesto entre los dioses; nos ha confiado el cuidado de las cosas de aquí bajo, y nos ha dejado el imperio del mundo. De vosotros depende terminar lo que él comenzó, asegurar y extender sus conquistas. Podéis terminar felizmente esta guerra y ahogar todos sus restos, con lo que trabajaréis tanto por vuestra propia gloria como por la de mi padre. No dudéis que oye cuanto decimos y que ve todas nuestras acciones. ¡Qué felicidad para nosotros obrar ante los ojos de tan gran testigo! En todas las victorias que habéis conseguido hasta ahora, pudo atribuirse la gloria al general, á su acertada dirección, á su consumada experiencia; pero cuanto hagáis ahora bajo un príncipe joven, os será propio, recibiréis todo el honor, y al mismo tiempo demostraréis vuestra fidelidad y valor. Vuestras victorias darán á mi juventud peso y autoridad, y los bárbaros, reprimidos al principio de un reinado é instruidos por su propio pasado, no se atreverán á emprender nada.» Cómodo unió á esta oración abundantes regalos, y se retiró á su palacio.

»Durante algún tiempo nada hizo sino por consejo de los amigos de su padre, que no le abandonaban, le mantenían aplicado á los negocios, y solamente le permitían el descanso necesario para su salud; pero más adelante adquirieron familiaridad con él algunos funcionarios de la corte, que emplearon todos los medios para corromper

sus costumbres. Pertenecían éstos á la clase de adula-dores, parásitos de profesión, que no tienen goces sino en el desorden y en las voluptuosidades más infames. Hacíanle recordar las delicias de Roma, las músicas, los espectáculos y la abundancia de todas las cosas que pueden servir para el lujo y los placeres; comparaban á las fértiles campiñas de Italia la esterilidad de las orillas del Danubio, cubiertas siempre de hielo y en las que casi nunca aparece el sol.... «¿Hasta cuándo, señor, le de-beían, beberás agua casi helada, mientras gozan otros de baños templados, de aquellos cristalinos arroyos y tibio ambiente que no se encuentran más que en Italia?» Con estos discursos y vivas imágenes inflamaban las pasiones de aquel príncipe joven y le inclinaban á la voluptuosidad; así fué, que cuando menos se esperaba, llamó á sus amigos y les declaró que deseaba ver de nuevo la patria, aunque no se atrevía á descubrirles las causas verdaderas de aquel precipitado regreso. Por pre-texto alegó que temía que, durante su ausencia, alguno de los patricios más ricos se apoderase del palacio imperial, y que desde allí, como desde una plaza fuerte, invadiese el Imperio; que le sería fácil al usurpador levantar tropas y que de la flor del pueblo romano podría formarse un ejército considerable. Sus amigos recibieron sus palabras con aspecto triste y sombrío, los ojos bajos y en profundo silencio. Pero Pompeyano, uno de ellos, y el más distinguido por su parentesco con el príncipe, con cuya hermana mayor estaba casado, tomando la palabra, dijo: «No me sorprende, señor, que desees volver á ver la patria, no lo deseamos menos nosotros; pero los graves asuntos que nos retienen aquí vencen á este deseo natural. Más adelante podrás saborear á tu placer las dulzuras de Roma (aunque Roma se encuentra allí donde está el Emperador); pero actualmente hay tanto peligro como deshonor en no terminar la guerra. Con esta retirada aumentarás el valor de los enemigos, que no atribuirán tu marcha al deseo de volver á tu capital, sino que la considerarán como efecto

»del temor y como verdadera fuga. ¡Cuánto más glorioso sería para tí dominar á todos los bárbaros, ensanchar los límites del Imperio hasta el Océano y entrar triunfante en Roma! Por otra parte, no tienes motivo para temer que en tu ausencia te perjudiquen: los principales del Senado se encuentran contigo; el ejército que mandas custodia de la misma manera tu autoridad que tu persona; todos los tesoros del Imperio están en tus manos; en fin, la memoria de tu padre te responde de la fidelidad de cuantos ocupan puestos ó tienen influencia.» Estas observaciones contuvieron por algún tiempo al joven, porque nada razonable podía oponer y se avergonzaba de haber descubierto sus deseos. Despidió, pues, á sus amigos y les dijo que pensaría más despacio en el asunto. Pero los funcionarios de su casa le estrechaban sin descanso, hostigándole con tanta vehemencia, que al fin decidió partir sin consultar ya á los amigos de su padre.

»Escribió á Roma que preparasen su recibimiento; nombró jefes que mandasen las tropas que dejaba en las orillas del Danubio, y después de dar en secreto todas las órdenes, reveló su resolución. En poco tiempo domaron sus generales á los bárbaros por la fuerza de las armas ó trataron con ellos y les atraieron ofreciéndoles grandes cantidades de dinero. Estos pueblos son muy ávidos, y como desprecian los peligros, viven de correrías y latrocinios, ó venden cara la paz á los que quieren ponerse á cubierto de sus ataques. Cómodo, que les conocía y que poseía inmensas riquezas, queriendo á cualquier precio librarse del enojo de una guerra lejana, les concedió cuanto pidieron. En cuanto se propagó la noticia de su marcha, se conmovió todo el campamento, queriendo todos hacer el mismo viaje y abandonar el país enemigo para gozar de las delicias de Italia. Cuando llegaron los mensajeros á Roma y anunciaron el regreso del Emperador, el pueblo experimentó indecible regocijo, prometiéndose grandes ventajas de la presencia del príncipe y no dudando que se pareciese en todo á su

padre. Entretanto Cómodo avanzaba á largas jornadas, con ardor y apresuramiento de joven. Hicieronle magníficas recepciones en todas las ciudades del camino, al que salía infinita multitud de pueblo que acudía de todas partes para verle. Cuando se acercó á Roma, el Senado y el pueblo se esforzaron á porfía tratando de adelantarsele, y salieron de la ciudad llevando ramos de laurel y coronas de flores, llegando bastante lejos para recibirle y ser los primeros en ver á su Emperador, que por su juventud era tan amable como ilustre por la nobleza de su cuna. Queríanle de singular manera, porque había sido educado en medio de ellos, pertenecía á estirpe muy antigua y contaba muchos emperadores entre sus abuelos. A su extremada juventud unía belleza extraordinaria, sobrepujando en belleza, según dicen, á todos los hombres de su tiempo: era esbulto, de aire varonil, su mirada dulce y viva á la vez; tenía los cabellos rizados y muy rubios, derramando destellos tan brillantes cuando marchaba al sol, que parecía los llevaba cubiertos de polvo de oro. Decían algunos que aquella radiación natural era señal ó presagio feliz de su divinidad. Encantados los Romanos al ver un príncipe tan apuesto, le recibieron con aclamaciones y gritos de alegría, y sembraron de flores los caminos por donde había de pasar.

»Cuando llegó, marchó primeramente á presentar sus ofrendas en todos los templos, y en seguida dió gracias al Senado y á los pretorianos por su fidelidad.»

Quando desplegaba ya su crueldad el emperador Cómodo, viéndose amenazado Sexto Cocidiano, á quien Xifilino llama Sexto Condiano, apeló, para libertarse, á la siguiente estratagema, que refiere el mismo Xifilino en estos términos: «Sexto Condiano, hijo de Máximo, que gozaba de todas las ventajas que pueden obtenerse de afortunado nacimiento y superior educación, persuadido de que irremisiblemente le condenaría á morir, se le ocurrió en Siria, donde se encontraba, beber sangre de liebre, montar á caballo y dejarse caer al suelo. Entonces vomitó entre sus criados aquella sangre ex-

traña, como si fuese la suya, y lo llevaron á su casa como moribundo. Pocos días después divulgaron la noticia de su muerte, se le hicieron funerales, y, en vez de su cuerpo, colocaron un carnero en el ataúd y lo quemaron. En seguida se ocultó, corriendo de país en país y cambiando continuamente de traje y equipo. Pero como los hechos de esta naturaleza no pueden permanecer ocultos por mucho tiempo, nacieron sospechas, y le buscaron en todos los rincones del mundo. Muchos fueron presos porque se le parecían, y otros recibieron castigos por haberle ocultado ó por haber favorecido de cualquier otro modo su empresa. Algunos que tal vez no le habían visto jamás fueron en esta ocasión despojados de sus bienes. Ignórase si se salvó al fin ó fué muerto, porque llevaron á Roma muchas cabezas, diciendo de cada una que era la suya. Un hombre hubo que, después de la muerte de Cómodo, tomó el nombre de Sexto, y que pretendió entrar en posesión de sus bienes y de sus cargos, engañando á muchos que quisieron examinarlo; pero habiéndole hablado Pertinax en griego, que el verdadero Sexto aprendió en su juventud, contestó mal por no haberlo comprendido. Encontrábase presente cuando se descubrió su impostura de la manera que refiero. Existe en Cilicia una ciudad llamada Malla, donde Apolo dicta oráculos y explica los sueños. Habiéndole consultado Sexto acerca de lo que había de ocurrirle, el dios le mostró un cuadro, en el que se veía un niño ahogando dos serpientes, y un león que perseguía á un pavo real. Cuando marché á Cilicia con mi padre, que era gobernador de aquella provincia, no pude explicar este enigma, cuyo sentido no comprendí, hasta que más adelante supe que, por mandato de Cómodo, que tenía la ridícula vanidad de querer imitar á Hércules, los dos hermanos Cardiano y Máximo habían sido estrangulados, de la misma manera que las serpientes enviadas por Juno fueron ahogadas por aquel héroe en su infancia, y que Sexto se había salvado, y le perseguía poderoso y formidable enemigo.»

Xifilino y Herodiano han referido, aunque de diferente manera, la fortuna, proyectos y muerte de Perennis; detalles á los que añade Herodiano el relato de la conjuración de Materno, que no menciona el autor.

Xifilino habla así: «Perennis, que había sucedido á Materno en el cargo de prefecto del Pretorio, fué arrebatado al mundo con ocasión de una sublevación militar. Habiéndose entregado Cómodo á las diversiones del Circo y á todo género de desórdenes, y habiéndose renunciado á sus obligaciones y deberes, encontrábase Perennis con la carga de los asuntos públicos, y especialmente con el cuidado del ejército. Así fué que en cuanto ocurría algo desagradable á los soldados, le atribuían la culpa. Los que servían en la Gran Bretaña, habiendo promovido un día una sedición, y habiendo sido apenas calmados por la prudencia y autoridad de Pertinax, eligieron quinientos de ellos, que enviaron á Italia. Habiendo llegado estos legados hasta las puertas de Roma sin que nadie se lo impidiese, Cómodo salió á su encuentro, y les preguntó qué objeto tenía su viaje. Contestáronle que el de advertirle acerca de la conjuración que Perennis tramaba contra él, con objeto de hacer emperador á su hijo, y el Príncipe, dando fe á sus discursos, y cediendo á las excitaciones de Cleandro, que estaba muy animado contra Perennis, en odio á que se oponía á sus injustas empresas, en vez de despreciar á aquellos soldados, que no igualaban á sus guardias ni en número ni en fuerzas, les puso en las manos el prefecto del Pretorio, á quien decapitaron después de azotarle, matando en seguida á su esposa, á su hermana y á sus dos hijos. Así pereció Perennis, que parecía digno de muerte más gloriosa, y al que nada podía censurarse, como no fuese el haber adelantado la de su colega Paterno, por el deseo de ocupar el puesto de prefecto del Pretorio. Además, no buscaba riquezas ni gloria, ni se dejaba corromper con regalos, observando exquisita moderación y manteniendo con sin igual vigilancia la autoridad de su señor. En cuanto murió, los manipulos de

los guardias, mandados por Cleandro, cometieron horribles excesos, llevándolo todo á sangre y fuego. Entre tanto, Cómodo se entregaba á la ociosidad y los deleites, no pensando más que en los espectáculos públicos y en asistir á las carreras de carros, combates de gladiadores y lucha de fieras.»

Herodiano dice: «Durante los primeros años de su reinado, Cómodo tuvo todas las consideraciones posibles con los amigos de su padre, y nada hizo sin consultarles. Pero cuando quiso gobernar solo y no les pidió ya consejo, dió el mando de las cohortes pretorianas á un jefe de Italia llamado Perennis, muy perito en achaques de guerra, pero que, por otra parte, no tenía ninguna cualidad buena. Este hombre, abusando de la juventud del Príncipe, le entregaba á toda clase de desórdenes y le alejaba de los negocios, para apoderarse del gobierno. Su avaricia era insaciable, y no contando las riquezas que poseía, solamente pensaba en amontonar otras. Fué el primero que se atrevió á acusar á los amigos del difunto Emperador: prevenía malamente al Príncipe contra todos los que eran ricos ó notables, y les hacía condenar; obtenía la confiscación de sus bienes, y por este camino llegó á ser el hombre más rico de su tiempo. Sin embargo, Cómodo no había cambiado por completo, reteniéndole todavía el recuerdo de su padre y la consideración que profesaba á sus amigos. Pero una casualidad desgraciada y la adversa fortuna acabaron de corromperle.

»Lucila, la mayor de sus hermanas, había casado en primeras nupcias con Lucio Vero, á quien Marco Aurelio asoció á su imperio, y á quien dió su hija para unirselo más estrechamente por el parentesco. Después de la muerte de Lucio Vero, su padre la casó con Pompeyano, sin despojarla de las insignias y honores de emperatriz. Cómodo se los conservó también en el teatro, en el que se sentaba en un trono, y en la calle llevaban el fuego delante de ella. Pero cuando Cómodo se casó con Crispina, tuvo Lucila que cederle el paso, quedando disgustada, porque no podía decidirse á marchar detrás de la

esposa del Emperador. Sabía cuán inviolables eran la fidelidad y adhesión de su esposo Pompeyano á Cómodo, por cuya razón nada le comunicó de sus perniciosos propósitos; pero se dirigió á un patricio joven, muy rico, llamado Quadrato, con quien se le suponía en intimidad. Sondeóle poco á poco, y comenzando por quejarse de que la habían despojado de su rango, le comprometió insensiblemente en una empresa tan fatal al Senado como lo fué á ella misma. Hizo entrar en aquella conjuración á algunos senadores de los más distinguidos, entre ellos á Quintiliano, joven atrevido y emprendedor, que la prometió llevar constantemente un puñal bajo la toga, y espiar todos los movimientos y ocasiones para asesinar al Emperador. Quadrato se encargó del buen resultado de todo lo demás, y aplacar con sus regalos al pueblo y á los soldados. Ocultóse, pues, Quintiliano en el pasaje que conduce al Anfiteatro, lugar muy obscuro y apropiado para aquel designio, y cuando pasó Cómodo, se lanzó sobre él, puñal en mano, diciendo: «Esto te envía el Senado.» Estas palabras advirtieron al Emperador para evitar el golpe que le asestaban. El asesino se descubrió espontáneamente; prendieronle los guardias, y en el acto le castigaron por su temeridad é imprudencia. Esto fué el origen y causa principal del odio que Cómodo tuvo al Senado. No dejó Perennis de aprovechar tan excelente ocasión, y con facilidad le persuadió á que se deshiciese de todos los varones poderosos cuya elevación le hacía sombra. Hizo exactas informaciones acerca de aquella conjuración, siendo condenados á la decapitación la hermana del Emperador y todos sus cómplices, castigando al mismo tiempo con el último suplicio á muchas personas sobre las que solamente recaían ligeras sospechas.

»Por estos medios se deshizo Perennis de aquellos que Cómodo consideraba todavía y que le profesaban cariñosa adhesión é inquebrantable fidelidad. Cuando se vió encargado solo de la salud del Príncipe; cuando tuvo en sus manos su vida, y su fortuna é influencia no te-

nian límites, extendió más sus miras y proyectó apoderarse del Imperio. Hizo dar á su hijo, que era muy joven todavía, el mando de los ejércitos de la Iliria, y reunía inmensas cantidades de dinero para corromper con sus generosidades la guardia pretoriana; y su hijo, por su parte, levantaba tropas en secreto, con objeto de poder sostenerle y secundarle cuando hubiese dado muerte al Emperador. Descubrióse esta conspiración por modo muy extraño. Los Romanos celebran juegos en honor de Júpiter Capitolino, con gran concurso de pueblo: el Emperador, con los sacerdotes que están de servicio, preside los juegos y distribuye los premios. Habiendo acudido Cómodo para escuchar á los actores más notables, se sentó en su trono; el anfiteatro estaba lleno, ocupando cada cual el puesto correspondiente á su rango y dignidad. Cuando iban á empezar, una especie de filósofo, que se encontraba casi desnudo, y que tenía un bastón en la mano y una bolsa al costado, corrió de pronto al centro del teatro, haciendo señal al pueblo para que le escuchase: «No hay tiempo, dijo, para ocuparse de juegos, fiestas y espectáculos; la espada de Perennis pende ya sobre vuestras cabezas; aquí reúne dinero contra vosotros y levanta tropas, mientras su hijo trata de corromper los ejércitos de Iliria. No es que se prepara la tempestad; es que está ya formada: si no os adelantáis, ¡ay de vosotros!» La atrevida acción de aquel hombre fué obra de un impulso secreto que tenía algo de divino, ó la motivó su deseo de adquirir gloria y salir de la obscuridad en que había vivido hasta entonces, ó bien esperaba recibir del Emperador considerable recompensa. Cómodo quedó sorprendido ante aquellas palabras; todo el mundo comprendía que aquello podía ser verdadero, aunque se fingía no creer nada; pero sin estremeecerse, Perennis mandó prender á aquel desgraciado y le condenó al fuego como insensato é impostor. Los cortesanos que mostraban interesarse por la salud del Príncipe, y que, por otra parte, odiaban á Perennis, insoportable por su altivez y orgullo, no desaprovecharon la ocasión

ni omitieron nada para perjudicarle en el ánimo del Emperador.

»No había llegado todavía el fin de Cómodo; la conjuración debía quedar descubierta, y no había de quedar impune el atentado de Perennis y de su hijo; porque poco tiempo después, habiendo escapado algunos soldados del ejército de Iliria, sin que se enterase de ello el hijo de Perennis, llevaron á Roma monedas que aquel joven había tenido la audacia de hacer sellar con su cuño; y estos soldados consiguieron hablar al Emperador, á pesar de que Perennis era capitán de sus guardias. Mostráronle aquellas monedas y le descubrieron los detalles de la conjuración. Cómodo les recompensó generosamente, y sin pérdida de tiempo mandó á la siguiente noche que cortasen la cabeza á Perennis, enviando al hijo los mismos que habían ejecutado á su padre. Llegaron éstos á la Iliria antes de que se divulgase nada de lo que había pasado, y le entregaron cartas del Emperador, quien, después de muchas demostraciones de amistad, le indicaba que solamente le llamaba á la corte para elevarle á mayor dignidad. El joven Perennis no sospechó el lazo que le tendían; creía vivo á su padre, y los mensajeros le dijeron que, de viva voz, les había encargado que apresurase el viaje, y que no habría dejado de escribirle si no hubiese creído enteramente inútil su carta después de las órdenes del Emperador. Quedó convencido el joven, y aunque con profundo disgusto abandonaba sus proyectos, decidióse, sin embargo, á marchar, confiando mucho en la influencia de su padre. Matáronle en el camino, en las fronteras de Italia, gentes apostadas que habían recibido órdenes del Emperador.

»Cómodo creó en seguida dos prefectos de los guardias pretorianas, creyendo era muy peligroso poner tan importante cargo en unas solas manos, y que era mejor debilitar aquella autoridad dividiéndola. Pero no le pusieron en seguridad estas precauciones, sino que poco tiempo después fué objeto de nuevas emboscadas. Un

soldado llamado Materno, culpable de muchos crímenes, habiendo desertado, convenció á varios compañeros suyos para que le imitasen, y reunió en muy poco tiempo considerable número de bandidos, con los que al principio recorría los campos y robaba las quintas. Pero cuando hubo reunido considerable cantidad de dinero, trayéndole diariamente otros muchos malvados la esperanza de hacer fortuna, formó un cuerpo que más parecía ejército regular que cuadrilla de bandidos. Entonces atacó ciudades importantes, abriendo las cárceles, poniendo en libertad á los criminales, ofreciéndoles asilo é invitándoles á que, tanto por gratitud como por su propia seguridad, tomasen partido con él. Estos bandidos recorrieron de esta manera las Galias y la España: entraban con las armas en la mano en las ciudades más ricas y populosas, las incendiaban y se retiraban cargados de botín. Informado Cómodo de todos estos desórdenes, escribió á los Gobernadores de las provincias cartas muy amenazadoras, censurándoles su cobardía y negligencia, y mandándoles que inmediatamente enviasen tropas contra los bandidos. Pero en cuanto se enteraron, dejaron de robar y de recorrer el país, se subdividieron en muchas cuadrillas pequeñas y regresaron apresuradamente á Italia por caminos extraviados. No eran humildes las miras de Materno, aspirando nada menos que al Imperio, pero no eran sus fuerzas bastante grandes para oponerlas á Cómodo y hacerle guerra abierta, y además sabía que el pueblo y el ejército pretoriano amaban al Emperador, por lo que creyó preferible recurrir al artificio y emplear una estratagemata. He aquí la que imaginó:

»Al comenzar la primavera celebran los Romanos, en honor de la Madre de los dioses, una fiesta, en la que llevan en ceremonia delante de la imagen todo lo más precioso que poseen el Emperador y los particulares. En esta ocasión se goza completa libertad para hacer todas las extravagancias y locuras que ocurren. Cada cual se disfraza á capricho, y no hay dignidad, por importante

que sea, ni personaje asaz grave cuyo traje y aspecto no pueda imitarse. Pareció á Materno muy adecuado este día para la ejecución de su proyecto, creyendo que fácilmente podría disfrazarse con los suyos de soldados de la guardia del Emperador, colocarse en su comitiva como formando parte de la ceremonia, y matarle cuando menos lo esperase. Pero le hicieron traición algunos de los que conocían el secreto y que habían entrado con él en la ciudad, y antes de la fiesta prendieron á Materno y le cortaron la cabeza, como á sus cómplices. Cómodo hizo á la diosa sacrificios en acción de gracias, y se presentó en la ceremonia muy alegre y tranquilo. El pueblo, por su parte, redobló su regocijo para agasajar al Emperador.

»Después de tantas conjuraciones en que estuvo á punto de perder la vida, guardaba muchas precauciones, y rara vez se presentaba al pueblo. Ordinariamente vivía en sus jardines, fuera de Roma, ó en sus casas de campo: no concedía ya audiencias ni se ocupaba de los negocios públicos, llegando á ser excesivamente desconfiado. Todo el mundo se le hizo sospechoso, señalando todos los días con nuevas proscipciones. Desde el momento en que era acusado alguno, se le consideraba culpable, y bastaba tener algún mérito para que no se le admitiese en su familiaridad. No quedándole ninguna inclinación buena, se entregó á todo linaje de desórdenes, saboreándolos todos y no bastándole para ellos el día y la noche. El que gozaba de alguna probidad ó tenía ligera instrucción, era alejado de la corte, y al mismo tiempo se recibía con agrado á los bufones y farsantes más infames.»

Relativamente á la muerte de Cleandro, dice Xiflino: «Cleandro, que á la muerte de Perennis llegó al colmo del favor, fué vendido en su juventud con otros esclavos y llevado á Roma con ellos para hacerle cargador. Tan prodigiosa fortuna le ayudó después, que llegó á ser ayuda de cámara de Cómodo, quien le casó con una manceba suya, llamada Damostracia, é hizo morir á muchas personas, entre ellas á Soater, natural de Nicome-

dia, que había desempeñado antes que él el cargo de ayuda de cámara del Emperador. Este Soater había llegado á gozar de tanta influencia, que por mediación suya los habitantes de Nicomedia habían conseguido permiso para establecer juegos y combates en su ciudad, y construir un templo en honor de Cómodo. Cleandro gozaba de poder tan absoluto, que daba y vendía los cargos, los puestos en el Senado, el mando de los ejércitos, el gobierno de las provincias, y en general todas las cosas. Esto dió margen á que dijese con gracia Julio Solón, hombre obscuro y desconocido, que después de haber sido despojado de sus bienes, le habían relegado al Senado. El mismo Cleandro nombró veinticinco cónsules para un solo año, cosa que jamás se había hecho, ni se hizo después. Severo, que más adelante fué emperador, se encontraba entre ellos. No debe sorprender que este Cleandro, después de buscar con tanto afán ocasiones para enriquecerse, reuniese caudal más considerable que ninguno otro ayuda de cámara del Emperador. El empleo de sus riquezas estaba en armonía con la forma de adquirirlas, porque las invertía en hacer regalos á Cómodo y sus concubinas, en construir palacios y baños y elevar edificios para comodidad de los particulares y del público. Pero cuanto más rápida y prodigiosa fué su subida, su caída fué más precipitada y terrible, sucumbiendo, no en una sublevación militar como Perennis, sino por sedición popular, de la siguiente manera: Habiendo sido estéril el año y tomado alto precio los viveres, Dionisio Papirio, que por los deberes de su cargo estaba obligado á impedir la carestía, la aumentó intencionalmente con objeto de que el pueblo, que estaba ya enemistado con Cleandro á causa de sus latrocinios, se enfureciese y le despedazase. No se equivocó en su proyecto, porque celebrándose carreras en el Circo, cuando los caballos iban á partir por séptima vez, un grupo de niños, guiado por una niña más alta que lo ordinario y de aspecto terrible, y que después se creyó había sido una diosa, corrieron al circo y lanzaron horribles gritos. Contestándole con otros gritos el pue-

blo, no omitió nada de lo que suele inspirar la rabia. Inmediatamente después marchó á buscar á Cómodo en su casa de recreo de Quintilia, donde se encontraba, le aclamó con entusiasmo y lanzó imprecaciones contra Cleandro. Éste envió soldados que, atacando, hirieron á algunos y mataron á otros. Pero el pueblo, en vez de calmarse se irritó más que antes, y confiando en su muchedumbre y pretendiendo triunfar del corto número de guardias, corrió hacia el sitio donde se encontraba Cómodo, que no sabía hasta qué punto se había enardecido la sedición, hasta que se lo dijo Marcia, concubina de Quadrato, y en el mismo momento, como era muy temido, mandó matar á Cleandro y á su hijo, al que hacía criar en la corte. El niño fué estrellado en el acto contra el suelo; el padre fué arrastrado y despedazado con toda clase de ultrajes, paseando por la ciudad su cabeza clavada en una lanza. Algunos de los que habían participado más de su favor, compartieron también su desgracia.»

Hablando de los asesinatos y crueldades de Cómodo, dice Xifilino: «Muchos conspiraron contra él, y á su vez él se deshizo de muchos hombres y mujeres, de unos públicamente y por el hierro, de otros en secreto y por el veneno. No perdonó casi á ninguno de los que se habían hecho más célebres bajo el reinado de su padre y el suyo, y solamente tres, Pompeyano, Pertinax y Vitorino, escaparon por fortuna suya. No escribo esto y lo que añadiré como sabido por relato de otro, sino por haberlo visto yo mismo. Se deshizo de Crispino por odio á su infidelidad y desbordamientos, habiéndole relegado antes á Capri, así como á Lucila. También hizo morir á Marcia, concubina de Quadrato, y á Electo, su camarero. Quadrato había desempeñado el mismo cargo, y después fué envuelto en el número de los que el Emperador arrebató al mundo. Más adelante había dado esta Marcia como esposa á Electo. Dicese que aquella mujer tenía afecto á los cristianos, y que empleó su influencia con el Emperador para conseguirles muchas gracias. Cómodo hizo morir también á Juliano y á Paterno, que pro-

bablemente se le habrían adelantado si hubiesen tenido tal proyecto, puesto que el uno mandaba poderoso ejército, en el que era muy apreciado, y el otro desempeñaba el cargo de prefecto del Pretorio. Igual violencia ejerció contra los dos hermanos Quintilios, llamados el uno Cardiano y el otro Máximo. Los dos se habían hecho muy célebres por su doctrina, por sus conocimientos militares, por sus considerables riquezas y por el cariño que se profesaban. Aunque nada emprendían contra el gobierno, no dejaba de considerarse por el estado de su fortuna que no se encontraban contentos. Uniéronse en la muerte como lo habían estado en vida, siendo ejecutados con el hijo de uno de ellos. Su amistad fué inalterable, sin que por razón de los cargos que ejercieron vacilase jamás. Poseían considerables bienes, y casi siempre fueron colegas en las mismas dignidades. Muy confuso y desordenado resultaría mi libro, si quisiera dar cuenta de todas las crueldades de Cómodo contra aquellos á quienes hizo matar, por efecto de acusaciones calumniosas, por desconfianzas vanas, por la grandeza de sus caudales, por el brillo de su cuna, por la eminencia de su saber ó por alguna otra cualidad rara y excelente. Cuando se encontraba cansado de diversiones y placeres, pensaba en asesinatos y matanzas. Derramó la sangre de los principales del Imperio, como el prefecto Juliano, aunque algunas veces le abrazara en público y le llamase padre, y como Julio Alejandro, que desde su caballo había traspasado á un león. Este Alejandro, habiéndose enterado una noche de que habían llegado soldados para asesinarle, se les adelantó y los mató. También mató algunos habitantes de Emesa que, á pesar de ser compatriotas suyos, eran sus enemigos; en seguida montó á caballo y hubiese huido á país extranjero, si un joven á quien amaba y no quería abandonar, hubiese podido seguirle. Pero cuando vió que estaban cerca los que le perseguían, mató al joven y se mató en seguida. Algunas veces fingía Cómodo querer cortar los cabellos á algunos criados suyos, y en vez de

cortarles los cabellos, les cortaba la nariz ó las orejas. Jamás se presentaba en público sin desenvainar la espada y derramar sangre.»

Acerca de los caprichos de Cómodo, de sus costumbres y hábitos de gladiador, de su pasión por los espectáculos, de las exacciones y crímenes á que daban ocasión, en fin, acerca de la conducta del pueblo y de los grandes durante estas diversiones, Xifilino da los siguientes curiosos detalles:

«Había regresado Cómodo á mediodía de una casa de recreo á Roma, é hizo correr treinta caballos en dos horas. Sus considerables gastos agotaron muy pronto su tesoro, porque era naturalmente generoso, y frecuentemente daba á cada uno de los del pueblo hasta ciento cuarenta dracmas por cabeza. Mas para poder subvenir á estos regalos imputaba falsos crímenes á hombres y mujeres distinguidos, quitaba la vida á unos y la dejaba á otros, que se rescataban entregándole sus bienes. En el día en que se celebraba la memoria de su advenimiento al trono, exigía de nosotros, de nuestras esposas y de nuestros hijos dos monedas de oro por cabeza y cinco dracmas de los senadores de las otras ciudades. Jamás guió carros en público, como no fuese durante alguna noche muy obscura; y por mucho que lo desease, retenía un resto de pudor. Pero con mucha frecuencia los guiaba en su palacio, vistiendo traje de color verde. Mató muchas fieras en particular y en público. También combatió, en particular, á la manera de los gladiadores y mató algunas personas. Antes de entrar en el teatro, solamente usaba una túnica de seda blanca con mangas, y con este traje le encontrábamos cuando íbamos á saludarle. Pero cuando se presentaba en él, usaba una túnica de púrpura recamada en oro, y encima un manto de la misma tela, á la manera griega, y corona de oro enriquecida con pedrería; llevando en la mano un bastón parecido al de Mercurio. Delante de él llevaban una piel de león y una maza, poniéndolas sobre un asiento en el teatro, estuviese allí ó ausente. Entró en él con el traje

con que se representa á Mercurio; y habiéndose despojado de todas las prendas, cuando quedó con sencilla túnica y descalzo, dedicóse al trabajo. El primer día tiró de alto abajo y mató cien osos. Había dividido el teatro en cuatro partes por medio de dos tabiques que se cortaban en ángulo recto, con objeto de que desde las galerías de alrededor se pudiese elegir fácilmente la fiera que se quería herir. Cuando se encontraba cansado bebía vino delicioso y fresco, en una copa que le presentaba una mujer; y en el mismo momento el pueblo y el Senado gritaban á la vez, de la misma manera que se grita en los festines: «¡Viva el Emperador!» Como estas acciones las ha realizado el Emperador donde me encontraba yo presente, y en donde alguna participación he tenido, he creído que en vez de suprimirlas, debía dejar á la posteridad su relato y memoria. Habiendo hecho el Emperador en los primeros días lo que he dicho, descendió en los siguientes á la parte baja del teatro, y allí mató otras bestias más que se le acercaron y otras que le trajeron y algunas que se encontraban encerradas en redes. Entre éstas se mató un tigre, un caballo marino y un elefante. Hecho esto se marchaba. Después de comer volvía, y hacía los ejercicios de un *secutor*, teniendo en la mano derecha un escudo y en la izquierda una espada de madera, porque era zurdo, alabándose de ello como si fuese una ventaja. Combatía con el maestro que le había enseñado, ó contra un gladiador que él provocaba ó designaba el pueblo, teniendo este gladiador una palmeta en la mano. Ejecutaba además todas las funciones de los otros gladiadores, sin otra diferencia que la de recibir éstos ligera recompensa, y él cobraba diariamente ciento cincuenta mil dracmas de los fondos destinados á estos gastos. Cuando combatía de esta manera tenía á su lado á Emilio Leto, prefecto del Pretorio y á Electo, su camarero; y conseguida la victoria, lo que nunca dejaba de suceder en éstos falsos combates, les besaba sin quitarse el casco. Después de él combatían los que había elegido por la mañana en la parte

inferior del teatro, vestido con traje de Mercurio, teniendo en la mano un bastón de oro y estando sentado en un trono del mismo metal, y á quienes había señalado la forma de su combate; cosa que no podíamos considerar sino como excesivamente monstruosa. En seguida volvía á su asiento ordinario y asistía con nosotros al resto de los espectáculos, en los que nada había agradable, puesto que con frecuencia se veía matar á considerable número de personas. Cuando veía gladiadores que simulaban matar á su contrario, mandaba atarles juntos, y combatiendo de esta manera, á veces mataban espectadores que se acercaban demasiado. Estos espectáculos duraron catorce días. Nosotros los senadores asistimos con mucha asiduidad con los caballeros, aunque ocupábamos asientos separados. Solamente Pompeyano no quiso asistir, y hubiese preferido morir á ver al hijo del emperador Marco Aurelio manchar su dignidad con aquel infame ejercicio. Nosotros lanzábamos muchas exclamaciones, según se nos mandaba, y éstas con más frecuencia que las otras:—Tú eres el maestro; tú eres el primero; tú consigues afortunadamente la victoria; tú eres siempre victorioso; Amazoniario, tú eres victorioso.—Muchos hombres del pueblo no se presentaban jamás en el teatro. Otros salían inmediatamente después de entrar, horrorizándoles ser testigos de las abominaciones que se cometían allí. Abstentianse otros por miedo, porque había corrido el rumor de que proyectaba Cómodo lanzar los dardos contra el pueblo, como Hércules los lanzó en otro tiempo contra los *Stymphalidos*. Este rumor parecía verosímil y justo el temor á los que recordaban que en otro tiempo reunió á los que por enfermedad ú otras causas habían perdido el uso de los pies, que hizo atarles por las rodillas con cuerdas que imitaban serpientes, que les habían puesto esponjas en las manos para que se las arrojasen á la manera de piedras, y que al fin les mató con una maza. Nadie había que no temiese igual suerte, y nosotros no la temíamos menos que el último del pueblo.

Un día nos asustó de manera que temíamos nos iba á exterminar : acercóse al sitio en que nos encontrábamos, trayendo la cabeza de un avestruz, que acababa de matar, y enseñándola al mismo tiempo que tenía en la otra mano la espada ensangrentada aún, movió la cabeza sin decir nada, como si con aquel movimiento quisiera indicarnos su intención de decapitarnos como había decapitado al animal. Reímos de aquella acción en vez de entristecernos, y esta risa hubiese costado á muchos la vida, si para ocultarla no me hubiese puesto en la boca hojas de laurel que había arrancado de mi corona y aconsejado á los que estaban cerca que hiciesen lo mismo. Poco después nos dió mucho consuelo y grande esperanza; porque cuando se encontraba próximo á combatir á la manera de los gladiadores, nos envió orden para que nos presentásemos en el teatro con traje de caballeros, traje que solamente usábamos en la muerte de los Emperadores. Además el último día de espectáculo se llevaron su casco por la puerta que se llevan los muertos, y estas dos circunstancias hicieron creer que muy pronto sería arrebataado del mundo, como en efecto sucedió.»

Xifilino refiere de la siguiente manera la conjuración en que perdió la vida Cómodo :

«Leto y Electo, no pudiendo soportar la indignidad de su deportación, y temiendo por otra parte las amenazas que les había dirigido en odio á la libertad que algunas veces se tomaban de condenar sus excesos, decidieron deshacerse de él. Tenía el propósito de hacer morir á los dos cónsules Erycio Claro y Syssio Flacco, y de salir el primer día del mes en calidad de Cónsul y de *secutor* del paraje donde mantenía á los gladiadores. Alojábase él en las inmediaciones como el primero de su clase; y persuadido estoy de que nadie dejará de creer lo que digo, si sabe que este Príncipe hizo quitar la cabeza al coloso para reemplazarla con la suya, y que habiendo colocado debajo una maza y un león de bronce, grabó allí la siguiente inscripción : «El primer combatiente entre los gladiadores llamados *secutores*, que

»venció el sólo doce mil hombres con la mano izquierda.» Estos monstruosos desbordamientos fueron los principales motivos que impulsaron á Leto y Electo á conjurarse contra él. Habiendo comunicado su proyecto á Marcia, por su mediación le dieron veneno en carne de buey el último día del año, cuando todo el mundo se entregaba á regocijos y festines. El veneno quedó casi inútil por el vino que bebió con exceso y el baño á que estaba acostumbrado; pero habiendo vomitado, sospeché que habían atentado contra él, y amenazó con vengarse, lo que obligó á los conjurados á que le enviasen un atleta, llamado Narciso, que le estranguló cuando se encontraba todavía en el baño. Así murió Cómodo, que reinó doce años, nueve meses y catorce días, y vivió treinta y uno y cuatro meses. La familia de los Aurelios perdió el Imperio en su persona, y el fin de su vida fué el principio de sediciones y turbulencias.»

«Imposible es, añade Xifilino, repetir las injurias que lanzaron contra él los senadores y el pueblo. Quisieron arrastrar por las calles su cadáver y sus estatuas; pero habiéndoles dicho Pertinax que el cuerpo estaba ya enterrado, lo perdonaron, pero en cambio prodigaron á sus estatuas todos los ultrajes que pudieron imaginar. No le llamaban ya emperador, sino peste del Estado, tirano, gladiador, auriga, zurdo, libertino. El pueblo felicitaba á los senadores que habían tenido persecuciones bajo el reinado de Cómodo, gritándoles : «¡Valor, estáis seguros! ; Valor, habéis vencido!» Repetía también todas las exclamaciones que acostumbraba á lanzar en favor de Cómodo y las ridiculizaba; no contentándose con verse libre de los temores de la tiranía y gozar de la libertad, sino escarnecía y deshonoraba la memoria del tirano y cargaba su nombre con las imprecaciones más atroces.»

EL EMPERADOR PERTINAX,

POR JULIO CAPITOLINO.

SUMARIO.

Origen del nombre de Pertinax.—Prodigio ocurrido en el instante de su nacimiento.—Sus estudios.—Nómbrasele centurión y jefe de cohorte.—Sus actos militares y civiles.—Sus hazañas.—Su ambición.—Permanece tres años en la desgracia.—Cómo le envía á Bretaña, donde calma una sedición con peligro de su vida.—Su regreso.—Sus nuevas dignidades.—Proclámanle emperador los asesinos de Cómodo, y después el Senado.—Llámasele Augusto, Padre de la Patria, etc.—Su primera consigna.—Los soldados quieren elegir otro emperador.—Sus prudentes reglamentos le suscitan enemigos.—Su administración.—Manda vender todo lo que había pertenecido á Cómodo.—Reduce todos los gastos imperiales.—Restablece el orden en el tesoro público.—Su avaricia.—El prefecto Leto y algunos descontentos, después de otros, conspiran contra su vida.—Trescientos soldados invaden el palacio y matan á Pertinax.—Su retrato.—Sus comidas.—Su desvío del poder.—Sus hijos y su esposa.—Presagios que anuncian su muerte.—Sus funerales.—Bajo el mando del emperador Severo se le tributan tardíos honores.

Fué padre de Publio Helvio Pertinax un liberto llamado Helvio Succeso, que vendia carbón, y que viendo á su hijo empeñado en continuar su comercio, le dió, según se dice, el nombre de Pertinax (obstinado). Nació este en un lugar del Apenino llamado ciudad de Mar-

te (1). En el instante de su nacimiento subió un potro al techo de la casa, permaneciendo allí algunos momentos y matándose al caer. Impresionado el padre por aquel suceso, buscó á un caldeo, y después de oírle predecir á su hijo brillante destino, dijo que había perdido el dinero. Desde niño aprendió Pertinax á leer y contar, dándosele también un maestro para el griego, y después fué profesor suyo Sulpicio Apolinar, á cuya muerte él mismo se dedicó á enseñar gramática. Produciéndole muy poco aquel oficio, pidió y obtuvo, por la protección del consular Loliano Avito, patrono de su padre, la dignidad de centurión. Llegando á ser bajo el emperador T. Aurelio (Antonino Pio) jefe de una cohorte que se encontraba en Siria, partió para reunirse con ella; pero el Gobernador de aquella provincia le obligó á recorrer el camino á pie desde Antioquia hasta el punto de su destino, porque había emprendido el viaje sin diploma (2).

Distinguióse en la guerra contra los Parthos, y de allí pasó á Bretaña, donde le retuvieron algún tiempo. En seguida mandó un ala de caballería en la Mesia, y á su regreso recibió el encargo de aprovisionar las ciudades situadas en la vía Emilia. Más adelante llevó una flota á la Germania. Su madre, que le acompañó á este país, murió en él, y se asegura que todavía se ve allí su tumba. Después de esta expedición, pasó á la Dacia con 200,000 sextercios de estipendio; pero Marco Aurelio, que sospechó de él á consecuencia de malévolos informes, no tardó en llamarle. Más ade-

(1) Pertinax, dice Xiflino, era natural de Alba, ciudad de la Liguria, nacido de padre humilde. En la juventud estudió lo necesario para poder subsistir por las letras. El estudio le hizo conocer á Claudio Pompeyano, por cuya influencia obtuvo el cargo de tribuno de caballería.

(2) El diploma consistía, como lo indica su nombre, en dos hojas; confería algún privilegio concedido por el Emperador ó por un Magistrado romano, como, por ejemplo, para usar carruajes y caballos públicos.

lante Claudio Pompeyano, suegro del Emperador, que mostraba querer hacerse de un partidario para más adelante, le dió un mando en la caballería, y este cargo, que desempeñó honrosamente, le abrió la entrada en el Senado. Continuó distinguiéndose en todas partes, y descubriéndose al fin la trama urdida contra él, Marco Aurelio, para reparar la injuria que le había hecho, le colocó en el rango de los antiguos pretores y á la cabeza de la primera legión (1). Apenas investido de este mando, libertó á las Recias y la Nórica de los enemigos del Imperio, y aumentando su fama diariamente, el emperador Marco Aurelio le designó cónsul (2). Encuéntrase en Mario Máximo una oración de este príncipe, en la que elogia á Pertinax y relata todo lo que había hecho ó sufrido. Sin repetirla, diremos que Marco Aurelio le elogió muchas veces en pleno Senado y delante del ejército, llegando á mostrar públicamente mucho disgusto porque su calidad de senador no permitía se le elevase á Prefecto del Pretorio (3). Una vez calmadas las turbulencias promovidas por Cassio, Pertinax dejó la Siria para guardar el Danubio. En seguida le nombraron gobernador de las dos Mesias, y poco después de la Dacia. Sus actos en estas diferentes provincias le merecieron la Siria.

Con integridad obró Pertinax hasta que obtuvo el gobierno de la Siria; pero después de la muerte de Marco Aurelio se hizo avariento, por lo que muchas veces fué objeto de las burlas del pueblo. Después de gobernar cuatro provincias consulares, volvió muy rico á Roma,

(1) Había muchas legiones primeras; pero se las distinguía con nombres diferentes: *Prima Italica Neronis; Prima adjutrix Galba; Prima Minervia Domitianis*, etc.

(2) Pertinax fué entonces cónsul *suffectus*, y desempeñó el consulado encontrándose ausente. Tuvo por colega á D. Juliano, sucesor suyo en el trono. No fué cónsul ordinario hasta el año décimo de Cómodo.

(3) Los prefectos del Pretorio se nombraban entonces del orden de los caballeros.

en la que todavía no había estado como senador, habiendo ejercido su consulado ausente de la ciudad. En cuanto llegó, le mandó Perennis que se retirase á la Liguria, á la aldea donde su padre había vendido carbón. Pertinax marchó allá, compró muchas tierras y rodeó de infinidad de edificios la tienda de su padre, á la que dejó la misma forma que tenía. Allí permaneció tres años traficando por medio de sus esclavos. Muerto Perennis, Cómodo hizo justicia á Pertinax, escribiéndole y mandándole partir para la Bretaña. Obedeció y consiguió aplacar los movimientos sediciosos de los soldados (1), que querían otro emperador, cualquiera que fuese, y especialmente al mismo Pertinax. Dicese que entonces insinuó malévolamente á Cómodo que Antiscio Burho y Anio Antonino aspiraban al trono. Apaciguó, pues, en Bretaña sediciones de que era objeto, pero no sin correr graves peligros, estando á punto de perecer en el levantamiento de una legión, quedando por muerto en el sitio. De aquel atentado obtuvo á poco terrible venganza, pidiendo al fin su relevo diciendo que su firmeza por el mantenimiento de la disciplina le había hecho odioso á las legiones.

(1) Xifilino refiere á esta época los hechos siguientes, que considera como presagios del advenimiento de Pertinax, y que, por lo menos, demuestran la autoridad que éste tenía en Roma. Cuando todavía se encontraba en la Gran Bretaña, cuya sedición calmó con prudencia que mereció generales elogios, un caballo del partido de los verdes, que Cómodo quería mucho, alcanzó la victoria; este caballo se llamaba Pertinax: los del partido, regocijados por el triunfo, exclamaron: «Ese es Pertinax!» Disgustados los contrarios por aquella exclamación, dijeron: «¡Ojalá estuviese aquí!» refiriéndose, no al caballo, sino aquel importante varón. Además, habiendo ocurrido un día á Cómodo hacer traer aquel caballo del campo donde lo cuidaban, sin emplearlo en nada, porque ya era sumamente viejo, y habiendo hecho que le llevasen al Circo con los caseos dorados y cubierto con una manta bordada de oro, el pueblo exclamó al verle: «¡Ese es Pertinax!» Y esta exclamación fué como presagio de la fortuna que tuvo Pertinax, siendo proclamado emperador en los últimos días de aquel mismo año. Igual presagio se dedujo de una maza que Cómodo, disponiéndose á combatir como gladiador, puso en manos de Pertinax.

Habiéndosele nombrado sucesor, recibió el encargo de los aprovisionamientos, y después se le nombró procónsul de África. Dicese que en este gobierno tuvo que reprimir muchas sediciones promovidas por las profecías de los sacerdotes de Urania. Llamado á la prefectura de Roma, en lugar de Fusciano, magistrado severo, mostró suma dulzura y bondad, haciéndose muy agradable á Cómodo. Entonces recibió delación del proyecto que habían formado algunos descontentos para quitar la vida al Emperador. Cuando fué asesinado Cómodo, el prefecto del Pretorio Leto y el cubiculario Electo le ofrecieron el Imperio y le llevaron al campamento, donde arengó á los soldados, ofreció un donativo y dijo que Leto y Electo le imponían el Imperio. Temiendo los conjurados que concitasen contra ellos el odio de los soldados, propagaron el rumor de que Cómodo había muerto de enfermedad. Al pronto muy pocos Romanos saludaron emperador á Pertinax. Esta elección tuvo lugar la víspera de las kalendas de Enero, teniendo Pertinax entonces más de sesenta años. Del campamento marchó al Senado; era de noche, y el guarda no estaba allí para abrir las puertas, teniendo que esperar el nuevo emperador en el templo de la Concordia. No tardó en ir á buscarle Claudio Pompeyano, yerno de Marco Aurelio, mostrando mucho sentimiento por la muerte de Cómodo. Pertinax le exhortó en seguida á que tomase el Imperio; pero se negó Pompeyano viendo que Pertinax era ya emperador. Habiendo marchado en seguida al Senado todos los magistrados con los cónsules, les siguió Pertinax, y fué proclamado emperador.

Después de escuchar los elogios que le tributaron los cónsules, y á todo el Senado detestar la memoria de Cómodo, dió gracias á la Asamblea, y especialmente al prefecto Leto, que había dado muerte á aquel príncipe y le había hecho emperador á él. El cónsul Falcón dijo entonces: «Fácilmente prevemos cómo has de reinar, puesto que conservas á Leto y Marcia, cómplices de los crímenes de Cómodo.» Pertinax contestó: «Cónsul, eres

joven y no comprendes la necesidad de plegarse á las circunstancias. A pesar suyo obedecieron á Cómodo, y, en cuanto han podido, han demostrado lo que nunca dejaron de querer.» Flavia Ticiana, esposa de Pertinax, recibió el título de Augusta al mismo tiempo que él (1), y este fué el primero que al formular los votos en el Capitolio recibió con este título el de Padre de la Patria. Al mismo tiempo le invistieron también con la autoridad proconsular y del derecho de proponer al Senado cuatro asuntos en la misma sesión; apresuramiento que fué considerado como mal presagio. Pertinax marchó en seguida al palacio, que estaba entonces desocupado, porque Cómodo fué asesinado en el palacio Vectiliano. Al tribuno que se presentó el primer día á recibir la consigna, le dijo: «*Militemos*», censurando así la cobarde inacción del reinado anterior. Esta era la consigna que había dado en todas las guerras que dirigió.

Los soldados no pudieron soportar aquella censura, y en el acto pensaron en elegir otro emperador. Pertinax reunió aquel día también en un banquete á los magistrados y senadores principales, costumbre de que había prescindido Cómodo. Cuando al día siguiente de las kalendas se derribaron las estatuas de este Emperador, murmuraron los soldados, y tanto más, cuanto que Pertinax había dado la misma consigna. Todo podía temerse del ejército bajo un jefe viejo ya; y en efecto, el día tercero de las nonas, en el que se hacían los votos anuales, los soldados quisieron llevar á su campamento y coronar á Triario Materno Lascivio, senador de noble estirpe; pero huyó completamente desnudo, corrió al palacio de Pertinax y en seguida salió de Roma. Temiendo el Emperador mayores males, confirmó todo lo que Cómodo había dado á los soldados y á los veteranos; declarando que tenía su dignidad del Senado, aunque la había aceptado sin su consentimiento. Obligóse bajo juramento á

(1) Los senadores dieron á la esposa de Pertinax el título de Augusta, pero el Emperador lo rehusó por ella.

no procesar á nadie por delito de lesa majestad, llamó á los desterrados por este crimen y rehabilitó la memoria de los ejecutados. El Senado quiso dar á su hijo el título de César; pero el Emperador, que había rehusado ya para su esposa el de Augusta, contestó relativamente á su hijo: «Cuando lo merezca.» Habiendo introducido desorden en las filas de los antiguos pretores los innumerables nombramientos que hizo Cómodo, Pertinax hizo dar un senatusconsulta, estableciendo que los que no habían ejercido realmente la pretura serían puestos á los pretores verdaderos, medida que le atrajo el odio de muchos ciudadanos.

Hizo revisar el censo y castigó severamente á los delatores que se encontraban presos; sin embargo, fué menos severo que los emperadores precedentes en cuanto á los que en lo venidero podían ser acusados del crimen de delación, graduando las penas según la condición de cada uno. Para que el Fisco no pudiera atribuirse injustamente las sucesiones, dió una ley declarando válidos los testamentos que no estuviesen sustituidos por otro del testador. Al mismo tiempo declaró que no aceptaría ninguna herencia que se le dejase por adulación, ó según derecho dudoso y con perjuicio de los herederos legítimos y de los parientes. «Mejor es, Padres conscriptos, decía en el preámbulo de senatusconsulta, ser pobre gobernando la República, que elevarse al colmo de las riquezas por la injusticia y la inmoralidad.» Pagó los congiarios y donativos ofrecidos por Cómodo, y atendió con especial cuidado á los aprovisionamientos. El estado del Tesoro público, en el que, según dijo, no había encontrado más que un millón de sextercios, le obligó, á pesar de sus promesas, á exigir los impuestos que estableció Cómodo; y habiéndole censurado porque faltaba á su palabra el consular Lolio Genciano, alegó para excusarse la necesidad. Hizo vender en subasta lo que había pertenecido á Cómodo (1), hasta sus pajes y con-

(1) El Tesoro público se encontraba tan exhausto en aquel

cubinas, exceptuando aquellas personas que se creían llevadas por fuerza al palacio. Muchos de los vendidos de este modo entraron más adelante al servicio de Pertinax; recrearon su vejez, y bajo los emperadores siguientes llegaron á la dignidad de senador. Los miserables bufones que, por complacer á Cómodo, habían tomado los nombres más obscenos, fueron despojados de sus bienes y vendidos; distribuyendo como donativo á los soldados las considerables cantidades que obtuvo de aquella venta.

Exigió á los libertos la restitución de los bienes que habían recibido de Cómodo. La venta del mobiliario de este Emperador fué especialmente notable, porque se vieron vestidos tejidos de seda y realzados con hilo de oro, infinidad de túnicas y mantos grandes y pequeños, túnicas con mangas á la manera de los Dálmatas, sayas con franjas, dárvides de púrpura á la griega, trajes militares, capuchones como los de los bardos, togas, armas de gladiadores adornadas con labores de oro y piedras preciosas, espadas como las que la fábula atribuye á Hércules, collares de gladiadores, vasos de oro puro, de marfil, de plata y de madera de limonero; copas de la misma materia representando asuntos obscenos; vasos del Sannio, en los que calentaban la resina y la pez que servía para depilar á los pajes. También había carruajes de nueva invención y en los que un mecanismo muy complicado, pero muy ingenioso, permitía, haciéndolo girar, guarecerse del sol ó procurarse aire fresco;

tiempo, que solamente se encontraron doscientos cincuenta mil dracmas. Por esta razón se vió obligado Pertinax á vender las estatuas, las armas, caballos, muebles y los pajes de Cómodo, empleando los productos de la venta en pagar á los soldados lo que les había ofrecido y en dar al pueblo cien dracmas por cabeza. Agradábale además poner en venta de aquella manera todo lo que había servido para los ejercicios, juegos y combates de Cómodo, no solamente para escarnecer su memoria ó para reunir dinero, sino que también para conocer á los que desearan adquirir aquellos instrumentos de desenfreno.

otros medían por sí mismos el camino recorrido, señalaban las horas y estaban dispuestos para los placeres del Emperador. Pertinax devolvió á sus dueños aquellos que habían huído de sus casas para refugiarse en el palacio imperial. Redujo á justa medida los enormes gastos de la mesa del Emperador, y suprimió todas las suntuosidades de Cómodo. El ejemplo de economía que daba el Emperador se propagó á todas las clases é hizo bajar el precio de todos los objetos. Despidió además á todos los inútiles y disminuyó por este medio la mitad de sus gastos.

Fijó las recompensas de los soldados en campaña, pagó las deudas que contrajo al principio de su reinado y restableció el orden en el Erario. Destinó además ciertas cantidades á la construcción de edificios públicos; otras á la reparación de caminos; hizo pagar á considerable número de ciudadanos lo que se les debía desde mucho tiempo; y bajo su mando, en fin, pudo el Tesoro atender á todos los gastos ordinarios. Venciendo el temor, suprimió las distribuciones alimenticias á que se tenía derecho desde la edad de nueve años, en virtud de un decreto de Trajano. Como particular se hizo sospechoso de avaricia, porque aprovechó para extender sus propiedades los apuros en que las deudas habían puesto á los propietarios de las cercanías de Vado, y le dieron, por un verso de Lucilio, el nombre de Somormujo agrario. También le acusaron muchos en sus cartas de haberse mostrado avariento en las provincias donde había mandado como consular; por ejemplo, de haber vendido á unos exenciones del servicio militar, y á otros, mandos en el ejército. Lo cierto es que con patrimonio muy escaso y sin recibir ninguna herencia, se le vió repentinamente rico, y si devolvió sus bienes á los despojados por Cómodo, no fué sin cobrar algo. Siempre asistió á las sesiones ordinarias del Senado y en todas propuso algún asunto. Mostraba mucha benevolencia á los que le saludaban ó dirigían la palabra. Protegiendo á los amos contra las acusaciones calumniosas de los esclavos, condenó á los

delatores al suplicio de la cruz, vengando también de esta manera á algunos ciudadanos muertos.

Falcón, que aspiraba al trono, tramó asechanzas contra el Emperador, quejándose éste al Senado, que estimó sus observaciones. Un esclavo, que pretendía ser hijo de Fabia, y por consiguiente de la familia de Ceyonio Cómodo, tuvo el atrevimiento de reivindicar el palacio imperial; pero fué reconocido, azotado y devuelto á su amo. Dicese que los que odiaban á Pertinax aprovecharon este castigo como pretexto para una sedición. Sin embargo, el Emperador perdonó á Falcón, hasta rogando al Senado en favor suyo, y el conspirador quedó tranquilamente en posesión de sus bienes, que, á su muerte, heredó su hijo. Pretenden muchos escritores que Falcón no sabía que le destinaban al Imperio; y otros, que esclavos infieles quisieron perderle con falsos testimonios. Sea como quiera, Leto, prefecto del Pretorio, y aquellos á quienes estorbaba la probidad de Pertinax, formaron una conspiración contra él. Leto se arrepentía de haber hecho un emperador que algunas veces le trataba de mal consejero; y los soldados, por su parte, acriminaban á Pertinax de haber hecho morir por la conjuración de Falcón á muchos compañeros suyos por el testimonio de un esclavo.

Trescientos de ellos, armados y en apretadas filas, se dirigieron al palacio del Emperador, que aquel mismo día había sacrificado, y no encontrando corazón de la víctima, para anular el presagio, sacrificó otra á la que faltaba el hígado. Algunos soldados llegaron del campamento, donde estaban reunidos, á ponerse á su disposición como de ordinario: pero Pertinax, dejando para otro día, á causa del mal presagio del sacrificio, su propósito de ir á escuchar al poeta Atheneo (1), despidió la escolta, que regresó al campamento. Los que se en-

(1) Dice Aurelio Víctor que Adriano había construido en Roma, á imitación del Ateneo de Atenas, un edificio donde los poetas y oradores leían públicamente sus obras.

contraban en marcha llegaron delante del palacio y no pudieron alejarles ni advertir al Emperador. El odio que le profesaban todos los cortesanos era tan grande, que alentaron á los soldados al crimen. Estos penetraron en el palacio cuando Pertinax preparaba á todos sus servidores para la defensa, y atravesando el pórtico, llegaron hasta el departamento llamado Sicilia ó comedor de Júpiter. Al saberlo Pertinax, les envió el prefecto Leto, quien, evitando encontrarles, salió por otra puerta con la cabeza tapada y se retiró á su casa. En cuanto se encontraron en el interior del palacio, Pertinax les salió al encuentro dirigiéndoles largo y hermoso discurso que les calmó. Pero un tal Tausio, perteneciente á los Tungros, renovó su cólera y temores para lo venidero, y clavándole la lanza en el pecho cuando imploraba á Júpiter Vengador, y cubriéndose Pertinax la cabeza con la toga, cayó bajo los golpes de los demás soldados. Electo mató dos y pereció con él. Los demás criados del palacio (porque en cuanto Pertinax fué nombrado emperador, dió los suyos á sus hijos emancipados) huyeron en seguida. Dicen muchos escritores que los soldados entraron en la estancia del mismo Pertinax, y le mataron cuando se refugiaba al lado del lecho.

La edad le daba aspecto venerable: tenía lengua barba, cabello rizado, mucho volumen, el vientre prominente y estatura imperial. Su elocuencia era mediana; era más agradable que bueno, y nunca se le creyó franco. Pródigo de buenas palabras, en realidad fué poco generoso. Como particular, llevó la avaricia hasta hacer servir á sus convidados medias lechugas y alcachofas; y á menos que no hubiese recibido alguna pieza de caza, todo lo que ofrecía á sus amigos, cualquiera que fuese el número, era nueve libras de carne, repartidas en tres servicios. Si lo presentado era demasiado considerable, guardaba el resto para el día siguiente, teniendo siempre muchos convidados. Siendo emperador no cambió nada de su manera de vivir como particular. Si quería enviar á algún amigo un plato de su comida, lo constituían dos tajadas

de carne, tripas ó menudillos de ave. Jamás comió faisán en su mesa particular; jamás lo envió á nadie. Cuando no tenía amigos en su mesa, admitía en ella á su esposa y á Valeriano, que había sido maestro suyo y con quien hablaba de asuntos literarios. No separó á ninguno de los que habían recibido empleos de Cómodo, y esperaba el aniversario de la fundación de Roma para las mejoras que proyectaba. Dícese que por esta razón habían resuelto los favoritos de Cómodo adelantársele matándole en el baño.

Constantemente mostró desvío por el ejercicio y aparato del poder imperial, y quiso vivir con tanta sencillez como en el pasado. Mostróse muy afable con los senadores y muy agradecido á los votos que hacían por él. Conversaba con todo el mundo como hubiese podido hacerlo un prefecto de la ciudad, y llegó á pensar en abdicar el poder y retirarse á la vida privada. No quiso que sus hijos se educasen en el palacio. Su avaricia y pasión por el lucro eran tan grandes, que, hasta siendo Emperador, tenía como antes gentes asalariadas que traficaban por él en las inmediaciones de Vado. No fué muy querido. Todos los que usaban alguna libertad de lenguaje le maltrataban en sus discursos, llamándole *chrestologum* (generoso en palabras), para indicar que hablaba bien y no obraba lo mismo. Este era el nombre que le daban especialmente sus conciudadanos, á quienes su nueva fortuna atrajo en tropel alrededor suyo y por los que no hizo nada. Aceptaba gustoso todas las utilidades que le ofrecían. Dejó un hijo y una hija, así como también su esposa Flavia, cuyo padre, Flavio Sulpiciano, le había reemplazado en las funciones de prefecto de Roma. Cuidó muy poco de la virtud de su esposa, que amó públicamente á un músico. En cuanto á él, dícese que vivió en comercio criminal con Cornificia.

Reprimió con mucha energía á los libertos adseritos á su corte, atrayéndose por esto implacable odio. Las señales que concurrieron á su fin fueron las siguientes: Tres días antes de morir, encontrándose en el baño,

creyó ver un hombre que le perseguía con una espada. El día de su muerte no se veía en sus ojos la imagen que reflejan las pupilas. Mientras sacrificaba á los lares del palacio, los carbones encendidos se apagaron de pronto, sin que se pudiese encenderlos de nuevo; y, como ya hemos dicho, no se encontró corazón ni higado en las víctimas. Pocos días antes habiase visto claramente en pleno mediodía estrellas cerca del sol. Dícese que él mismo dió el presagio de que le sucedería Juliano, y he aquí de qué manera: Habiéndole presentado Didio Juliano su sobrino, al que acababa de desposar con su hija, Pertinax, exhortando al joven á que honrase á su tío, le dijo: «Respetá á mi colega y sucesor.» En efecto, Juliano había sido cónsul con él, y su sucesor en el proconsulado. Los soldados y cortesanos detestaban á Pertinax; pero el pueblo deploró su muerte, porque esperaba que restableciese la antigua forma de gobierno. Los soldados que le mataron clavaron su cabeza en una lanza, marchando así al campamento por medio de la ciudad. En seguida se unió aquella cabeza al tronco, y se sepultó el cadáver en la tumba del abuelo de su esposa. Su sucesor Juliano, que encontró el cuerpo en el palacio, le tributó los últimos honores en cuanto lo permitieron las circunstancias; pero jamás habló de él ni ante el pueblo ni ante el Senado. Cuando el mismo Juliano fué depuesto por los soldados, los senadores y el pueblo colocaron á Pertinax en el rango de los dioses.

Bajo el emperador Severo, por el brillante testimonio que el Senado rindió á sus virtudes, se le hicieron magníficas exequias en las que se paseó solemnemente su imagen. Severo pronunció su elogio fúnebre, y el respeto que mostró en esta ocasión por la memoria de este Príncipe, hizo que el Senado le llamase Pertinax. El hijo de éste fué flamín de su padre: los sacerdotes Marcianos que atendían al culto de Marco Aurelio, tomaron el nombre de Helvianos del de Helvio Pertinax. Estableciéronse juegos anuales para celebrar su advenimiento al Imperio, pero Severo los suprimió más adelante: otros se estable-

cieron para el aniversario de su nacimiento, y estos subsisten aún. Había nacido el día de las kalendas de Agosto, bajo el consulado de Vero y Bubulo; fué muerto el v de las kalendas de Abril, bajo el consulado de Falcon y de Claro. Vivió sesenta años, siete meses y veintiséis días, habiendo reinado dos años y veinticinco días. Dió al pueblo un congiario de cien dineros por cabeza: había prometido doce mil á los pretorianos, pero solamente les pagó la mitad, y la muerte le impidió cumplir sus promesas á los ejércitos. Una carta que inserta Mario Máximo en la historia de este Principe, que omitimos por excesiva extensión, demuestra que tenía horror al mando supremo.

APÉNDICE

Á LA VIDA DE PERTINAX.

Xifilino y Herodiano han referido de la manera siguiente el inesperado advenimiento de Pertinax al trono. Xifilino dice:

«Antes de que se hiciese público el asesinato de Cómodo, Leto y Electo marcharon á buscar á Pertinax y le dijeron que, por consideración á su virtud, le elegían para entregarle el poder soberano; pero Pertinax, antes de comprometerse con ellos, quiso informarse de la verdad, y envió á un criado de toda su confianza á reconocer el cadáver de Cómodo. Cuando estuvo seguro de su muerte, marchó secretamente al campamento, extrañando algo á los soldados su presencia, aunque en nada mostraron su sorpresa al ver á Leto con él, porque habían oído que les prometía tres mil dracmas por cabeza; y puede creerse que nunca hubiese promovido ni el rumor más ligero, si no les hubiese hablado en estos términos: «Compañeros, hay muchos desórdenes en nuestro siglo, mas espero que con vuestro auxilio los extirparemos.» Estas palabras les hizo temer que se proponía cercenarles todo lo que Cómodo les había concedido contra la antigua costumbre; pero disimularon su temor y permanecieron tranquilos. En cuanto salió del campamento, marchó al Senado, aunque ya había cerrado la noche, y después de saludarnos, según íbamos presentándonos á él en nuestro apresuramiento, nos dijo: «Los soldados

»me han declarado emperador, pero no necesito el Imperio y renuncio á él de buena voluntad, tanto por los disgustos que trae consigo, como por mis enfermedades y mis achaques.» Después de esto le tributamos las alabanzas que creíamos merecía, y le elegimos con libertad completa.»

Herodiano dice: «Habiéndose deshecho de Cómodo los conjurados, pensaron primeramente en guardar secreto y para burlar á los guardias del Emperador, envolvieron el cadáver en una manta muy mala é hicieron que esclavos fieles le llevasen como un fardo de trapos. Con él pasaron entre los soldados; dormidos unos por efecto del vino, y semidormidos los otros, mantenían descuidadamente la pica, sin preocuparse de lo que sacaban del guardarropa del Principe. Habiendo salido los esclavos de esta manera del palacio, colocaron el cuerpo en un carro y lo enviaron á Aristeia Marcia, Leto y Electo, después de deliberar maduramente, acordaron que era necesario hacer correr el rumor de que Cómodo había muerto de apoplejía; que sus frecuentes y excesivos desórdenes darian á la noticia toda la verosimilitud necesaria, pero que ante todo debían pensar en su seguridad y hacer de manera que el nuevo emperador les debiese su elección; que era necesario elegir un hombre de edad, de reconocidas moderación y prudencia y que hiciese respirar al pueblo después de la tiranía del reinado anterior. Después de fijarse en muchas personas, decidieron por Pertinax, que era originario de una provincia de Italia; la paz y la guerra habían puesto de relieve sus bellas cualidades y había triunfado muchas veces del Norte y del Oriente. De todos los amigos de Marco Aurelio, éste era quien mayores estimación y consideraciones le había merecido, y el único á quien había perdonado Cómodo. La virtud que más le honraba era que, habiendo desempeñado los cargos más elevados, los había dejado tan pobre como al entrar en ellos.

»Leto y Electo con algunos amigos suyos marcharon á su casa á media noche y despertaron á su portero, que,

habiéndoles abierto y viendo soldados con su jefe Leto, corrió asustado á prevenir á su amo, que le contestó les dejase entrar, que veía claramente haber llegado su última hora y que aquel golpe no tenía nada que le sorprendiese. A pesar de que no dudaba que aquellos hombres fuesen á matarle, les vió con rostro tranquilo, y permaneciendo en el lecho, les dijo: «Todas las noches esperaba esta suerte. Era el único que quedaba de los amigos de Marco Aurelio, y no comprendía cómo tardaba tanto su hijo en reunirme con ellos. Ejecutad vuestras órdenes y libradme para siempre de una incertidumbre más cruel que la misma muerte. — No pienso tan injustamente de nosotros, contestó Leto, y ten esperanzas que respondan al mérito de tus grandes acciones. Muy lejos estamos de abrigar propósitos contra tu persona; venimos, por el contrario, á implorar tu socorro y á entregar á tus cuidados la libertad del pueblo y la salud del Imperio. El tirano ha muerto, sus crímenes no han quedado impunes; nos hemos adelantado á él y hemos salvado nuestra vida quitándole la suya. Necesario es que ocupes su puesto: tu autoridad, tu prudencia, tu moderación, hasta tu misma edad te hacen digno de él. El pueblo te profesa mucha veneración, cariño y respeto; estamos persuadidos de que confirmará nuestra elección y que encontrará ventajas donde nosotros buscamos seguridad.» Pertinax replicó: «¿Por qué insultáis á un anciano y queréis poner á prueba su constancia? ¿No es bastante hacerme morir, sin añadir la burla á la crueldad? — Puesto que no hay medio de desengañarte, dijo Electo, lee esta carta: reconoces la letra de Cómodo; vas á ver á qué peligro hemos estado expuestos, y quedarás convencido de que no te decimos nada que no sea sincero y verdadero.» Después de la lectura salió Pertinax de su error: consideró que Leto y Electo habían sido siempre amigos suyos, y habiendo acabado de tranquilizarle el relato que le hicieron de la conjuración, se entregó á ellos.

»Creiendo que lo primero que necesitaban era ver á

los soldados para asegurarse de sus disposiciones, Leto, que era su jefe, por cuya razón tenía mucha influencia sobre ellos, esperaba ganarles. Marcharon, pues, todos juntos al campamento cuando la noche estaba ya muy avanzada y próxima á comenzar la fiesta de las kalendas de Enero. Al mismo tiempo repartieron por la ciudad algunos amigos suyos, que por todas partes publicaron que Cómodo había muerto, y que elegido Pertinax para sucederle, iba á hacerse reconocer. Al propagarse el rumor, el pueblo, no pudiendo contener su alegría, comenzó á correr por las calles; apresurándose cada cual á participar la buena noticia á sus amigos, á sus vecinos y especialmente á las personas ricas y distinguidas, que eran las más expuestas á las crueldades y avaricia de Cómodo. Por todas partes se gritaba que Cómodo había muerto; unos le llamaban gladiador y otros le daban nombres y epítetos más infames. Acudíase á los templos para rendir gracias á los dioses; pero la mayor parte del pueblo se volvía hacia el campamento, temiendo que las cohortes pretorianas no se prestasen voluntariamente al reconocimiento de Pertinax. Con este temor, el pueblo se dirigió en masa al campamento para sostener á Pertinax: Leto y Electo le presentaron entonces, y el primero arengó de esta manera á los soldados: «Una apoplejía acaba de arrebatarnos á Cómodo: su muerte hay que atribuirle á él mismo: burlábase de las observaciones que diariamente le hacíamos, y en nada amonó sus excesos. No ignoráis sus desórdenes: él vino y los manjares le han sofocado al fin. Venimos con todo el pueblo á presentaros en su lugar á un hombre de edad venerable, de reconocida probidad y de consumada experiencia en la guerra. Vuestros veteranos que han servido con él, podrán daros cuenta de sus actos, y vosotros mismos habéis admirado sus virtudes durante el largo tiempo que ha desempeñado el cargo de prefecto de Roma. La fortuna os ofrece más bien padre que príncipe: su elección no os agrada á vosotros solos, sino que será también dichosa noticia para los

soldados que guardan las orillas del Rhin y del Danubio y las demás fronteras del Imperio. En adelante no nos veremos obligados á comprar á los bárbaros una paz vergonzosa: todavía recuerdan sus victorias, y su nombre solo, les hará temblar.» Impaciente el pueblo, apenas esperó que acabase de hablar Leto, y unánimemente proclamó á Pertinax emperador, llamándole padre de la patria y añadiendo otras muchas exclamaciones. No se mostraban tan entusiasmados los soldados, pero no fueron completamente libres, porque se encontraban pocos y desarmados á causa de la fiesta. El pueblo les rodeaba por todas partes y tuvieron que ceder á la multitud, y uniendo su voz á la suya, prestaron el juramento de fidelidad. Celebráronse los acostumbrados sacrificios, y, al terminar la noche, todos juntos acompañaron al nuevo emperador al palacio.

«No se había repuesto todavía de la sorpresa el nuevo emperador, y, aunque era muy sereno, sentíase con el ánimo algo conmovido. No sabía qué pensar de aquel repentino cambio; temía la envidia de algunos nobles senadores é imaginaba que no consentirían nunca que el Imperio pasase de manos de Cómodo á las suyas. Su nacimiento no correspondía á su mérito, y veía muchos patricios superiores á él. En cuanto amaneció marchó al Senado, sin consentir que llevasen delante de él el fuego y los símbolos de su dignidad hasta que el Senado confirmase su elección. Pero en cuanto se presentó le saludaron con grandes aclamaciones, llamándole Augusto y Emperador, honores que rechazó al pronto como muy expuestos á la envidia y muy superiores á su nacimiento. Excusóse también con su ancianidad, diciendo que entre los senadores había muchos patricios que ocuparían mejor que él aquel puesto, y al mismo tiempo cogió de la mano á Glabrió, queriendo hacerle sentar en la silla de los emperadores. Este era el senador de nobleza más antigua, haciéndola remontar hasta Eneas, y además era cónsul por segunda vez. «Puesto que soy, dijo este patricio, el que mereces más digno de este honor, soy el primero en cedé-

«telo y me uno á todo el Senado para rogarte que aceptes el Imperio.» Todos le estrecharon de la misma manera, y al fin, después de hacerse rogar por mucho tiempo, cedió, y sentándose, les arengó en estos términos: «La elección que acabáis de hacer prefiriéndome á todos los patricios, y el entusiasmo con que me habéis elevado al trono, no parecen adulación, sino pruebas seguras de vuestro cariño. Estas pruebas podrían dar á otros más seguridad; aceptarían sin inquietud los ofrecimientos que acabáis de hacer; tendrían alguna razón para augurar bien de un reinado cuyos comienzos son tan favorables, y podrían prometerse encontrar en vuestras disposiciones grandes facilidades para el gobierno. Pero cuanto más grandes son estas cosas, cuanto más ventajosas me son, más me impresiona el honor que me dispensáis, y también comprendo mejor las obligaciones que me impone y cuán difícil me será cumplirlas dignamente. Cuando un hombre poderoso paga con considerables beneficios favores pequeños, frecuentemente se le agradece mucho lo que le ha costado muy poco, y con frecuencia también cuando otro, después de recibir importantes servicios, los devuelve pequeños, se atribuye á poco agradecimiento lo que sólo procede de su imposibilidad de hacer más. En este apuro me encuentro yo; comprendo que no me será fácil corresponder á la idea que tenéis de mí y hacerme digno de tanto honor, porque la gloria del trono no consiste en su elevación, sino en el mérito del que sabe sostener y realzar su brillo. El horror que se tiene á los males pasados hace concebir fácilmente buenas esperanzas para lo venidero, porque nos persuadimos en seguida de lo que deseamos. No se olvidan las injurias, pero se goza de los bienes sin reflexión. El dolor causa en el alma impresiones más vivas que el placer, y sentimos más el disgusto de la esclavitud que la felicidad de la libertad. Cuando se nos deja gozar tranquilamente de nuestros bienes, consideramos este beneficio como derecho natural que no debemos agradecer á nadie. Pero si nos arrebatan lo que poseemos, esta injusticia

nos irrita tanto como nos impresionaba poco el beneficio supuesto. Si sobreviene algún cambio ventajoso en la república, nadie lo tiene en cuenta, porque no se interesa ninguno en el bien general del Estado, aunque lo aprovechen. Si, por el contrario, se experimenta la más pequeña pérdida particular, jamás se la cree bastante recompensada por la tranquilidad y dicha de todos los ciudadanos. Los que bajo la tiranía se acomodaban á larguezas, hechas con tanta profusión como poco discernimiento, cuando bajo nuevo régimen ven fondos más pequeños distribuidos con más justicia y prudencia, tratan esta sabia disposición de sórdida avaricia, sin reflexionar que los tiranos solamente son prodigos de los bienes de sus pueblos y enriquecen á unos con los despojos de otros. Pero los príncipes que no hacen regalos inoportunos y que solamente recompensan el mérito, no aumentan sus ahorros á expensas de los desgraciados, y, lejos de atender á los placeres y desórdenes de sus favoritos, su misma frugalidad sirve de ejemplo á toda la corte. Espero que estas reflexiones os harán comprender el peso que cae sobre mí, que me ayudaréis con vuestros consejos y compartiréis mis cuidados. No nos encontramos ya bajo injusta monarquía; es necesario hacer revivir la república y que el Senado recobre sus derechos. Estas son mis intenciones, que podéis comunicar al pueblo, y no dudo que podréis alentar buenas esperanzas.» Los senadores recibieron con grandes aclamaciones y alabanzas esta oración de Pertinax; aquel rayo de libertad confortó algo sus ánimos. abatidos por larga servidumbre. Diéronle gracias, y después de tributarle muchos homenajes, le acompañaron al Capitolio y á todos los templos, en los que ofreció sacrificios por la prosperidad de su reinado. Cuando se supo detalladamente lo que había dicho en el Senado y se vieron las cartas que escribía al pueblo, experimentóse indecible alegría, prometiéndose mil felicidades bajo un príncipe de tanto mérito y tan extraordinaria moderación.»

Acerca de la administración de Pertinax y de los ex-

celentes principios de su reinado da Herodiano los siguientes detalles: «Comenzó por prohibir á los soldados pretorianos que insultasen y maltratasen á los hombres del pueblo, y procuró restablecer por todas partes el orden que la licencia del reinado anterior habia destruido. Su acceso era fácil y concedía audiencia con suma bondad hasta á los ciudadanos más humildes. En todas sus acciones se proponía por modelo á Marco Aurelio; los ancianos experimentaban mucha alegría al encontrar de nuevo en él aquel excelente emperador, y los que habian gemido mucho tiempo bajo la tiranía, saboreaban con tanto más placer las dulzuras de un reinado tranquilo, cuanto que jamás las habian experimentado, sintiendo profunda gratitud y adhesión hacia aquel á quien la debían. Cuando se supo en las provincias todo lo que habian hecho en Roma, los pueblos, los soldados y los aliados del pueblo romano le alzaron al cielo y le colmaron de elogios. Por otra parte, los bárbaros, que habian sacudido el yugo ó que pensaban sublevarse, cambiaron de resolución. Su nombre era temible entre ellos, recordando todavía sus victorias y las pérdidas que habian sufrido. Conocían, por otra parte, cuánta era su equidad y qué inquebrantable su fidelidad, que nunca comenzaba las hostilidades y que estaba igualmente lejos de la crueldad y de la cobarde y baja condescendencia, motivos que les impulsaron á sometersele voluntariamente. Vióse llegar á Roma de todas partes y al mismo tiempo legados para felicitar al Emperador por su elección y al pueblo por su dichosa vida bajo príncipe tan grande. Como en Italia y en las provincias habia muchos terrenos incultos, declaró que abandonaba la propiedad á todos aquellos que quisieran cultivarlos, sin que pudiesen turbarles nunca en su posesión; aunque las tierras formasen parte de los bienes del Estado, exceptuándoles, además, de todo subsidio durante los diez primeros años. No queria que se inscribiesen á su nombre en los registros públicos las tierras del dominio público, diciendo que no pertenecian al príncipe en particular, sino

al pueblo y á todo el Estado. Redujo todos los impuestos que habia inventado la avaricia de los tiranos, y que habian establecido sobre el paso de los ríos, sobre los puentes y los caminos, y expulsó de la ciudad á todos los delatores, disponiendo su persecución en todas partes para procesarles.»

De la conspiración de Falcón, á que no fué ajeno Leto, habla de esta manera Xiflino: «No se cansaba Leto de realzar con sus alabanzas las virtudes de Pertinax y de abrumar con imprecaciones la memoria de Cómodo. Mandó llamar á los extranjeros, que se encontraban en camino de regreso á su país, y habiéndoles quitado el dinero que les dió Cómodo poco antes de morir, con objeto de que mantuviesen la paz con los Romanos, «Marchaos, les dijo, y advertid á los de vuestro país que ahora se sienta Pertinax en el trono.» Ahora bien; aquellos pueblos habian conocido muy bien el nombre de Pertinax durante la guerra que sostuvieron bajo Marco Aurelio. Leto, para deshonorar más todavía la memoria de Cómodo, hizo buscar cuidadosamente á los aduladores, bateleros y gentes parecidas que llevaban vida infame; expúsoles á la irrisión pública y confiscó sus bienes, que no eran otra cosa que el precio de sus desórdenes é impureza, y que habian reunido por la proscripción de los ciudadanos más distinguidos. Estos hechos excitaron diferentes pasiones y sentimientos mezclados de alegría, tristeza y cólera. Pero no fué muy larga la fidelidad de Leto á Pertinax; porque so pretexto de que no gozaba de todos los honores y recompensas que pretendía merecer, sublevó á las gentes de guerra contra él. Como éstos no gozaban bajo su reinado la desenfrenada licencia que en otro tiempo tuvieron para ejercer el bandolerismo, ni los libertos de los emperadores la facultad de violar impunemente todas las leyes, concibieron contra él intenso odio. Sin embargo, estos últimos no se atrevieron á intentar nada, porque se encontraban desarmados; pero los primeros se conjuraron contra él con Leto, eligieron por emperador al cónsul Falcón, aten-

diendo á su nacimiento y riquezas, y decidieron llevarle al campamento para que le reconociese el ejército, mientras que Pertinax estaba ocupado en el mar dando órdenes para traer víveres á Roma. Advertido Pertinax de la trama, regresó apresuradamente, y presentándose en el Senado, habló en estos términos: «Deseo que se »páis que, á pesar de no haber encontrado en el Tesoro »Real más que veinticinco mil dracmas, no he dejado de »hacer á los soldados dos donativos tan importantes como »los que hicieron Marco Aurelio y Lucio, que encontraron en el mismo Tesoro hasta sesenta y siete mil quinientas dracmas.» Aquella disipación de las rentas del Imperio se hizo sin duda para satisfacer la avaricia de los libertos.

»Cuando decía Pertinax que había hecho donativos á los soldados tan grandes como los de Marco Aurelio y Lucio, faltaba algo á la verdad, porque el primero les dió cinco mil dracmas, y el segundo tres mil: esto excitó también disgusto y murmuraciones entre los soldados y los libertos que se encontraban en la Asamblea. Como nos encontrábase cerca de condenar á Falcón, Pertinax se levantó exclamando: «No permitan los dioses que »ningún senador sea condenado ni siquiera justamente »bajo mi reinado.»

Acerca de la muerte de Pertinax, dice Xifilino: «Aprovechando Leto la trama de Falcón, se deshizo de muchos soldados como por orden del Emperador; y los demás, temiendo se les tratase de igual manera, se sublevaron. Doscientos de los más atrevidos entraron espada en mano en el palacio y subieron antes de que se previniese á Pertinax, quien, al serlo por su esposa, realizó una acción, que unos califican de generosa y otros de imprudente; porque pudiendo destrozar á los sediciosos con los guardias nocturnos, la caballería y otros soldados que tenía alrededor, en vez de ocultarse ó huir, como podía, quiso presentarse á aquellos furiosos, que habían entrado en su palacio sin encontrar resistencia, esperando reprimir su audacia con su presencia ó hacer-

les cambiar con su palabra. En efecto, algún respeto les dominó y alguna vergüenza experimentaron al verle, y comenzaron á bajar los ojos al suelo y á envainar las espadas. Solamente uno, más atrevido que los otros, corrió á él, y presentándole la espada, le dijo: «Esto te »envían los soldados», y le hirió. Los otros, en vez de contenerle, le ayudaron y mataron al Emperador y á Electo, que hizo muchos esfuerzos por defenderle é hirió á algunos de los más adelantados. Siempre tuve respeto á su virtud, y experimenté admiración por su valor. Los soldados clavaron la cabeza á Pertinax en una lanza, y se alabaron de aquel hecho como de heroica hazaña. De esta manera murió Pertinax, después de haber emprendido con excesiva precipitación la reforma de los abusos que se habían robustecido por larga serie de años. Vivió sesenta y siete años, cuatro mes y tres días, y solamente reinó ochenta y siete días.»

Herodiano también ha referido esta catástrofe: «Lo que constituía la felicidad pública—dice—no podía agradar á los soldados de la guardia pretoriana. Habíanles prohibido la rapiña y la violencia; habíanles sujetado á disciplina más rigurosa; pretendían que les despreciaban; que so pretexto de reducirles á su deber, solamente trataban de vejarnos y quitarles la libertad. Veían claramente que les convenían más las turbulencias de una dominación tiránica que la tranquilidad presente, y poco á poco se hicieron menos sumisos; sus jefes no los dominaban sino con mucho trabajo, y muy pronto avanzaron mucho las cosas. En medio de sus desórdenes resolvieron deshacerse de Pertinax y nombrar un emperador á su gusto, que no pusiese freno á su licencia, y en cuanto concibieron el proyecto, lo ejecutaron. En pleno día, cuando menos se pensaba y todos se encontraban retirados en sus casas por efecto del excesivo calor, corrieron al palacio como furiosos, con la espada desnuda y la pica baja. Asustados los familiares del Emperador por aquella repentina sedición, y encontrándose en corto número y desarmados, huyeron; pero algunos, más fie-

les ó menos tímidos, corrieron á prevenir á Pertinax, aconsejándole huir y refugiarse en brazos del pueblo. Este partido, aunque más seguro, le pareció indigno de su rango, de su carácter y de su reputación. No pensó, pues, en huir ni ocultarse, sino que presentándose al peligro, se adelantó para hablar á los soldados, esperando reprimir con su presencia aquel repentino furor: salió, pues, de su cámara y les preguntó qué indignación era aquella que les animaba. Al hablar conservó su ordinaria gravedad, sin perder nada de su majestuoso aplomo; y sin palidecer, sin temblar, sin emplear tono suplicante, les dijo: «¿Cuál es vuestro propósito? ¿qué pretendéis hacer? ¿matar á un anciano que ya ha vivido demasiado, y que ha conseguido bastante gloria para no lamentar la pérdida de la vida? Necesariamente he de llegar á este término, y no me encuentro muy lejano de él. Pero que vosotros, que estáis destinados á la guarda del Príncipe, que estáis encargados de su conservación y de su vida, que respondéis á todo el Imperio; que vosotros, que estáis armados para su defensa, seáis sus asesinos; que vosotros manchéis las manos en la sangre, no de un simple ciudadano, sino de vuestro Emperador, es un atentado que puede tener para vosotros tan peligrosas consecuencias, como en sí mismo es horrible é inaudito. No sé que tengáis razón alguna para llegar á tal exceso. Si os apesadumbra la muerte de Cómodo, quejaos á la Naturaleza, que á nadie dispensa de este tributo. Si pretendéis que fué envenenado, seguro es que me encuentro inocente de ese delito, porque os consta que no sé más de ese asunto que vosotros, y que las sospechas que se han suscitado jamás han recaído sobre mí. Por lo demás, nada perderéis con su muerte: no se pretende cercenaros nada de lo que la equidad y conveniencia permite dejaros, y se os concederá todo lo que pidáis, sin que se obtenga por fuerza y á expensas de los ciudadanos.» Estas palabras habían quebrantado ya á muchos, y algunos habían retrocedido, impresionados por aquella majestad que la vejez hacía más imponente.

Pero otros, más furiosos, le mataron cuando acabó de hablar.

»En cuanto cometieron el crimen temieron las consecuencias, no dudando que el pueblo se afligiría mucho por aquella pérdida, y para evitar su venganza, huyeron apresuradamente al campamento, cerraron las puertas y se prepararon á la defensa en los parapetos y las torres. El pueblo se conmovió por extraño modo á la noticia de la muerte de Pertinax, corriendo los ciudadanos como locos por las calles, buscando por todas partes á los criminales, aunque no pudieron encontrarles ni vengarse. La consternación de los senadores era mayor todavía, temiendo caer de nuevo bajo un tirano, porque veían que tal era el propósito de los soldados. Después de dos días de tumulto, pensando los ciudadanos en su seguridad particular, permanecieron encerrados en sus casas, pero los notables y distinguidos se retiraron á sus tierras más lejanas de Roma para no quedar expuestos á los peligros de una revolución.»

«Pertinax—dice Dión—nos trataba con mucho cariño, bondad y familiaridad; escuchaba amablemente nuestras peticiones; nos recibía á su mesa, en la que nada superfluo había; y cuando no podía recibirnos, nos enviaba regalos, que no eran raros ni exquisitos. Los que vivían en la abundancia de las riquezas y en el lujo excesivo, se burlaban como de una sencillez antigua; pero nosotros, que preferíamos las viejas costumbres al moderno desbordamiento, no podíamos menos de alabarle.»

DIDIO JULIANO,

POR ELIO SPARCIANO.

A DIOCLECIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Familia de Juliano.—Sus primeras dignidades.—En tiempo de Cómodo se le acusa de conspirador y queda absuelto.—Los pretorianos le eligen emperador.—Hace que el Senado confirme su elección.—Sus enemigos procuran perjudicarlo.—Su conducta con el Senado.—Su impopularidad.—Sus miramientos con los soldados.—Sublévanse contra él Pascentio Niger y Septimio Severo.—Severo marcha sobre Roma y Juliano solamente le opone legados infieles y fuerzas insuficientes.—En vano hace dar un senatusconsulto que le asocia á Severo, y recurre á operaciones mágicas.—Es condenado á muerte y le reemplaza Severo.—Sus defectos y buenas cualidades.

Didio Juliano, que recibió el Imperio después de Pertinax, era biznieto de Salvio Juliano, que fué cónsul dos veces, prefecto de Roma y jurisconsulto, lo cual aumentaba su distinción. Llamábase su madre Clara Emilia y su padre Petronio Didio Severo. Sus hermanos eran Didio Proculo y Numio Albino; su tío materno, Salvio Juliano. Su abuelo paterno era originario de Milán, y su abuelo materno de la colonia Adrumen-

tina (1). Educóse Juliano en casa de Domicia Lucila, madre del emperador Marco Aurelio. El apoyo de esta princesa hizo que le eligiesen entre los vigintiviros (2). Antes de la edad que señalaban las leyes fué elegido cuestor; Marco Aurelio le hizo obtener en seguida la edilidad, después la pretura y en seguida tuvo en Germania el mando de la vigésima segunda legión Primitiva. En seguida gobernó con mucho acierto la Bélgica, donde se opuso, con el único apoyo de los auxiliares provinciales precipitadamente reunidos, á las irrupciones de los Caucos, pueblos de la Germania que habitaban las orillas del Elba, valiéndole estos hechos el consulado por testimonio del Emperador. También derrotó á los Cattos, siendo en seguida nombrado gobernador de la Dalmacia, libertando al país de las incursiones de los pueblos vecinos. Después de este gobierno obtuvo el de la Germania inferior, recibiendo á su regreso el encargo de aprovisionar la Italia.

Un tal Severo, soldado muy distinguido, le acusó entonces de haber formado con Salerio una conjuración contra Cómodo. Pero este príncipe, que había hecho ya perecer por igual causa considerable número de senadores y ciudadanos tan ilustres como influyentes, temió al fin la indignación pública, y haciendo condenar al acusado, puso al acusado en libertad (3). Absuelto Juliano, marchó á desempeñar de nuevo sus funciones. Después gobernó la Bithinia, pero allí no alcanzó la misma fama que en sus gobiernos anteriores. Fué cónsul con Perti-

(1) Créese que es Hamametha, á unas quince leguas de Tunez.

(2) En los primeros tiempos de la República se elegían anualmente veintiséis ciudadanos, á los que en seguida se distribuían algunos empleos inferiores. Augusto redujo el número á veinte, y estableció que aquella elección, que ordinariamente se hacía entre los hijos de los senadores, se realizase entre los caballeros. El *vigintivirato* era como el primer grado de los honores.

(3) Juliano estuvo relegado algún tiempo en Milán, su patria.

nax y le sucedió en el proconsulado de África, por cuya razón le llamaba éste siempre su colega y sucesor, cosa que se hizo más de notar el día en que le presentó Juliano un pariente suyo á quien había desposado con su hija. «Honra en él á mi colega y sucesor», dijo el príncipe al joven con respetuoso acento. La muerte de Pertinax ocurrió, en efecto, poco después de pronunciar estas palabras. Cuando fué asesinado este Emperador, y mientras Sulpiciano procuraba hacerse elegir en el campamento de los pretorianos, Juliano marchó con su yerno al Senado, que había sido convocado, pero encontró las puertas cerradas. Los tribunos P. Floriano y Veccio Aper, á quienes encontró, le exhortaron para que se apoderase del poder; y habiéndoles contestado Juliano que ya habían elegido emperador, le obligaron á marchar con ellos al campamento de los pretorianos, donde oyeron al llegar al prefecto de Roma y suegro de Pertinax, Sulpiciano, arengar á los soldados y pedir el Imperio. Nadie quiso dejar entrar á Juliano, que desde lo alto de las murallas hacía brillantes promesas, habiendo comenzado por exhortar á los pretorianos á que no eligiesen emperador á un hombre que quería vengar la muerte de Pertinax; en seguida escribió en tablillas que rehabilitaría la memoria de Cómodo. Por este medio consiguió que se le admitiese en el campamento y se le nombrase emperador. Sin embargo, los pretorianos exigieron que no hiciese daño alguno á Sulpiciano por haber aspirado al Imperio.

Entonces nombró Juliano, con el consentimiento de los pretorianos, á Flavio Genialis y Tulio Crispino prefectos del Pretorio. En seguida adelantó en medio de la multitud, con la escolta imperial mandada por Maurencio, que había apoyado antes las pretensiones de Sulpiciano, y en vez de veinticinco mil sextercios que había prometido á los soldados, les dió treinta mil. Habiendo arengado en seguida al ejército, al obscurecer marchó al Senado, poniéndose completamente á la disposición de aquella asamblea. Un *senatusconsulto* le dió el título

de emperador, con el poder tribunicio y el proconsular, al que tenía derecho por su agregación á las familias patricias. Dióse el título de Augusta á su esposa Maullia Scantilia é igual título á su hija Didia Clara. Desde allí marchó al palacio, á donde llamó á su esposa é hija, que acudieron contra su voluntad y temblando, como si presintiesen el desastroso fin que les aguardaba. A su yerno Cornelio Repentino le nombró prefecto de Roma en lugar de Sulpiciano; pero el pueblo odiaba al nuevo Emperador, porque estaba persuadido de que Pertinax hubiese empleado su autoridad en reparar los males del reinado anterior, y sospechaba que Juliano había aconsejado el asesinato del Príncipe. Por esta razón los enemigos de Juliano comenzaron á propagar el rumor de que, queriendo desde el primer día burlarse de la frugalidad de Pertinax, había dado un festín muy suntuoso, en el que se habían servido ostras, carnes delicadas y pescados. Esto era de todo punto falso, porque, según dicen, Juliano era parco, hasta el extremo de alimentarse durante tres días con un lechoncillo ó con una liebre, cuando por casualidad se la enviaban. Viósele muchas veces, hasta en los días en que no lo mandaba la religión, comer sin carne, con legumbres y frutas. En fin, no comió antes de las exequias de Pertinax, haciendo muy triste su comida aquella muerte, y pasó toda la noche en vela, muy inquieto en aquellas difíciles circunstancias.

En cuanto amaneció recibió á los senadores que habían acudido á palacio, dispensándoles lisonjera acogida y dando á cada uno de ellos, según su edad, el nombre de hermano, hijo ó padre. Entretanto el pueblo, invadiendo los Rostros y la Curia, abrumaba con injurias al nuevo Emperador, pretendiendo poder destituir al príncipe que acababan de proclamar los soldados. Juliano estuvo á punto de ser apedreado, y cuando bajó hacia la Curia con los soldados y los senadores, le persiguieron las imprecaciones de la multitud, llegando hasta pedir á los dioses que el acostumbrado sacrificio no

diese felices presagios, y los más furiosos le arrojaron piedras, aunque procuraba calmarles con gestos. En el Senado pronunció palabras muy moderadas y prudentes: dió gracias á aquella asamblea por su elección; le agradeció que le hubiese dado el título de Augusto, así como también á su esposa é hija; aceptó el de padre de la patria, y rehusó una estatua de plata. El pueblo le atacó otra vez cuando marchaba del Senado al Capitolio; pero el empleo de las armas, algunas heridas, y últimamente monedas de oro ofrecidas á la multitud, y que el mismo Juliano mostraba en las manos (1) para convencerla, concluyeron por calmarla y alejarla. Desde allí se trasladó al espectáculo del Circo, pero encontró todos los puestos indistintamente ocupados, siendo otra vez objeto de los insultos del pueblo, que llegó á llamar en socorro de Roma á Pescennio Niger, que decían era ya emperador. Juliano soportó pacientemente aquellos ultrajes y mostró además mucha dulzura durante su reinado (2). El pueblo estaba indignado contra los soldados que habían asesinado á Pertinax por dinero, y Juliano, para conciliarse el favor de estos restableció muchas costumbres que introdujo Cómodo y había abolido Pertinax. Nada bueno ni malo hizo por la memoria de este emperador, cosa que pareció á muchos gravísima, y por temor á los soldados, nada dijo en honor de aquel príncipe.

No temía Juliano á los ejércitos de Bretaña ni á los de la Iliria, pero sí á las legiones de la Siria, por lo que en-

(1) Creen algunos que Juliano contaba por los dedos, como los niños, el número de monedas de oro que se obligaba á dar al pueblo.

(2) Dice Xifilino que Juliano conservó el Imperio por medios indignos, por bajas adulaciones, con las que procuraba ganar el afecto de los senadores y de las personas distinguidas; prometiéndole á los unos, dando á los otros y acariciando generalmente á todo el mundo. Con frecuencia asistía á los juegos y diversiones del teatro, y también daba banquetes, no omitiendo nada de lo que podía atraerle voluntades. Pero nada de esto evitaba que sus agasajos fuesen sospechosos.

vió un primipilario para que asesinasen á Níger. Pescennio Níger y Septimio Severo se sublevaron contra él con los ejércitos que mandaban, uno en Siria y el otro en Iliria. A la noticia de la defección de Severo, de cuya fidelidad no había sospechado, Juliano corrió temblando al Senado, consiguiendo que se declarase enemigo á Severo; y para los soldados que le habían seguido se fijó un plazo, pasado el cual se les trataría como á aquél si no le abandonaban. El Senado les envió además varones consulares para que les decidiesen á separarse de Severo y á reconocer al Emperador elegido por el mismo Senado. Encontrábase entre estos legados Vespronio Cándido, que en otro tiempo fué cónsul, y á quien desde aquella época odiaban los soldados por su avaricia y dureza, y enviaron á Valerio Catulino para reemplazar á Severo, como si fuese posible sustituir á un general que gozaba del afecto de los soldados. Al mismo tiempo mandaron marchar, con orden de dar muerte á Severo, al centurión Aquilio, conocido como asesino de muchos senadores. Por su parte Juliano mandó llevar los pretorianos al campo de Marte y fortificar las torres. Pero los soldados, corrompidos y afeminados por los placeres de la ciudad, mostraban extraordinaria repugnancia por los ejercicios militares y hasta se hacían reemplazar por dinero en los trabajos que correspondían á cada uno.

Entretanto se acercaba Severo á Roma al frente de sus legiones irritadas, y Juliano, á quien cada día odiaba y despreciaba más el pueblo, no adelantaba nada con el ejército pretoriano. Ingrato con Leto, que le había librado de la crueldad de Cómodo, y creyéndole partidario de Severo, le hizo matar, mandando se hiciese lo mismo con Marcia. Mientras Juliano obraba de esta manera, Severo se apoderó de la flota en Rávena; los legados romanos que habían prometido su auxilio al Emperador, se pasaron al enemigo, y Tulio Crispino, prefecto del Pretorio, á quien habían conferido el mando de la flota contra aquel rebelde, regresó vencido á Roma. En este aprieto, pidió Juliano al Senado que las vestales, todos

los sacerdotes y los senadores saliesen al encuentro de ejército de Severo, y ceñida la cabeza con las cintas sagradas, imploraran su compasión; pero este recurso era muy endeble para mover á los bárbaros; sin embargo, tales eran las pretensiones de Juliano. Fausto Quintilio, consular y augur, combatió aquella petición, manifestando que no era digno del Imperio quien no podía resistir con las armas en la mano á su adversario, opinión de que participaron muchos senadores. Ofendido Juliano por aquella negativa, mandó salir de su campamento á los soldados para obligar á ceder al Senado ó para exterminarle. Pero nadie aprobó aquella disposición, porque no debía mostrarse enemigo de un orden que se había declarado por él contra Severo. Tomando, pues, mejor partido, marchó al Senado y pidió un *senatusconsulto* para compartir el mando, lo que se hizo en seguida.

Todos recordaron entonces el presagio que el mismo dió el día en que recibió el Imperio; porque habiendo dicho el cónsul designado, al exponer su opinión sobre aquella elección: «Creo que se debe nombrar emperador á Didio Juliano», éste contestó en el acto: «Añade Severo», que era el nombre que había tomado de su abuelo y bisabuelo. Sin embargo, algunos escritores aseguran que Juliano no pensó nunca en hacer exterminar al Senado, al que tanto debía. Apenas votado el *senatusconsulto*, Didio Juliano envió al prefecto Tulio Crispino á ver á Severo, y creó otro pretor, Veturio Macrino, á quien Severo había escrito para conferirle aquella dignidad. Pero el pueblo pretendió y sospechó Severo que aquella paz no era más que un ardid para ocultar el designio de hacerle matar por medio del prefecto del Pretorio Tulio Crispino. Sea de esto lo que quiera, Severo, con unánime consentimiento de los soldados, prefirió disputar el Imperio á Juliano, á compartirlo con él; é inmediatamente escribió á muchos magistrados romanos y envió secretamente edictos que en el acto fueron publicados. Juliano llevó la demencia hasta mandar operaciones mágicas, destinadas á calmar el odio popu-

lar y á inutilizar las armas de sus enemigos (1); hizo sacrificios contrarios á la religión romana (2) y cantó versos profanos (3). En seguida recurrió á esa manera de adivinación que se hace por medio de un espejo, detrás del cual, niños cuyas cabezas y brazos se han sometido á ciertos encantamientos, leen el porvenir. Preténdese que el que eligió, vió la llegada de Severo y la retirada de Juliano.

Por consejo de Julio Leto, Severo mandó matar á Crispino, que había salido al encuentro de sus exploradores. También quedaron anulados todos los senatus-consultos favorables á Juliano, quien convocó de nuevo á los senadores y les pidió su opinión acerca de lo que debía hacerse; pero no recibió ninguna contestación terminante. Entonces, no aconsejándose de nadie, mandó á Loliano Ticiano que armase los gladiadores de Capua, y llamó á su lado, de su retiro de Terracina, á Claudio Pompeyano, yerno de Pertinax, que por mucho tiempo había mandado los ejércitos. Pero éste se excusó alegando su edad y debilidad de vista. Enteróse además Juliano de que habían pasado soldados de la Umbria, reuniéndose con Severo, quien había enviado á Roma orden para apoderarse de los asesinos de Pertinax. Muy pronto se vió Juliano abandonado por todos, y se quedó en el palacio con Genialis, uno de sus prefectos, y con su yerno Repentino. Decidióse al fin quitar el Imperio á Juliano, por autoridad del Senado; y ejecutado esto en seguida, dióse el título de emperador á Severo, habiéndose hecho correr el rumor de que Juliano se había envenenado; pero la verdad era que el Senado había enviado al palacio hombres seguros que hicieron á un

(1) Los aurigas del Circo recurrían con frecuencia á operaciones mágicas, no siendo solamente Juliano quien las empleó en la antigüedad contra los ejércitos enemigos.

(2) Según Dió Casio, Juliano inmoló niños, á pesar de la ley de Adriano, que prohibía los sacrificios humanos.

(3) Algunos creen que estos versos profanos significan cantos mágicos.

soldado matar á Juliano, aunque éste imploraba la clemencia del César, es decir, de Severo. Al tomar posesión del Imperio, Juliano había emancipado á su hija y dádola su patrimonio, perdiéndolo ésta con la catástrofe y al mismo tiempo el título de Augusta. Severo mandó entregar el cadáver del Emperador á su esposa Manlia Scantilia y á su hija, quienes lo depositaron en la tumba de su bisabuelo, á cinco millas de Roma, en la vía Laticiana.

Censurábase á Juliano ser aficionado á la mesa, apasionado por el juego, entregarse á los ejercicios de los gladiadores, y sobre todo, haber contraído en la vejez todos los vicios de que había estado exenta su juventud. Acusábanle también de orgulloso, aunque parecía humilde hasta en el trono; mostrándose además afable en sus festines, bondadoso en sus decisiones y moderado en sus relaciones con los ciudadanos. Vivió cincuenta y seis años y cuatro meses, reinando dos meses y cinco días. Se le censuró principalmente haber abandonado el gobierno de la República á hombres que debió mantener sujetos bajo su autoridad.

APÉNDICE

Á LA VIDA DE DIDIO JULIANO.

Xifilino refiere de la siguiente manera lo que ocurrió después de la muerte de Pertinax, y cómo se verificó la elección de Juliano:

«En cuanto se propagó la noticia de la muerte de Pertinax, unos se retiraron á sus casas, otros se refugiaron en las de los soldados, y cada cual atendió á su seguridad lo mejor que pudo. Sulpiciano, que se encontraba á la sazón en el campamento, á donde le había enviado Pertinax para calmar la sedición, trató de halagar á los soldados y ganarse sus votos para hacerse elegir emperador. Pero Didio Juliano, hombre rico, que prodigaba su dinero con tanta profusión como ardor había desplegado para reunirlo, y que, por otra parte, solamente pensaba en formar nuevas empresas, por cuyo motivo le relegó en otro tiempo Cómodo á Milán, ciudad de su nacimiento; este Juliano, decimos, en cuanto tuvo noticia del atentado que los soldados habían cometido contra Pertinax, marchó diligentemente á buscarles y les solicitó para que le nombrasen sucesor suyo. Jamás había visto Roma cosa tan infame ni tan indigna de ella. El poder soberano fué puesto en subasta por aquellos mismos que se habían manchado las manos con la sangre de su soberano, pujando Sulpiciano, que se encontraba dentro del campamento, y Juliano, que estaba fuera; y elevado al fin á tan alto precio, que cada soldado había de recibir hasta 5.000 dracmas.

Había personas que iban á decir á Sulpiciano: «Juliano ofrece tanto, ¿cuánto más das tú?» Y en seguida iban á decir á Juliano: «Tanto nos da Sulpiciano, ¿cuánto más que él darás tú?» Sulpiciano hubiese vencido al fin, tanto porque se encontraba dentro del campamento y tenía el gobierno de Roma, cuanto porque fué el primero en ofrecer 5.000 dracmas por cabeza, si Juliano no hubiese pujado de pronto en alta voz, ofreciendo 1.200 dracmas más, mostrando el dinero en las manos. Deslumbrados los soldados por tan considerable puja, y temiendo además que si Sulpiciano se apoderaba de la autoridad soberana vengase la muerte de Pertinax, conforme les había dicho Juliano, proclamaron á éste, y le llevaron al Foro y al Senado con las enseñas, como si estuviese pronto para dar comienzo á alguna expedición importantísima. Su propósito era asustarnos con aquel aparato. Los hombres de guerra le manifestaron singular afecto, llamándole Cómodo. Este cambio nos hacía temer los efectos del enojo de Didio Juliano y la cólera de los soldados, temor que aumentaba en aquellos de nosotros que habían estado especialmente unidos á Pertinax; á este número pertenecía yo, y había recibido él el nombramiento de pretor. Además había defendido muchas causas en las que había descubierto injusticias manifiestas que Didio Juliano había cometido con aquellos cuyos intereses patrocinaba yo.

Todas estas razones nos obligaron á salir de nuestras casas, aunque no fuese más que por evitar las sospechas á que hubiésemos dado lugar de permanecer en ellas. Así fué que partimos después de cenar con aspecto altivo y firme; pasamos entre los soldados y entramos en el Senado, donde escuchamos á Juliano un discurso digno de él, diciendo, entre otras cosas, lo siguiente: «Veo que necesitáis un emperador, y me encuentro más capaz de serlo que ningún otro. Os manifestaría exactamente mis buenas cualidades si no las hubieseis reconocido en muchas ocasiones. Por esta razón no he necesitado acompañar de considerable número de soldados

para obtener de vosotros la confirmación del honor que me han conferido.» Decía que no se había hecho acompañar de soldados, cuando había llenado de ellos el interior y exterior del Senado, y nos tomaba como testigos de sus cualidades, cuando no le reconocíamos ninguna que no sirviese para aumentar nuestro temor y nuestro odio. Después que el Senado hubo confirmado su elección, marchó al palacio, donde encontró la cena que habían preparado para Pertinax; insultó su cadáver, al que no habían tributado todavía los honores fúnebres; jugó á diferentes juegos, y mandó llamar á un célebre bailarín llamado Pilades. Al día siguiente marchamos á saludarle, ocultando con arte nuestros sentimientos, y cuidando de no revelar en nuestros semblantes ninguna señal de la tristeza que teníamos en el corazón. Muy lejos el pueblo de emplear este disimulo, mostraba abiertamente su pensamiento y se preparaba con franqueza á la ejecución de sus designios. Así fué que, cuando Didio Juliano marchó al Senado y se preparaba á ofrecer un sacrificio á Jano, todo el pueblo exclamó á una voz que había usurpado la autoridad soberana y que era parricida. Aparentaba Juliano no disgustarse por aquellos gritos, y ofreció dinero; pero el pueblo despreció y rechazó la oferta, y gritó que no recibiría los regalos con que intentaba corromperle. No pudiendo entonces contener su cólera, mandó matar á algunos de los que tenía más cerca. Pero el pueblo, más indignado todavía por aquella orden, mostró más pesar que antes por la pérdida de Pertinax, descargó imprecaciones sobre el usurpador y los soldados é imploró el socorro de los dioses. Hubo muchos que, heridos como estaban y agonizando, no dejaron de oponerse cuanto pudieron á la proclamación de Juliano. Al fin tomaron todas las armas, y corriendo en tropel al Circo, pasaron allí la noche y el día siguiente sin comer ni beber, invocando á los otros soldados, especialmente á los que servían en Siria con Pescennio Níger, y suplicándoles que les vengasen. Pero cuando se encontraron cansados por los esfuerzos que

habían hecho gritando, por la abstinencia y vigiliás, se separaron sin esperanza alguna de continuar su empresa, como no la fundasen en el auxilio de los extraños.»

Herodiano refiere de este modo el advenimiento de Juliano: «Viendo los soldados que el pueblo se había calmado y que ya no pensaba en vengar la muerte de Pertinax, no dejaron por ello de mantenerse encerrados en su campamento; pero hicieron subir á los parapetos á los que podían hacerse oír desde más lejos, y les mandaron gritar que se vendía el Imperio al mejor postor, que pondrían en posesión del mando al que más dinero diese, y le llevarían con segura guardia al palacio. Esta proposición no tentó á los senadores graves y patricios ricos; pero dijeron á Juliano lo que proponían los soldados, cuando se encontraba cenando en su acostumbrado desorden. Juliano había sido cónsul y pasaba por poseer inmensas riquezas. Su esposa, su hija y todos sus parásitos le aconsejaron que se levantase cuanto antes de la mesa y acudiese al campamento para enterarse de la verdad del asunto. Acompañáronle y le exhortaron durante el camino á que no perdiese aquella ocasión que se le ofrecía; que estando en venta el Imperio, nadie podía disputárselo. Cuando llegó al pie de los parapetos, dijo á los soldados que tenía en su casa arcas llenas de oro, que estaba dispuesto á repartir; y al mismo tiempo otro consular, llamado Sulpiciano, que era gobernador de la ciudad y suegro de Pertinax, se presentó también haciendo ofrecimientos. Pero aquel parentesco le hizo sospechoso á los soldados, que temían les tendiese algún lazo y procurase medios para vengar la muerte de su yerno. Tendieron, pues, una escala á Juliano para pasarle al campamento, porque no quisieron abrir las puertas hasta dictar sus condiciones. Juliano prometió primeramente restablecer la memoria de Cómodo, tributarle los honores que el Senado le había negado, y levantar sus estatuas; en segundo lugar, devolverles la licencia de que gozaron bajo su reinado, y últimamente darles más dinero del que se atreverían á pedir ni po-

drian esperar. Agradándoles las promesas, en el acto le proclamaron emperador, con el nombre de Cómodo, cuya imagen unieron á sus enseñas. Después de ofrecer en el campamento los acostumbrados sacrificios, salió con escolta más numerosa de la acostumbrada, marchando los soldados en orden de batalla, con objeto de poder resistir si les atacaban. En medio de ellos llevaban al nuevo emperador, y empuñaban las picas levantadas, cubriéndose con los escudos, por temor á que les arrojasen piedras desde los tejados. Pero el pueblo ni hizo movimiento alguno, contentándose con lanzar injurias contra Juliano, en vez de las aclamaciones ordinarias, «censurarle con desprecio que había comprado el Imperio, que no había podido merecer».

Los mismos escritores dan interesantes detalles acerca de la revolución que precipitó del trono á Juliano. Xifilino dice: «Estos eran los cambios á que se preparaban las provincias, mientras que Roma se encontraba en el estado en que le había puesto la proclamación del nuevo emperador. Tres célebres capitanes que mandaban en diferentes países, tres ejércitos compuestos tanto de Romanos como de extranjeros, emprendieron, cada uno por su parte y al mismo tiempo, la usurpación de la autoridad soberana. Llamábase uno Severo, otro Pescennio Niger, y el tercero Albino. Encontrábase el primero en Pannonia, el segundo en Siria, y Albino en la Gran Bretaña. Sin duda eran éstos los significados por las tres estrellas que habían aparecido alrededor del sol el primer día de Enero, cuando Juliano ofrecía un sacrificio á la entrada del Senado en presencia nuestra. Los soldados las vieron y se las mostraron recíprocamente, anunciando que amenazaban á aquel nuevo príncipe con alguna desgracia terrible. Por nuestra parte, deseábamos de todo corazón fuese verdadero lo que decían los soldados, aunque no nos atrevíamos á fijar los ojos en aquellos astros nuevos, ni á mirarlos al paso. Severo, que era el más poderoso, y á la vez el más inteligente de los tres capitanes, consideraba con seguridad que ha-

bría litigio entre ellos relativamente á la posesión del poder soberano en cuanto fuese despojado aquel que se había revestido con él; y por esta razón decidió ponerse de acuerdo con Albino, que era el más inmediato, para lo cual le envió un hombre de probada fidelidad con una carta en la que le creaba César. En cuanto á Níger, despreció su alianza, porque le conocía como hombre hinchado por el orgullo y que no podía guardar consideración alguna desde que el pueblo de Roma había implorado el socorro de sus armas contra las violencias del usurpador. Considerando seguro Albino compartir el imperio con Severo, quedó tranquilo, y Severo sujetó á su autoridad todas las ciudades de Europa, exceptuando Bizancio, y se acercó á Roma, permaneciendo día y noche en medio de seiscientos hombres escogidos entre todas las tropas. En cuanto se enteró Juliano de la noticia de su marcha, hizo que se le declarase enemigo del Imperio por decreto del Senado, y se preparó á la batalla. Convirtiéndose Roma en campamento, no viéndose más que aprestos de guerra, soldados, caballos y elefantes recibiendo instrucción. Los habitantes de la ciudad y de los campos inmediatos temían la violencia de los soldados; pero nosotros nos burlábamos de los manipulos de los guardias, que se habían acostumbrado á blanda y ociosa vida, no encontrándose en condiciones de cumplir ninguno de sus deberes. Los soldados, retirados de la flota, que se encontraba cerca de Amiseno, habían olvidado sus ejercicios. Además, los elefantes, asustados á la vista de los caballos, no soportaban á los que debían montarlos. Pero nada excitaba tanto nuestra risa como ver el palacio cerrado y rodeado de parapetos, porque persuadido Juliano de que no hubiesen podido los soldados sublevados matar á Pertinax de estar el palacio fortificado de aquella manera, creyó que si tenía la desgracia de perder la batalla, al menos podría salvar la vida. Sin embargo, mandó matar á Leto y á Marcio, así como también á todos los que habían conspirado contra Cómodo. Narciso, que le estranguló, fué arrojado

después á las fieras por orden de Severo; y mientras le despedazaban, gritaba el pregonero: «Ese es el que estranguló á Cómodo.» Juliano hizo morir á muchos niños para ejercer en sus cuerpos el arte mágico, creyendo que, si por medio de aquel arte podía descubrir las desgracias que le amenazaban, también podría evitarlas; además, envió muchas personas para que asesinasen á Severo; pero en cuanto éste penetró en Italia, sin trabajo se apoderó de Rávena, declarándose por él los que habían recibido el encargo de persuadirle para que se retirase, ó de cerrarle el paso, y comenzaron á amilanarse los manipulos de los guardias, á quienes había encomendado principalmente Juliano el cuidado de su defensa: reuniones el Emperador y nos exhortó á que declarásemos á Severo colega suyo en la gobernación del Imperio. Entretanto los soldados de los guardias, habiendo dado crédito á las cartas en que les prometía Severo que no se les causaría daño alguno con tal de que permaneciesen tranquilos y entregasen á los que habían dado muerte á Pertinax, se apoderaron de ellos y lo participaron al cónsul Silio Marsala, que inmediatamente nos reunió en el templo de Minerva, y nos dijo lo que los soldados acababan de participarle. En seguida condenamos á Juliano al último suplico; declaramos emperador á Severo, y otorgamos los honores divinos á Pertinax. Juliano fué muerto en su palacio, no diciendo al expirar sino «¿qué daño he hecho? ¿á quién he quitado la vida?» Vivió sesenta años, cuatro meses y cuatro días, reinando solamente sesenta y seis días.»

«Los soldados, haciéndose insolentes por la cobardía de los Romanos, dice á su vez Herodiano, se mostraron más licenciosos que nunca. Comenzaron á despreciar á los príncipes que eran obra suya; no reconocieron ya una autoridad tan envilecida, y no economizaron la sangre cuando se trataba de satisfacer sus deseos. Por lo demás, el nuevo Emperador pasaba todo el tiempo entregado á los placeres, abandonaba por completo los negocios, y se entregaba á la molición y vergonzosa inacción. Había

además engañado á los guardias pretorianos, no encontrándose en condiciones de pagarles las grandes cantidades que les había ofrecido, porque no era tan rico como se creía y había querido hacer creer. Por otra parte, Cómodo había agotado la economías con sus desórdenes y locas disipaciones, y los soldados estaban disgustados porque se habían burlado de ellos, y aprovechando el pueblo aquel disgusto, mostraba abiertamente el desprecio en que tenía á Juliano, hasta el punto de afearle, cuando pasaba, sus infames refinamientos de lujuria. Ni en el Circo ni en los espectáculos le respetaban, y pedían en voz alta que Níger viniese cuanto antes á vengar el honor del Imperio y á librarles de las iniquidades que sufrían.

»Níger había sido cónsul, y era entonces gobernador de la Siria, una de las provincias más importantes, de la que dependían la Fenicia y todo el país que se extiende hasta el Eufrates. Su edad era avanzada, y había desempeñado honrosamente los principales puestos del Estado. Pasaba por hombre moderado, y se decía que tenía mucha semejanza con Pertinax, por lo que el pueblo le quería mucho, no oyéndose otro nombre que el suyo en todas las asambleas. Mientras se insultaba á Juliano, colmándole de injurias, todos los deseos se dirigían á Níger, atribuyéndole todos los honores inherentes á la autoridad soberana, y las plazas públicas resonaban con aclamaciones en honor suyo. Informáronle de esto, y creyó que estas disposiciones le serían muy favorables, vien lo además que todas las cohortes pretorianas no sostenían ya á Juliano, y que el pueblo le consideraba indigno del trono. Esto le indujo á ocupar el puesto que le ofrecían, y llamó sucesivamente á su casa á los jefes, tribunos y hasta algunos soldados; comunicóles las noticias que recibía de Roma, para que rápidamente se divulgasen por todos los ejércitos y las provincias, esperando atraer á su partido por este medio todo el Oriente, cuando se supiese que no se inclinaba por sí mismo á invadir el Imperio, sino que cedía á las insti-

gaciones del pueblo romano. Las noticias produjeron el efecto que esperaba: de todas partes venían á buscarle, y todos le instaban á que empuñase las riendas del gobierno. Los Sirios profesaban especial cariño á Níger, que gobernaba su provincia con mucha dulzura, dándoles frecuentemente juegos, espectáculos y otras diversiones de que aquellos pueblos no se cansan jamás. Los de Antioquia especialmente pasan casi todo el año en fiestas y regocijos en su ciudad, que es muy rica y populosa. El Gobernador entretenía aquella pasión, y para atraerles sufragaba los gastos.

»Cuando vió tan avanzadas las cosas, creyó era tiempo de declararse: mandó reunir los soldados en la plaza de Antioquia, y acudiendo también el pueblo, subió á una tribuna, y pronunció la siguiente arenga: «Estoy convencido de que conocéis mi moderación y natural alejamiento de toda empresa arriesgada. El paso que doy no me impulsan miras particulares ni frívolas esperanzas, sino que me rindo á las súplicas y continuas instancias del pueblo romano, que me ruega le tienda una mano protectora y salve el honor del Imperio, tan indignamente prostituído. En ocasión menos favorable y justa mi propósito parecería temerario y se tomaría por un atentado; pero en la presente coyuntura, en que los votos del pueblo me llaman é invitan, sería cobardía é indigna traición no escucharlos. Os he reunido, pues, para tomar vuestro consejo, porque quiero escucharle en asunto tan delicado: si triunfo, compartiré con vosotros mi felicidad. No se trata ahora de dudosas probabilidades, y mis esperanzas son tan grandes como reales. Roma misma, el centro del Imperio, nos llama, y el trono vacilante y mal ocupado me espera para ocuparlo. Las favorables disposiciones del pueblo, la poca resistencia de parte de nuestro competidor, todo nos responde del éxito. Los que vienen de Italia aseguran que los mismos soldados que han vendido el Imperio á Juliano, no le sostendrán ya, y que no puede contar con ellos desde que les faltó á lo prometido. En este estado se encuen-

»tran las cosas, y vosotros ahora me manifestaréis vuestra opinión.»

»En cuanto terminó de hablar, los soldados y el pueblo le proclamaron emperador, le cubrieron con manto de púrpura, y después de preparar apresuradamente los demás ornamentos imperiales, hicieron llevar el fuego delante de él, le condujeron en ceremonia á todos los templos de Antioquía y le volvieron á su casa, en derredor de la cual colocaron todo aquello que da á conocer las moradas imperiales. Cuando se supo lo ocurrido en Antioquía, todas las provincias del Oriente se apresuraron á rendirle homenaje, viéndose llegar de todas las ciudades legados, como ante un príncipe reconocido ya. Hasta los sátrapas que habitan al otro lado del Eufrates y el Tigris enviaron á felicitarle y le ofrecieron socorros. Níger hizo grandes regalos á los legados y les encargó diesen las gracias á sus señores por los ofrecimientos que le hacían; que no necesitaba tropas y que esperaba entrar en posesión del Imperio sin derramar sangre. Estos primeros éxitos le llevaron á pernicioso descuido: creía ya consolidado su trono; no pensaba más que en distracciones, y se entretenía en dar fiestas al pueblo de Antioquía, en vez de marchar cuanto antes á Roma, que era la natural consecuencia de su acción. Ni siquiera escribió á los ejércitos de Iliria, á los que debió reunirse, y que tan importante era atraer. Imaginó que seguirían el partido de Roma y de Oriente, y perjudicaba sus negocios por exceso de confianza. Sin embargo, el rumor de lo sucedido llegó hasta aquellos ejércitos y pasó hasta los que acampaban en las orillas del Rhin y del Danubio.

»Mandaba el ejército de Pannonia Severo, africano de nacimiento, hombre emprendedor y experimentado, de carácter violento, de vida dura y laboriosa, infatigable en los trabajos, ardiente para formar designios y rápido para ejecutarlos. Cuando supo que el Imperio, sin dueño legítimo, estaba expuesto á ser presa de cuantos se atreviesen á pretenderlo, haciendo igualmente despreciables,

á Juliano su debilidad y su negligencia á Níger, pensó en apoderarse de un puesto tan mal ocupado y peor defendido. Sueños, oráculos y otros presagios, cuya veracidad dieron á conocer los acontecimientos, lisonjeaban su ambición. Él mismo ha referido en su vida la mayor parte de ellos, y por tanto, solamente hablaré del último, que fué el principal y en el que más confié. El día en que recibió la noticia de la proclamación de Pertinax, habiendo ofrecido Severo los sacrificios ordinarios y prestado el juramento de fidelidad, se retiró al obscurer á su casa y, habiéndose dormido, vió un caballo alto y vigoroso, ricamente enjaezado, montándolo Pertinax y que pasaba por la vía Sacra; pero cuando llegó á la entrada del mercado, en donde se reunía el pueblo en tiempos de la república, arrojó al suelo al Emperador, y presentando la grupa á Severo, que se encontraba al lado del Príncipe, le llevó tranquilamente hasta el centro de la plaza, donde todo el pueblo le contemplaba con respeto y asombro. En el mismo paraje se ve todavía un relieve en bronce que representa este sueño.

»Alentado Severo por estos presagios, decidió sondear á los soldados, hablando en su casa con los jefes de las legiones, los tribunos y principales capitanes acerca del estado presente de los asuntos. Decía que el Imperio estaba abandonado y que no se encontraba nadie que tuviese bastante valor y bastante prudencia para gobernar. Irritábase contra los soldados pretorianos que habían violado su juramento de fidelidad y manchado las manos con la sangre de su Príncipe, sin que se hubiese pensado en vengar la muerte de varón tan esclarecido. Esta manera de hablar agradaba á los soldados de Iliria, que habían servido con Pertinax en tiempos de Marco Aurelio y profesaban veneración á su memoria, sintiendo indignación contra los que les habían arrebatado tan excelente Príncipe. Aprovechando Severo estas disposiciones, les condujo á sus fines, mostrándose indiferente á toda otra cosa que á vengar aquella sangre tan querida de los soldados. Así lo creyeron éstos, y convencidos

dos de que Severo no pensaba absolutamente en su propia elevación, se le entregaron y le proclamaron emperador. Cuando se hubo asegurado de los ejércitos de Iliria, envió legados á las naciones inmediatas y á todos los Príncipes del Norte que están sometidos á los Romanos, y á fuerza de promesas, les atrajo á su partido. Nadie poseía mejor que él el arte de disimular; jamás descubría lo que pensaba, diciendo frecuentemente todo lo contrario y no formando escrúpulo de la violación de sus juramentos cuando le convenía. A los gobernadores de provincias y á los que mandaban tropas escribió cartas insinuantes y artificiosas que fácilmente les ganaron; tomó el nombre de Pertinax, que no agradaba menos al pueblo que á los soldados, y habiéndose allanado con tan prudentes disposiciones el camino del Imperio, mandó reunir á los soldados y les habló de esta manera: «El horror que habéis sentido por el atentado de las cohortes pretorianas demuestra vuestra fidelidad á los emperadores y vuestra religión por los dioses, en cuyo nombre habéis prestado juramento. Jamás esperé verme en el puesto en que me habéis colocado, impidiéndome aspirar á él mi adhesión á mis soberanos legítimos, y actualmente no quiero otra cosa que secundar vuestro deseo de obtener venganza. Es indispensable no dejar por mas tiempo en el oprobio al Imperio, cuyo esplendor se habia sostenido tan bien hasta el presente por aquellos que lo administraron. Porque si Cómodo no siguió las huellas de sus antecesores, en cierto modo le excusaba su juventud; la memoria de su padre cubría sus defectos, y su ilustre nacimiento los hacia más soportables. Experimentábase más compasión que odio hacia él, y atribuíamos sus faltas á sus aduladores y á los infames ministros de sus voluptuosidades. El soberano poder pasó en seguida á aquel anciano venerable, cuyo valor y moderación recordaremos siempre. Los soldados pretorianos no pudieron soportar tantas virtudes, y se atrevieron á alzar sobre él sacrilegas manos. A vil precio han vendido este vasto Imperio que se extiende

por la tierra y el mar; pero se les ha pagado mal su perfidia: aquel con quien tan vergonzosamente habian tratado, ha faltado á su palabra, y ellos le han abandonado al desprecio é insultos del pueblo; pero aunque le continuasen fieles, no se encontraría seguro. Esos pretorianos solamente son soldados para las ceremonias, no mereciendo por su número y valor que se les compare con vosotros, que estáis acostumbrados á ver al enemigo y á resistir las marchas más penosas y largas. Las cohortes pretorianas, alimentadas en el lujo y delicias de Roma, lejos de venir á las manos con vosotros, ni siquiera podrán resistir vuestra presencia y el grito que lanzáis al acercaros al enemigo. Si alguno cree más temibles las fuerzas de Siria, pronto se desengañará al ver que Níger no se atreve á avanzar sobre Roma, ni hacer ningún movimiento, encontrándose bien en una ciudad voluptuosa, y entregándose á los placeres y gozando de los honores de una autoridad mal afirmada. Los Sirios, y especialmente los de Antioquía, acostumbrados á la burla, fingen mucha solicitud por él. Las otras provincias, no viendo á nadie capaz de gobernar, reconocen al primero que llega, sin perjuicio de reconocer á otro mejor. Pero cuando sepan que los ejércitos de Iliria de común acuerdo han elegido un emperador, y oigan nombrarme (porque no les soy desconocido desde que mandé con algún honor las tropas de aquella región), no podrán censurarme como á los otros dos, cobardía ni negligencia; y no siendo tan numerosos, aguerridos y experimentados como vosotros, no se atreverán á poner á prueba vuestra fuerza y valor. Marchemos primeramente á Roma; dueños de la sede y centro del Imperio, nada podrá detenernos. Los oráculos de los dioses y el terror de vuestras armas, me responden de todo.»

«Los soldados recibieron con aclamaciones la aranga de Severo, á quien llamaron Augusto y Pertinax, haciéndole protestas de fidelidad y de celo, y asegurándole que estaban dispuestos á seguirle. Sin perder momento les mandó armarse lo más ligeramente que pudiesen, y

después de distribuirles viveres, se puso en marcha, avanzando con increíble rapidez, sosteniendo sin trabajo la fatiga de largas jornadas, no deteniéndose en ninguna parte y no dando á sus tropas más descanso que el indispensable para reparar las fuerzas. Compartía con los soldados todos los trabajos, no tenía tienda mejor, comía del mismo pan y en nada se distinguía de ellos, aumentando por estos medios el cariño que le profesaban. Habiendo atravesado la Pannonia en pocos dias, llegó á los confines de Italia. Habíase adelantado á la fama, y se le vió aparecer cuando todavía se ignoraba que estuviere en camino. Las ciudades de Italia quedaron aterradas á la vista de aquel ejército tan numeroso: ya no se oía en este país el ruido de las armas, y pasaban la vida en profunda paz y cultivando sus tierras. Durante el tiempo de la República, cuando el Senado nombraba los generales de los ejércitos, todos los pueblos de Italia marchaban á la guerra, y ellos fueron los que, llevando sus armas victoriosas entre los Griegos y los bárbaros, prolongaron sus conquistas hasta los países más apartados, haciéndose dueños del mundo. Pero habiendo cambiado Augusto la forma del gobierno, quitó las armas á aquellos pueblos, y dejándoles languidecer en el descanso, tomó á sueldo extranjeros, que hizo acampar en las fronteras para mantener en respeto á los bárbaros. Así, pues, cuando vieron al ejército de Severo desparramado en los campos, aquel espectáculo tan nuevo produjo alarma en todas partes; y lejos de cerrarle las puertas, salían á recibirle con ramos de laurel; pero solamente se detenía para ofrecer sacrificios y arengar á los pueblos, no pensando más que en llegar rápidamente á Roma.

»Enterado Juliano de estas cosas, no sabía qué disposiciones tomar. No ignoraba el número y fuerza de las tropas de Iliria; y no podía confiar en el pueblo, que le odiaba, ni en los soldados, á quienes había engañado. Reunió todo su dinero y el de sus amigos; despojó los templos y trató de ganar á los pretorianos con regalos; pero ellos, sin hacerle caso, pretendían que aquello no

era gratificación y que solamente se les pagaba lo que les debían. Sus amigos le aconsejaron que saliese al encuentro del enemigo y se apoderase del paso de los Alpes; pero Juliano, en vez de ocupar aquella posición tan ventajosa, ni siquiera se atrevió á salir de Roma, donde se preparó á sostener el sitio, y envió á que rogasen á los soldados se apercibiesen para la defensa, que se ejercitasen y construyesen parapetos. Hizo adiestrar para el combate elefantes que solamente le habían servido para la ostentación, y en toda la ciudad se forjaban armas y las demás cosas necesarias para defender una plaza. Pero mientras se hacían con sobrada negligencia estos preparativos, supose que se acercaba Severo. Había enviado éste delante de él muchos soldados suyos, quienes, dividiéndose, entraron de noche por diferentes caminos en la ciudad, con trajes de campesinos y las armas ocultas. Encontrábase, pues, el enemigo dentro de Roma, y Juliano no había tomado ninguna resolución.

»El pueblo, por su parte, extrañamente conmovido, comenzaba á declararse por el más fuerte, censurando la cobardía de Juliano y el retraso de Níger; pero no podía admirar bastante la actividad y rapidez con que Severo se había adelantado al uno y al otro. Juliano hizo proponerle un arreglo, ofreciéndole asociarle al Imperio. Este deseo lo había comunicado al Senado, que, viendo abandonados sus intereses y que él mismo desconfiaba, se inclinaba ya en masa á su competidor. Pero dos ó tres dias después, habiendo sabido que se encontraba muy cerca, los senadores se declararon abiertamente. Los Cónsules convocaron el Senado, y, mientras deliberaba, Juliano, que permanecía solo en su palacio, se lamentaba y pedía por favor que le dejasen la vida. Viéndole el Senado tan asustado y habiendo recibido la noticia de que le habían abandonado sus guardias, decretó su muerte y declaró á Severo emperador legítimo, enviándole una legación de los senadores que desempeñaban cargos ó tenían más autoridad para conferirle en su nombre todos

los títulos y honores del Imperio. Al mismo tiempo enviaron un tribuno para matar á Juliano. El tribuno encontró á aquel cobarde y desgraciado anciano deplorando la desgracia que el mismo se había atraído comprando aquel peligroso puesto; nadie le defendió, y el tribuno ejecutó sus órdenes.»

SEVERO,

POR ELIO SPARCIANO.

Á DIOCLECIANO AUGUSTO.]

SUMARIO.

Familia y nacimiento de Septimio Severo.—Su infancia y estudios.—Presagios que le prometen el Imperio.—Su juventud.—Sus dignidades y mandos.—Su orgullo.—Su horóscopo.—Su influencia con Marco Aurelio.—Su viaje á Atenas.—Sus conocimientos en astrología.—Su segunda esposa.—Sus gobiernos.—Bajo el reinado de Cómodo es acusado y absuelto.—Su fragilidad.—El ejército de Germania le elige emperador.—Marcha hacia Roma sin encontrar obstáculos, y hace matar á Juliano.—Legados del Senado salen á ofrecerle el Imperio.—Su entrada en Roma.—Sus soldados obran como en ciudad conquistada.—Tributa grandes honores á la memoria de Pertinax.—Nombra cónsules á sus dos yernos y marcha á combatir á Níger.—Victorias de sus legados.—Mata á Níger cerca de Zicico y se vengá de sus partidarios.—Sus victorias sobre los Parthos y Adiabenos.—Marcha contra Clodio Albino y nombra César á su hijo Bassiano.—Durante esta guerra corre un gran peligro.—Su encarnizamiento con el cadáver de Albino.—Sus proscripciones.—Sus furores.—Sus víctimas las más ilustres.—Su odio á Planciano.—Sus asesinatos.—Su expedición contra los Parthos.—Sus nuevas crueldades.—Su hermana Lepítana.—Sus victorias contra los Parthos.—El ejército asocia á su hijo Bassiano al Imperio, y nombra César á su hijo segundo.—Rehúsa el triunfo, y lo deja gozar á Bassiano, al que nombra cónsul.—Da leyes á varios pueblos.—Su permanencia en Egipto.—Su conducta después de la muerte de Juliano.—Somete á muchas naciones y eleva una

muralla en Bretaña.—Su furor cuando los soldados le asocian su hijo Bassiano.—Su muerte.—Su veneración por Marco Aurelio.—Sus exequias.—Sus construcciones.—Su retrato.—Se regocija al morir, porque deja el trono á sus hijos.—Vicios y crueldades de Bassiano.—Presagios que anuncian la muerte de Severo.—Sus últimas palabras.—La muerte le impide hacer construir otra imagen de la Fortuna del Imperio.—Su designio en la construcción del Septazonio.

Muerto Didio Juliano, Severo, oriundo de África, obtuvo el Imperio. Había nacido en Leptis; su padre se llamaba Geta; sus antepasados eran caballeros romanos antes de que se concediese á todas las provincias el derecho de ciudadanía. Fué su madre Fulvia Pia; tíos paternos M. Agripa y Severo, consulares los dos; su abuelo materno Mácer, y el paterno Fulvio Pio. Nació el vi de los idus de Abril, bajo el segundo consulado de Severo y de Erucio Claro. En su niñez, y antes de que se le instruyese en las letras griegas y latinas, en las que adquirió muchos conocimientos, solamente jugaba con los niños de su edad á representar las formas de la justicia. Rodeado de sus compañeros, llevando algunos de ellos delante de él los haces y las hachas, se sentaba en un tribunal y dictaba sentencias. A la edad de diez y ocho años declamó en público. La necesidad de perfeccionar sus estudios le llevó en seguida á Roma, y, favorecido por su pariente Septimio Severo, que había sido cónsul dos veces, pidió y obtuvo de Marco Aurelio la lactiaviva (1). El día en que llegó á Roma, encontró á su huésped ocupado en leer la vida del Emperador Adriano; lo que tomó por presagio de su futura grandeza. Otra circunstancia le presagió también el Imperio; invitado á cenar con el Emperador, fué con manto en vez de presentarse con toga, y le dieron la que llevaba el Príncipe cuando presidía alguna asamblea. Aquella misma noche soñó que, como Remo ó Rómulo, mamaba de una loba. También se le vió sentarse por equivocación

(1) Al mismo tiempo que la dignidad de senador, ó poco antes, recibió el cargo de abogado del fisco.

en la silla del Emperador (1), que un esclavo había colocado mal. En fin, un día en que se durmió en una posada, se enroscó en su cabeza una serpiente, retirándose, sin hacerle daño alguno, entre las exclamaciones de sus estupefactos familiares.

En su juventud cometió muchas violencias y hasta crímenes. Tuvo que defenderse de una acusación de adulterio, absolviéndole Juliano, que era entonces pro-cónsul. Fué sucesor suyo en el proconsulado, su colega en la dignidad consular, y obtuvo el Imperio después de él. Desempeñó con celo las funciones de cuestor: nacido con fortuna para todo, obtuvo por sorteo la cuestura de la Bética, pasando de ésta al África, á donde le llamaban intereses de familia, á consecuencia de la muerte de su padre. Durante su permanencia en esta provincia, le designaron la Cerdeña, en vez de la Bética, assolada por los Moros. Después de su cuestura en Cerdeña, le nombraron legado proconsular en Africa, donde, habiendo acudido á abrazarle en medio de los haces, como antiguo amigo, un paisano suyo del municipio de Leptis, y plebeyo obscuro, mandó apalearle, mientras el pregonero

(1) Xifilino refiere la mayor parte de éstos presagios, á los que añade otros. «Mucho tiempo antes de alcanzar la autoridad suprema, dice, había obtenido presagios que parecían anunciársela. Cuando se le recibió en el Senado, creyó, como Rómulo, ver en sueños que mamaba de una loba. Cuando se casó con Julia, le pareció que Faustina, esposa del emperador Marco Aurelio, le preparaba el hecho nupcial en el templo de Venus, inmediato á palacio. Otra vez le pareció que su mano era un manantial del que brotaba mucha agua. Además, en el tiempo en que era pretor de Lyon, vió en sueños á todo el ejército romano que acudía á saludarle. Otra vez imaginó que alguien le llevaba á paraje muy elevado, desde el que descubría la vasta máquina de la tierra y el mar; y habiéndola pulsado como un instrumento músico, oyó sonido muy agradable. También creyó haber montado sin trabajo en una plaza pública de Roma un caballo que no pudo resistir á Pertinax y le arrojó al suelo. Además de todos estos sueños, Severo había realizado una acción en su juventud que pudo considerarse como señal de su futura grandeza, y que consistió en sentarse por imprudencia en la silla del Emperador.»

gritaba: «Guárdate, plebeyo temerario, de abrazar á un legado del pueblo romano.» Esta circunstancia hizo que los legados, que antes marchaban á pie, no saliesen ya sino en carruaje. Para enterarse de su destino, consultó á un astrólogo en una ciudad de Africa; y viendo éste grandes cosas en la hora que le dió, dijo: «Indicame tu nacimiento, y no el de otro»; y habiéndole jurado Severo que era el suyo, el astrólogo le predijo todo lo que le aconteció después.

Por sus servicios mereció que Marco Aurelio le nombrase tribuno del pueblo, funciones que desempeñó con tanta inteligencia como celo. En esta época se casó con Marcia (1), de la que no habla en la historia de su vida privada, y á la que levantó estatuas cuando más adelante obtuvo el Imperio. Marco Aurelio le designó pretor á los treinta y dos años, no entre candidatos desconocidos, sino entre considerable número de competidores. Enviado entonces á España, soñó por primera vez que estaba encargado de restaurar en Tarragona el templo de Augusto, que amenazaba ruina; después, que desde lo alto de una montaña veía el universo y Roma, á la que todas las provincias celebraban con liras, voces y flautas. Dió juegos, aunque se encontraba ausente. Después mandó cerca de Marsella la cuarta legión scítica. Su afición á la literatura y su deseo de conocer los misterios, los monumentos y antigüedades de Atenas le llevaron á esta ciudad, donde recibió de los Atenienses algunos ultrajes que le hicieron enemigo suyo, y de los que se vengó, cuando fué emperador, restringiendo sus privilegios. De allí pasó como legado á la provincia Lugdunense. Habiendo perdido á su esposa, y queriendo tomar otra, consultó por sí mismo el horóscopo de muchas doncellas que le ofrecieron, porque era muy hábil en astrología. Pero enterado de que había una en Siria

(1) Esta Marcia fué la madre de Caracala. Julia, segunda esposa de Severo, dió á luz á Geta. Sin embargo, algunos creen que Caracala y Geta eran hijos de Julia.

á la que su nacimiento prometía un rey por esposo, la pidió en matrimonio: ésta era Julia, á quien obtuvo por mediación de sus amigos, y que poco después le hizo padre.

Los Galos le quisieron más que á nadie por su austeridad, pureza de costumbres é integridad. Más adelante gobernó las dos Pannonias. Tocóle en suerte después el proconsulado de Sicilia, y en Roma dió á luz su esposa otro hijo. Durante su permanencia en Sicilia le acusaron de haber consultado adivinos ó Caldeos para saber si obtendría el Imperio; pero habiendo empezado ya Cómodo á ser odioso, los prefectos del Pretorio, nombrados para oírle, le absolvieron, mandando crucificar á los acusadores. Ejerció su primer consulado con Apuleyo Rufino, habiéndole designado el mismo Cómodo entre otros muchos. Después de este consulado permaneció cerca de un año ocioso en Roma. La protección de Leto le llevó al mando del ejército de Germania, y antes de marchar allá compró espaciosos jardines, cuando hasta entonces había tenido una casa muy pequeña en Roma y una sola finca en el campo. Un día en que estaba sentado sobre el césped en aquellos jardines, tomando modesta comida con sus hijos, el mayor, que solamente tenía cinco años entonces, empezó, cuando sirvieron las frutas, á repartirlas generosamente entre sus compañeros, y su padre le dijo, reprendiéndole: «No seas tan espléndido, porque no tienes las riquezas de un rey.—Algún día las tendré», contestó el niño. Marchando á Germania, puso allí el colmo á la fama que había conquistado.

Hasta entonces había mandado en representación de otro; pero enterándose las legiones germánicas del asesinato de Cómodo y del odio que todos profesaban á Juliano en el trono, eligieron en Carnunto emperador á Severo, el día de los idus de Agosto, á pesar de su negativa, aunque acabó por ceder á sus instancias, dando á los soldados lo que ningún príncipe les había concedido hasta entonces: 50.000 sextercios. Después

de asegurarse de las provincias que dejaba á la espalda, dirigióse hacia Roma, sometiéndosele todo lo que encontró en el camino. Los jefes de los ejércitos de la Iliria y de las Galias les habían obligado ya á reconocerle, recibiendo en todas partes como vencedor de Pertinax. Sin embargo, Juliano hizo que el Senado le declarase enemigo, y que hasta enviase legados á su ejército encargados de mandar terminantemente á los soldados que se separasen de él. Enterado Severo de que aquellos legados venían á ejecutar la expresa voluntad del Senado, experimentó al pronto cierto temor; pero en seguida se decidió á corromperles, consiguiendo que aquellos legados hablasen al ejército en su favor y pasasen á su causa. Al tener noticia de esto, Juliano hizo dar un *senatus-consulto* que compartía el mando entre Severo y él. Ignórase si obraba de esta manera por astucia ó de buena fe, porque ya había enviado, para que matasen á Severo, emisarios conocidos por el asesinato de algunos generales. Habiéndolos enviado igualmente para que matasen á Pescennio Niger, que también se había alzado como emperador contra él, á petición de los ejércitos de la Siria. Pero Severo escapó á las asechanzas de aquellos asesinos, escribió á los pretorianos y dió la señal para abandonar ó matar á Juliano. Obedeciéronse en seguida, siendo asesinado Juliano en el palacio é invitado Severo á venir á Roma. Así fué: al contrario de lo que se había visto hasta entonces, á Severo le bastó querer para vencer, y marchó á Roma con sus tropas.

Aunque muerto ya Juliano, Severo, como si se encontrase en país enemigo, continuó avanzando al frente de su ejército. El Senado le envió como legados cien senadores para que le felicitasen y le rogasen que aceptase el Imperio, encontrándole éstos en Interamna, y se dice que, antes de admitirles á su presencia, se aseguró, haciéndoles registrar, de que no llevaban armas, recibiendo él armado y rodeado de soldados. A la mañana siguiente se presentaron todos los que formaban parte de la corte, y dió á los legados noventa

monedas de oro: en seguida les despidió, concediendo á los que quisieran facultad para permanecer á su lado y regresar con él á Roma. En seguida dió la prefectura del Pretorio á Flavio Juvenal, á quien Juliano había nombrado su tercer prefecto. Entretanto habíanse propagado en Roma profundas inquietudes entre ciudadanos y soldados, fundadas en que Severo avanzaba con las armas en la mano contra los que le habían declarado enemigo. Por su parte, Severo quedó informado de que las legiones de Siria habían proclamado emperador á Percennio Niger. Por medio de sus emisarios interceptó las cartas y edictos que éste dirigía á los ciudadanos y senadores, impidiendo por este medio que se diese cuenta de ellos ante el pueblo y que se leyesen en el Senado. Al mismo tiempo pensó hacerse sustituir Clodio Albino, á quien un decreto de Cómodo parecía asegurar el título de César y el Imperio; y como temía á los mismos á quienes estimaba en mucho, envió á Heráclito para que se apoderase de las Bretañas, y á Planciano para que prendiese á los hijos de Niger. Cuando llegó á las puertas de Roma, mandó Severo á los pretorianos que se le presentasen con túnica y sin armas (1); haciéndoles comparecer ante su tribunal rodeado de soldados. En seguida entró armado en Roma (2) en medio de

(1) Parece que la prenda llamada *subarmale* era una especie de túnica que se colocaba bajo el traje militar *sub armis*. Herodiano afirma terminantemente que era el traje de ceremonia de las tropas convocadas sin armas. «Mandó á los pretorianos que se le presentasen con el traje que usaban los días festivos para acompañar á los príncipes en los sacrificios.» Otros, sin embargo, creen que se llamaba así esta prenda de la palabra *armilla*, articulación del brazo y el hombro, porque la pasaban por debajo del brazo izquierdo, quedando el derecho desnudo y libre.

(2) Xifilino refiere los siguientes detalles acerca de la entrada de Severo en Roma: «Habiendo llegado de esta manera Severo al Imperio, condenó á muerte á los asesinos de Pertinax, y antes de entrar en la ciudad, mandó reunir los otros soldados de los guardias, les hizo rodear en campo raso, sin que supiesen nada de sus designios, les reconvinó con aspereza por la perfidia

sus tropas, y subió al Capitolio, desde donde marchó con igual aparato al palacio de los Césares, haciendo llevar delante, no derechas sino invertidas, las enseñas que había quitado á los pretorianos. Los soldados se desparrramaron entonces por toda la ciudad y se establecieron en los templos, bajo los pórticos y en la morada imperial, como si fuesen posadas. La entrada de Severo en Roma tuvo algo de odioso y terrible: los soldados lo tomaban todo sin pagar nada, y solamente pronunciaban palabras de amenaza y destrucción. Al día siguiente marchó Severo al Senado, escoltándole, no solamente sus soldados, sino que también sus amigos armados. Allí expuso los motivos que le habían llevado á apoderarse del Imperio, y añadió que Juliano había enviado para que le matasen á hombres muy conocidos por el asesinato de muchos generales. Al mismo tiempo obtuvo un senatusconsulto que prohibía al Emperador sentenciar á muerte á ningún senador sin deliberar antes con

que habían desplegado contra su Emperador, les quitó las armas y los caballos y les prohibió volver á entrar en Roma. Aquellos soldados abandonaron sus armas y caballos, se quitaron los cinturones y fueron dispersados. Severo llegó á Roma á caballo, bajó en la puerta y entró á pie en la ciudad con la toga, siguiéndole todas las tropas. La entrada fué uno de los espectáculos más hermosos que se han visto. Todas las calles estaban adornadas con flores, ramas de laurel, tapices y sedería. Los habitantes vestían de blanco y lanzaban exclamaciones y alegres gritos. Los soldados estaban armados, marchando en buen orden como en día de triunfo. También estábamos nosotros con los ornamentos propios de nuestra dignidad. El pueblo se agrupaba presuroso por verle y oírle, como si su nueva autoridad le hubiese cambiado tanto, que fuese completamente otro. Algunos había que se hacían levantar por sus compañeros para poder mirarle mejor. Cuando entró, nos confirmó en la posesión de la gracia que en otro tiempo nos concedieron los mejores emperadores, y que consistía en que no condenaría jamás á muerte á ninguno de nuestro orden, no limitándose á obligarse á ello bajo juramento, sino que quiso se diese un decreto por el cual los emperadores que hubiesen ordenado la muerte de un senador, aquellos de quienes se hubiesen servido para ejecutarla y los hijos de unos y de otros fuesen declarados enemigos del Estado.»

el Senado. Mientras se encontraba en el Senado, amotinados los soldados, exigieron á esta asamblea 10.000 sextercies, á ejemplo de los que en otro tiempo llevaron á Octavio Augusto á Roma, á quienes dieron igual gratificación. Hizo magníficas exequias á la imagen de Pertinax, le puso en el rango de los dioses y le dió un flámin y sacerdotes llamados helvianos, que habían pertenecido á Mareo Aurelio. Quiso que se le llamase también Pertinax; pero más adelante abandonó este nombre, cediendo á observaciones de sus amigos.

Inmediatamente pagó cuanto debía. Dió por esposos á sus hijas, después de dotarlas, Probo y Aecio. Ofreció á su yerno Probo la prefectura de Roma, pero ésta la rehusó diciendo que prefería la cualidad de yerno del Emperador á la de prefecto. Comenzó por hacer cónsules á sus dos yernos y á los dos les enriqueció. En seguida marchó al Senado, presentándose como acusador de los amigos de Juliano, que fueron despojados de sus bienes y condenados á muerte. También sentenció muchas causas, castigando severamente, ante pruebas evidentes, á los jueces acusados por las provincias. Habiendo encontrado en muy malas condiciones los aprovisionamientos, atendió á ellos con tal vigilancia, que á su muerte dejó al pueblo romano subsistencias para siete años. Marchó para pacificar el Oriente, sin haber pronunciado todavía una sola palabra acerca de Níger. Sin embargo, envió legiones al Africa, temiendo que Níger ocupase aquel país marchando por la Libia y Egipto é hiciese sufrir carestía al pueblo romano. Dejó á Domicio Déxter como prefecto de Roma, en puesto de Basso, y salió de la ciudad á los treinta días de su entrada. Después de su salida tuvo que combatir en Rocas Rojas violenta sedición de su ejército promovida por el emplazamiento del campamento. Su hermano Geta se apresuró á salir á su encuentro, y, contra lo que esperaba, recibió orden de marchar al gobierno de la provincia que se le había confiado. Atendió como á sus propios hijos á los de Níger, que le habían llevado. Había enviado una legión para

que ocupase lo más pronto posible la Grecia y la Tracia, con objeto de impedir que Níger se apoderase de ellas, pero éste era ya dueño de Bizancio. Queriendo también reducir Perintho á su poder, Níger hizo perecer considerable número de soldados, por lo que le dieron el nombre de enemigo, lo mismo que á Emiliano (1). Propuso á Severo compartir con él el Imperio, proposición que éste rechazó con desprecio, aunque le ofreció asilo seguro si quería aceptarlo; pero se negó á perdonar á Emiliano, quien, vencido en Helesponto por los legados de Severo, se refugió primeramente en Zicico y después en otra ciudad, donde le mataron por orden de los vencedores. Los mismos generales derrotaron también las tropas de Níger.

Al enterarse de esto Severo Pertinax, escribió al Senado como si hubiese terminado la guerra; pero muy pronto llegó él mismo á las manos con Níger, le mató cerca de Zicico, y paseó su cabeza clavada en una lanza. Desterró con su madre á los hijos de su enemigo, á quienes antes había tratado como á los suyos. Envió cartas al Senado dando cuenta de sus victorias, y de todos los senadores que habían favorecido el partido de Níger no hizo morir más que á uno. Mostró mucho resentimiento contra los habitantes de Antioquia, que se habían burlado de él durante su administración en Oriente, y que habían suministrado víveres á Níger, concluyendo por privarles de la mayor parte de sus privilegios. Retiró el derecho de ciudadanía á los habitantes de Naphusa en Palestina, porque habían estado mucho tiempo en armas por Níger, y castigó á considerable número de sus partidarios, exceptuando á los que pertenecían al orden de los senadores. Con ultrajes y confiscaciones castigó á muchas ciudades que habían abrazado su causa, é hizo condenar á muerte á los senadores que habían combatido como generales ó tribunos en favor de Níger. En segui-

(1) Este Emiliano era procónsul del Asia y había precedido á Prescennio en el gobierno de la Siria.

da alcanzó muchas victorias por el lado de la Arabia, y sometió á los Parthos y Adiabenos, que habían hecho causa común con sus enemigos. Por estas victorias le concedieron á su regreso los honores del triunfo y los títulos de Arábigo, Adiabénico y Párthico; pero renunció al triunfo por no celebrar victorias conseguidas contra sus conciudadanos, rehusando también el título de Párthico por temor de provocar á los Parthos.

A su llegada á Roma, después de la guerra civil de Níger, recibió la noticia de otra revuelta que había promovido en la Galia Clodio Albino; acontecimiento que dió lugar á la muerte de la esposa de Níger y de sus hijos. En seguida hizo que se declarase enemigo público á Albino, así como á los que habían escrito ó contestado á aquel rebelde con excesivas consideraciones. Después marchó contra él, y en el camino hizo perder á su hermano Geta la esperanza de reinar, creando César en Viminacio á su hijo mayor Bassiano, á quien hizo tomar el nombre de Aurelio Antonino, porque había soñado que le sucedería un Antonino. Pretenden algunos autores que Geta tomó también el nombre de Antonino, esperando sucederle en el trono. Creen otros que lo llevó con el consentimiento de Severo, que también quería entrar en la familia de Marco Aurelio (1). Las tropas de Albino vencieron al principio á los generales de Severo, quien intranquilo por el resultado de aquella guerra, consultó á los augures pannonios, sabiendo por ellos que sería vencedor, que su enemigo no escaparía, pero que no caería en su poder y que perecería en un paraje lleno de agua. En seguida abandonaron á Albino bastantes amigos suyos, cogiendo y castigando Severo á muchos de sus generales.

Con diversas alternativas se combatió en la Galia. Primeramente consiguió Severo en Tiburcio completa victoria sobre Albino; pero habiendo caído su caballo,

(1) En efecto, Severo quiso que se le llamase hijo de Marco Aurelio y hermano de Cómodo.

corrió grave peligro, porque hasta se llegó á creerle muerto por el golpe de una pelota de plomo, y el ejército estuvo á punto de elegir otro emperador (1). Habiendo leído durante esta guerra actas en que se elogiaba á Clodio Celsino, que era de Adrumeto, y pariente de Albino, se encoherizó contra los senadores, acusándoles de haber querido favorecer de aquella manera la causa de éste, y como para vengarse de ellos mandó se colocase á Cómodo en el rango de los dioses, siendo también el primero que dió delante de los soldados el título de divino á este Emperador, y escribió al Senado la relación de su victoria. En seguida mandó despedazar los cadáveres de los senadores que habían sucumbido en aquella guerra, y cuando le presentaron el cuerpo de Albino, que acababa de expirar, mandó le cortasen la cabeza, enviándola en seguida á Roma con cartas. Albino fué vencido el XI de las kalendas de Marzo; lo que quedaba de su cadáver fué expuesto y en seguida despedazado delante de la casa de Severo, que hizo pasar su caballo por encima de aquellos restos mutilados, y queriendo asociarle á su rabia, le obligó, á pesar de su repugnancia, á pisotearlos. Añaden otros que mandó arrojar aquel cadáver al Ródano, con los de la esposa é hijos de su enemigo.

Considerable número de partidarios de Albino, entre los que se encontraban muchos de los principales ciudadanos de Roma y matronas de elevada alcurnia, fueron condenados á muerte, y confiscados sus bienes en provecho del Tesoro público. También perecieron por igual causa muchos Españoles y Galos de los más notables de sus países, y en fin, Severo elevó el sueldo de las tropas á una cantidad que nunca habían recibido de ningún emperador. Gracias á las confiscaciones, dejó más dinero á sus hijos que ninguno de sus antecesores: desde su advenimiento al poder había sacado ya cantidades inmensas de los Galos, de las Españas y de Italia, y á él remonta

(1) Este nuevo emperador era Leto, que pagó muy pronto con la vida aquel error de los soldados de Severo.

la costumbre que han seguido sus sucesores de tener intendentés para sus rentas particulares. Después de la muerte de Albino, venció á los que permanecieron fieles á su causa, y por este mismo tiempo recibió la noticia de que una legión de la Arabia se había pronunciado por su rival. Después de vengarse de aquella sublevación con la muerte de considerable número de personas y el asesinato de toda su familia, regresó á Roma rebosando indignación contra el pueblo y los senadores. En pleno Senado, y delante del pueblo reunido, hizo el elogio de Cómodo: le llamó dios, y dijo, en fin, como para dar todas las señales de demencia, que aquel Príncipe no había desagradado más que á los malvados. En seguida se atrevió á alardear de clemencia, aunque se había mostrado implacable y había hecho perecer á los senadores infrazeritos.

Mató, pues, sin proceso á los siguientes nobles: Mumio Secundino, Aselio Clandiano, Claudio Rufo, Vitalio Victor, Papio Fausto, Elio Celso, Julio Rufo, Lolio Professo, Arunculeyo Corneliano, Antonino Balbo, Postumio Severo, Sergio Lustral, Fabio Paulino, Nonio Graco, Mustio Fabiano, Casperio Agripino, Ceyonio Albino, Claudio Sulpiciano, Memmio Rufino, Casperio Emiliano, Cocceyo Vero, Erucio Claro, L. Stílón, Clodio Rufo, Egnatuleyo Honorato, Petronio Junior; los Pescennios, Festo, Neraciano, Aureliano, Materiano, Juliano y Albino; los Cerelios, Macrino, Faustino y Juliano; Herenio Nepote, Sulpicio Calo, Valerio Catulino, Norio Rufo, Claudio Arabiano y Marco Aselión. Matar de tantos y tan ilustres ciudadanos (porque la mayor parte de ellos eran consulares ó pretores antiguos, y todos varones muy distinguidos), los africanos le consideran como un dios.

Calumnió á Cincio Severo diciendo que había pretendido envenenarle, y le hizo morir. Arrojó á los leones á Narciso, que había estrangulado á Cómodo. Mandó matar á número infinito de hombres oscuros, sin contar aquellos que recibieron la muerte en los combates. Queriendo

atraerse después el cariño de los ciudadanos, mandó pasar de los particulares al fisco la obligación de suministrar los carruajes públicos. Hizo que el Senado diese el nombre de Antonino á su hijo Bassiano, al que ya habia nombrado César y le concedió los ornamentos imperiales. Habiéndose disipado el rumor de guerra contra los Parthos, por autoridad propia erigió estatuas á su padre, madre, abuelo y primera esposa (1). Sintió contra Planciano, su amigo más íntimo, tal odio cuando se enteró de su conducta, que le declaró enemigo público y le infirió el cruel ultraje de derribar sus estatuas en todo el Imperio; ofendiéndole especialmente que hubiese colocado la suya entre las de los padres y parientes de Severo. Perdonó á los habitantes de Palestina el castigo en que incurrieron por adhesión á Níger. Después se reconcilió con Planciano, que entró en Roma como en triunfo y que le acompañó al Capitolio, lo que no le impidió que más adelante le sacrificase á su venganza. Severo dió la toga viril á Geta, su hijo menor y casó el mayor con la hija de Planciano. Todos aquellos que habian tratado á éste como enemigo público fueron desterrados: tales son las vicisitudes ordinarias de todas las cosas humanas. En seguida designó cónsules á sus dos hijos, y perdió á su hermano Geta. Antes de partir para la guerra de los Parthos dió al pueblo un congiario y el espectáculo de un combate de gladiadores. Mientras hacia estas cosas mandó matar á muchos ciudadanos por crímenes verdaderos ó supuestos; siendo condenados la mayor parte por sencillas burlas, otros por su silencio, algunos por juegos de palabras; por haber dicho, por ejemplo, que el Emperador merecía sus nombres, y que era verdaderamente Severo, verdaderamente Pertinaz (obstinado).

Creíase generalmente que Septimio Severo quería hacer guerra á los Parthos sin necesidad alguna y con el

(1) Este derecho correspondía al Senado.

único objeto de adquirir gloria. Embarcó, pues, su ejército en Brindis; y tomando en seguida la vía de tierra, llegó á Siria y vió á los Parthos retirarse delante de él. En seguida entró en Siria y continuó sus preparativos de guerra contra los Parthos. Entretanto, por instigaciones de Planciano, continuó persiguiendo los restos del partido de Pescennio Níger, y con tal encarnizamiento, que castigó como enemigos ocultos á muchos amigos suyos, haciendo perecer también á muchos bajo pretexto de que habian consultado acerca de su vida á Caldeos ó adivinos. Pareciale sospechoso todo aquel que podia aspirar al trono, porque sus hijos eran niños todavía, creyendo que ésta era la razón en que se apoyaban los que aspiraban al Imperio. Cuando habia cometido algunos asesinatos, excusábase con su ignorancia y negaba haberlos ordenado. Esto es lo que hizo, por ejemplo, después de la muerte de Leto, como dice Mario Máximo. Habiéndosele presentado su hermana, que era de Leptis, que apenas hablaba latin, y por la que más de una vez habia tenido que avergonzarse, dió la lactiavlavia á su hijo, la colmó de regalos y la envió á su patria con aquel joven, que murió poco después.

Al terminar el verano entró Severo en el país de los Parthos, avanzando hasta Ctesifonte, de donde arrojó al Rey y se apoderó de la ciudad al comenzar el invierno, que es la estación más favorable para la guerra en aquella región. Pero los soldados, obligados á alimentarse con hierbas y raíces, contrajeron graves enfermedades, y la resistencia que opusieron los Parthos, unida á la disenteria que la escasez de alimentos habia producido en el ejército, no le permitió avanzar más. Obstinóse, sin embargo, y se apoderó de la capital, puso en fuga al Rey, mató considerable número de enemigos y mereció por esto el título de Párthico. Con motivo de estos triunfos, los soldados le asociaron como emperador á su hijo Bassiano Antonino, que llevaba ya el título de César y que tenia entonces trece años de edad. También dieron el título de César á su hijo menor, al que llamaron An-

tonino como al otro, según manifiestan muchos escritores. Severo pagó todos estos títulos con un donativo magnífico que hizo á los soldados, y con el abandono, vivamente reclamado, de todo el botín recogido en la capital de los Partbos, desde donde regresó como vencedor á la Siria. Los senadores le concedieron el triunfo, pero lo rehusó porque la gota le impedía permanecer sentado en un carro; pero permitió á su hijo que triunfase de los Judíos, honor que el Senado había concedido también á aquel joven, á causa de las victorias de su padre en Siria. Al pasar Severo por Antioquía, hizo tomar á su hijo mayor la toga viril y le designó colega suyo en el consulado, del que en seguida tomaron posesión en Siria. Después aumentó el estipendio de los soldados y marchó á Alejandría.

Encontrándose en marcha dió á los habitantes de Palestina considerable número de leyes; prohibió bajo severas penas hacerse judío (1), extendiendo la prohibición relativamente á los cristianos (2). Concedió á los habitantes de Alejandría el derecho de tener senado, porque careciendo de consejo público, vivían como bajo los reyes teniendo un juez único nombrado por los Emperadores. También realizó muchos cambios en sus leyes. Severo manifestó después que las ceremonias del culto de Serapis y la novedad de los paisajes y animales le habían hecho muy agradable aquella expedición. En efecto, visitó con mucho detenimiento Menfis, la estatua de Mamnon, las pirámides y el laberinto. Para evitar largos detalles, diremos que lo más notable que hizo, después de vencer y matar á Juliano, fué el licenciamiento de las cohortes pretorianas, la deificación de Pertinax, á pesar de la oposición de los soldados, y la disposición aboliendo los decretos de Juliano, lo que, sin embargo,

(1) Tertuliano presenta á Severo como muy favorable á los Judíos.

(2) En el décimo año del reinado de Severo tuvo lugar una persecución contra los cristianos, de la que habla Eusebio.

no pudo conseguir. El nombre de Pertinax lo debió, según parece, menos á su elección que á su inflexible severidad; pero el infinito número de aquellos á quienes mandó matar debe hacerle llamar cruel. Habiéndose arrojado á sus pies un enemigo en el campo de batalla, le dijo con voz suplicante: «¿Qué dispones de mí?» Y Severo, sin conmoverse por aquella humilde pregunta, mandó matarle. Desplegó extraordinaria energía en destruir los partidos, y salió vencedor en casi todos los combates.

Sometió á Abgaro, rey de los Persas, redujo á los Árabes é hizo tributarios á los Adiabenos. Fortificó la Bretaña (y esto es la gloria mayor de su reinado) con una muralla que, atravesando la isla, se extendía desde un mar á otro, recibiendo por esta construcción el título de Británico. Devolvió la seguridad á Tripoli, de donde era originario, por medio de la completa derrota de algunas naciones belicosas, y aseguró para siempre al pueblo romano aceite gratuito y abundantes provisiones de trigo. Inexorable para las faltas, sabía elegir con especial penetración los hombres más aptos para lo que quería. Tenía bastantes conocimientos filosóficos (1) y talento oratorio, pero poco gusto por la erudición. Fué implacable enemigo de los ladrones. Escribió con fidelidad la historia de su vida pública y privada, no procurando excusar otra cosa que su inclinación á la crueldad. El Senado dijo de él que no debió haber nacido ó no debió haber muerto, porque fué á la vez demasiado cruel y demasiado necesario á la República. Mostróse, sin embargo, poco cuidadoso del honor de su casa, y conservó en ella á su esposa Julia, deshonrada por sus adulterios y cómplice de una conspiración. Sujetando á veces la gota su actividad en la guerra, avergonzados los soldados por aquella inacción, nombraron Augusto á su hijo Bassiano, que estaba con él. Severo hizo entonces que

(1) Severo profesaba la filosofía, hablando de esto todos los autores. Su esposa Julia pasaba la mayor parte del día conversando con filósofos y disertando con los sofistas.

le llevasen á su tribunal, mandó comparecer á los tribunos, centuriones, generales, á las cohortes que habian hecho aquel nombramiento y hasta á su mismo hijo que lo habia aceptado, y mandó castigar, exceptuando á Bassiano, á todos los autores de aquella elección. Estos imploraron de rodillas el perdón, y entonces dijo, tocándose la cabeza: «Al fin comprendéis que es la cabeza la que manda, y no los pies.» Como sus servicios militares y su saber le habian elevado, con el auxilio de la fortuna, desde los últimos puestos hasta el Imperio, con frecuencia decia: «Lo he sido todo y de nada me sirve.»

Murió en Eboraci (York), en Bretaña, después de haber sometido á pueblos dispuestos siempre á invadir aquel país; sucumbió en edad bastante avanzada, á consecuencia de una enfermedad aguda, en el décimoctavo año de su reinado. Dejó dos hijos, Antonino Bassiano y Geta, al que también hizo tomar el nombre de Antonino, en memoria de Marco Aurelio. Depositáronle en la tumba de este Emperador, por el que sentía tanta reverencia y veneración que hasta deificó á su hijo Cómodo, y quiso hacer del nombre de Antonino, en vez del de Augusto, el título de los Emperadores futuros. El Senado, sus parientes y sus hijos le hicieron magníficas exequias y le concedieron los honores de la apoteosis. Sus principales monumentos son el Septizonio (1), las Termas de Severo, y en el barrio Transtiberino pórticos inmediatos á la puerta que lleva su nombre; pórticos cuya inteligente construcción contribuye mucho á la utilidad pública. Después de su muerte le juzgaron todos con mucho favor, especialmente porque sus hijos no hicieron bien alguno al Estado, que expuesto en seguida á las tentativas de multitud de ambiciosos, se convirtió en presa que se disputaron. Severo era sencillo en su traje, viéndose apenas púrpura en su túnica, cubriéndose los hombros con tosca clámide. Su mesa era

(1) Antes de Severo existía en Roma un monumento con este nombre; pero no se sabe exactamente lo que era.

muy parca; mostraba cómo pasión por las legumbres de su país, algún gusto por el vino y casi aversión á la carne. Era hermoso y alto; su barba era larga, blanca y rizado el pelo, su rostro imponente y clara su voz; pero conservó hasta en su vejez el acento peculiar de los Africanos. Amáronle después de su muerte, bien porque se extinguiese el odio, ó porque desapareciese el temor.

Recuerdo haber leído en Elio Mauro, liberto de Flagon Traliano, que Septimio Severo mostró al morir mucha satisfacción porque dejaba el Imperio con igual poder á dos Antoninos, como Antonino Pio lo dejó á Vero y Marco Antonio, sus hijos adoptivos, y especialmente porque tenía sobre aquél la ventaja de dar por emperadores al pueblo romano, no hijos adoptados, sino los propios; esto es, Antonino Bassiano, que tuvo de su primera esposa, y Geta, nacido de Julia. Sin embargo, sus esperanzas no se realizaron, porque el uno fué víctima de un parricidio (1), y el otro sucumbió á sus excesos, no llevando dignamente ninguno de ellos aquel venerado nombre. Y ciertamente, registrando la historia de Diocleciano Augusto, podemos convencernos de que, con escasas excepciones, ningún grande hombre ha dejado hijos que sean apreciables y útiles; ó los hombres célebres han muerto sin sucesión, ó la mayor parte de ellos han tenido hijos que, para el bien de la humanidad, hubiese sido mejor que no naciesen.

Empezando por Rómulo, éste no dejó hijos. Numa Pompilio no tuvo ninguno con el que pudiese honrarse la República. ¿Tuvo alguno Camilo que se le pareciese? ¿y Scipión? ¿y los Catones, que tan grandes fueron? ¿Qué diremos de Homero, de Demóstenes, de Virgilio, de Salustio, de Terencio, de Plauto y de otros muchos? ¿Qué puede decirse de César? ¿qué de Cicerón, á quien

(1) La palabra parricida no designaba solamente, entre los latinos, al matador de su padre ó de su madre, sino que también al que mataba á algún pariente suyo. Ciceron dice *parricidium fratrum*. De este último crimen se habla aquí.

sólo faltó morir sin sucesion? ¿qué de Augusto, que ni siquiera pudo tener un buen hijo adoptivo, cuando podía elegir entre todos? ¿No se equivocó el mismo Trajano al elegir á un compatriota suyo y á su mismo nieto? Pero dejemos los hijos adoptivos para que no se nos hable de Antonino Pío y de Marco Aurelio, aquellos bienhechores de la República, y pasemos á los hijos verdaderos. ¿Qué cosa podía haber más feliz para Marco Aurelio que no ser padre de Cómodo? y para Septimio Severo, ¿qué mayor dicha que no ser padre de Bassiano, aquel monstruo que en su furor fratricida osó, bajo pretexto de que su hermano conspiraba contra él, mandar asesinarle? ¿que se casó con su suegra, ó más bien con su propia madre, en cuyos brazos mató á su hijo Geta; que hizo morir, por no haber podido justificar su fratricidio, al ilustre Papiniano, aquel depósito del derecho, aquel tesoro de las doctrinas de la jurisprudencia, que era también prefecto suyo, y que tan grande por sí mismo y por la ciencia, lo era también por sus dignidades? En fin, omitiendo otras muchas cosas, creo que los vicios de Bassiano contribuyeron á que se considerase á Severo, que fué duro y cruel, como príncipe estimable y digno de los altares del dios. Dícese que, encontrándose enfermo, envió á Bassiano el admirable discurso que reproduce Salustio, y con el que Micipsa exhorta á sus hijos á la concordia; pero aquel acto no produjo resultado (1). Antonino fué para todos objeto de odio, y aquel nombre por tanto tiempo venerado, le hizo al fin menos querido, aunque dió trajes al pueblo (por lo que mereció el nombre de Caracala) (2), y que hizo construir admirables termas. Vese también en Roma un pórtico, llamado de Severo, cuya construcción se atribuye

(1) Siguen las palabras *et hominem tantum valetudine*, que no tiene sentido, por lo que algunos creen que existe aquí una laguna.

(2) *Caracallus*, nombre de la prenda donada al pueblo, que aun siendo talar, recordaba la que usaban los Galos.

generalmente á su hijo, y en el que están representados sus hechos (1).

Los presagios de la muerte de Severo fueron los siguientes: soñó que le arrebataban al cielo en un carro resplandeciente de pedrería, tirado por cuatro águilas, y delante del cual volaba no sé qué cuerpo inmenso en forma humana. Durante esta ascensión contó hasta el número ochenta y nueve, al que excedió en un año su vida, porque llegó ya viejo al Imperio. En seguida le depositaron en vasto círculo de bronce, donde permaneció mucho tiempo solo y como abandonado. Mientras temía caer de aquellas alturas, vió á Júpiter que le llamaba y le llevaba entre los Antoninos. Tres Victorias de yeso, adornadas con palmas, que, según costumbre, habían colocado en el circo, un día que celebraban juegos en él, la del centro, que tenía un globo con el nombre de Severo escrito entre las palmas, impulsada por el viento, cayó de su pedestal, quedando en pie; la que llevaba el nombre de Geta cayó también y se hizo pedazos: la tercera, dedicada á Bassiano, perdió la palma y apenas pudo resistir al viento. Después de construir en Bretaña la muralla ó parapeto que he mencionado, cuando llegaba no solamente vencedor, sino seguro de paz perpetua, á la mansión imperial más próxima (2), pensando en lo que podría tomar en camino como agüero, un Etiope que pertenecía al ejército, y famoso entre los bufones por sus ocurrencias siempre aplaudidas, se le presentó con una corona de ciprés. Inquieto por el presagio, unido al color de aquel hombre y á su corona, mandóle que se la quitase, y asegúrase que le dijo aquel en son de burla: «Lo has visto todo, todo lo has subyu-

(1) Otros atribuyen la construcción de este pórtico al mismo Severo y no á su hijo.

(2) Llamábanse *mansio* los parajes donde acostumbraban los emperadores á detenerse por la noche durante sus expediciones. Algunas veces estos parajes solamente distaban media jornada entre sí.

gado; ilustre vencedor, sé dios en adelante» (1). Llegado á la ciudad, y queriendo celebrar un sacrificio en ella, le llevaron primeramente al templo de Belona, por equivocación de un arúspice del campo, y en seguida le llevaron víctimas negras, por lo que regresó disgustado al palacio, siguiéndole aquellas mismas víctimas hasta el dintel de la morada imperial, gracias á la negligencia de los sacerdotes.

En muchas ciudades existen notables monumentos de este emperador. Hónrale mucho haber reparado en Roma todos los edificios que el tiempo comenzaba á destruir, y conservado en todas partes los nombres de los primeros fundadores, sin escribir el suyo casi en ninguna. Al morir dejó provisiones de trigo para siete años, pudiéndose distribuir 75.000 modios diarios. La cantidad de aceite que dejó también debía bastar durante cinco años para el consumo de Roma y hasta de toda Italia, que carecía de él. Dícese que sus últimas palabras fueron las siguientes: «Recibí la república perturbada en todas partes: la dejo en paz hasta con la Bretaña. Viejo y enfermo, entrego á mis Antoninos un Imperio sólido, si obran bien; vacilante, si obran mal.» En seguida mandó se diese por contraseña al tribuno de servicio la palabra «Trabajemos», porque Pertinax, al subir al trono, había dado la de «Militemos.» Quería encomendar á un escultor otra imagen de la Fortuna del Imperio, que colocaban en la habitación del Emperador y le acompañaba por todas partes, con objeto de dejar á cada hijo suyo un símbolo de la autoridad soberana. Pero sintiendo que se acercaba la muerte, dícese que mandó llevar la que existía alternativamente cada dos días á la habitación de los Emperadores; orden que no respetó nunca Bassiano, ni siquiera antes de cometer el parricidio.

El cadáver de Severo (2) mereció grandes mues-

(1) No se deificaba á los Emperadores hasta después de su muerte.

(2) Dion dice que el cuerpo de Severo fué quemado en York,

tras de veneración en todas las provincias, desde Bretaña hasta Roma. Pretenden algunos autores que solamente sus cenizas, encerradas en una urna de oro, fué lo que se depositó en la tumba de los Antoninos, porque quemaron su cuerpo en el paraje mismo donde murió. Al construir el Septizonio, solamente pensó en que fuese el primer edificio que viesen los que venían de Africa. Dícese que hacia aquel punto habría colocado la entrada de la morada imperial ó el vestibulo del palacio, si durante su ausencia el prefecto de Roma no hubiese colocado en medio una estatua (1). Alejandro quiso realizar después el proyecto, pero se asegura que le disuadieron los arúspices, porque no fueron favorables los agüeros.

en presencia de su hijo, y que colocaron sus cenizas en una urna de pórfido, trasladándolas á Roma y depositándolas en la tumba de los Antoninos.

(1) La religión prohibía á los Romanos quitar una estatua del punto donde había sido consagrada.



APÉNDICE.

Á LA VIDA DE SEPTIMIO SEVERO.

Herodiano refiere de la siguiente manera la entrada de Severo en Roma:

Enterado Severo de la muerte de Juliano y de las deliberaciones del Senado, y contento por aquel éxito, quiso apoderarse por astucia de las cohortes pretorianas, antes de entrar en Roma. Para realizar empresa tan difícil, escribió secretamente á los tribunos y centuriones que podían esperar de él grandes recompensas, si conseguían que los soldados realizasen punto por punto lo que les mandase: y al mismo tiempo enviaba una declaración disponiendo que dejaran las armas en el campamento y que se le presentasen con el traje que usaban los días festivos para acompañar al Príncipe en los sacrificios; que nada tenían que temer de su enojo y que quería restablecerles en sus funciones ordinarias después que le prestasen el juramento de fidelidad. Tranquilizados los soldados por los centuriones y confiando en la palabra de Severo, dejaron las armas y marcharon á presentarle con ramos de laurel y traje de ceremonia. Cuando llegaron y lo advirtieron al Emperador, les mandó acercarse como para arengarles y felicitarles; y cuando le saludaban con grandes aclamaciones, con la mirada fija en él, los soldados de Iliria les rodearon por todas partes, sin herir ni matar á ninguno, manteniéndose solamente muy apretados y vueltas hacia ellos las puntas de las



picas, para impedirles que huyesen ó se defendiesen. Al verles Severo encerrados en aquella red, con acento amenazador les dijo lo siguiente: «Ahora veis que somos los más fuertes y que nos sois tan inferiores en destreza y prudencia como en número y valor. Os hemos cogido sin trabajo ni peligro, y os encontráis en mi poder como víctimas preparadas para el sacrificio. Si quisiera castigaros cual merecéis, no habría suplicio adecuado á la enormidad de vuestros delitos. Habéis alzado vuestras sacrilegas manos sobre un santo anciano, sobre vuestro Príncipe, cuya vida os estaba confiada y que debíais defender á costa de la vuestra. Habéis vendido indignamente como propiedad que os perteneciese, ó como herencia de un particular, este Imperio que hasta ahora solamente había sido premio de la virtud eminente ó herencia de ilustre nacimiento; y habéis abandonado cobardemente al que habíais colocado en el trono. Para castigaros con rigor no bastarian mil muertes; haceos justicia y reconoceréis mi clemencia. No derramaré vuestra sangre, porque contengo más las manos que vosotros. Pero sería profanación é injusticia que después de haber violado vuestros juramentos, faltado á la fidelidad que debíais á vuestro Príncipe y manchado las manos en persona tan sagrada, se os confiase todavía la vida y salud de los Emperadores. Conservaréis la vida: esto es todo lo que puedo hacer por vosotros. Mando á mis soldados que os quiten en el acto las ropas y demás insignias militares que lleváis, y á vosotros que marchéis muy lejos de Roma; os prohibo que os acerquéis á más de cien estadios, y os aseguro bajo juramento que si hay alguno asaz atrevido para hacerlo, le costará la vida.» Los soldados de Iliria les quitaron en seguida los cuchillitos guarnecidos de oro y plata que llevaban en las ceremonias, el cinturón y demás insignias militares. Con fusos aquellos miserables por haber sido tan vergonzosamente burlados, lo soportaron todo sin defenderse, contentándose con lamentar su desgracia, y aunque habían escapado con fortuna, no podían consolarse de haber

caído tan neciamente en el lazo. Otra precaución tomó Severo: temiendo que aquellos desgraciados, después de haber sido despedidos y despojados, volbiesen al campamento impulsados por el despecho, y recobrasen las armas, envió delante, por caminos extraviados, á sus soldados más valientes, con objeto de que se apoderasen de él y defendiesen la entrada. De esta manera fueron castigados los asesinos de Pertinax.

Severo avanzó en seguida á la cabeza de su ejército hasta las puertas de Roma. Aquel aparato aumentó el temor del pueblo, asombrado ya de tanta fortuna y energía. Los ciudadanos salieron con el Senado, llevando en las manos ramas de laurel, y se presentaron á aquel Príncipe, el primero y tal vez el único que sin derramar sangre y sin correr peligros ha concebido y ejecutado empresa tan delicada; admirándose aquellas grandes cualidades, y especialmente aquella paciencia á prueba de los mayores trabajos, aquella fuerza de ánimo, aquella actividad, aquel feliz atrevimiento que informaba y animaba sus designios. Los senadores le felicitaron en la puerta de la ciudad y le llevaron á su palacio, después que hubo visitado los templos de los dioses, en los que ofreció los acostumbrados sacrificios. A la mañana siguiente se presentó en el Senado, hablando allí con mucha dulzura, infundiendo grandes esperanzas y felicitando á los senadores en común y en particular. Aseguróles que no había venido para vengar la muerte de Pertinax; que era necesario pensar en restablecer la antigua forma de gobierno; que á ello contribuiría con todas sus fuerzas; que no se condenaría á nadie sin proceso; que en adelante no se confiscarían ya injustamente los bienes de los acusados; que no consentiría en manera alguna delatores, y últimamente que procuraría seguir en todo el ejemplo de Marco Aurelio, y no se contentaría con llevar el nombre de Pertinax sin imitar sus virtudes. Estos ofrecimientos agradaban á la mayor parte de los senadores, que los consideraban cosa cierta; pero los más antiguos, que conocían al Emperador desde mucho

antes, previnieron á los otros que no confiasen demasiado; que aquel hombre era astuto, diestro, impenetrable; que estudiaba todas sus palabras y todos sus pasos; que se replegaba de mil maneras, según sus diferentes miras, y que siempre había adelantado en sus negocios mediante profundo disimulo. Los acontecimientos demostraron después que el retrato era exacto.»

Hablando de él, se expresa así Xifilino: «Hizo algunas cosas que desagradaron profundamente á los senadores y al resto de los ciudadanos. He visto á muchos que le censuraban haber tomado guardias de naciones extranjeras y haber llenado la ciudad de soldados terribles de ver, terribles de oír, agrestes é intratables en su manera de vivir, y haber reformado aquellos de quienes sus antecesores se habían servido hasta entonces y que nunca se sacaban más que de Italia, España, Macedonia y Baviera, que son los países en que nacen los hombres de rostro dulce y agradable carácter.»

El mismo escritor dice: «Severo hizo construir en honor de Pertinax un monumento como los que se alzaban para honrar á los héroes, y mandó que se pronunciasen su nombre en las oraciones públicas y en los juramentos. También mandó llevar al Circo su estatua de oro, en un carro arrastrado por elefantes, y colocar en los otros teatros tres tronos de oro en honor suyo. En cuanto á los funerales que se le hicieron, á pesar del tiempo transcurrido desde su muerte, empleóse el siguiente aparato. Levantóse en el Foro un estrado y gradas de madera sobre las de piedra, y encima un edificio sin paredes, sostenido por columnas de marfil enriquecidas con oro. El lecho tenía cubiertas de púrpura recamadas de oro, y en derredor aparecían cabezas de toda clase de animales de la tierra y del mar. Sobre el lecho veíase una estatua en cera de Pertinax, representado en traje de triunfador. Un mancebo muy hermoso ahuyentaba las moscas con un abanico de plumas de pavo real, de la misma manera que cuando Pertinax estaba vivo y dormía. Severo, los senadores y sus espo-

sas se presentaron vestidos de luto en el paraje de la representación, sentándose los senadores al descubierto, y á cubierto sus esposas en las galerías. Después de colocarnos de esta manera, comenzaron las exequias en el orden siguiente: Primeramente se vió la procesión de las estatuas de los Romanos más ilustres de la antigüedad; en seguida coros de niños y de hombres entonando fúnebres himnos acerca de la muerte del Emperador. Después de esto desfilaron todas las naciones sujetas al Imperio, representadas por estatuas de bronce, con los trajes propios de aquellos países; y en seguida los ciudadanos de todas condiciones, los aparitores, escribanos, pregoneros y otros funcionarios de esta clase. En seguida pasaron las estatuas de los hombres que se habían hecho célebres en su profesión; después hombres armados, tanto á pie como á caballo, los caballos de batalla y el resto del aparato enviado por el Emperador, por nosotros los senadores, por las matronas, por los caballeros más distinguidos y por los gremios de los pueblos y ciudades. Al fin trajeron un altar de oro enriquecido con marfil y pedrería procedente de las Indias. Cuando hubo pasado aquel cortejo, en el orden descrito, hizo Severo el elogio de Pertinax. Muchas veces interrumpimos su discurso con nuestras aclamaciones y suspiros, que redoblamos en cuanto terminó, no pudiendo cansarnos de publicar las alabanzas del Príncipe muerto y mostrar nuestro sentimiento por su pérdida. Cuando se dispusieron á levantar el lecho, gritamos y gemimos todos; los pontífices y magistrados levantaron el lecho y en seguida lo entregaron á los caballeros para su conducción. Algunos de nuestro orden marchaban delante del lecho, y entre ellos había algunos transidos de dolor, y otros unían su voz al sonido de las flautas para formar acordes lúgubres. El Emperador marchaba el último de la comitiva. En este orden llegamos al Campo de Marte, en el que se alzaba una pira en forma de torre triangular, adornada con marfil, oro y estatua. En la parte superior aparecía un carro dorado, del que acostumbraba á servirse Pertinax.

Después de poner sobre la pira todo lo necesario para los funerales, colocóse al fin el lecho; y habiendo besado la imagen de cera Severo y los parientes de Pertinax, el Emperador subió al trono; los senadores nos instalamos en tablados que nos habían preparado con objeto de que pudiésemos ver la ceremonia sin peligro ni incomodidad. Los magistrados y caballeros se colocaron en seguida según su rango. Los soldados de á pie y de á caballo dieron varias carreras en derredor de la pira, y en seguida se la prendió fuego; hecho esto, un águila atada á ella, remontó el vuelo, y Pertinax quedó colocado en el número de los dioses.

»Cuando Severo hubo tributado á Pertinax los honores descritos, pensó en la guerra que tenía que sostener con Niger, su competidor en la autoridad soberana. Era Niger oriundo de Italia, perteneciendo al cuerpo de caballeros romanos, y no siendo más que mediano en virtudes y defectos, no podía suministrar amplia materia para alabanzas ni censuras. Tenía muchos legados, entre los que sobresalía Emiliano por su experiencia en el arte de la guerra, por su conocimiento de los negocios y por los excelentes testimonios que muchas naciones tributaban á sus méritos. Niger marchó primeramente á Bizancio; después llevó su ejército á Perintho, donde habiendo tenido presagios poco afortunados, sobrecojióse de extraordinario temor. En efecto, habíase posado un águila sobre la estatua de un guerrero, y no pudieron ahuyentarla, permaneciendo allí hasta que la cogieron. Además las abejas habían fabricado miel en sus enseñas y sobre sus propias estatuas. Estas señales, que no le parecieron favorables, le obligaron á regresar á Bizancio, y su legado Emiliano vino á las manos con los jefes del partido de Severo, siendo vencido y muerto. Después de esto trabóse otro combate muy rudo y dudoso en los estrechos de Nicea y Cios, donde el ejército de Niger combatió á pie firme en campo raso y el de Severo en las alturas, hasta que el primero se embarcó en las naves que se encontraban en un lago inmediato para hostili-

zar desde allá al enemigo. Las tropas de Severo, que Cándido había formado en batalla, consiguieron al principio ventaja á favor de las posiciones de que se habían apoderado; pero animado el ejército de Niger por su presencia, rechazó al de Severo y consiguió ventajas á su vez. Cuando vió Cándido que los suyos comenzaban á huir, afeó su cobardía á los signíferos y les mandó volver contra el enemigo. Habiendo reanimado la vergüenza su valor, cayeron bruscamente sobre las tropas de Niger, las desafiaron y las habrían destrozado si no hubiesen huido á una ciudad inmediata á favor de la noche. Otro combate se trabó también muy rudo y muy obstinado en los Pylos, entre el ejército de Severo, mandado por Valeriano y Anulino, y el de Niger, mandado por él mismo. El paraje en que se trabó este combate llamábase Pylos de Cilicia, como acabamos de decir, porque le rodeaban por un lado montañas muy escarpadas y por otro precipicios que se sucedían hasta el mar. Niger había formado su ejército en una colina fuerte por su propia naturaleza, colocando delante los soldados pesadamente armados y los que llevaban arcos y hondas, con objeto de que unos contuviesen al enemigo peleando á pie firme y que los otros le perjudicasen tirando desde lejos. Por un lado se encontraba seguro por los precipicios, que, como ya he dicho, se extienden hacia el del mar; y por el otro, por un bosque muy espeso y de difícil acceso. Colocó el bagaje detrás del ejército, para que no pudiesen huir los que lo intentasen; y habiendo reconocido Anulino el orden del ejército enemigo, dispuso el de Severo de esta manera: delante los soldados cubiertos con escudos, y detrás todos los armados á la ligera, enviando toda la caballería á las órdenes de Valeriano, para que rodease el bosque, si era posible. Al comenzar el combate el ejército de Severo se cubrió con los escudos, uniéndolos para formar la tortuga, haciéndolo por mucho tiempo dudoso. Después pareció que el ejército de Niger obtenía ventajas, por la multitud de soldados y por lo favorable de las posiciones que ocupaban; y no es dudoso que habría

alcanzado completa victoria si, en medio de la mayor calma, las nubes no se hubiesen condensado de pronto, formando terrible tempestad, mezclándose relámpagos, truenos, rayos y lluvia que azotaba el rostro de los soldados de Niger sin molestar á los de Severo. Este accidente aumentó el valor de los unos, convencidos de que los dioses combatían por ellos y abatió el de los otros, mostrándoles que les era contrario el cielo. Cuando las tropas de Niger comenzaban á huir, se presentó Valeriano y las detuvo; pero atacando Anulino en el mismo instante por otro lado, comenzaron de nuevo la fuga y se diseminaron por todos lados. Tan grande fué la matanza, que quedaron sobre el terreno veinte mil hombres del partido de Niger. Habiendo sido tomada poco después la ciudad de Antioquia, pudo escapar Niger y retirarse hacia el Eufrates, donde esperaba quedar en seguridad; pero persiguiéndole y cogiéndole las tropas de Severo, le decapitaron. El Emperador mandó que le llevaran á Bizancio y que le atasen á una cruz para que el espectáculo moviese á los habitantes de la ciudad á pasar á su partido.

»Cuando Severo consiguió la victoria, condenó á los partidarios de Niger. Encontrábase entre éstos un senador llamado Cassio Clena, que al mismo tiempo que le condenaba, le habló con mucha libertad. Admiró Severo la generosidad de su discurso, y en vez de confiscarle todos los bienes, le dejó la mitad. También salvó Severo la vida á Prisco en consideración á su arte; porque sabiendo que había sido condenado y que sobresalía en mecánicas y fortificaciones, impidió que ejecutasen la sentencia, y después lo utilizó en muchas expediciones militares, y principalmente en el sitio de Atra, donde solamente las máquinas que había construido él resistieron los fuegos arrojados de los sitiados.

Por lo demás, los habitantes de Bizancio realizaron maravillosas hazañas antes y después de la muerte de Niger. Poseían cerca de quinientas naves, la mayor parte de las cuales solamente tenían una fila de remos: las

demás tenían dos; algunas tenían dos timones, uno á proa y otro á popa, y dos pilotos, para avanzar ó retroceder con más velocidad y estar dispuestas siempre para sorprender al enemigo. Hicieron admirar por los ejemplos que dieron de valor en los ataques y de firmeza en sus miserias durante tres años, en que se vieron asediados por las flotas de todo el universo. Mencionaré algunas hazañas suyas de las más principales. Sorprendieron muchas naves que navegaban en las inmediaciones, apoderándose de ellas por medio de la destreza que empleaban para atacar. Cogieron en las mismas aguas de sus enemigos naves, cuyas cuerdas de anclas cortaban buzos, atándolas á sus naves y remolcándolas hasta su puerto, sin que las impulsasen los remos ni el viento. Cuando hubieron consumido todos sus víveres, y los sitiadores les hostigaban vivamente sin esperanza de socorro, se defendieron con extraordinario vigor. Derribaron sus casas para recomponer las naves, y utilizaron el cabello de sus mujeres para construir cuerdas. Cuando vieron á los sitiadores agarrados á sus murallas, arrojaron sobre ellos con sus máquinas grandes piedras que habían arrancado de sus teatros, estatuas y caballos de bronce. Cuando les faltaron los víveres se alimentaron con cuero; y cuando éste les faltó, aprovechaban para salir al mar el tiempo huracanado y tempestuoso, durante el cual no encontraban enemigos y hallaban víveres ú ocasión de morir. Saltando á tierra, talaban los campos y arrebataban cuanto podían encontrar. Cuando los que habían quedado en la ciudad se sintieron apretados por hambre extraordinaria, se entregaron á la inhumanidad más extraña que puede penetrar en la mente; armáronse y se mataron unos á otros para comerse. Algunos de ellos, que mostraron horror á empresa tan bárbara, se embarcaron para buscar la fuga, saliendo al mar durante espantosa tempestad. Pero nada consiguieron, porque habiéndoles visto los Romanos dispersos como estaban por la violencia del viento y de las olas, y observando al mismo tiempo que

sus naves estaban extraordinariamente cargadas, de manera que sobresalían poco del agua, les atacaron, y sin combatirles, les echaron á pique con la violencia del choque. Por grandes deseos de defenderse que tuvieran aquellos desgraciados habitantes, no encontraban medios para ello. Si querían huir, ó la violencia del viento los sumergía ó caían en poder de los Romanos. Los que desde lo alto de las murallas contemplaban aquel triste espectáculo, hacían resonar el aire con sus gritos é invocaban la protección de los dioses. Pero cuando vieron apresadas todas las naves, prorrumpieron en llanto, dando durante el día y la siguiente noche muestras de profundo dolor. El mar, cubierto de los despojos de las naves, llevó hasta las islas y hasta el Asia los deplorables restos de aquel naufragio. La luz del nuevo día hizo más espantoso el aspecto de aquella desgracia de lo que aparecía en la obscuridad de la noche, descubriendo prodigiosa cantidad de sangre y un montón confuso de cadáveres que infestaban la playa. Obligada de esta manera á rendirse aquella desgraciada ciudad, fueron degollados los soldados y varones distinguidos. Hubo un atleta que había servido muy bien durante el sitio y que había molestado mucho á los sitiadores, y habiendo quedado olvidado, quiso morir con los otros, y para conseguirlo, dió un puñetazo á un soldado romano y cecó á otro, para que irritados contra él, le matasen como lo hicieron. Severo, que se encontraba entonces en Mesopotamia, experimentó tal regocijo por la toma de aquella ciudad, que dijo alegremente á cuantos le rodeaban: «Al fin nos hemos apoderado de Bizancio.» Privó de sus derechos y franquicias, le impuso un tributo, confiscó los bienes de los ciudadanos y los sujetó á los de Perintho, que abusaron cruelmente de aquella ventaja. Por justo que fuese el castigo, no dejó de serles muy sensible, porque derribando las murallas, les privaba de la satisfacción y gloria que recibían al enseñarlas á los extranjeros. Yo he visto aquellas ruinas, que me parecieron tan deplora-

bles como si las hubiesen ocasionado, no Romanos, sino los más rudos y feroces pueblos del universo.»

Herodiano habla de este modo: «Severo, durante su breve permanencia en Roma, después de distribuir al pueblo mucho trigo y hecho grandes regalos á sus soldados, solamente se ocupó de la expedición al Asia. Quería sorprender á Niger, que, sin prever la tempestad que le amenazaba, se entregaba en Antioquia á la ociosidad y los placeres. Alistó á todos los jóvenes del país, dispuso que las tropas que había dejado en Iliria se le reuniesen en la Tracia, y armó poderosa flota, compuesta de todas las naves que se encontraban en los puertos de Italia. En muy poco tiempo realizó estos grandes aprestos que consideraba necesarios contra las tropas de Oriente, que defendían á Niger. Después de tomar estas medidas como hábil general, demostró por otra parte que no era menos hábil político. No se había asegurado todavía del ejército de Inglaterra, que era muy numeroso, estaba muy aguerrido y tenía por general á Albino, de familia patricia, educado en el lujo y los placeres. Su cuna y su molicie eran poderosos estímulos que podían excitar su ambición. Temía Severo que sus riquezas, la fuerza y número de las tropas que tenía á sus ordenes, le tentasen; que aprovechase su ausencia, y mientras se encontraba en el fondo del Oriente, se apoderase de Roma, de la que distaría mucho menos que él. Con objeto, pues, de distraerle y de ponerse en seguridad por este lado, colmó de vanos títulos y quiméricos honores á aquel hombre, que, por otra parte, no era muy astuto y que le creyó sin trabajo, bajo la fe de sus afirmaciones y juramentos. Declaróle César y le asoció al Imperio, para satisfacer con aquella participación simulada su ambición, que se contentaba con las apariencias. Escribióle cartas muy amistosas: exhortábale á que le aliviase de aquella carga bajo que sucumbía; decíale que el Imperio necesitaba de un hombre de su calidad y que se encontraba en la flor de la edad, que él se consideraba ya

viejo; que los dolores de la gota le impedían con frecuencia trabajar, y que sus hijos eran demasiado jóvenes todavía para ocupar su puesto. No sospechando el lazo, Albino aceptó con satisfacción los ofrecimientos, encantándole haber llegado á lo que deseaba sin haber derramado sangre ni corrido riesgo alguno. Para convencerle completamente Severo de que obraba de buena fe, hizo que el Senado le diese los mismos títulos, acuñó moneda con su busto, le erigió estatuas y unió á estos honores todo lo que podía servir para engañarle mejor.

»Habiéndose asegurado de esta manera de Albino, y no dejando á su espalda nada que pudiera preocuparle, marchó contra Níger al frente de poderoso ejército. Enterado Níger de estas noticias cuando menos lo esperaba, y viendo dos poderosos ejércitos de tierra y mar prontos á atacarles, escribió apresuradamente á los gobernadores de las provincias para que adelantasen sus tropas á las fronteras y armasen sus puertos. Al mismo tiempo envió á pedir socorro á los Reyes de Armenia, de los Parthos y de los Atrenianos. El de Armenia le contestó que permanecería neutral, y se defendería si Severo llegaba á penetrar en sus tierras: el de los Parthos, que daría orden á sus sátrapas para que levantasen tropas, porque no mantenía ejército durante la paz. Barsenio, que reinaba entonces sobre los Atrenianos, le envió un refuerzo de arqueros. El resto del ejército lo formó con las tropas que se encontraban en Siria y con los jóvenes del país, especialmente los de Antioquia, que por ligereza y cariño á Níger, abrazaban la mala causa con más ardor que prudencia. Hizo levantar muralla y abrir fosos en las gargantas del monte Tauro, que se encuentra entre la Capadocia y la Cilicia, creyendo que aquella montaña casi inaccesible sería segura fortaleza de todo el Oriente que separa del Norte. También envió guarnición á Bizancio, creyendo acertadamente que aquella plaza era importante, sobre todo para hacerse dueño del estrecho de la

Tracia y del paso por mar de Europa al Asia. Rodeábase muralla muy alta, construida con grandes sillares, tan perfectamente unidos, que no podían verse las junturas. Los restos que se ven hoy todavía, hacen admirar tanto la habilidad de los obreros como los esfuerzos de los que derribaron aquella construcción. Habiéndose apoderado Níger de una ciudad tan perfectamente fortificada y de los pasos del monte Tauro, se creía cubierto por todas partes.

»Entretanto avanzaba Severo á largas jornadas, y habiendo sabido que había colocado fuerte guarnición en Bizancio, se inclinó hacia Cysico. Emiliano, gobernador del Asia, á quien Níger había nombrado general de su ejército, salió á su encuentro con todas las fuerzas del partido, y después de muchos combates muy obstinados, la victoria quedó por Severo en una batalla decisiva. Quedando reducidos á corto número los vencidos, se dispersaron, llevando á todas partes el terror con la noticia de su derrota. Han pretendido muchos que Níger sufrió desde el principio este fracaso por la traición de Emiliano, que atribuyen á dos motivos diferentes. Dicen unos que no pudo ver sin envidia á Níger, que le había sucedido en el gobierno de la Siria, convertido en príncipe suyo; otros lo achacan al amor paternal y á los ruegos de sus hijos, que le escribían no les perdiese sirviendo demasiado bien á su partido, porque Severo, que les había encontrado en Roma, les tenía prisioneros. Acostumbraba Cómodo á guardar como rehenes cerca de su persona á los hijos de los gobernadores de las provincias y de los generales de sus ejércitos. Los de Severo se encontraban en Roma cuando le proclamaron emperador en la Iliria, en vida de Juliano, y desde el primer momento tuvo la precaución de ponerles en paraje seguro, enviando apresuradamente algunos amigos suyos, que les hicieron salir de la ciudad antes de que se supiese su elección. Pero cuando se vió dueño de la capital del Imperio, no dejó de servirse contra los otros del medio de que había sabido precaverse,

haciendo apoderarse de los hijos de todos los gobernadores de Oriente, con objeto de obligarles á abandonar su partido para salvar tan precioso depósito, ó al menos para poder vengarse de su obstinación en aquello que amaban más.

»Después de la batalla de Cysico, los vencidos se dispersaron por todas partes en las montañas de Armenia, en Asia y la Galacia, apresurándose á ganar las gargantas del monte Tauro. El ejército victorioso pasó á la Bitinia, que confina con el territorio de Cysico. Cuando se supo en esta comarca la victoria de Severo, las ciudades del país se dividieron entre los dos competidores, no porque experimentasen amistad ó aversión por ninguno de ellos, sino solamente por la emulación y fatal antagonismo que reina entre los vecinos. Después de la derrota de Níger, los de Nicomedia enviaron legados á Severo, ofreciéndole rendirse y recibir guarnición. Por su parte, los de Nicea, para contrariar á sus vecinos, abrazaron con ardor el partido de los vencidos recogiendo los soldados que habían quedado de la batalla de Cysico y los que Níger había enviado para guardar la Bitinia. Vióse, pues, salir de aquellas dos ciudades como dos nuevos ejércitos que vinieron á las manos con mucho ardor. Pero Severo consiguió otra vez la victoria, y los fugitivos ganaron apresuradamente los desfiladeros de la Cilicia, donde se mantuvieron á la defensiva.

»Habiendo dejado Níger en aquel punto las fuerzas necesarias para guardarlo, marchó á Antioquia para reunir dinero y levantar otro ejército. Entretanto Severo, habiendo pasado por la Bitinia y la Galacia á la Capadocia, procuraba abrirse con sus fuerzas el paso del monte Tauro. Pero no era ligera empresa, porque el camino era estrecho, desigual, escarpado, teniendo por un lado la montaña y por el otro espantosos precipicios en los que bramaban torrentes entre los peñascos, estando además cortado por fortificaciones que le hacían inaccesible, y los que lo defendían, combatiendo desde lo alto de los parapetos y á pie firme, resistían fácil-

mente al número de los asaltantes abrumándoles con piedras. Mientras ocurrían estas cosas en Capadocia, la ciudad de Laodicea, en Siria, y la de Tiro, en Fenicia, habiendo sabido que Níger había perdido la batalla de Cysico, derribaron sus estatuas y se declararon por Severo, solamente por oposición á las ciudades de Antioquia y de Beritho, sus antiguas rivales, que habían abrazado arduosamente el partido contrario. Níger, cuyo carácter era sin duda muy moderado, se irritó tanto por aquel abandono, que hizo marchar contra ellas soldados moros, á los que abandonó el saqueo, mandándoles que lo pasasen todo á cuchillo. Aquellos hombres feroces é intrépidos, que solamente respiraban carnicería, sorprendieron aquellas desgraciadas ciudades, y lanzándose sobre ellas como furiosos, lo llevaron todo á sangre y fuego.

»Mientras de esta manera satisfacía Níger su venganza y levantaba nuevas tropas, las de Severo continuaban detenidas al pie del monte Tauro, y cansadas de tanto esfuerzo inútil, comenzaban á desalentarse, mientras que, por su parte, los enemigos se creían seguros en aquella posición tan ventajosa. Así estaban las cosas cuando sobrevino por la noche violenta lluvia, con abundante nieve (porque el frío es muy intenso en la Capadocia y especialmente en el monte Tauro); la lluvia y la nieve formaron impetuoso torrente que, no encontrando salida, se hizo más violento por los obstáculos que encontraba. Al fin la naturaleza triunfó del arte; el muro no pudo resistir mucho tiempo la fuerza del agua que le combatía por el pie, penetrando primeramente por las uniones de las piedras, y como no estaban bien cimentadas, porque habían hecho apresuradamente la obra, pronto quedaron quebrantados los fundamentos, y el torrente se abrió paso á través de aquellas ruinas. Asustados por aquella caída los que guardaban los parapetos, y temiendo que el enemigo les envolviese si esperaban el descenso de las aguas, huyeron en seguida. Animados los soldados de Severo por aquel su-

ceso, que parecía tener algo de divino, pasaron sin trabajo y sin resistencia el monte Tauro, y se extendieron por las llanuras de la Cilicia.

»Enterado Niger de estas malas noticias, marchaba á largas jornadas con ejército numeroso, pero poco aguerrido y menos endurecido en las fatigas de la guerra. Llevaba con él casi toda la juventud de Antioquia, muy entusiasmada, pero muy inferior á las tropas de la Iliria en valor y experiencia. Los dos ejércitos se encontraron en las orillas del golfo de Issa, en una llanura muy grande, limitada de un lado por el mar y del otro por una colina que se alza en forma de anfiteatro, como si la Naturaleza se hubiese complacido en formar en aquel punto una manera de circo. Dicese que Dario perdió contra Alejandro la última batalla que decidió de su suerte, y en la que cayó prisionero, en aquella misma planicie, que siempre fué fatal al Oriente y favorable á las armas del Norte. Sobre la colina se ve todavía una ciudad llamada Alejandria, que es como trofeo y monumento de aquella victoria y en la que enseñan una estatua de Alejandro, de quien lleva el nombre. Habiendo llegado allí en el mismo día los dos ejércitos, hicieron iguales movimientos; al obscurecer se formaron en batalla, y después de pasar la noche uno y otro bando en la inquietud y natural alarma de la víspera de una gran batalla, al salir el sol vinieron á las manos con brío igual, animados por la presencia y exhortaciones de sus generales, convencidos de que aquella batalla decidiría la cuestión. El combate fué tan largo, tan obstinado, y tan grande la matanza, que los ríos de la llanura corrieron durante algún tiempo hacia el mar más abundantes en sangre que en agua; pero al fin venció el ejército de Severo, que empujó con tal energía al enemigo, que obligaba á los que escapaban á sus golpes á entregarse á merced de las aguas. A los otros los persiguieron hasta la colina y mataron con los fugitivos á considerable número de los que habían acudido de los puntos inmediatos á presenciar la ba-

talla y que se creían seguros en aquella altura. »Niger corrió apresuradamente á Antioquia con algunos amigos suyos de los más nobles. Pero la consternación general, el corto número de los que se habían salvado, los lamentos de las mujeres que habían perdido á sus esposos, hermanos ó hijos, todo aquel espantoso espectáculo le abatió en tales términos que desesperó de su fortuna. Salió de la ciudad y se ocultó en una casa de los arrabales, donde le encontraron unos jinetes del ejército enemigo, que iban en persecución suya y que le cortaron la cabeza. Así pereció Niger. Si no se hubiese atraído aquella desgracia por su negligencia y retraso, habría sido más digno de compasión; porque siempre se habían visto en él buenas cualidades y su elevación no había cambiado su carácter. Después de su muerte, Severo hizo matar no solamente á los que siguieron su partido, sino también á los arrastrados por la necesidad ó las conjeturas. Solamente perdonó á los soldados que habían huido al otro lado del Tigris, y que no regresaron hasta que les concedió el perdón. Muchos pasaron á los bárbaros, y desde entonces aprendieron éstos á combatir á pie firme con los Romanos.»

De las diferentes expediciones de Severo, dice Xifilino: «Durante el sitio de Bizancio emprendió, solamente por el deseo de gloria, la guerra contra los Osreonianos, Adabenianos y Árabes. Cuando pasó el Eufrates encontró un país tan abrasado por los ardores del sol, que estuvo á punto de perder allí la mayor parte de sus soldados. El cansancio, el calor, el polvo, los incomodaron de tal manera, que, no pudiendo ya marchar ni hablar, solamente conservaban la fuerza estrictamente necesaria para decir débilmente: «¡agua, agua!» Habiendo visto al fin un manantial, tan asombrado Severo como antes, pidió una copa y bebió en presencia de todo el ejército, que bebiendo en seguida, recuperó las fuerzas. Llegando Severo cerca de Nisiba, permaneció allí y envió á Laterno, Cándido y Leto al país de las gentes de que he hablado, donde causaron estragos y

tomaron ciudades. El feliz resultado de aquella expedición infundió al Emperador tal vanidad, que imaginaba ser superior á todos los hombres en prudencia y valor. Cuando se entregaba á estos pensamientos, le ocurrió un accidente muy extraño. Un furioso bandido, llamado Claudio, que recorría la Judea y la Siria, y al que habían perseguido inútilmente, se le presentó con un grupo de jinetes, como si hubiese sido tribuno, le saludó, le abrazó y se retiró sin que le reconocieran ni le cogiesen después. Habiendo intentado los Scitas empuñar las armas, desistieron, por efecto de una tempestad que estalló durante su deliberación, y por las lluvias, relámpagos y rayos, que hirieron á tres de los principales de su nación. Dividiendo por segunda vez Severo en tres partes su ejército, dió el mando de una á Leto, de otra á Anulino y de la tercera á Probo, enviándoles á tres puntos del Imperio, que solamente con trabajo guardaron. Concedió privilegios á Nisiba y dió su mando á un caballero romano. Alabábase de haber conquistado vasta extensión del país y de haber formado como un baluarte que protegía la Siria; pero el tiempo nos ha hecho ver que aquella conquista era más onerosa que útil, puesto que nos ha comprometido en continuas guerras y excesivos gastos.

» Tanto habían ocupado á Severo las guerras extranjeras, que todavía no había podido descansar, cuando se vió comprometido en otra guerra civil contra Albino, al que, después que se hubo deshecho de Níger y arreglado los asuntos según sus deseos, no quiso otorgar el título de César ni los honores que le acompañan, á pesar de que Albino mostraba no contentarse con él, y aspiraba á la participación de la dignidad imperial. Nosotros, los senadores, permanecemos tranquilos en medio del ruido de las armas que habían conmovido al universo, y sin tomar partido, nos contentamos con declarar nuestras opiniones á los amigos más íntimos y comunicarles nuestros temores y esperanzas. No se mostró tan moderado el pueblo, y no pudo menos de manifestar su dolor,

porque habiéndose reunido en considerable número para presenciar los juegos del Circo, el último día que precedía á las Saturnales, y habiendo acudido yo mismo en favor del Cónsul, que era amigo mío, observé atentamente lo que pasaba allí, de manera que puedo relatarlo con fidelidad. El pueblo vió correr los carros, seis contra seis, como habían corrido en tiempo de Cleandro, y los vió sin alzar la voz para alabar, según costumbre, á alguno de los aurigas. Cuando terminó este certamen, como los aurigas se preparaban á comenzar otro, todo aquel pueblo, que hasta entonces había guardado sombrío silencio, palmoteó de pronto y gritó para hacer votos en favor del Estado. Después de desear á Roma eterna felicidad y haber llamado á la ciudad imperial é inmortal, exclamaron: «¿Hasta cuándo hemos de vivir en tan funesta miseria, y hasta cuándo sostendremos guerra tan cruel?» Otras cosas parecidas dijeron, y en seguida quedaron contemplando las carreras de caballos. Parecía que les impulsaba algún genio para que lanzasen aquellas exclamaciones, siendo indudable que tantos millares de personas jamás hubiesen podido ponerse de acuerdo para pronunciar á la vez las mismas palabras y las mismas sílabas. Pero si nos sorprendieron estas exclamaciones populares, mucho más nos asombraron los resplandores que aparecieron durante la noche por el lado del Septentrión, que parecían amenazar á Roma y al mismo cielo de incendio general. Pero nada nos pasmó tanto como una lluvia de color de plata que cayó en la plaza de Augusto. No la vi caer, pero la contemplé atentamente después, y blanquéé monedas de cobre, que no conservaron aquella blancura más que tres días, pasados los cuales recobraron su color ordinario. Numeiano, gramático que enseñaba á los niños, habiendo salido de Roma, por no sé qué motivo, para ir á la Galia, se fingió senador enviado por Severo para levantar tropas, y levantó efectivamente algunas, deshizo fuerzas de caballería pertenecientes á Albino y realizó algunas otras hazañas memorables. Severo le escribió creyendo

que era realmente senador, calebrando su valor y exhortándole á que hiciese nuevas levas. Habiendo, pues, aumentado sus fuerzas, realizó cosas más importantes y reunió hasta siete mil setecientas cincuenta dracmas, que envió al Emperador. Presentándosele después, cuando hubo conseguido una victoria sobre Albino, le declaró francamente la verdad; y lejos de pedirle que le elevase á la dignidad de senador, no quiso aceptar riquezas ni honores en recompensa de sus servicios, contentándose con vivir en el campo, con modestas rentas que recibió de la generosidad de Severo. He aquí cómo se dió la batalla por los dos bandos, cerca de Lugdunum (Lyón.) Por cada lado había cincuenta mil hombres, mandados respectivamente por Severo y Albino, porque aquel combate había de decidir, no solamente de su fortuna, sino que también de su vida. Severo sobrepujaba á Albino en el conocimiento de las armas, así como Albino le era superior en erudición y pobleza. En el primer encuentro, Albino había conseguido ventajas sobre Lupo, legado de Severo, destrozando parte de sus fuerzas. En el segundo quedó indeciso el resultado; el ala izquierda del ejército de Albino fué puesta en fuga, y mientras los que la perseguían se detuvieron para saquear los bagajes, el ala izquierda del mismo ejército, teniendo delante fosos cubiertos con tierra y ramaje, avanzó hasta el borde, arrojó los venablos y se retiró, fingiendo miedo para atraer al enemigo al lazo. Ofendidos los soldados de Severo por aquel ataque y despreciando al mismo tiempo la retirada que le había seguido, corrieron como sobre terreno firme y seguro, y cayeron en el foso con pérdida considerable. Los primeros que les siguieron cayeron sobre ellos; los otros, al retroceder, desordenaron las filas de los que estaban á la espalda. En los hombres y caballos que habían caído en el foso hicieron notable carnicería, quedando acribillados por los dardos á que se encontraban expuestos los que estaban al otro lado. Viendo Severo el peligro que corrían, avanzó al frente de las cohortes de sus guardias para sostener-

les; pero lejos de socorrerles, estuvo á punto de perder las fuerzas que llevaba; matáronle el caballo y corrió mucho riesgo al quedar desmontado. Cuando vió á sus soldados derrotados, se rasgó las ropas y se lanzó en medio de ellos empuñando la espada para volverles al combate. Detuviéronse algunos por el respeto que les infundió su presencia, y habiendo encontrado fuerzas de su bando, que tomaron por contrarias, atacáronlas vigorosamente. En seguida se lanzaron sobre sus verdaderos enemigos, los derrotaron y los persiguieron. Al mismo tiempo les atacó por el flanco la caballería, al mando de Leto, acabando de destrozarles. Leto había permanecido inactivo mientras consideró dudoso el resultado del combate, esperando que Severo y Albino se destrozarian mutuamente, y que los soldados que sobreviviesen le elegirían emperador. Pero cuando vió que Severo había conseguido la victoria, empuñó las armas y acabó de dispersar al enemigo. Esta guerra disminuyó mucho la fuerza del Imperio, arrebatando considerable número de combatientes, por uno y otro lado, de modo que los mismos vencedores lamentaron la victoria. El campo de batalla quedó cubierto de muertos, heridos, y otros que sin estarlo se encontraron enterrados bajo confuso montón de armas y miembros destrozados. Los arroyos de sangre aumentaron el caudal del río y cambiaron su color. Albino huyó á una casa cercana al Ródano, y cuando se vió rodeado, se mató. Refiero el suceso conforme pasó, y no como plugo á Severo describirle. Contempló atentamente el cuerpo, y con el movimiento de los ojos y con sus palabras, mostró el gozo que experimentaba al verle; en seguida mandó que se arrojase el tronco, que se llevase la cabeza á Roma y la atasen á una cruz. La inhumanidad de este hecho demostró que no tenía ninguna cualidad de buen príncipe. Pero la manera terrible con que escribió al Senado y al pueblo, lo demostró con más claridad, porque teniendo las armas en las manos, vomitó sobre personas desarmadas todo el veneno de la indignación y de la cólera que experimen-

taba desde mucho tiempo. Pero nada nos asustó tanto como su deseo de que le llamasen hijo de Marco Aurelio y hermano de Cómodo, á quien concedió los honores divinos, á pesar de haber escarnecido su memoria en otro tiempo. Leyendo un día en el Senado un discurso que había compuesto, y en el que, después de alabar el rigor y la crueldad de Sila, de Mario y Augusto como el único medio de conservar el poder absoluto, y censurado la blandura y bondad de Pompeyo y de César como cualidades peligrosas que produjeron su ruina, emprendió la defensa de Cómodo, censurando con acritud á todos los que le habían deshonrado. «Muchos de vosotros, nos dijo, viven de una manera más vergonzosa y criminal que vivió él. Si se considera extraño que matase fieras con su propia mano, ¿no se ve desde hace pocos días un Cónsul antiguo solazarse y divertirse públicamente en Ostia con una cortesana disfrazada de pantera? Si Cómodo combatió algunas veces como gladiador, ¿no se dedican al mismo ejercicio algunos de vosotros? ¿Para qué han adquirido algunos senadores esos escudos, esos cascos de oro y demás armas?» Después de pronunciar este discurso, perdonó á treinta y cinco de los principales del Senado acusados de haber favorecido el partido de Albino, y se sirvió de ellos de la misma manera que si estuviesen libres de toda sospecha. Sin embargo, condenó á muerte á otros diez y nueve, entre los que se encontraba Sulpiciano, suegro de Pertinax.»

Herodiano refiere de la siguiente manera los hechos que siguieron á la muerte de Albino: «Después de establecer en Inglaterra dos gobernadores y arreglado los asuntos de las Galias, condenó á muerte á todos los que habían seguido el partido de Albino, por inclinación ó por necesidad. En seguida marchó á Roma con todo su ejército, con objeto de infundir más terror en los ánimos. El pueblo le recibió con las aclamaciones y ceremonias ordinarias: los senadores salieron á su encuentro, experimentando la mayor parte profundo terror, porque sabían

que no perdonaría á sus enemigos, que su carácter era sanguinario, que nada le importaban los crímenes, que aprovechaba las ocasiones más pequeñas y los pretextos más fútiles para vengarse, y que no les perdonaría en una ocasión en que no carecía de razones aparentes. Después de acudir á los templos para dar gracias á los dioses, obsequió al pueblo con una distribución de trigo para celebrar su victoria. Fué generoso en sus regalos á los soldados, les concedió nuevos privilegios, aumentó su número, les permitió llevar en el dedo un anillo y tener sus esposas á su lado; cosas que solamente servían para relajar la disciplina y para impedirles estar dispuestos siempre para marchar al combate. De esta manera fué el primero que destruyó aquel orden que hacia al soldado tan vigoroso, que le enseñaba á contentarse con poco y á obedecer á sus jefes sin trabajo y sin murmurar, aumentando también su avaricia y la molicie que les ha degenerado.

»Cuando se presentó en el Senado se enfureció mucho contra los amigos de Albino, exhibiendo contra algunos cartas que había encontrado entre los papeles de su competidor, y acriminando á otros porque le habían hecho regalos. Acusaba á los que habían mandado en Oriente de haberse interesado por él, y otros eran criminales por haberle conocido. Con estos pretextos se deshizo de todos los senadores más importantes y de aquellos que se distinguían en las provincias por su cuna ó sus riquezas, pensando menos en satisfacer su venganza que en alimentar su avaricia, superior á la de todos sus predecesores. Porque tanto como se hizo recomendable por aquella vida dura, á prueba de los trabajos más rudos, y por su pericia en el arte de la guerra, rivalizando en esto con los varones más eminentes, así también se hizo odioso por aquella avaricia monstruosa, que le llevó á derramar todos los días sangre inocente. Por esta razón nunca pudo conseguir que le quisiesen, aunque fingía ser popular. Nada economizaba para dar á los Romanos magníficos espectáculos, en los que asignaba premios á

los mejores actores y á los atletas victoriosos, y en los que á veces se mataban cien fieras, que enviaba á buscar hasta en las regiones más apartadas. En su tiempo vimos celebrar juegos muy diferentes en todos los teatros, rogativas y veladas muy semejantes á los misterios de Ceres, y juegos llamados seculares, porque se celebran una vez solamente cada siglo.»

Hablando de las sentencias capitales de Severo, dice Xifilino: «A pesar de su juramento de no hacer condenar á muerte á ningún senador, hizo morir á muchos, y entre ellos á Julio Solón, que escribió aquel juramento. También condenó á muerte á muchos de los más distinguidos del Imperio, como á Quintilio Planciano, varón muy importante en el Senado y de los más ilustres por la grandeza de su nacimiento. Aunque se encontraba ya muy avanzado en edad y en los umbrales de la vejez, y aunque vivía en el campo sin mezclarse en ningún negocio, no pudo evitar una acusación calumniosa ni una muerte violenta. Cuando se vió condenado, pidió todas las cosas necesarias para su sepultura, cosas que, por su orden, estaban preparadas desde muchos años antes; y habiéndolas encontrado deterioradas por el tiempo, dijo: «¿Por qué hemos esperado tanto?» Dicho esto, celebró un sacrificio y lanzó contra Severo la misma imprecación que Severiano lanzó en otro tiempo contra Adriano. Así pereció aquel varón insigne. Después de esto se dió al pueblo el espectáculo de un combate de gladiadores, y diez tigres que murieron atravesados por venablos. Al mismo tiempo vimos el asunto de Aproniano, que fué uno de los más extraños y sorprendentes de que jamás se oyó hablar. Acusósele de haber tenido una nodriza que soñó le estaba prometido el Imperio, de haber consultado él mismo á los adivinos relativamente á este asunto y haberse dedicado á los secretos de la magia. Con estos fundamentos se le condenó en su ausencia, encontrándose en Asia como gobernador. Cuando nos leyeron los interrogatorios é informes hechos contra él, vimos que se había preguntado á los testigos quién

había tenido el sueño de que se trataba y quién lo había oído referir. Un testigo dió muchas respuestas, en una de las cuales nombró á un senador, que no había visto más que al pasar, habiendo observado que era un poco calvo. Mucho nos sorprendió á todos oír un cargo tan vago, en el que no se expresaba nombre alguno. No hubo nadie, ni aun aquellos que jamás habían tenido relaciones con Aproniano, que no temiese. Los calvos, ó los que tenían poco pelo, temían más que los otros, necesiándose tener abundante cabello para estar exento de temor. Mirábamos á los calvos y sospechábamos en tanto de unos, en tanto de otros. Por ridículo que parezca lo que me ocurrió en esta ocasión, no quiero ocultarlo. Tan fuera de mí estaba, que me llevé muchas veces las manos á la cabeza para tocarme el pelo, y muchos hicieron lo mismo. Mirábamos á los que lo tenían claro, como si intentásemos descargarnos en ellos de un peligro que parecía ser general. Cuando nos dominaba esta preocupación, solamente se había leído aún que el senador visto al pasar era calvo. Pero cuando añadieron que iba vestido con túnica de púrpura, fijamos todos los ojos en Bebio Marcelo, que había sido edil y era muy calvo. En el mismo instante se levantó, y avanzando al centro de la asamblea, dijo: «El testigo que ha declarado que me ha visto, podrá, sin duda, reconocerme.» Habiendo sido introducido el testigo, estuvo mucho tiempo sin hablar, buscando con la vista á quien designar; y al fin, habiendo designado con ligera señal á Marcelo, declaró que era él, y en el mismo momento le sacaron del Senado, deplorando inútilmente su desgracia. Detúvose en el Foro, donde se despidió de sus cuatro hijos con las palabras más tristes que jamás se oyeron. «El único sentimiento que tengo al morir, les dijo, es dejaros en el mundo.» En seguida le cortaron la cabeza, antes de que Severo supiese que le habían condenado. El autor de su muerte fué Polenio Seleuno. Pero no quedó impune tan espantoso crimen, porque habiendo cometido injusticias y violencias en el gobierno de Nórica, que se

le había confiado, Sabino le entregó á los habitantes de aquel país, que le hicieron sufrir todos los ultrajes que pudieron imaginar. Vímosle prosternado en el suelo pidiendo cobardemente la vida, que difícilmente consiguió por la influencia de su tío Aspacio, que era el hombre más satírico y mordaz del mundo, el mayor burlón, el mayor despreciador, el más servicial de los amigos y el más peligroso de todos los enemigos. Refiérense muchas agudezas suyas contra varios y hasta contra Severo. Cuando se recibió á este Emperador en la familia de Marco, le dijo felicitándole: «Te felicito, César, porque has encontrado padre», diciendo esto para burlarse de su humilde nacimiento, como si se ignorase de quién era hijo.»

Después de hablar de la muerte de Planciano, á quienes suponen unos víctima de una calumnia, y otros de su propia ambición, dice Xifilino, refiriéndose á los hijos de Severo: «No hubo excesos á que no se entregasen Antonino y Geta, en cuanto se vieron libres de Planciano. Deshonraron señoras distinguidas, violaron mozos, reunieron dinero por medio de toda clase de vicios, y contrajeron odiosa amistad con gladiadores y aurigas. Aunque tenían iguales inclinaciones y se entregaban á los mismos vicios, favorecían á diferentes partidos, y en cuanto se declaraba uno por un bando, el otro sostenía al contrario. Un día corrieron en competencia en carros arrastrados por jacas, y tanto les dominó el deseo de vencer, que cayó Antonino y se rompió un muslo. Los desórdenes y arrebatos de Antonino infundían profundas inquietudes á Severo, temiendo que no dejaría de deshacerse de su hermano Geta en cuanto tuviese ocasión, sabiendo que á él mismo le había tendido lazos. Un día salió de su tienda haciendo mucho ruido y quejándose de Cástor, el hombre más honrado que había al lado de Severo, y á quien confiaba este Emperador sus pensamientos más secretos y el cuidado de su cámara. Soldados elegidos para el caso gritaron de igual manera; pero se calmaron ante la presencia de Severo, que mandó prender

y castigar á los más alborotadores. En otra ocasión, yendo Severo y Antonino al encuentro de los Calidonio para recibir sus armas y tratar de las condiciones de la paz, encontrándose los dos á caballo, á pesar de que Severo tenía doloridas las plantas de los pies, siguiéndoles el ejército y estando cerca el contrario, Antonino paró su caballo, tiró de la espada y se preparó para descargar un golpe en la espalda á su padre; pero gritaron los que se encontraban detrás y con sus gritos detuvieron á Antonino. Severo se volvió al ruido, vió la espada desnuda y no dijo ni una palabra. Habiendo en seguida subido á su tribunal y despachado algunos asuntos, marchó al Pretorio y mandó llamar á su hijo, Papiniano y Castor; y colocando una espada entre ellos, reconvinó á Antonino por haber atentado á su vida, queriendo cometer aquel detestable crimen delante de los aliados y los enemigos del pueblo romano, añadiendo: «Fácil te es matarme, si lo deseas: viejo soy y me encuentro casi paralítico. Si tu mano tiene horror á esa acción, emplea la de Papiniano, prefecto del Pretorio, que no dejará de ejecutar lo que le mandes, puesto que tienes la dignidad imperial.» Severo se contentó con hablar de esta manera á Antonino, sin tratarle con más rigor, aunque frecuentemente censuraba á Marco Aurelio porque no se había deshecho de Cómodo. También amenazó algunas veces á Antonino con hacerle morir, pero en ocasiones en que se encontraba encolerizado; amenaza vana y estéril, porque quería más á sus hijos que á la república. Sin embargo, no se le puede excusar de haber sido causa de la muerte del segundo, entregándole en cierto modo á su hermano que había de matarle.

»Después de la derrota de Albino, Severo volvió sus armas contra los Parthos, que, mientras se encontraba ocupado en la guerra civil, se habían apoderado de la Mesopotamia y puesto sitio á Nisiba, que habrían tomado sin la vigorosa resistencia de Leto, que la defendía. Los Parthos, que vivían entonces bajo el reinado de Vologeso, cuyo hermano se encontraba con Severo, en

vez de esperar al Emperador, se retiraron á su país. Apresuradamente navegó hacia el Eufrates, donde tenía considerable número de naves y tomó las ciudades de Selencia y Babilonia, que habían sido abandonadas: también se apoderó de Ctesifonte, entregándola al saqueo y haciendo horrible matanza, aunque conservó la vida á cien mil personas que se llevó cautivas. No conservó, sin embargo, esta última ciudad, sino que la abandonó como si solamente la hubiese reducido á su obediencia para arruinarla. Inmediatamente después dejó aquel país, cuya situación no conocía bastante y en el que no encontraba lo que necesitaba, regresando por otro camino, porque había consumido toda la leña, todo el heno y todo el forraje que había encontrado en el recorrido. Parte de su infantería regresó á lo largo del Tigris y otra por el mismo río. Cuando salió de la Mesopotamia emprendió el sitio de Atra; pero en vez de tomarla, tuvo el disgusto de ver arder parte de sus máquinas y herir y matar considerable número de sus soldados. Durante esta guerra mandó matar á dos varones de los más importantes del Imperio, Julio Crispo, tribuno de las cohortes de los guardias, porque abrumado por la fatiga y el trabajo, recitó un verso de Virgilio en el que se quejaba un soldado de que Turno sacrificaba á su pasión considerable número de valientes, exponiéndoles á la muerte con el único objeto de tener por esposa á Lavinia. Un soldado llamado Valerio, que fué su acusador, obtuvo el cargo de tribuno. El otro á quien mató fué Leto, por envidia á su virtud y disgusto porque sus soldados habían manifestado que solamente bajo su mando querían servir. Habiendo hecho Severo abundantes provisiones de boca y guerra, sitió otra vez á la ciudad de Atra, cuya resistencia le parecía insoportable en el tiempo en que todas las demás recibieron el yugo. Pero no triunfó tampoco en esta segunda empresa; perdiendo allí innumerables cantidades de dinero, todas sus máquinas, exceptuando las que había construido Prisco, y sus mejores soldados, de los que sucumbieron muchos cuando salían á forra-

gear, porque la caballería de los Arabes caía sobre ellos con increíble rapidez, y los habitantes de Atra les hostilizaban desde lejos, tanto con máquinas que lanzaban dos dardos á la vez, como con arcos y con las manos. Sin embargo, la pérdida más considerable fué en la muralla, cuando se acercó el ejército romano y derribó parte de ella; porque los sitiados arrojaron entonces nafta, que consumió instantáneamente máquinas y hombres. Severo contempló aquel triste fracaso desde la altura en que estaba colocado. Habiendo caído parte de la muralla, los soldados avanzaron para entrar; pero Severo mandó tocar retirada, esperando que los Arabes, para evitar el saqueo, le descubrirían un tesoro oculto en la ciudad, en el que se encontraban los regalos hechos al templo del Sol. Pero cuando vió pasar un día entero sin que los sitiados enviasen proposiciones de rendición, comenzó á atacar á la muralla, reparada durante la noche. Habiéndose negado los soldados de Europa á marchar al asalto, se vieron obligados los Sirios á hacerlo, sufriendo considerable pérdida. Así, pues, los dioses que querían salvar aquella ciudad, se sirvieron en aquella ocasión de Severo, para retener á los soldados que ardían en deseos de tomarla, y después se servían de la desobediencia de los mismos soldados para hacer inútiles las órdenes de atacar que les daba Severo. En el primer encuentro, que es el de que me ocupo ahora, aquel Príncipe se encontraba tan irrisoluto, que habiéndole prometido un jefe del ejército apoderarse de Atra, con tal de que le diese solamente quinientos cincuenta soldados europeos, le contestó, delante de muchas personas, que no podía darle tan considerable número, refiriéndose en esto á su desconfianza en la obediencia y fidelidad de los que tenía bajo sus enseñas. Así, pues, habiendo permanecido veinte días delante de aquella ciudad, marchó á Palestina, donde tributó honores fúnebres á Pompeyo, visitando en seguida el Egipto, con tal curiosidad, que no omitió nada, investigando minuciosamente hasta lo más secreto en su política y religión. Arrebató todos los libros que

contenían doctrina oculta, y selló la tumba de Alejandro, por temor de que alguien viese su cuerpo y leyese lo que había escrito allí.»

El mismo historiador refiere de la siguiente manera la última expedición de Severo: «Viendo que sus dos hijos se entregaban al desorden y que los soldados descuidaban sus ejercicios, emprendió una expedición contra la Gran Bretaña, aunque estaba persuadido de que ya no regresaría á Italia, sabiéndolo por su horóscopo que había hecho pintar en los lambrequines de la sala de su palacio donde administraba justicia. Lo mismo le habían vaticinado los adivinos cuando una estatua suya, colocada en la puerta por donde había de salir el ejército del campamento, fué herida por el rayo, quedando borradas tres letras de su nombre. No regresó, pues, de aquel viaje; pero murió tres años después de haber partido. Allí recogió inestimables riquezas. Los dos pueblos más numerosos que habitan la Gran Bretaña, y á los que se encomiendan casi todos los otros, son los Caledonios y los Meatos: estos habitan á lo largo de la gran muralla que divide la isla en dos partes; los otros moran más lejos, pero los dos viven en montañas incultas y estériles, ó en llanuras desiertas y pantanosas, que no tienen murallas, ciudades ni terrenos labrados, no alimentándose más que de la leche de sus ganados, del producto de la caza y de algunas frutas silvestres. Nunca comen pescado, aunque lo tienen en abundancia: no tienen otra morada que tiendas, en las que viven completamente desnudos, sin ropas ni calzado. Las mujeres son comunes entre ellos, y cuidan de criar todos los hijos que nacen. El gobierno es popular, y el ejercicio á que con más gusto se entregan, el robo. Combaten desde carros, y tienen caballos muy pequeños y ligeros, siendo ellos muy ligeros también en la carrera, y todos son muy seguros de pies. Están acostumbrados á las fatigas y soportan sin trabajo el hambre, el frío y toda clase de calamidades. Penetran en el agua de los pantanos hasta

el cuello, pasando así varios días sin comer. Cuando se encuentran en los bosques se alimentan de hojas y raíces. Preparan una alimentación tan adecuada para mantener las fuerzas, que después de comer una cantidad del tamaño de un haba, ya no tienen hambre ni sed. Esta es la manera de vivir de los habitantes de la Gran Bretaña. Hasta este tiempo no se ha reconocido, como ya he dicho, que es una isla, de la que poseemos poco más de la mitad. Habiendo emprendido Severo el trabajo de reducirla á su obediencia, entró en Caledonia, donde hubo de soportar innumerables trabajos, que desecar pantanos y que construir puentes. No libró combates ni vió al enemigo formado en batalla, sino que en vez de presentarse, exponían rebaños de carneros y de bueyes con objeto de sorprender á nuestros soldados cuando se separasen para apoderarse de ellos. También molestaron mucho las lluvias á las tropas; de manera que algunos, no pudiendo caminar ya, rogaban á sus compañeros que les matasen, por temor de caer vivos en manos del enemigo. Severo perdió allí cincuenta mil hombres, pero no abandonó la empresa. Llegó hasta el extremo de la isla, donde observó con exactitud el curso del sol y la duración de los días y de las noches que forma en invierno y en verano. Hizo que le llevasen por toda la isla en una silla cubierta, á causa de sus enfermedades, y ajustó un tratado con los habitantes por el que les obligó á cederle parte de su país.

«Habiendo tomado después las armas contra la fe de los tratados, Severo mandó á los soldados que entrasen en el país y que destruyeran cuanto encontrasen; empleando para dar esta orden dos versos griegos cuyo sentido era que no debían perdonar sus espadas ni á los niños que las mujeres llevasen en el vientre. Impulsábase á hacer este género de guerra que los Caledonios y Meatos se habían unido para violar los tratados y sacudir el yugo de la obediencia. Pero en medio de esta empresa, le arrebató una enfermedad, á la que contribuyó

mucho Antonino, según se asegura. Dicese que encontrándose para espirar, habló á su hijo en estos términos: «Vivid juntos en buena inteligencia; enriqueced á los soldados, y despreciad á vuestros demás súbditos.» Los soldados llevaron su cadáver á la pira, alrededor de la cual, con los dos hijos del Príncipe muerto, dieron varias vueltas en su honor. Arrojaron á la pira muchos dones, y al fin le prendieron fuego Antonino y Geta. Encerraron las cenizas en una urna de pórfido, llevaronla á Roma y la colocaron en la tumba de los Antoninos. Dicese que Severo, algunos días antes de morir, mandó que se la presentasen, y que cogiéndola, dijo: «Tu encerrarás un hombre que no ha podido encerrar el universo.»

Xifilino termina la vida de Severo haciendo de él este retrato: «Era bajo de estatura, pero de robusta compleción, aunque algo debilitado por la gota. Tenía claro talento, gustaba de las bellas letras, y de tal manera se dedicó á ellas, que sus progresos le hicieron más hábil y elocuente. Era agradecido con sus amigos, vengativo con sus enemigos, atendía cuidadosamente á sus deberes y despreciaba lo que se decía contra él. Tenía extraordinaria avidez por reunir dinero, empleando para conseguirlo toda clase de medios; pero debe confesarse que jamás hizo morir á nadie para aprovecharse de sus bienes. Sus gastos eran muy moderados. Construyó muchos edificios y reparó los antiguos que se encontraban arruinados. Elevó un templo magnífico en honor de Baco y de Hércules; pero estos grandes gastos no le impidieron dejar en el Tesoro inmensas cantidades. Opúsose vigorosamente á la incontinencia pública y dictó muchas leyes para corregirla. Por este motivo se buscó á muchos ciudadanos, y cuando fui yo cónsul, encontré en los registros los nombres de tres mil acusados. Pero en la instrucción y fallo de los procesos no observaron los jueces el rigor de las leyes, cosa que toleró Severo sin mucho trabajo. Esta corrupción de las costumbres romanas dió lugar á una enérgica réplica, que la esposa de un

caledonio, llamada Argestoxa, hizo un día á la emperatriz Julia. Hablando las dos acerca del tratado concluido entre las dos naciones, y burlándose de ella Julia por las libertades que las mujeres de su país tomaban con los hombres públicamente, le contestó en estos términos: «Nosotras satisfacemos á las necesidades de la naturaleza de un modo más honesto que vosotras, porque en vez de que vosotras buscáis los parajes más retirados y las sombras más oscuras para prostituiros á los hombres más infimos, nosotros nos presentamos delante de todos, en compañía de los más valerosos que hay bajo el cielo.»

»Severo guardaba el siguiente orden en sus actos durante la paz: al amanecer administraba justicia, después paseaba, hablando ú oyendo hablar de algún asunto importante en bien del Estado. A mediodía montaba á caballo, dedicando á este ejercicio todo el tiempo que podía, se bañaba y comía solo ó con sus hijos. Después de levantarse de la mesa, en la que se le servía con mucha delicadeza, descansaba hasta que le despertaban, y entonces hablaba de ciencias paseando. Al obscurecer volvía á bañarse, después cenaba con sus amigos más familiares, no sentando otros á su mesa, exceptuando los días extraordinarios en los que daba magníficos festines. Vivió sesenta y cinco años, nueve meses y veinticinco días, porque había nacido el 11 de Abril. Reinó diez y siete años, ocho meses y tres días. De tal manera fué activo, que cerca ya de morir preguntó si quedaba algún asunto por despachar.»

PESCENNIO NÍGER,

POR ELIO SPARCIANO.

À DIOCLECiano AUGUSTO.

SUMARIO.

Origen de Níger.—Cómodo le da el mando del ejército de Siria.—Este ejército le elige emperador.—Intenta Juliano hacerle matar.—El pueblo hace votos por él.—Su conducta en las Galias le merece la amistad de Severo, que le recomienda á Cómodo.—Restablece la disciplina militar.—Marco Aurelio y Cómodo dan buen testimonio de él.—Su consulado.—Severo le vence y le mata.—Son condenados á muerte su esposa y sus hijos.—Su retrato.—Su elogio.—Da prudentes consejos á Marco Aurelio y á Cómodo.—Sus reglamentos.—Su severidad con los soldados.—El oráculo de Delfos da á conocer el resultado de la guerra sostenida por Severo contra Níger y Albino.—Adivinos predicen la muerte de Níger.—Sus esfuerzos por el restablecimiento de la disciplina.—Desempeña personalmente todos los deberes del soldado.—Sus preferencias entre los emperadores.—Su estatua.

Cosa rara y difícil es escribir bien la historia de aquellos cuyo poder resultó ilegítimo por la victoria de otros príncipes; porque ni en los monumentos ni en los anales se encuentra casi nada de lo que les concierne. Los escritores, para hacerles odiar, forman empeño en deprimir sus acciones más bellas ó suprimen muchas; y además muestran muy poco cuidado en sus investigaciones acerca

del origen y la vida de estos príncipes, contentándose con hablar de su audacia, de las batallas en que fueron vencidos y de su suplicio. Según algunos, Pescennio Níger era de mediana condición, y según otros, de noble origen. Llamábase su padre Anno Fusco, y su madre Lampridia. Su abuelo fué curador de Aquino, de donde era originaria aquella familia, á pesar de que esto permanece todavía dudoso. Níger, medianamente instruido y con rudo carácter, sin caudal, gastando poco, pero repleto de ambición y deseando llegar á los primeros puestos, fué por mucho tiempo centurión, y se elevó gradualmente hasta el mando de los ejércitos de Siria, mandó que le dió Cómodo, por recomendación del atleta (1) que después le estranguló; porque de esta manera se hacía todo entonces.

Cuando se enteró del asesinato de Cómodo; que Juliano, elevado al Imperio, había sucumbido á su vez por orden del Senado y de Severo, y, en fin, que Albino había tomado en la Galia el título de emperador, hizo que se lo diesen también los ejércitos de Siria, según algunos escritores, antes en odio á Juliano que por envidia á Severo. En Roma, los senadores que detestaban á Juliano y no querían á Severo, favorecieron la causa de Níger desde su advenimiento, haciendo votos por él en medio de los insultos é imprecaciones prodigadas á su rival; al mismo tiempo que el pueblo le confirmaba el título de emperador y le proclamaba Augusto. Detestábase generalmente á Juliano porque, contra la voluntad del pueblo, había sido elegido emperador por los soldados que mataron á Pertinax, lo que dió margen á violentas sediciones. Había enviado á un primipilario para que matase á Níger; necia precaución contra un hombre que, encontrándose al frente de un ejército, podía defenderse bien, y como si fuese fácil á un primipilario matar á un emperador. Juliano llevó además la locura hasta

(1) Narciso.

nombrar un sucesor á Severo, investido ya del Imperio; y al fin envió al centurión Aquilio, conocido ya por el asesinato de muchos generales, imaginando que un centurión podía matar á un general como Severo; no siendo menos insensato al querer separar del trono á Severo por una ley terminante, con objeto de asegurar mejor los derechos que creía tener á él.

El mismo Juliano dió ocasión al pueblo para que manifestase sus sentimientos relativamente á Pescennio Níger. Cuando celebraba juegos en Roma y todas las gradas del Circo Máximo se encontraban indistintamente ocupadas, el pueblo, indignado, llamó con una sola voz á Pescennio Níger para que defendiese á Roma; tanto odiaba la multitud, como ya hemos dicho, á Juliano, y tanto quería á Pertinax, que acababa de morir asesinado. Refiérese que dijo Juliano «que su reinado y el de Pescennio no serían tan largos como el de Severo, que, sin embargo, merecía más el odio de los senadores, de los soldados, del pueblo y de las provincias»; predicción que comprobaron los acontecimientos. En la época en que Severo mandaba en la provincia Lugdunense, se mostró repentinamente amigo de Pescennio, encargado de recoger los innumerables desertores que desolaban entonces las Galias. Las virtudes que mostró en el cumplimiento de este deber le granjearon el favor de Severo, que en sus cartas á Cómodo habla de él como de un hombre indispensable en lo sucesivo á la república. En efecto, Níger era enérgico en el servicio militar, y bajo su mando jamás exigió el soldado á los habitantes de las provincias leña, aceite ó trabajos personales. Tampoco recibió él nada del soldado; y como tribuno, no permitió á nadie que aceptase nada. Siendo emperador, mandó á los auxiliares que apedreasen á dos tribunos convictos de haber obtenido provechos sobre la alimentación del soldado. Consérvase una carta de Severo, dirigida á Rogonio Celso, gobernador de las Galias, en la que se expresa de esta manera: «Es vergonzoso para nosotros no poder imitar la disciplina militar

de aquellos á quienes vencemos peleando. Tus soldados corren de un lado para otro; tus tribunos se bañan en pleno día; sus comedores son tabernas y sus habitaciones lupanares; no hacen otra cosa que bailar, beber y cantar, no poniendo término á los festines ni medida á sus libaciones. ¿Veríanse tales cosas si conservásemos el recuerdo más pequeño de la disciplina antigua? Corrige primero á los tribunos y después á los soldados; mientras les temas, no te temerán. El ejemplo de Níger ha debido demostrarte que el soldado no teme á sus tribunos ni á sus jefes sino cuando éstos obran rectamente.»

Tal era el testimonio que daba de Pescennio Severo Augusto; y por su parte Marco Aurelio escribía de este soldado á Cornelio Balbo, expresándose así: «Elogianme á Pescennio, y reconozco su mérito; porque tu antecesor me dijo que era valiente, que su conducta era austera y merecía adelantar. He escrito para que se notifique al ejército que le doy el mando de trescientos Armeños, cien Sármatas y mil hombres de nuestras tropas. A tí te toca probar que no debe á la intriga (cosa que estaría fuera de nuestros principios), sino á sus propios méritos, una distinción que mi abuelo Adriano y mi bisabuelo Trajano solamente concedieron á hombres muy probados.» Cómodo hablaba también en estos términos: «Reconozco á Pescennio como hombre de valor. Le he concedido ya dos tribunados y le daré un mando en jefe cuando la vejez obligue á retirarse á Elio Cordueno.» Todos juzgaban de igual manera á Níger, oyéndose más de una vez á Severo decir que le perdonaría si no se obstinaba en su sublevación. Cómodo nombró al fin cónsul á Pescennio, prefiriéndole á Severo, que se indignó especialmente porque le veía obtener aquella dignidad por recomendación de los primipilarios. Severo dice en su vida que antes de que sus hijos estuviesen en edad de reinar, durante una de sus enfermedades, deseó tener por sucesores, si había de morir, á Pescennio Níger y Clodio Albino, que fueron después sus enemi-

gos más implacables. Este deseo de Severo demuestra que tenía de él juicio muy favorable.

Si hemos de creer á Severo, Pescennio era ávido de gloria, hipócrita y corrompido en sus costumbres, y viejo ya cuando llegó al Imperio. Severo censura acremente su ambición, como si él hubiese llegado más joven al Imperio, cuidando de disminuir su edad, puesto que reinó diez y ocho años y murió á los ochenta y nueve. Severo envió á Heraclio á ocupar la Bitinia, y Fulvio recibió orden de apoderarse de los hijos, grandes ya, de Pescennio. Sin embargo, no dijo ni una palabra de él en el Senado, aunque conocía su usurpación cuando partió para pacificar el Oriente. Todo lo que hizo antes de su partida fué enviar legiones al Africa para impedir que su rival se apoderase de ella y cortase los viveres al pueblo romano; empresa que aquél podía querer intentar, á pesar de las dificultades de los caminos y de la navegación, atravesando la Libia y el Egipto, países inmediatos al Africa. Pescennio, que era dueño ya de la Grecia, de la Tracia y de la Macedonia cuando Severo se acercaba al Oriente, y que había hecho perecer considerable número de ilustres varones, le ofreció compartir el Imperio; pero los asesinatos que había realizado hicieron que se le declarase enemigo público, lo mismo que á Emiliano, á petición de Severo. Los generales de Severo le vencieron en seguida en la persona de Emiliano, y el Emperador le ofreció retiro seguro en caso de que depusiera las armas; pero quiso combatir todavía, y fué vencido, siendo herido después cerca de una laguna en las cercanías de Cizico, presentado á Severo y en el acto condenado á muerte.

Después de pasear su cabeza clavada en una pica, la llevaron á Roma. Sus hijos fueron muertos con su madre, confiscados sus bienes y extinguida toda su familia. Pero nada de esto ocurrió hasta que se tuvo noticia de la sublevación de Albino; porque hasta entonces se habían limitado á desterrar á la madre y los hijos. La segunda guerra civil encendió el enojo de Severo, y

la tercera le hizo más cruel todavía (1). Entonces mandó matar á considerable número de senadores, por lo que unos le llamaron *Sila púnico* y otros *Mario*. Pescennio era alto y apuesto: sus cabellos caían graciosamente sobre la parte superior de la cabeza. Tenía la voz tan sonora que, en el campo, se le oía á mil pasos de distancia cuando no era contrario el viento. Tenía rostro modesto y siempre sonrosado, pero tan negro el cuello que la mayor parte de los autores atribuyen á esta circunstancia su nombre de Níger: en lo demás era blanco y bastante grueso. Era muy aficionado al vino, comía poco y no se entregaba al amor sino lo necesario para procrear. En la Galia le iniciaron, por común consentimiento, en los misterios en que solamente podían intervenir las personas más castas. En una pintura en mosaico que se conserva en el pórtico abovedado de los jardines de Cómodo, está representado Níger en medio de los amigos de aquel príncipe, teniendo los atributos de Isis, diosa á la que tanto reverenciaba, que se hacía rapar la cabeza, llevaba el Anubis y cumplía con todos los deberes de su culto. Fué, pues, excelente soldado, tribuno intachable, gran general, gobernador enérgico, cónsul muy meritorio, varón eminente en la guerra y en la paz, pero desgraciado emperador. La república, si hubiese consentido en vivir bajo el tétrico Severo, habría recibido de él grandes servicios.

Engañado por los consejos de Severo Aureliano, que había desposado sus hijas con los hijos de este rebelde, persistió en sus pretensiones al trono. Níger gozaba de tal autoridad que, viendo arruinadas las provincias por los frecuentes cambios operados en la administración, escribió primeramente á Marco Aurelio y después á Cómodo, pidiendo ante todo que no se reemplazase nunca, antes de cinco años, á ningún gobernador, le-

(1) La primera guerra civil sostenida por Severo se refiere al emperador Juliano; la segunda á Níger; la tercera á Albino.

gado ó procónsul, porque no convenía quitar un empleo antes de haber aprendido á desempeñarle; y además, que no se confiasen las altas funciones del Estado á hombres sin experiencia. Además de sus ordenanzas militares, quiso también que no se diese la administración de las provincias sino á los que hubiesen estado en ellas como asesores. Severo y muchos emperadores mantuvieron después de él este reglamento, como lo demuestran las prefecturas de Paulo y de Ulpiano, que habiendo sido asesores de Papiniano, uno para los registros y el otro para los informes y que en seguida fueron nombrados prefectos. Estableció además que en ningún caso podrían desempeñarse las funciones de asesor en las provincias donde se hubiese nacido, y que se necesitase para ejercer una magistratura en Roma ser originario de esta ciudad. En fin, asignó estipendio á los consejeros de los jueces, para que nada exigiesen á los litigantes, porque decía: «Un juez no debe dar ni recibir nada.» Tal fué su severidad con los soldados, que un día, habiéndole pedido vino las tropas que guarnecían las fronteras de Egipto, les contestó: «¿Tenéis el Nilo y pedís vino?» En efecto, son tan agradables las aguas de este río, que los habitantes del país no beben otra cosa. Las legiones derrotadas por los sarracenos se inclinaban á la sublevación, exclamando: «No tenemos vino y no podemos combatir.—Avergonzaos, les contestó; los que os han derrotado no beben más que agua.» Los habitantes de Palestina le pidieron que rebajase el impuesto que pesaba sobre sus bienes, alegando que era muy pesado. «Queréis, les dijo, que se disminuya el impuesto de vuestras tierras; yo quisiera imponerlo hasta al aire que respiráis.»

Finalmente, cuando todo estaba trastornado, cuando Septimio Severo, Pescennio Níger y Clodio Albino se disputaban el Imperio, interrogado el oráculo de Apolo de Delfos acerca de cuál de los tres convenía más á la república, contestó con un verso griego, cuyo sentido es como sigue:

«Excelente es el negro, bueno el africano, pésimo el blanco.»

El oráculo designaba en su contestación con la palabra negro á Níger; con la de africano á Severo, y con la de blanco á Albino. Se quiso saber más, y preguntaron quién obtendría el Imperio. El oráculo contestó con otros versos:

«Derramaráse la sangre del blanco y la del amenazador negro: el púnico conseguirá el imperio del orbe.»

Preguntóse además quién sería su sucesor, y, según se dice, contestó con el siguiente verso griego:

«Al que concedan los dioses llevar el nombre de Pío.» Contestación cuyo sentido no se comprendió hasta que Bassiano tomó el nombre de Antonino, nombre verdadero del que llevó el título de Pío. En fin, cuando preguntaron cuánto tiempo reinaria el africano, el oráculo contestó, también en griego:

«Navegará en los mares de Italia con veinte naves, siempre que una sola pase el mar.» Por lo que se comprendió que Severo reinaria veinte años.

Tales son ¡oh! Diocleciano, el más grande de los Augustos! los detalles relativos á Pescennio que suministra la lectura de muchos autores. Porque no es fácil, como dijimos al comenzar este libro, escribir la historia de los que no fueron príncipes legítimos de la república, ó que no recibieron su título del Senado, ó, en fin, que fueron muertos antes de tener tiempo para darse á conocer. Por esto mismo no se sabe nada de Vindex, nada de Pisón (1), nada de todos los que fueron sencillamente adoptados por los emperadores ó elevados al mando por los soldados, como Antonino bajo Domiciano, ó que muertos en seguida, perdieron el Imperio con la vida. Para no omitir nada de lo referente á Pescennio, diremos (aunque puede leerse en otros libros) que los adivinos predijeron que no caería muerto ni vivo en

(1) Los dos conspiraron contra Nerón.

poder de Severo, sino que sucumbiría en un paraje lleno de agua; predicción que algunos autores atribuyen al mismo Severo, que era muy perito en arte adivinatorio. Los hechos justificaron esta predicción, puesto que encontraron á Níger moribundo cerca de una laguna.

Su severidad como general llegaba á tal extremo, que habiendo visto beber á algunos soldados en un vaso de plata, prohibió terminantemente el uso de plata durante la guerra, añadiendo que empleasen vasos de madera, cosa que provocó el odio de las tropas contra él. Decía que los bagajes militares podían caer en manos del enemigo y debía evitarse que los bárbaros se lisonjearan de poseer nuestros objetos de plata, siendo los otros menos á propósito para inflamar su valor. También prohibió á todos el uso del vino durante las expediciones, mandando que fuese la única bebida vinagre mezclado con agua. También prohibió que acompañasen panaderos al ejército en campaña, y redujo á la galleta á jefes y soldados. Mandó decapitar á diez soldados del mismo manipulo que comieron una gallina robada por uno de ellos; y habría hecho ejecutar la sentencia si todo el ejército no le hubieseuplicado la revocación con tal insistencia que le hizo temer una sedición. Perdonó, pues, á los culpables, pero les condenó á que cada uno de ellos devolviese al propietario el valor de diez gallinas: condenóles además á no encender fuego en su manipulo durante toda la guerra, á no comer nada caliente; en fin, á no vivir sino de pan y manjares fríos, nombrando vigilantes para que les observasen. También dispuso que los soldados no llevasen durante la guerra oro ni plata en sus cinturones y que depositasen en el tesoro militar lo que tuviesen, para recibirlo en la paz; añadiendo que si la fortuna hacia traición á su valor, se entregaría escrupulosamente á sus hijos, esposas ó herederos, en cuanto se presentasen, aquel depósito, que, llevándolo ellos mismos, hubiese caído en poder del enemigo. Pero todas estas disposiciones le fueron contrarias, á causa de la disolución general bajo el reinado de Cómodo. En fin,

si en su tiempo no se consideró á ningún general más severo que él, esta misma severidad fué causa de su pérdida. Sin embargo, después de su muerte, calmados la envidia y el odio, se admiraron aquellos ejemplos.

En todas sus expediciones comía militarmente delante de su tienda y á la vista de todas las tropas. Jamás se le vió guarecerse bajo techado del sol ó la lluvia, en lo que nadie le imitó después. Durante las marchas cuidaba escrupulosamente de los soldados; cargándose sus esclavos, sus oficiales y él mismo con igual peso que el simple soldado. Hacía que sus esclavos llevasen las provisiones de boca, para que las tropas no pudiesen quejarse de verles caminar desembarazados cuando los demás se doblegaban bajo el peso. En plena asamblea aseguró bajo juramento que mientras se encontrase al frente del ejército, en nada se distinguiría del soldado, como lo había hecho siempre. Constantemente recordaba á Mario y á los generales de aquel temple; siendo su única lectura la historia de Annibal. Habiendo querido leerle un escritor un panegírico (1), le contestó: «Escribe el elogio de Mario ó de Annibal, ó de cualquier héroe de los que ya no existen, y dime lo que hizo para que yo le imite. Porque es irrisorio alabar á los vivos, especialmente á los emperadores, de los que se espera un don ó se teme algo; que pueden colmar de bienes, matar ó desterrar. Quiero que se me aprecie durante la vida, y no se me alabe hasta después de mi muerte.»

Admiraba especialmente entre los emperadores á Augusto, Vespasiano, Tito, Trajano, Antonino Pío y Marco Aurelio; llamando á los otros mujerzuelas ó calamidades públicas. En la historia prefería á Mario, Camilo y Q. Marcio Coriolano. Interrogado sobre lo que pensaba acerca de los Scipiones, dijo «que habían

(1) Ignórase si se refiere al panegírico del mismo Níger ó al de otro; aunque la respuesta del Emperador es favorable á la primera inteligencia.

sido más afortunados que valientes», encontrando la prueba en las costumbres de su vida doméstica y de su juventud, que se deslizó entre la abundancia y el lujo. Si hubiese llegado á ser dueño del Imperio, ciertamente habría reformado todos los abusos que Severo no corrigió por falta de energía ó de voluntad; y lo habría hecho sin crueldad y hasta con dulzura, pero con entereza, sin ceder neciamente en aquella labor. Todavía se ve en Roma, en el campo de Júpiter, su casa, llamada Pescenniana, y en el frontón de esta casa su estatua en mármol de Tebas, que se cree muy parecida y que recibió del Rey de los Tebanos. Léese en ella una inscripción griega, cuyo sentido es como sigue:

«Esta es la imagen de Níger, terror del soldado egipcio, y aliado de Tebas. Quiere reproducir el siglo de oro. Amanle los reyes, los pueblos y la inmortal Roma. Quiérenle los Antoninos y todo el Imperio. Llámase Níger, y le hemos hecho negro, para que la materia fuese parecida á la persona.»

No quiso Severo que se borrara esta inscripción, á pesar de los consejos de sus prefectos y de los maestros de los oficios, á quienes dijo: «Si fué grande, todos sabrán á qué hombre hemos vencido. Si no lo fué, que juzguen todos de qué hombre triunfamos. Pero el elogio debe conservarse, porque lo mereció Pescennio.» Ahora hablaré de Clodio Albino, á quien puede considerarse como compañero de Níger, puesto que los dos se sublevaron contra Severo, siendo vencidos y muertos por su enemigo. Pero también faltan datos precisos acerca de Albino, que hubiese tenido igual suerte que Pescennio, aunque fué muy diferente su vida.

CLODIO ALBINO,

POR JULIO CAPITOLINO.

Á DIOCLECIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Cuatro emperadores se disputan el Imperio después de la muerte de Pertinax.—Origen de Clodio Albino.—Carta de Cómodo á Albino, en la que le concede el título de César y otros honores que rehusa Albino.— Después de pensar Severo en designarle por sucesor suyo, le hace la guerra.— Familia de Albino.— Su nacimiento.—Origen de su nombre.—Su infancia.—Presagios de su grandeza futura.—Sus diferentes mandos.—Sus hazañas.—Sus dignidades en Roma.—Severo le nombra cónsul.—Escribele cartas este Emperador dejándole entrever que le asociará al Imperio.—Estas cartas se las envía con agentes encargados de matarle en una conversación secreta y á quienes la tortura arranca la confesión de la traición.—Líbran muchos combates Albino y Severo.—Derrota y muerte de Albino.—Sus costumbres desacreditadas por Severo y enaltecidas por Marco Aurelio.—Sus vicios; su carácter; sus gustos.—El Senado le manifiesta mucho cariño.—Severo reconviene amargamente á esta Asamblea en una carta.—Su retrato.—Origen de la estimación del Senado por Albino.—Cómodo le envía un sucesor y proyecta matarle.

Muerto Pertinax, de cuyo asesinato fué autor Albino, fueron elegidos á la vez cuatro emperadores: Juliano, por el Senado, en Roma; Septimio Severo, por el ejército, en Iliria; Pescennio Niger, en Oriente, y Clodio

Albino, en la Galia. Verdad es que dice Herodiano que Albino era el César de Septimio Severo, pero indignándose cada uno de ellos de ver reinar al otro; y habiendo los ejércitos de la Galia proclamado también por rivalidad un emperador, reinó profundo desorden en todo el Imperio. Clodio Albino pertenecía á noble familia; era Adrumetino, y por lo tanto de África, por cuya razón se atribuía el destino asignado á Severo por el oráculo de que ya hicimos mención en la vida de Pescennio, no queriéndose aplicar el Pésimo Blanco de aquel mismo oráculo que contenía el elogio de Severo y de Pescennio Niger. Pero antes de hablar de su vida y de su muerte, debemos narrar lo que le enaltecíó. Al darle Cómodo sucesor, le escribió una carta creándole César. La reproduciremos: «El emperador Cómodo á Clodio Albino: Te he escrito públicamente para nombrar tu sucesor y notificarte tu nueva dignidad. Pero hoy lo hago en particular y como amigo. escribiéndote de mi propio puño, como ves, para autorizarte, si es necesario, á que te presentes á los soldados y tomar el título de César. He sabido que Septimio Severo y Nonio Marco hablan mal de mí á las tropas, preparándose de esta manera el camino al poder supremo. Tendrás, además de este derecho, si lo usas, facultad para dar hasta tres monedas de oro de sueldo. Para este efecto he enviado á mis intendentes cartas selladas con mi sello de Amazona, y que, en caso necesario, podrás enseñar á los tesoreros para que te obedezcan, cuando quieras disponer del tesoro. Más aún; queriéndote revestir de algunas insignias de la majestad imperial, te permito llevar en mi presencia el manto escarlata, y aquí, á mi lado, la púrpura, pero sin oro, porque mi bisabuelo Vero, muerto en su infancia, lo llevaba también por orden de Adriano, que le había adoptado.»

Después de leer estas cartas, no quiso Albino hacer nada de lo que le prescribían, temiendo si mataban á Cómodo, cuyas depravadas costumbres habían perdido á la república, ser él asesinado también. Encuéntrase la

prueba de su negativa en la oración que pronunció al tomar posesión del Imperio, por consentimiento del mismo Severo, según dicen algunos escritores, como demuestra el siguiente paraje: «A pesar mío, compañeros, me veo elevado al Imperio; y esto lo prueba mi negativa á aceptar el título de César que Cómodo me dió. Pero debo someterme á vuestra voluntad y á la del emperador Severo, porque creo que solamente puede gobernar bien la república un varón discreto y valeroso.» No puede negarse, y esto lo dice también Mario Máximo, que Severo tuviese primeramente intención de hacerse sustituir, para el caso en que le ocurriese alguna desgracia, por Pescennio Niger y Clodio Albino. Pero más adelante, el amor á sus hijos, grandes ya, sus celos de Albino, generalmente querido, y con especialidad las excitaciones de su esposa, le hicieron cambiar de opinión y emprender contra sus dos rivales una guerra en la que les venció. Finalmente, Severo había nombrado consul á Albino, cosa que no hubiese hecho de no estar convenido de su mérito, cuando tanto cuidado ponía en la elección de magistrados.

Pero volviendo á Albino, era, como ya dije, originario de Adrumeto y de familia distinguida de aquel país, familia que descendía de las casas romanas de los Postumios y de los Albinos Ceyonios. Una de las más nobles de hoy, esta última familia, que has colmado de honores y á la que prodigarás muchos más todavía, ¡oh gran Constantino! recibió mucho esplendor de los Galienos y los Gordianos. Sin embargo, Albino nació en una casa modesta, de padres respetables que le dejaron caudal muy escaso. Fué su padre Ceyonio Postumio y su madre Aurelia Mesalina, siendo Albino el primogénito. Recibió el nombre de Albino, porque cuando nació era muy blanco, en contra de lo que ordinariamente sucede á los niños, que tienen al nacer muy roja la piel. Esto es lo que nos dice una carta de su padre, escrita á su pariente Elio Bassiano, á lo que puede creerse, y que entonces era procónsul de Africa. «Ceyonio Postumio á

Elio Bassiano. El VII de las kalendas de Diciembre me ha nacido un hijo tan completamente blanco, que el lienzo en que lo colocaron no lo era tanto como él. Por esta razón le he hecho entrar en la familia de los Albinos, que nos es común á los dos, dándole el nombre de Albino. Consérvate bien y ámanos y sirve á la república como lo haces.»

Albino pasó, pues, su juventud en Africa, educándose medianamente en las letras griegas y latinas, porque desde niño manifestó predilección muy acentuada por la milicia. Dicese que en las escuelas cantaba frecuentemente en medio de los otros niños :

Echo mano á las armas alterado,
Y á discurrir no acierto á mi albedrío....

y que repetía :

Echo mano á las armas alterado (1).

Dicese que á su nacimiento siguieron muchos presagios que le prometían el Imperio. En efecto, aquel día nació un toro completamente blanco con cuernos color de púrpura, caso admirable en verdad. Dicese que, siendo tribuno, colocó aquellos cuernos en el templo de Apolo, en Cumas, donde permanecieron mucho tiempo. Habiendo interrogado á la suerte acerca de su destino, preténdese que recibió por respuesta los siguientes versos :

En mar revuelta armado caballero,
Librará al pueblo de infeliz destino,
Venciendo al Galo, al Peno.... (2).

Albino los aplicaba á Septimio Severo que se encon-

(1) *Eneida* II, 314. Edición de esta Biblioteca.

(2) *Eneida* VI, 858. Edición de esta Biblioteca.

traba en Africa. También le vaticinaba el Imperio este otro presagio. Es costumbre especial de la familia de los Césares lavar en caparazones de tortuga á los niños de esta casa. Acababa de nacer Albino cuando se presentó un pescador á ofrecer á su padre una tortuga muy grande, y éste, que era instruido, aceptó con gusto el presagio y el presente: mandó que cuidasen de la concha, y esperando asegurar por aquel medio brillante porvenir á su hijo, la destinó á los baños templados que le administraban. Aunque era cosa rara ver águilas en el paraje en que nació Albino, el séptimo día de su nacimiento, á la hora del acostumbrado festín, trajeron de un nido siete aguiluchos, y, á manera de juego, los colocaron en derredor de su cuna. Su padre, que no quería rechazar el presagio, mandó que diesen de comer á aquellas águilas y que las cuidasen con esmero. También citaré otro presagio. Era costumbre en aquella familia emplear lienzos rosados para envolver á los niños: habiendo lavado casualmente los que había preparado su madre antes del alumbramiento, se encontraban húmedos, y resultó que lo envolvieron en telas de color de púrpura, por lo que la nodriza, en son irónico, le llamó *Porfirio* (1). Tales fueron, además de otras muchas, las señales de su futura grandeza. El que quiera conocerlas, lea á Elio Cordo (2), que ha recogido todas las frivolidades referentes á esto.

Albino se dedicó desde su juventud á la milicia. Sus parientes Lolio Sereno, Bebio Meciano y Ceyonio Postumio le dieron á conocer á los Antoninos. Mandó como tribuno á los jinetes dálmatas; también mandó las legiones de los quartanos y primanos; y durante la sublevación de Avidio, mantuvo la disciplina en los ejércitos de

(1) πορφύρεος, *porphyreus*, de púrpura.

(2) También se le llamaba Junio Cordo. Vivía en tiempo de los Maximinos y los Gordianos. Julio Capitolino le cita también en la vida de los Maximinos y de Macrino, y siempre habla de él como de un mal compilador.

Bitinia. Cómodo le envió á las Galias, y la derrota de los Frisones, que habitaban al otro lado del Rhin, hizo famoso su nombre en Roma y entre los bárbaros. Para recompensarle, le ofreció Cómodo el título de César; le permitió gratificar á los soldados y que llevase el manto escarlata. Pero Albino rehusó estos honores, diciendo «que aquel Príncipe buscaba hombres que pudiesen con él, ó á quienes matar con cualquier pretexto.» Exceptuáronle de la cuestura, y nombrado edil después de esta excepción, ejerció sus funciones durante seis días, porque en seguida le enviaron al ejército. Su pretura, que tuvo lugar bajo el imperio de Cómodo, fué de las más famosas, porque durante los juegos que dió, dícese que hizo representar combates en el Foro y en el teatro. Severo le nombró cónsul en la época en que quería hacerle sucesor suyo con Pescennio.

Avanzado ya en edad llegó al Imperio, siendo mayor que Pescennio Niger, como lo dice Severo en la historia de su vida. Pero después de la derrota de Pescennio, Severo, que quería transmitir el poder á sus hijos, y que veía al Senado inclinarse marcadamente á Clodio Albino, porque pertenecía á familia antigua, hizo entregarle, por medio de los ciudadanos más distinguidos y sus amigos más íntimos, cartas en que le exhortaba, habiendo muerto Pescennio Niger, á gobernar fielmente la república con él. Citaremos la siguiente, según Cordo: «El emperador Severo Augusto al César Clodio Albino, su hermano muy querido y amado, salud. Después de haber vencido á Pescennio, hemos escrito á Roma una carta que el Senado, que te quiere mucho, ha recibido con satisfacción. Conjúrote á que gobiernes la república con tanto celo como cariño te profeso, hermano mío por el corazón, hermano por el Imperio. Bassiano y Geta te saludan. Nuestra querida Julia te saluda también, á ti y á tu hermana. Enviaremos á tu hijo Pescennio Prineo regalos dignos de ti y de él. Conserva los ejércitos en interés de la república y en el nuestro, mi más íntimo, querido y afectuoso amigo.»

Encargó Severo esta carta á comisionados que le eran muy adictos, mandándoles que la entregaran públicamente, pero diciendo en seguida á Albino que tenían que hablarle en secreto acerca de muchos asuntos relacionados con la guerra, con las operaciones de la campaña y con los negocios de la corte. En cuanto, con pretexto de cumplir su misión, se encontrasen solos con él, cinco de los más robustos debían acribillarle con los puñales que llevarían ocultos debajo de las ropas. Los encargados intentaron fielmente la empresa; y cuando se acercaron á Albino y éste se enteró de la carta, dijéronle que tenían que hablarle en secreto, pidiéndole señalase punto para celebrar la conferencia sin testigos; y no quisieron permitir que nadie acompañara á Albino al largo pórtico designado al efecto, por temor, según decían, de que se divulgasen sus instrucciones. Presintió el lazo Albino, y cediendo, al fin, á sus sospechas, mandó dar tormento á los comisionados, quienes al principio negaron obstinadamente, pero vencidos al fin por el dolor, confesaron lo que Severo les había mandado hacer. Descubierta la trama y convencido Albino de lo que ya sospechaba, reunió numeroso ejército y marchó contra Severo y sus capitanes.

Vencido en el primer encuentro por los generales de Severo, en seguida alcanzó ventajas; pero Severo, después de conseguir que el Senado declarase enemigo á Albino, marchó personalmente contra él, y le combatió en las Galias con tanta energía como intrepidez, aunque con diferentes alternativas. Inquieto al fin por el resultado de aquella guerra, consultó á los augures, quienes, según refiere Mario Máximo, le contestaron que Albino caería en su poder, pero ni muerto ni vivo, como así sucedió. En efecto, en el último combate que trabaron, habiendo caído considerable número de soldados de Albino, derrotados otros y rendido el resto, le hirió un eschavo suyo y le llevó moribundo á Severo; hecho que confirmó el vaticinio de que acabamos de hablar. También hay quien pretende que le mataron sus propios sol-

dados esperando conseguir por este medio el favor de Severo. Si hemos de creer á algunos escritores, Albino no tenía más que un hijo, pero Máximo le atribuye dos. Severo consintió al principio dejarle la vida, pero más adelante mandó matarle con su madre, y arrojarlos en seguida á un río. A Albino le cortaron la cabeza y la pasearon clavada en una pica. Severo escribió cartas á los senadores romanos burlándose porque habían querido á Albino hasta la locura y colmado de honores á sus parientes, y con especialidad á su hermano. Dícese que el cadáver de Albino permaneció muchos días en el suelo delante de la tienda del Emperador, donde le desgarraron los perros; pero cuando ya estuvo putrefacto, lo arrojaron á un río inmediato.

En cuanto á sus costumbres, se le ha juzgado de diferentes maneras. Severo, en lo que escribió de él, le llama vil, falso, malvado, grosero, avariento y lujurioso: pero emitió este juicio cuando se hacían la guerra, ó después de esta época, es decir, cuando siendo ya enemigo suyo carecía de imparcialidad. El mismo le había escrito muchas veces como á su amigo más íntimo. Considerable número de personas querían á Albino; el mismo Severo quiso asociárselo con el título de César y en él se fijó primeramente cuando pensó elegir sucesor. Existen cartas de Marco Aurelio que dan buen testimonio de las costumbres y virtudes de Albino; y no será inútil citar á este propósito, la que este Emperador dirigió á sus prefectos: «M. Aurelio Antonino, á sus prefectos, salud. He dado á Albino, de la familia de los Ceyonios y yerno de Plautilio, el mando de dos cohortes auxiliares. Aunque africano, no tiene casi nada de las costumbres de su país, sino que es hombre experimentado, de costumbres austeras é irreprochable conducta. Creo que será útil á los ejércitos, y le conozco bastante para saber que, al menos, no les perjudicará. He decidido darle doble ración de víveres, un traje de guerra adecuado á su rango, aunque sencillo, y sueldo cuádruple. Exhortadle para que sirva bien á la república y recibirá la recompensa que sin

duda merecerá.» Existe otra carta que escribió Marco Aurelio durante la sublevación de Avidio Cassio: «No puede menos de alabarse la firmeza de Albino, que ha sabido mantener en el deber á los ejércitos dispuestos á quebrantarlo y pasar al partido de Avidio Cassio; sin él, la desertión hubiese sido general. He aquí, pues, un hombre digno del consulado, y á él le elevaré en el puesto de Cassio Papirio, que, según me dicen, toca á su fin. Sin embargo, no quiero que lo publiques todavía, por temor de que Papirio ó sus amigos lleguen á saberlo y nos censuren haber nombrado un cónsul en vida del otro.»

Estas cartas prueban que Albino era hombre útil al Estado; demostrándolo especialmente el hecho de que, queriendo atraerse á los habitantes de las ciudades asoladas por Níger, les envió dinero para repararlas. Cordo, que recoge en su historia mínimos detalles, dice que era glotón, que comía enormes cantidades de frutas; por ejemplo, que comía en ayunas quinientos higos secos, de la especie que llaman los Griegos callistruthios (1), cien priscos de Campania (2), diez melones hostienses (3), veinte libras de uvas de Luvica, cien becafigos y cuatrocientas ostras. El mismo escritor dice que bebía poco vino, aserción que contradice Severo, que pretende que Albino se embriagaba hasta en la guerra. Jamás cenaba con sus amigos, bien por efecto de su inclinación á la embriaguez, como dice Severo, bien por efecto de su áspero carácter. Su esposa le detestó, fué injusto con sus esclavos y cruel con los soldados. Mandó crucificar á muchos centuriones ordinarios (4) que no habían merecido aquel castigo, y con mucha frecuencia les hacía azo-

(1) Higos que apetecen mucho los gorriones, de lo que procede su nombre.

(2) Estos melocotones eran mucho más gruesos que los otros.

(3) Estos eran una especie de melones de agua que venían de la Campania.

(4) Llamábase ordinarios á los que gobernaban un cuerpo de tropas. Algunos distinguen entre los ordinarios y los centuriones, mientras que otros los consideran iguales.

tar con varas, no perdonando ninguna falta. Gustaba de la limpieza en el traje, pero no mostraba cuidado alguno en sus banquetes, prefiriendo á todo la cantidad. Apasionado por las mujeres, ignoró siempre el vicio contra la naturaleza y persiguió á los que se entregaban á él. Poseía extensos conocimientos en agricultura, hasta el punto de que escribió geórgicas. Algunos escritores le atribuyen las Miliesianas, que tuvieron bastante fama aunque están medianamente escritas.

El Senado le amó más que á ningún príncipe; especialmente en odio á Severo, á quien detestaban los senadores á causa de su crueldad. Así fué que después de la derrota de Albino, Severo hizo parecer á considerable número que habían favorecido el partido de su rival, ó que lo supuso; y en cuanto quedó muerto cerca de Lugdunum (Lyon), hizo examinar su correspondencia para saber á quién escribía y quién le había contestado. A todos aquellos de quienes encontró cartas les hizo declarar enemigos por el Senado, y, lejos de perdonar á ninguno, les condenó á muerte, después de confiscarles los bienes, con los que enriqueció el Tesoro público. Consérvase una carta de este emperador al Senado, que demuestra bien su carácter. Dice así: «Nada podía serme más agradable, padres conscriptos, que veros preferir Albino á Severo. He atendido á los aprovisionamientos de la república; he sostenido muchas guerras por ella; he proporcionado al pueblo romano cantidad casi increíble de aceite. Dando muerte á Pescennio Níger, os he librado de los males de la tiranía. Es indudable que habéis agradecido y recompensado dignamente mis servicios. A un africano, un aventurero de Adrumeto, que se dice de la antigua familia de los Ceyonios, le habéis ensalzado hasta quererle por emperador, durante mi reinado y viviendo mis hijos. ¿Acaso faltaba á ese Senado tan justo un príncipe á quien pudieseis amar y que os amase á su vez? Habéis colmado de honores al hermano de ese hombre: sin duda esperabais de él consulados, preturas, todas las dignidades de la magistratura. Estáis muy lejos de demostrarme

los nobles sentimientos que animaban á vuestros antepasados cuando la sublevación de Pisón; de los que dieron testimonio á Trajano, y pruebas más recientes todavía durante la defección de Avidio Cassio: un falsario, hábil para sostener toda clase de imposturas, hasta la de atribuirse noble origen, ése es el que me habéis preferido. Y hasta se ha oído á Stantilio Corfuleno pedir en pleno Senado distinciones para Albino y para su hermano. Solamente faltaba otorgar el triunfo á ese ilustre capitán como vencedor mío. No he deplorado menos ver á la mayor parte de vosotros alabando su saber, cuando solamente alimentaba su mente con fábulas absurdas y ha envejecido sobre las Miliesianas púnicas de su Apuleyo y en medio de todas las necesidades literarias.» Vese por esta carta con cuanto encarnizamiento se vengó Severo del partido de Pescennio y de Albino. Estos detalles se encuentran en la vida de Severo; y á los que quieran conocerlos les bastará leer, entre los autores latinos, á Mario Máximo, y, entre los Griegos, á Herodiano, quienes por punto general son muy exactos.

Albino era alto y tenía los cabellos negros y rizados, la frente ancha y admirablemente blanca la tez; lo que, según aseguran la mayor parte de los autores, le hizo dar el nombre de Albino. Su voz era de mujer y casi de eunuco. Fácil para irritarse, su odio era implacable y terrible su furor. Inconstante en el desorden, frecuentemente se hartaba de vino, y con frecuencia también se abstenía; era además tan valiente en la guerra, que le llamaban el Catilina de su siglo. Creemos conveniente mencionar las causas que le atraieron el cariño del Senado. Cuando mandaba los ejércitos de Bretaña por orden de Cómodo y le llevaron la noticia, falsa entonces, de la muerte del Emperador, de quien había recibido el título de César, se acercó á los soldados y les habló de esta manera: «Si el Senado del pueblo romano gobernase como en otro tiempo la república, y si aquella autoridad no se hubiese abandonado á un hombre solo, jamás hu-

biesen estado confiados los destinos públicos á un Vite-lio, á un Nerón ó un Domiciano; la autoridad consular se hubiese perpetuado en nuestras familias de los Ceyonios, Albinos, Postumios, de las que vuestros padres, después de oír á sus antepasados, obtuvieron grandes lecciones. Es evidente que el Senado unió el Africa al Imperio romano; dominó las Galias y las Españas, y dió leyes á los pueblos de Oriente. También es él quien intentó la sumisión de los Parthos, y los hubiese sometido si la desgracia del Estado no hubiera puesto entonces al frente del ejército romano un general avaro (Crasso). César era senador, y no dictador todavía, cuando sometió las Bretañas. ¿No habria sido Cómodo mejor príncipe si hubiese respetado al Senado? La autoridad de los senadores fué poderosa hasta el reinado de Nerón, puesto que no temió condenar á aquel príncipe impuro y despreciable, y dictar sentencia capital contra el que entonces tenía el derecho de vida y muerte. Esto es lo que me decide, oh compañeros, á rechazar el título de César que me ha dado Cómodo. ¡Plegue á los dioses que otros no lo ambicionen! Al Senado corresponde mandar, distribuir las provincias; al Senado nombrarnos Cónsules: ¿y qué digo al Senado? á vosotros mismos, á vuestros padres; porque vosotros seréis también senadores.

Vivia Cómodo aún, cuando se dió cuenta en Roma de esta oración; y de tal manera se enfureció contra Albino, que en seguida le envió por sucesor á Julio Severo, uno de sus favoritos. Albino, por su parte, recibió del Senado, aunque ausente y viviendo Cómodo, felicitaciones votadas por aclamación; y después de la muerte de este Emperador, algunos ciudadanos llegaron á aconsejar á Pertinax que se lo asociase. Sin embargo, Albino fué quien decidió á Juliano á que asesinase á Pertinax; y para demostrar la verdad de este aserto, citaré una carta de Cómodo á sus prefectos del Pretorio, carta en la que dejaba entrever su intención de hacer matar á Albino. «Aurelio Cómodo Severo á sus prefectos, salud. Supongo que estáis enterados del rumor que ha corrido acerca de que

mis guardias me habían asesinado, y conoceréis la oración de Clodio Albino á mis soldados, con la que se recomienda audazmente y, por lo que puedo juzgar, con bastante éxito, al Senado. Porque sostener que el Estado no debe tener un jefe único y que todo el Gobierno pertenece al Senado, es pedirle el Imperio. Vigilad, pues, con mucho cuidado á ese ambicioso, puesto que sabéis todo lo que puede temerse de él para los soldados, el pueblo y vosotros mismos.» Habiendo encontrado Pertinax estas cartas, las publicó para hacer odioso á Albino, por lo que Albino aconsejó á Juliano que matase á Pertinax.

ANTONINO CARACALA,

POR ELIO SPARCIANO.

SUMARIO.

Infancia de Caracala.—Su cambio de carácter.—Se apodera del poder y hace asesinar á su hermano Geta.—Hace perecer á Leto y también á Afer y Pompeyano.— Muerte de Papiniano y de sus hijos.—Otros asesinatos.—Persigue á los amigos de su hermano.—Su conducta en las Galias.—Sus viajes.—Sus hazañas.—Toma el nombre de Germánico.—Sus crueldades en Alejandría.—Su expedición contra los Parthos.—Muere asesinado.—Conspiración tramada contra él.—Motivos de la muerte de Papiniano.— Los soldados nombran emperador á Macrino.— Su hijo Heliogábalo.—Sus costumbres.—Sus edificios.— Favorece en Roma el culto de Isis.— Depositase su cuerpo en la tumba de los Antoninos.— Su matrimonio con su madrastra Julia.— Corre riesgo de que le mate su padre.—Deificanle después de su muerte.

Los dos libros que dejó Septimio Severo dicen que Geta y Bassiano fueron creados emperadores, el uno por el ejército, el otro por su padre, y que el primero fué declarado enemigo de la patria, mientras que Bassiano tomó posesión del trono. Nada diremos de sus antepasados, porque bastante hemos hablado de ellos en la vida de Severo. En su infancia tuvo carácter dulce, y fué inteligente, muy afectuoso con sus parientes, atento con sus amigos, agradable al pueblo, querido del Senado, y dotado, en fin, de todas las cualidades que merecen el

cariño de los hombres. Mostró mucha afición al estudio (1), pasión por el bien é inclinaciones á la clemencia; pero solamente fué así durante la vida de sus padres. Cuando veía criminales arrojados á las fieras lloraba ó separaba los ojos, lo que le hacía más querido del pueblo. A la edad de siete años, enterado de que habian golpeado rudamente á un amigo suyo porque profesaba la religión judía, se negó por mucho tiempo á ver á su padre, á los del niño y á los que le habian golpeado. Hizo devolver sus antiguos derechos á los habitantes de Antioquia y de Bizancio, que habian incurrido en la venganza de Severo por haber favorecido á Níger, y odió á Plauciano por su crueldad. Espontáneamente daba á los clientes de su padre ó á sus maestros los regalos que recibia de sus parientes con ocasión de las Sigilarias (2).

Así fué durante la infancia; pero apenas salido de esta edad, se le vió, sea por consejo de su padre, sea por la ductilidad de su carácter, ó bien por la esperanza de igualar algún día á Alejandro Magno de Macedonia, hacerse más reservado, más severo y tomar aspecto duro, hasta el punto de que los que le conocieron niño no podian reconocerle. Solamente hablaba de Alejandro

(1) Hablando de la educación de Caracala, dice Xifilino: «Jamás aplicaba su espíritu á la ciencia ó á la virtud; así es que nunca aprendió nada, como lo decía francamente. Por esta razón nos apreciaba tan poco á los que sabia nos dedicabamos al estudio. Sin embargo, Severo cuidaba mucho de hacerle aprender los ejercicios que pueden desarrollar el cuerpo y el espíritu; y desde que le sucedió en el Imperio, pasaba diariamente muchas horas con sabios, leyendo con ellos los libros de los filósofos. También se habia acostumbrado á frotarse con aceite y á recorrer á caballo hasta setecientos cincuenta estadios, y se bañaba en tiempo revuelto. Por medio de estos ejercicios habia aumentado sus fuerzas, haciéndose más apto para el trabajo; pero no habia conservado ninguna idea de las ciencias. No carecia, sin embargo, de penetración para comprender las cosas, ni de palabras para expresar sus pensamientos, diciendo con maravillosa prontitud cuanto se presentaba á su pensamiento.»

(2) Dos días añadidos á las Saturnales, en los que los parientes regalaban á los niños figuritas llamadas *sigilla*.

y sus hazañas (1), y abiertamente elogiaba á Tiberio y Sila. Era más orgulloso que su padre, y despreciaba la modestia de su hermano. Muerto Severo, marchó en seguida al campamento de los pretorianos y se quejó á los soldados de que su hermano atentaba á su vida. De esta manera consiguió que le asesinasen en palacio y mandó que en el acto quemasen su cadáver. En seguida dijo en el campamento que su hermano habia querido envenenarle, y que habia faltado al respeto á su madre; públicamente dió gracias á los asesinos, y en fin, aumentó el sueldo de las tropas cuya fidelidad habia experimentado. Los soldados que acampaban cerca de Alba recibieron con indignación la noticia de la muerte de Geta, diciendo todos que, habiendo prestado juramento á los dos hijos de Severo, querian permanecer fieles á los dos. Así fué que, cerrando las puertas de la ciudad, negaron por mucho tiempo la entrada al Emperador, no admitiéndole hasta que les calmó, no solamente con sus calumnias

(1) Dice Xifilino que profesaba tal veneración por el nombre y memoria de Alejandro, que ordinariamente empleaba armas y vasos semejantes á los que aquél usó, llegando á poblar el campo romano con estatuas de aquel rey. Formó una falange de diez y seis mil hombres oriundos de Macedonia, y la equipó y armó como las antiguas macedónicas, llamándola falange de Alejandro. Hizose llamar Alejandro de Occidente, y un día escribió al Senado diciendo que habia penetrado en su cuerpo el espíritu de Alejandro para animarle por más tiempo que el suyo propio. Tanta aversión profesaba á los filósofos que seguían la doctrina de Aristóteles, que les privó de las inmunidades y franquicias que tenían en Alejandria; y hasta pensó quemar los libros de aquel filósofo, so pretexto de que habia sido causa de la muerte de Alejandro. Constantemente llevaba muchos elefantes en su comitiva para imitar á aquel rey, ó mejor dicho, á Baco. A un tribuno que era de Macedonia y se llamaba Antígono, llevando su padre el nombre de Filipo, le elevó á la dignidad de senador y prefecto. A otro, que no era de Macedonia y que era reo de muchos crímenes, le trató con mucha consideración solamente porque se llamaba Alejandro; y como el abogado que tenía á su cargo la acusación, repetía continuamente: «Alejandro es un homicida; Alejandro es un enemigo de los dioses», exclamó Antonino: «¡Ay de tí si continúas declamando contra Alejandro!»

quejas de Geta, sino con la enormidad de las cantidades que se acostumbra á conceder á las tropas; hecho esto, regresó á Roma. Entonces entró en el Senado, llevando una coraza sobre su traje de senador y seguido de soldados armados que colocó en dos filas, entre los asientos, en medio de la asamblea. Tomando en seguida la palabra, quejóse en confuso y premioso discurso de los malos propósitos de su hermano, acusándole de todos los crímenes y disculpándose de toda falta. El Senado se mostró impaciente sobremanera cuando le oyó decir que todo lo había concedido á su hermano, á quien hasta había librado de secretas tramas, y que sin embargo Geta había tratado de matarle no correspondiendo en manera alguna á su amor fraternal.

Hecho esto, mandó repatriar á los desterrados, y regresando en seguida al campamento de los pretorianos, pasó allí la noche. A la mañana siguiente subió al Capitolio, se mostró muy afable con aquellos cuya muerte había decidido, y regresó á palacio apoyándose en Papiniano y Chilón. Viendo á la madre de Geta llorando á su hijo con otras mujeres, pensó hacerlas perecer también, y solamente le detuvo el temor de aumentar la reputación de crueldad que le había dado el asesinato de su hermano. Obligó á Leto á que se diese la muerte y le envió veneno. Había sido éste el primero en aconsejar la muerte de Geta, y también fué el primero que pereció después de él. Con frecuencia lloró la muerte de su hermano; quitó la vida á la mayor parte de los que habían intervenido en el asesinato, y siempre veneró su memoria y su imagen. Hizo matar á Afer, primo hermano suyo, á quien el día antes había enviado manjares de su mesa; y éste, habiéndose precipitado desde una altura para escapar á los asesinos, y refugiándose con una pierna rota al lado de su esposa, los asesinos le arrancaron de aquel asilo insultándole, y le mataron. También hizo perecer á Pompeyano, nieto de Marco Aurelio, nacido de la hija de este Emperador, Lucila, y de Pompeyano, con quien se había casado después de la muerte de Vero. Bassiano,

que le había nombrado cónsul dos veces y encargado la dirección de las guerras más difíciles, le hizo matar de manera que se creyese había perecido á manos de bandidos.

Después de esto fué decapitado Papiniano á presencia del Emperador, quien dijo al verdugo después de la ejecución: «Te había mandado matarle con la espada.» Por orden suya fué muerto Petronio delante del templo de Antonino Pio, y se proporcionaron el repugnante placer de arrastrar los cadáveres por las calles de la ciudad. El hijo de Papiniano, que había dado tres días antes, como cuestor, magníficos juegos, cayó también bajo sus golpes. En pocos días se vió perecer también á considerable número de personas acusadas de haber favorecido el partido de Geta; dando la muerte hasta á los libertos destinados en otro tiempo al servicio de aquel príncipe. Estos asesinatos se cometían en todas partes y hasta en los baños. Algunos ciudadanos fueron muertos en la mesa, entre ellos Sammonico Sereno, de quien se conservan muchos libros muy eruditos. Chilón, que era cónsul y prefecto por segunda vez, corrió graves riesgos por haber exhortado á los dos hermanos á la concordia. Sin embargo, un día en que los soldados urbanos despojaron al mismo Chilon de su traje de senador y le arrastraron con los pies descalzos (1), Caracala calmó el tumulto. Otros muchos asesinatos cometió en Roma, haciendo que los soldados arrebatasen y matasen á multitud de ciudadanos como si les castigase por conspiradores. Helvio Pertinax, cónsul subrogado, debió la muerte á ser hijo de un emperador. Caracala no cesó nunca de matar bajo diferentes pretextos á cuantos habían sido amigos de su hermano (2). Muchas veces prorrumpió en altaneras in-

(1) Dión refiere de otra manera el hecho: según su relato, los soldados cogieron á Chilón en el baño, y por consiguiente, sin ropas ni calzado.

(2) Según Xifilino, era crimen haberle escrito alguna vez ó haber pertenecido á sus guardias. Bastante era para ser decla-

vectivas contra el Senado, y también contra el pueblo en sus edictos ó en sus discursos, declarando quería llegar á ser otro Sila.

Realizados estos asesinatos, marchó á la Galia, y á su llegada hizo perecer al Procónsul narbonense. En seguida lo revolvió todo en la provincia y se hizo odiar como tirano, aunque á veces fingía bondad, á pesar de lo maligno que era por naturaleza. Después de perseguir de esta manera á los hombres y de violar los derechos de las ciudades, cayó gravemente enfermo y se mostró excesivamente cruel con los que le cuidaron. En seguida se preparó para marchar al Oriente, pero renunciando al viaje se detuvo en la Dacia. Destruyó considerable número de bárbaros en las cercanías de la Rhaecia, y en las arengas y donativos que hacía á sus soldados les trataba como si fuesen de Sila. Prohibió que le diesen el nombre de ningún dios, á pesar del ejemplo de Cómodo, á quien llamaron Hércules por haber dado muerte á un león y otras fieras. Después de vencer á los Germanos tomó el nombre de *Germánico* (1), afirmando, sería ó jocosamente, porque era un necio y un loco, que si hubiese vencido á los Lucanios se hubiese hecho llamar *Lucánico* (2). Por aquel mismo tiempo fueron condenadas personas que habían orinado delante de las estatuas ó retratos del Príncipe (3), ó quitado, para poner otras en su lugar, las coronas de las imágenes. También se condenó á los que llevaban al cuello amuletos para preservarse de las tercianas y cuartanas. Atravesó la Tracia con el prefecto del pretorio, y al pasar el mar, dirigiéndose al Asia, estuvo á punto

rado culpable y condenado, haber escrito ó pronunciado su nombre, aunque no se le hubiese conocido jamás. Los poetas no se atrevían ya á dar el nombre de Geta á los personajes de sus comedias; y los que lo escribieron en sus testamentos fueron castigados con la confiscación de sus bienes.

- (1) Esta palabra significaba también asesino de su hermano.
 (2) Generalmente significaba glotón.
 (3) Este era un delito de lesa majestad inventado por Tiberio.

de naufragar, habiéndose roto la entena de su nave, por lo que tuvo que bajar á un esquife con sus guardias, y recibido en seguida en una trirreme por el prefecto de la flota, escapó por este medio al peligro. Con frecuencia hizo frente á jabalies, y hasta combatió con un león; hazafia de la que se lisonjeó en sus cartas á sus amigos, alabándose de haberse acercado al valor de Hércules.

Después de estas cosas, queriendo hacer la guerra á los Armenios y á los Parthos, dió por jefe á sus tropas un hombre igual á él en costumbres. En seguida marchó á Alejandria, convocó al pueblo en el Gimnasio y le dirigió duras reconvenciones. Mandó también que se eligiese entre los ciudadanos en estado de empuñar las armas é hizo matar á los elegidos, á ejemplo de Ptolomeo Evergeta, octavo de este nombre. Á una señal dada, los soldados degollaron á sus huéspedes, haciendo horrible matanza en Alejandria. Desde allí, atravesando el territorio de los Cadusios y Babilonia, marchó á atacar á los sátrapas de los Parthos, y hasta soltó fieras en comarca enemiga. Habiendo escrito al Senado como después de una victoria, recibió el nombre de *Parthico*, porque viviendo su padre había obtenido el de *Germánico*. Pensando en otra guerra con los Parthos, había invernado en Edessa, y desde allí había marchado á Carras para las fiestas del dios Luna, el día aniversario de su nacimiento, esto es, el VIII de los idus de Abril, y precisamente el de las fiestas de Cibeles, cuando habiéndose separado para satisfacer una necesidad natural, le mató á traición el prefecto del pretorio Marerino, que se apoderó después del Imperio. Eran cómplices de Macrino Nemesiano, su hermano Apolinar y Reciano, jefe de la segunda legión párthica (1) y jefe también de la caballería escogida. Marco Agripa, que mandaba la flota, y otros muchos jefes, ganados por

- (1) Esta legión la formó Severo con otras dos, la primera y la tercera.

Marcial, habían entrado también en la conspiración.

Fué muerto en medio de sus guardias, cómplices del asesinato, en el camino de Carras á Edessa, donde se apeó para orinar. Al ayudarle su escudero á montar, le dió una puñalada en el costado, atribuyéndose únicamente el hecho á Marcial. Puesto que hemos hablado del dios Luna (1), expondremos las opiniones de todos los sabios relativamente á este asunto, opinión propagada también entre los habitantes de Carras: esta opinión es que los que llaman á la Luna con nombre femenino y le atribuyen el mismo sexo, están sujetos á las mujeres y dominados por ellas; y, por el contrario, los que la creen divinidad masculina conservan siempre el imperio sobre las mujeres y nada tienen que temer de sus asechanzas. De esto procede que los Griegos y Egipcios, aunque dan á este astro nombre femenino, le llaman sin embargo dios en sus misterios.

Sé que se ha dicho, en cuanto á la muerte de Papiniano, que se ignoraba el verdadero motivo, á causa de la variedad de relatos; por mi parte, he preferido referir todas las opiniones, á guardar silencio acerca del asesinato de varón tan preclaro. Dicese, pues, que Papiniano fué uno de los amigos más íntimos del emperador Severo, y hasta, según algunos, su pariente por la segunda mujer de este Emperador; que á él recomendó muy especialmente Severo sus dos hijos; que había estudiado con el bajo Scévola y sucedido á Severo como abogado del fisco; que por todos estos motivos había procurado mantener la concordia entre los dos hermanos; que hasta consiguió impedir fuera muerto Geta cuando le acusó Bassiano de atentar á su vida, y que por esta razón los soldados de Bassiano, no solamente por consentimiento suyo, sino por orden terminante, le asesinaron con los

(1) Este dios era la misma Luna. En muchas lenguas de Oriente luna es nombre masculino ó tiene los dos géneros. De aquí que unos hayan hecho de ella un dios, otros una diosa y algunos una divinidad hermafrodita.

partidarios de Geta. Dicen la mayor parte de los autores que habiéndole ordenado Bassiano, después de la muerte de su hermano Geta, que justificase aquel crimen ante el pueblo y el Senado, respondió Papiniano, «que era más fácil cometer que justificar un fratricidio». Dicese también que se negó á componer una oración destinada á ultrajar la memoria de Geta y á hacer menos odioso al asesino, asegurando «que sería cometer otro fratricidio acusar á un muerto inocente». Pero este relato es inverosímil; porque no era el prefecto quien componió las arengas (1), y sabido es que mataron á Papiniano como partidario de Geta. Dicese también que arrastrado por los soldados al palacio para matarle allí, hizo una especie de predicción, diciendo que sería un insensato el que le sucediese en la prefectura del Pretorio si no vengaba su dignidad, tan cruelmente atacada. El día de esta venganza llegó al fin, porque, como ya hemos dicho, Macrino mató á Caracala. Los soldados le nombraron emperador con su hijo, á quien hizo tomar, en vez del nombre de Diadumeno, que llevaba, el de Antonino, porque los pretorianos querían un emperador que se llamase así.

Bassiano vivió cuarenta y tres años y reinó seis. Hicieronle funerales públicos. Dejó un hijo, á quien más adelante llamaron Antonino Heliogábalo; tan grato era el nombre de Antonino, teniendo, como el de Augusto, imperio en todos los corazones. Caracala tenía costumbres muy desarregladas, y en crueldad excedió á su padre. Era glotón, amante del vino, odioso á sus parientes y odiado de todos los soldados, exceptuando los pretorianos: entre los dos hermanos no existió ninguna conformidad. Entre los monumentos con que adornó á Roma, deben citarse los magníficos baños que llevan su nombre: la sala en que se encontraban las cubas era, por confesión de los arquitectos, inimitable; porque se

(1) Ordinariamente eran los pretores quienes hablaban en público á nombre de los emperadores.

dice que la bóveda entera descansaba sobre una balaustrada de bronce ó cobre, y ocupaba tanta extensión que hábiles mecánicos niegan la posibilidad. Dejó con el nombre de su padre un pórtico, en el que estaban representadas las hazañas, los triunfos y las guerras de este emperador. El nombre de Caracala (*Caracallus*) lo había recibido por un traje, desconocido hasta entonces, que dió al pueblo y que bajaba hasta los talones. El pueblo romano, que los usa mucho, da todavía á estos caracalas el nombre de Antoninianas. Difícil sería citar una vía romana más hermosa que la que conduce á estos baños, es decir, á las tórnas Antoninianas, y que es obra suya. Trasladó á Roma el culto de Isis, y por todas partes erigió magníficos templos á esta divinidad; celebrando también sus misterios con más solemnidad que se hacía antes de él. Me extraña se haya dicho que fué el primero en introducir en Roma el culto de esta diosa, puesto que Antonino Cómodo observaba sus ritos hasta el punto de llevar el Anubis y hacer las pausas consagradas. Quizá se habrá dicho por lo que aumentó á la pompa de estas ceremonias. Depositóse su cadáver en la tumba de los Antoninos, porque llevando su nombre, debía compartir su tumba.

Interesante es saber como se casó con su madrastra Julia. Esta mujer, que era muy hermosa, habiéndosele presentado un día casi desnuda, como por inadvertencia, le dijo Antonino: «Si fuese licito, te querría.— Si tú lo quieres, licito es, contestó ella. ¿Ignoras que el Emperador da leyes y no las recibe?» Excitando estas palabras la pasión del Príncipe, le alentaron á consumir el crimen, y celebró unas bodas que él mismo hubiese debido prohibir á ser digno de dictar leyes. Casóse, pues, con su madre (porque no puede dársele otro nombre), y unió el incesto al fratricidio, puesto que se casó con aquélla á cuyo hijo acababa de asesinar. Añadiremos una sátira lanzada contra él. Como había tomado los nombres de Germánico, Párthico, Arábigo y Alemánico (porque había vencido á los Alemanes), Helvio

Pertinax, hijo del emperador de este nombre, le dijo: «Añade, si te place, á esos nombres el de Máximo Gé-tico», porque había dado muerte á Geta, y en sus viajes al Oriente había vencido en muchas batallas á los Godos, llamados también Getas.

Muchos prodigios anunciaron la muerte de Geta, como referiremos en su vida. Aunque murió antes que su hermano, hemos creído deber hablar antes del que nació y reinó primero. Cuando el ejército dió á Bassiano el título de Augusto, en vida de su padre, porque éste, continuamente enfermo de gota, parecía incapacitado para gobernar el Imperio, Severo reprendió enérgicamente á los soldados y á los tribunos, y, según se dice, proyectó dar muerte á su hijo, resolución que combatieron sus prefectos, magistrados muy austeros. Otros, por el contrario, dicen que los prefectos le aconsejaron el crimen, y que Severo se resistió, temiendo se le tachase de barbarie, y que, siendo los soldados los únicos culpables, imponer pena tan terrible á la necia temeridad del joven, haría le acusaran de asesino de su hijo. Sin embargo, aquel Caracala, el más cruel de los hombres, y para recordar de una vez todos sus crímenes, aquel fratricida, aquel incestuoso, aquel enemigo de su padre, fué elevado al rango de los dioses por el que le mató, por Macrino, que temía el enojo de los soldados, y especialmente de los pretorianos. Tiene templo, pontífices, sacerdotes llamados Antoninianos, él, que despojó á Faustina de su templo y de los honores divinos; al menos la privó del que le erigió su esposo Antonino Pío al pie del monte Tauro, y que el hijo de Bassiano, Heliogábalo Antonino, consagró después á sí mismo, y á Júpiter Sirio ó al Sol, porque no se sabe con seguridad.

APÉNDICE

Á LA VIDA DE CARACALA.

Xifilino y Herodiano refieren de la siguiente manera acontecimientos de la vida de Caracala que Sparciano abrevia singularmente ó altera en su orden :

« Después de la muerte de Severo, Antonino se hizo el único dueño del poder soberano, á pesar de que aparentemente lo compartía con Geta. En seguida ajustó la paz con los enemigos y les abandonó las tierras y las plazas fuertes. Despidió algunos familiares, entre los que se encontraba Papiniano, y mandó matar á otros, como á su ayo Evodio, Cástor, su esposa Plautila y á Plauto, hermano de ésta. Lo mismo hizo con un hombre de posición humilde, puesto que era auriga, pero que se había hecho muy célebre en esta profesión, y no tuvo otro motivo para tratarlo de esta manera que pertenecer al partido contrario del que favorecía él. Este fué muerto á edad bastante avanzada, y después de haber ganado setecientas ochenta y dos coronas, número mucho mayor del que ningún otro consiguió jamás. Caracala formó el proyecto de matar á su hermano en vida de su padre, y después; pero no pudo conseguirlo ni durante la vida de su padre, porque velaba por su seguridad, ni después de su muerte, porque durante el viaje los soldados, que querían mucho á Geta por lo que se parecía á Severo, no lo hubiesen permitido; pero se deshizo de él cuando llegaron á Roma. Alabá-

banse recíprocamente y se daban otras pruebas exteriores de afecto; pero las desmentían por sus demás acciones, que solamente respiraban odio, no prometiéndole nada que no fuese trágico y funesto. Antes de que llegasen á Roma, habíanse observado señales de la desgracia que les amenazaba; porque habiendo dispuesto el Senado que para obtener su reconciliación se dedicarían sacrificios á los dioses, y, principalmente á la Concordia, los ministros del templo prepararon la víctima, y el Cónsul partió para hacer el sacrificio. Pero á pesar de que los ministros buscaron al Cónsul durante la noche y el Cónsul les buscó de la misma manera, no consiguieron encontrarse, y no se hizo el sacrificio. Al día siguiente subieron dos lobos al Capitolio, cogiendo á uno en el mercado y matando al otro fuera de las murallas, cosa que se consideró como presagio de lo que había de acontecer á dos emperadores. Antonino proyectó deshacerse de Geta durante la solemnidad de las Saturnales; pero no pudo encontrar ocasión, porque siendo públicas sus desavenencias, los dos estaban prevenidos; ambos tenían constantemente hombres sobre las armas, que acechaban el momento de sorprenderse y que algunas veces llegaban á las manos. Geta se hacía guardar día y noche, en la casa y fuera de ella, por soldados y gladiadores. Cansado, sin embargo, de vivir en constante agitación, suplicó á su madre que les llamase á su hermano y á él, y les reconciliase. Mas apenas había entrado en la cámara de Julia, entraron también centuriones enviados por su hermano, se lanzaron sobre él y le asesinaron en los brazos de su madre, al mismo tiempo que le abrazaba estrechamente, y que permaneciendo como pegado á su seno, exclamaba: «¡Sálvame, madre mía, que me asesinan.» Así, pues, aquella desgraciada Emperatriz, engañada por la perfidia de Antonino Caracala, tuvo el sentimiento de ver asesinar á su hijo en sus brazos, verse cubierta de su sangre, y hasta recibió una ligera herida en una mano, de la que ni siquiera se quejó. Pero el colmo de su dolor fué que

ni pudo atreverse á llorar á un hijo que le arrebataban por medio de tan infame traición, en la lozanía de la juventud, á la edad de veintidós años, y nueve meses, viéndose obligada á reír y mostrar regocijo como por extraordinaria felicidad. De tal manera se observaban los gestos y conducta de aquella Emperatriz, viuda de emperador y madre de dos emperadores, que no tenía libertad para mostrar el dolor que experimentaba por la desgracia más cruel que podía ocurrirle. Aunque era muy tarde cuando se cometió el crimen, Caracala no dejó de marchar al campamento, exclamando por el camino que habían tramado una conspiración contra él y que había corrido grave peligro. Cuando hubo cruzado la muralla saludó á los soldados, y, sin referirles lo que acababa de suceder, les cerró la boca con magníficas promesas, por temor de que dijese algo de lo que la compasión exigía de ellos en aquella coyuntura. «Compañeros, les dijo, ahora solamente depende de mí hacerlos regalos. Me considero como uno de vosotros y solamente quiero vivir para colmaros de beneficios. Deseo vivir entre vosotros, y si no, morir entre vosotros. No temo la muerte, y me alegraré de encontrarla en la guerra, donde los hombres de corazón desean terminar la vida.»

» Al día siguiente habló muy poco en el Senado; y cuando se levantó de su asiento y se encontró cerca de la puerta, nos dijo: «Escuchad una cosa que regocijará al universo. Que todos los desterrados regresen de su destierro, cualquiera que sea el delito por que se encuentren castigados.» De esta manera sacó de las islas los malvados que las poblaban, llenándolas en seguida de soldados, libertos y de los familiares de su hermano Geta. De una sola vez hizo matar hasta veinte mil, entre hombres y mujeres y otras personas que tenían cargos y empleos en palacio, siendo el más ilustre de todos Papiniano. Antonino Caracala reprendió al que le mató, porque para hacerlo empleó el hacha en vez de la espada. Pensó hacer lo mismo con Cilón, á

pesar de que había sido ayo y bienhechor suyo, prefecto de Roma bajo el reinado de Severo y de haberle dispensado muchas veces el honor de llamarle padre. Los soldados á quienes encargó de la muerte robaron su vajilla de plata, sus ropas y sus muebles, y, habiéndole encontrado en el baño, le llevaron por la vía Sacra al palacio, cubierto con simple túnica y con sandalias.

»Rasgáronle la túnica y tan infamemente le azotaron el rostro, que quedaron asombrados los ciudadanos y soldados de la ciudad. Experimentando Antonino cierta vergüenza, causada por la presencia de los que no podían aprobar tan indigno tratamiento, salió al encuentro de Clión, y como se encontraba con manto militar, lo cubrió con él, diciendo á los que le sujetaban: «No hagáis daño á mi padre; no golpeéis á mi ayo.» Condenó al último suplicio al tribuno de los soldados, en aparente castigo de los malos tratamientos que había inferido á Clión, pero en realidad porque no había ejecutado las ordenes que le había dado de matarle. No trataré de dar los nombres de todos los varones importantes que hizo morir sin ninguna formalidad de justicia, á pesar de que Dión no los omite, porque se les conocía muy bien en su tiempo. Me limitaré á decir que arrebató del mundo á cuantos quiso, sin examinar si había razón ó no, y que por este medio privó á Roma de los hombres más honrados que han existido entre sus habitantes. En seguida se distrajo de los asesinatos para entregarse á las diversiones de los teatros, que tampoco estuvieron exentos de sangre; porque no mencionando un elefante, un rinoceronte, un tigre y un hipopótamo que fueron muertos en un solo día, gustaba mucho de los combates de gladiadores, obligando á uno, llamado Batón, á combatir en el mismo día con tres sucesivamente, y cuando el último le mató, le hizo honrosos funerales.»

Herodiano dice: «Habiendo partido para Roma con su madre los dos hijos de Severo, mostraron durante el

viaje su recíproco desvío y sus sospechas. Alojábanse separadamente y nunca comían juntos, temiendo cada cual que el otro se adelantase y ser victima del veneno. Apresurábanse mucho creyendo que se encontrarían más seguros en Roma, cuando compartiendo entre ellos la vasta extensión del palacio, vivirían sin ninguna comunicación. A su llegada, salieron á recibirles el Senado y el pueblo con ramos de laurel. En su entrada siguieron este orden: los dos Emperadores marchaban delante, vistiendo traje de púrpura. Seguíanlos los Cónsules, llevando la urna que contenía las cenizas de Severo; saludábase primero á los dos Príncipes, y en seguida se hacía profunda inclinación ante la urna. Con esta ceremonia la llevaron al templo en que se ve la tumba de Marco Aurelio con las de sus predecesores, y, después de hacer los sacrificios acostumbrados, se retiraron al palacio y comenzaron por cerrar todas las puertas de comunicación. Cada uno tenía sus guardias especiales, y nunca se veían sino durante algunos momentos, cuando necesitaban mostrarse en público. Sin embargo, se reunieron para tributar á su padre los últimos honores.

»Es costumbre de los Romanos colocar solemnemente entre los dioses á los emperadores que dejan sus hijos en el trono. Esta ceremonia se llama apoteosis, siendo una especie de fiesta en la que entran duelo y tristeza. Ordinariamente se quema el cadáver con mucha pompa; pero se coloca en el vestíbulo del palacio, sobre un lecho de marfil cubierto con paños de oro, una imagen de cera que representa perfectamente al difunto, con color pálido, como si todavía se encontrase enfermo. Durante el día, al lado derecho del lecho se forma el Senado con traje de luto, y al lado izquierdo las matronas y doncellas distinguidas, con largas túnicas blancas muy sencillas, sin collares ni brazaletes. Este orden se observa durante siete días consecutivos, durante los cuales se acercan de tiempo en tiempo los médicos al lecho para contemplar al enfermo, encontrándole cada vez peor, hasta que declaran al fin que ha muerto. Entonces los caballeros roma-

nos más distinguidos, con los senadores más jóvenes, llevan á hombros el lecho al mercado viejo, donde es costumbre que los magistrados abandonen los cargos. Alrededor se construyen dos especies de anfiteatros, en los que se colocan, de un lado los mozos y del otro las doncellas de las casas más distinguidas, para cantar himnos fúnebres en honor del difunto; y cuando terminan, se lleva el lecho fuera de Roma, al Campo de Marte.

»En medio de la plaza se construye un pabellón cuadrado, llenando el interior de materias combustibles y el exterior se reviste con paños de oro, compartimientos de marfil y bellas pinturas. Sobre este edificio se alza otro, semejante en forma y decoración al primero, aunque más pequeño, y así sucesivamente otros muchos que van disminuyendo; pareciéndose mucho el conjunto á esas torres que se ven en los puertos de mar y que llaman faros. En la segunda separación colocan el lecho, en cuyo derredor se amontonan toda clase de perfumes, esencias, frutos y hierbas aromáticas; porque no hay provincia, ciudad ni persona distinguida que no tenga por honor enviar á su príncipe estos últimos homenajes. Cuando está completamente lleno el sitio en que descansa el cuerpo, se ordena en derredor una cabalgata, dando mesuradamente muchas vueltas en derredor los jinetes, á los que siguen muchos carros, cuyos conductores visten ropaje de púrpura, llevando las imágenes de los emperadores cuyo reinado fué dichoso y de los generales más famosos. Cuando ha pasado esta pompa, el nuevo Emperador, llevando en la mano una antorcha, prende fuego á la pira, ardiendo al momento los perfumes y demás sustancias combustibles. Entonces se suelta desde lo alto del edificio un águila, que levanta vuelo entre las llamas y el humo, elevando al cielo, según cree el pueblo, el alma del Emperador difunto, que desde este día tiene su culto y altares como los demás dioses.

»Los dos Príncipes, desde que consagraron de esta manera la memoria de su padre, se separaron. Su odio continuaba aumentando, no pensando mutuamente más

que en perderse. Cada uno por su lado procuraba sordamente, y á fuerza de promesas, separar de su hermano á las personas de autoridad. La mayor parte del pueblo se inclinaba á Geta, que mostraba mucha moderación; cuyo trato era afable y atractivo, tenía buenas inclinaciones, se complacía en la lucha y en todos los ejercicios que podían formar un buen príncipe, gustaba de las bellas letras y atraía á su corte y trataba con deferencia á los sabios. La dulzura y bondad que mostraba á los que se acercaban, le formaban buena reputación y le ganaban casi todos los cortesanos. Antonino, por el contrario, mostraba siempre aspecto rudo y fiero; afectaba desprecio por todos los ejercicios que agradaban á su hermano; no hablaba más que de ejércitos y campamentos, y quería hacerse pasar por notable hombre de guerra. Entregábase sin freno á sus ardores y arrebatos, y si tenía algunas personas á su lado, antes era por miedo que por afecto, impidiéndoles separarse de él las amenazas más bien que las promesas.

»Habiendo hecho la emperatriz Julia muchas tentativas inútiles para reconciliar á los dos hermanos, que hasta en las cosas más pequeñas é insignificantes dejaban ver su obstinada oposición, creyeron que el único medio que les quedaba para ponerse en seguridad el uno y el otro era separarse para siempre, con objeto de no verse expuestos en Roma á sospechas ni á recíprocas emboscadas. Habiendo, pues, reunido á los amigos del difunto Emperador, expusieron aquella opinión delante de su madre y propusieron que Antonino quedase dueño de Europa y que Geta recibiese todas las provincias del Asia; que la naturaleza misma había hecho aquella división, separando los dos continentes por el estrecho de la Propóntida; que Antonino tendría siempre un ejército acampado cerca de Bizancio y otro Geta cerca de Calcedonia, para que cada cual defendiese sus fronteras; que los senadores que fuesen de alguna ciudad de Europa permanecerían en Roma con Antonino, y los que eran de alguna provincia del Asia marcharían con Geta, que

pensaba establecer la sede de su Imperio en Antioquía ó Alejandría, ciudades que no ceden á Roma en grandeza; que la Mauritania, la Numidia y la parte de la Libia que confina con ella, pertenecían al imperio de Antonino, y que el resto de las provincias del Africa en dirección de Oriente pertenecerían á Geta. Mientras arreglaban de esta manera todas las cosas, los asistentes permanecían con los ojos bajos y en sombrío silencio; pero tomando Julia la palabra, dijo: «Podréis encontrar medio, hijos míos, para repartiros toda la tierra, haciendo servir la »Propóntida de límite á vuestros Estados. Pero no es »eso todo; tendréis que dividir también á vuestra madre; »¿qué haré, desgraciada de mí, para dividirme entre »vosotros? Empezad por matarme, crueles; cortad mi »cuerpo en pedazos y sepultad cada uno en vuestro Im- »perio la mitad que le corresponda; este es el único me- »dio para hacerme aceptar esa funesta división que me »ditéis.» La Emperatriz habló entre suspiros y sollozos, y, estrechando á sus dos hijos en los brazos, les exhortaba á calmar sus resentimientos.

»Este espectáculo arrancó lágrimas á toda la asamblea, que se disolvió sin aprobar el proyecto que propusieron. Pero los dos Emperadores no continuaron después en mejor armonía, agriándose diariamente más y más sus ánimos. Si había que elegir magistrados ó generales para los ejércitos, cada cual quería colocar en aquellos puestos á sus amigos. Cuando daban audiencia, siempre opinaban lo contrario, padeciendo de ordinario la justicia, porque más atendían á vencer el uno al otro, que á satisfacer el buen derecho y la equidad. Constantemente se ocupaban en tenderse lazos; el uno y el otro habían tentado muchas veces la fidelidad de los familiares de su hermano; pero como los dos tomaban grandes precauciones, cansado Antonino de aquellas inútiles dilaciones, solamente atendió á la violenta pasión que experimentaba de verse solo en el trono; decidiendo arrostrarlo todo y emplear el hierro en vez del veneno. No habiendo dado resultados el artificio y tramas secretas, se decidió

por la violencia franca y un golpe desesperado. Habiendo entrado bruscamente en la cámara de Geta, que no estaba prevenido contra su furor, le dió una puñalada, de la que murió en seguida en los brazos de su madre; y saliendo en seguida, comenzó á gritar por palacio con azoramiento, que acababa de correr el mayor peligro para su vida, y que con gran trabajo se había salvado. Refugióse entre sus guardias y se hizo llevar al campamento, asegurando que no podía permanecer en palacio sin evidente peligro. Todos creían sus palabras y le seguían para enterarse de las causas de su temor. Asombrado el pueblo, no sabía qué pensar, viendo al Emperador, al obscurecer, corriendo por la ciudad con tanta precipitación. Cuando llegó al campamento, entró en el santuario donde se guardan las imágenes y las enseñas del ejército, y prosternándose, dió gracias á los dioses por haberle salvado la vida. La mayor parte de los soldados, que se encontraban acostados ó en el baño, acudieron al ruido muy alarmados. Antonino se presentó á ellos, pero sin enterarles por completo del suceso, exclamando solamente que acababa de escapar de grave peligro; que con sumo trabajo se había librado de los lazos de su mortal enemigo; que después de defenderse mucho tiempo, al fin había quedado vencedor, y que la fortuna le dejaba solo dueño del Imperio. Por medio de estas palabras embozadas quería hacerse comprender sin explicarse demasiado. Ofreció á los soldados duplicarles la medida de trigo y añadir una gratificación de dos mil quinientas dracmas antiguas, añadiendo que podían cobrar por sí mismos y sacar aquel dinero de sus tesoros y de los templos de los dioses, disipando así en un solo día todo lo que había reunido Severo en diez y ocho años á costa de tantas desgracias. Los familiares de Geta, recorriendo la ciudad, habían enterado á todo el mundo de la verdad del hecho; pero los soldados, seducidos por aquellas generosidades tan grandes, aunque comprendían bien cómo habían ocurrido las cosas, declararon á Antonino único

emperador legítimo y á su hermano tratado en justicia como enemigo.

»Antonino pasó el resto de la noche en el santuario de que hemos hablado, y seguro de la adhesión de las cohortes pretorianas, marchó á la mañana siguiente al Senado, escoltado por todos los soldados mejor armados de lo que van ordinariamente cuando acompañan al Emperador. Después de hacer los sacrificios acostumbrados, habló de esta manera: «No ignoro cuán odioso es verse acusado de la muerte de sus parientes, y que el solo nombre de parricida previene todos los ánimos y á todos inspira horror. También sé que naturalmente inspiran interés los desgraciados. La fortuna de los que triunfan de sus enemigos inspira secreta envidia. El buen derecho se encuentra siempre de parte del vencido, y no se deja de acriminar al que triunfa. Pero si alguno, sin consultar los sentimientos que inspira la compasión en favor del más débil, examina las cosas de cerca, pesa las circunstancias y motivos, verá que es tan racional como necesario descargar sobre la cabeza de su enemigo el peligro con que nos amenaza y que hay tan poca gloria como ventura en resultar vencido en estas circunstancias, siendo al mismo tiempo saludable y glorioso prevenir el golpe que nos dirige. Por medio del tormento podréis enteraros de todos los lazos que Geta me ha tendido y de todas las veces que me ha preparado veneno. He hecho prender á sus esclavos y familiares, para que, aplicándoles la tortura, podáis comprobar la verdad de lo que digo. Ya he mandado aplicarla á algunos, cuyas declaraciones vais á oír. No se ha contentado con sus trabajos secretos; recientemente, encontrándome yo en la cámara de mi madre, ha venido á atacarme con algunos hombres armados. Pero no ha podido sorprenderme y he salvado mi vida vengándome de un enemigo declarado; porque desde mucho tiempo ya se había despojado de todo sentimiento natural para conmigo. Armarse contra los que atentan contra nuestra vida, es acción, no solamente permitida, sino autorizada por mu-

»chos ejemplos. Nuestro fundador Rómulo hizo mucho más, matando á su hermano por una burla sencilla. Y sin fijarme en Nerón y Domiciano, que se deshicieron de sus hermanos Germánico y Tito, Marco Aurelio, que tan filósofo y moderado era, por ligera ofensa ¿no sacrificó á su resentimiento á su yerno Lucio Vero? ¿He hecho yo algo más odioso? Amenazado por el veneno, viendo levantado ya el puñal sobre mí, lo he vuelto contra mi enemigo. Debéis, pues, rendir gracias á los dioses, que, no dejándoos más que un emperador, os ponen en estado de vivir en adelante con más tranquilidad, sin necesidad de dividir entre dos émulos vuestros sentimientos y vuestros ánimos, no teniendo que fijaros más que en uno solo, y esperando de él vuestra felicidad. »Júpiter, único soberano entre los dioses, no ha querido dar á la tierra más que un solo dueño.» Antonino pronunció esta oración con mucha energía, contemplando con irritados y amenazadores ojos á los amigos de Geta, á los que dejó temblando y casi muertos.

»En cuanto se retiró á su palacio, mandó matar á los criados de su hermano, á sus familiares, á sus amigos y á cuantos estaban relacionados con él, sin perdonar ni á los de edad más tierna. Por ignominia colocaban los cadáveres en carretas, sacándolos de la ciudad y quemándolos mezclados en montones. A ninguno perdonó de cuantos tenían alguna relación con Geta, por lejana que fuese. Los atletas, los aurigas, los cómicos, en fin, todo lo que había servido á sus placeres pereció con él. Los senadores más calificados y ricos fueron acusados por haber gozado de su confianza, la mayor parte por ligeras conjeturas, y muchos sin fundamento alguno; pero se buscaban pretextos y no razones para deshacerse de ellos. La crueldad fué más lejos todavía. Mandó matar á una hermana de Cómodo, muy anciana ya, á la que habían respetado mucho todos los otros emperadores en memoria de su padre Marco Aurelio. Todo su crimen era haber llorado con la emperatriz Julia á la muerte de Geta. Hizo morir á la hija de Plauciano que casó en

vida de Severo y que entonces estaba relegada en Sicilia. Un primo suyo que llevaba el nombre de Severo, el hijo de Pertinax y el de Lucila, hermana de Cómodo, tuvieron la misma suerte. Quería cortar hasta la raíz de todo lo que quedaba de las casas imperiales y cuanto había en el Senado procedente de las antiguas familias patriicias. La mayor parte de los gobernadores de las provincias y de los intendentes fueron proscritos. Todos cuantos le desagradaban habían sido amigos de Geta. Las noches no eran bastante largas para tantos asesinatos, y llevó la crueldad hasta hacer enterrar vivas algunas vestales á quienes hizo acusar falsamente de haber violado su voto de castidad. Para colmo de horror, lo que jamás había tenido ejemplo es, que asistiendo un día á los juegos del Circo, habiéndose burlado el pueblo de un auriga, tomó la ofensa como propia, mandó á sus guardias que se arrojasen sobre la multitud y matasen á los autores de la burla. Viendo los soldados que se les permitía todo género de violencias, no pudiendo por otra parte distinguir los culpables entre aquella muchedumbre, en la que cada cual atribuía la falta á su vecino, mataban á cuantos les caían bajo las manos, y si los dejaban marchar era después de haberles desnudado casi por completo, teniéndose por afortunados rescatando su vida á aquel precio.»

Acerca de las guerras de este príncipe, ha dejado Xifilino los siguientes detalles: «Engañó á Augaro, rey de los Orreonianos, y le hizo aprisionar aunque de buena fe había acudido á verle como aliado. Cuando por este medio hubo privado de la libertad á aquel príncipe, fácil le fué usurpar su reino. Habiendo sabido que el Rey de Armenia tenía desavenencias con sus hijos, le escribió una carta muy cariñosa ofreciéndole ponerles de acuerdo, y con este pretexto se apoderó de él como había hecho con Augaro; pero no pudo apoderarse del reino, porque los pueblos habrían preferido empuñar las armas á someterse á su dominación. Después que hubo usado tan negra perfidia, nadie confió ya en él, y aprendió por

experiencia cuán peligroso es para un emperador engañar á sus amigos y aliados. Escribiendo un día al Senado acerca de las desavenencias entre los reyes de los Parthos, manifestó que la mala inteligencia de aquellos príncipes, que eran hermanos, podría llegar á arruinar su reino; como si las desavenencias que pudieran arruinar un Estado extranjero fuesen á propósito para conservar el Imperio romano. Por lo demás, con todos estos defectos, no dejaba de llevar una vida muy sencilla y frugal en las apremiantes necesidades de la guerra, soportando las mismas fatigas que los soldados. Marchaba y corría con ellos sin bañarse, sin cambiar de vestido, sin tomar otros alimentos que los que ellos mismos preparaban. Algunas veces elegía entre los enemigos los que sobresalían en fuerza y valor, y les desafiaba, como si la victoria hubiese dependido de un combate singular y no del orden y disciplina establecidos en todo el ejército, y ocupándose de estas cosas pequeñas, descuidaba los deberes principales de un emperador.

»Tuvo que sostener ruda guerra contra los Cennos, pueblos que forman parte de los Celtas, y se dice que combatieron con tanto furor, que se arrancaban con los dientes los dardos que les arrojaban los Orreonianos, por no ocupar un momento las manos, que no querían emplear más que en matar Romanos. Dióles considerable cantidad de dinero para rescatarse y conseguir libertad para retirarse á Germania. A algunas mujeres suyas, que los Romanos habían cogido, les preguntó qué preferían, si la muerte ó ser vendidas, á lo que contestaron que preferían morir á vivir en la servidumbre; y cuando las vendieron se mataron, matando alguna también á sus hijos. Empezó la guerra contra los Parthos, so pretexto de haberse negado Vologeso á entregarle Tiridato y Antioco que pedía. Este Antioco era de Cilicia y profesaba la filosofía de los cínicos. En otro tiempo había sido muy útil á los soldados por los ejemplos de valor y paciencia que les había dado, rodando delante de ellos sobre la nieve y animándoles de esta manera para

soportar los rigores del frío. Habiendo recibido en recompensa bienes y honores de Severo y Antonino, se dejó dominar por la vanidad, unióse á Tiridato y se retiró con él junto al Rey de los Parthos. El invierno lo pasó en Nicomedia, revistando muy á menudo la falange macedónica y obligándola á hacer frecuentes ejercicios. También preparó dos grandes máquinas para utilizarlas en la guerra contra los Parthos, y las embarcó para transportarlas á Siria.

»Antes de partir Antonino para Nicomedia dió un combate de gladiadores, en el aniversario de su advenimiento al trono, y ni en aquel día se abstuvo de derramar sangre; por que habiéndole pedido la vida un gladiador vencido, contestó: « Pidesela á tu contrario, porque yo no puedo concedértela. » El contrario, que sin esto se la hubiese concedido, se la quitó por temor de mostrar más clemencia que el Emperador. Cuando se encontraba en la ciudad de Antioquia, sumido en las delicias, hasta el punto de afeitarse la barba, quejábase de los trabajos y peligros á que se veía expuesto, y acusó al Senado de entregarse á la ociosidad y abandonar los negocios. « He sabido, nos escribió un día, que no aprobáis mis actos. Estoy sobre las armas y al frente de mis tropas para poder despreciar vuestros discursos. » Asustado el Rey de los Parthos por el rumor de su marcha, y habiéndole entregado á Tiridato y Antioco, obtuvo la paz. Después de esto, envió Antonino á Teócrito con tropas contra los Armenios; pero estos pueblos le vencieron. Teócrito era hijo de esclavo; en otro tiempo había bailado en el teatro, y después, de tal manera se había granjeado el afecto de Antonino, que parecía mucho más elevado que los dos prefectos del Pretorio. Otro liberto del Emperador, llamado Epegato, le igualaba en autoridad é impotencia. Agitábase continuamente Teócrito buscando medios de enriquecerse, y para ello se aprovechaba de los más injustos, sin economizar la vida ni la sangre de los hombres. Flavio Ticiano fué uno de los que sufrieron esta violencia: habíale

ofendido cuando ejercía el cargo de procurador en Antioquia, levantándose bruscamente Teócrito de su asiento y lanzándose sobre él espada en mano Ticiano le había dicho en burla: « Esa es acción de bailarín », por lo que Teócrito, herido en lo vivo, le hizo matar.

» Después de la matanza de los habitantes de Antioquia, llevó Antonino su ejército contra los Parthos, en venganza de haberle negado Artabano su hija en matrimonio. El motivo de esta negativa fué su persuasión de que Antonino no deseaba tanto el matrimonio con su hija como usurpar su reino. Entró en la Media haciendo destrozos; derribó murallas y destruyó tumbas de los reyes Parthos, arrojando sus osamentas. Como esta guerra terminó sin combate, nada de particular referiré, como no sea que dos soldados que habían cogido un odre de vino, pretendiendo los dos que les pertenecía, rogaron al Emperador que sentenciase éste que compartiesen el vino; y en el acto sacaron las espadas y partieron en dos el odre. Esto demuestra el profundo respeto que tenían á su Emperador, á quien sometían cuestión de aquella naturaleza, y el ingenio que les hizo perder el vino. Los Parthos se retiraron á las montañas del otro lado del Tigris, para prepararse allí á la defensa. Antonino procuró ocultar su retirada y hacer creer que les había vencido. Al menos, nos escribía en términos muy hinchados que había conseguido la victoria y que un león, bajando de las montañas, había combatido por su partido. Abolió las costumbres de nuestros antepasados y cambió el orden de la disciplina militar. Imaginó un traje de corte singular, que vistió continuamente, por lo que recibió el nombre de *Caracala*, y mandó que lo llevasen los soldados. Cuando vieron los Parthos que vivía de manera que enervaba el valor de los soldados, que pasaban el invierno en las casas y que consumían los bienes de sus huéspedes, partieron con propósito de atacarles, esperando que aquellos habitantes, tan indignamente ultrajados, se les unirían. Antonino se preparó para recibirlos, pero no

llegaron á las manos, porque fué muerto en medio de sus soldados, á los que quería especialmente, confiando por completo en ellos.»

Hablando Herodiano de los gustos militares de Caracala y de sus pretendidas expediciones, dice: «Después de muchas crueldades, atormentado por su conciencia Antonino y no pudiendo ya soportar á Roma, partió, antes por huir de los parajes que le recordaban incesantemente sus crímenes, que por visitar las provincias, como decía, y revistar los ejércitos. Marchó primeramente hacia las fronteras del Norte, á las orillas del Danubio, donde empleaba el tiempo en guiar carros y combatir en seguida con fieras. Rara vez administraba justicia, y sin tomar tiempo para oír á las partes, fallaba casi siempre á la casualidad. Procuraba ganar el afecto de los Alemanes por toda clase de medios. Tomó considerable número á sueldo, y eligió los más vigorosos y mejor formados, para colocarlos entre sus guardias. Frecuentemente dejaba el traje romano y se presentaba en público con una especie de armadura surcada por bandas rojas y el cabello cortado á la manera de aquellos bárbaros. Estas cosas le gustaban mucho, y no chocaban á los soldados romanos, que, por otra parte, estaban muy contentos con Antonino, porque frecuentemente le hacía regalos y empleaba con ellos agradable familiaridad. En nada se distinguía del simple soldado: si se necesitaba cavar un foso, elevar una calzada ó realizar otra obra cualquiera, era el primero para todo. En su mesa se servían los manjares más comunes, en platos de barro ó de madera. Con frecuencia tomaba la cantidad de trigo necesaria para hacer pan para un hombre, él mismo lo molía, lo amasaba y cocía sobre ascuas. Despreciaba todo lo delicado y suntuoso: lo que era bueno para el último soldado, lo era para él. Encantábale que le llamasen compañero: casi siempre caminaba á pie con ellos, llevaba sus armas, y solía tomar sobre los hombros una enseña del ejército, que son muy largas, y á las que van unidas muchas medallas

de oro, que las hacen más pesadas; de manera que solamente los más robustos pueden llevarlas. Los soldados no se cansaban de admirar su fuerza, siendo para ellos como un prodigio que un hombre de tan pequeña estatura pudiese atender á tantos trabajos.

»Cuando pasó del Danubio á la Tracia, que confina con la Macedonia, se convirtió de pronto en un Alejandro. Interesábase arduosamente por la gloria de aquel conquistador; mandó que le erigiesen estatuas en todas las ciudades, llenando de ellas las plazas de Roma, los templos y hasta el Capitolio. Vimos algunas muy extrañas, que con un solo cuerpo tenían dos cabezas, representando una al Rey de Macedonia y la otra al Emperador romano. Tomó el traje macedonio, el peinado y sus sandalias. De lo más escogido de sus tropas formó un cuerpo, al que llamó Falange macedónica, y obligó al mismo tiempo á los oficiales de su ejército á tomar los nombres que llevaron los capitanes de Alejandro. Con los jóvenes de Esparta formó otra falange, á la que llamó «lacedemonia ó pitanata». Después de dar órdenes en todas las ciudades de aquellas comarcas, marchó á Pérgamo, para probar los remedios de Esculapio, y, según es costumbre, pasó una noche en su templo. En seguida marchó á ver las ruinas de la antigua Troya, y visitó la tumba de Aquiles, cubriéndola de coronas y flores, y, olvidando á Alejandro, ya no pensó más que en imitar á los héroes de Homero. Pero le faltaba un Patroclo, cuya muerte pudiese llorar, y encontró uno muy á propósito. Un liberto suyo, llamado Festo, al que profesaba profundo cariño, y que llevaba su diario, murió durante su estancia en Troya: pretenden algunos autores que le hizo envenenar expresamente. El nuevo Aquiles mandó llevar el muerto á una pira, en derredor de la cual inmoló toda clase de victimas; en seguida la prendió fuego, y, haciendo libaciones, invocó los vientos, á ejemplo de los héroes antiguos. Entre los demás grandes capitanes, apreciaba particularmente á Sila y Annibal, á los que hizo levantar muchas estatuas.

»Del Asia pasó á la Bitinia, y visitando por el camino todas las ciudades de esta provincia, llegó á Antioquia, donde le hicieron magnífico recibimiento. Allí permaneció pocos días, porque deseaba llegar en tanto antes á Alejandria. Poco después quiso que se le diese el nombre de Párthico, haciendo creer al Senado que había sometido á todos los bárbaros de Oriente. Hacia mucho tiempo que se estaba en paz con aquellos pueblos; pero no le detenía la fe en los tratados; no pensaba más que en sorprenderles, é imaginó lo siguiente: Envió legados al rey Artabano, con ricos presentes para pedirle su hija en matrimonio. Decíale en su carta que siendo emperador é hijo de emperador, no quería casarse con la hija de un particular, conviniéndole mucho más la heredera de tan gran rey: que el Imperio de los Parthos y el de los Romanos eran los más poderosos del mundo, y cuando estuviesen reunidos, nadie podría resistirles; que los pueblos que formaban los dos Estados no experimentarían trabajo alguno en someterse al mismo yugo, con tal que les diesen gobernantes de la misma nación y se les permitiese vivir según sus antiguas costumbres; que no había mejores soldados que la infantería romana y la caballería de los Parthos; que unidas estas fuerzas bastaban para hacer del mundo un solo Imperio. Añadía además que las plantas aromáticas que se producían en el territorio de los Parthos, sus perfumes y telas preciosas, de una parte, y de la otra, los metales y las obras en que los Romanos muestran tanto arte y delicadeza, serían comunes á las dos naciones; y que en vez de las cortas cantidades que los mercaderes hacían pasar secretamente y con riesgo, las tendrían entonces en abundancia y sin trabajo. Al principio rechazó sus proposiciones el Rey de los Parthos, persuadido de que la hija de un rey á quien llamaban bárbaro los Romanos, no convenía á su Emperador; que sería muy extraña la unión de dos personas que hablaban diferente lengua y que tenían costumbres y usos opuestos; que en Roma había

multitud de patricios con quienes podía emparentar el Emperador sin rebajamiento, y que podría por su parte encontrar entre los Arsacidas esposo digno de su hija: no debiendo unirse dos casas que no se estimaban lo bastante para considerarse honradas con la unión. Esto, sobre poco más ó menos, contestó Artabano al Emperador. Pero éste, instando de nuevo y asegurando solemnemente que nada deseaba tanto como aquel matrimonio, de tal manera estrechó al Rey de los Parthos, que al fin accedió, empezando á llamarle yerno.

Propagándose la noticia entre los bárbaros, comenzaron á prepararlo todo para recibir bien al Emperador, regocijándose ya de una unión que iba á ser para las dos naciones como prenda de paz sólida y perpetua. Habiendo pasado Antonino el Tigris, avanzaba por el territorio de los Parthos como por su propio país, no encontrando á su paso más que víctimas sacrificadas y altares cubiertos de flores y perfumes, mostrándose muy agradecido á aquellas honrosas demostraciones. Cuando se encontró cerca de la capital, salió á recibirle Artabano en una llanura fuera de la ciudad. Acompañábanle multitud de bárbaros coronados de flores, con trajes rayados y enriquecidos con oro, y danzando al son de instrumentos músicos; diversión que les agrada mucho, y que ordinariamente sigue á sus festines. Cuando se encontraron los dos príncipes, los Parthos echaron pie á tierra, acercándose y empujándose para ver al esposo de su princesa; y reuniéndose en seguida en grupos, sin orden alguno, comenzaron á beber, después de haber hecho libaciones según su costumbre. Entonces mandó Antonino atacar á los bárbaros, que asustados por aquella inesperada agresión, huyeron sin oponer resistencia. Arrebatado el rey Artabano por sus guardias, apenas pudo escapar á la carrera de su caballo con poca comitiva; los demás cayeron en poder de los Romanos, faltándoles los caballos de que tanto necesitaban entonces. Como no tienen más que caballería, no están acostumbrados á marchar á pie, y sus largas y anchas túnicas les molestaban en

en aquella ocasión. Tampoco llevaban arcos ni flechas, no imaginando necesitar armas en una boda. Así fué que el ejército romano, habiéndoles matado á casi todos, hizo prisioneros á los demás, y se retiró cargado de botín. Antonino mandó quemar muchos pueblos entregándolos al saqueo. Habiéndoles dado buen resultado aquella mala fe con gentes tan incapaces de precaverse de una traición como de cometerla, y encontrándose sus soldados cansados de matar y robar, repasó el Tigris y escribió al Senado y pueblo romano que había subyugado todo el Oriente y reducido á su obediencia todos los reinos de aquellas vastas comarcas. El Senado no ignoraba lo ocurrido; sin embargo, por temor y adulación, le concedieron todos los honores que se otorgan á las victorias más completas. Después de tan hermosa hazaña permaneció en la Mesopotamia, donde pasaba el tiempo en la caza y en guiar carros.»

Hablando de las matanzas de Alejandria, dice Xifilino: «Aunque Antonino mostraba profunda veneración por la memoria de Alejandro, poco faltó para que destruyese por completo la ciudad que fundó en otro tiempo aquel célebre conquistador; porque habiendo sabido que los habitantes le censuraban por sus crímenes, y especialmente por el asesinato de su hermano, disimuló su cólera, y partió con el propósito de vengarse. Cuando llegó á la proximidad de Alejandria, recibió amablemente á los principales de la ciudad, que salieron á recibirle con lo más sauto y venerable que tenían en su religión; les sentó á su mesa y les hizo morir. Hecho esto, puso sus tropas sobre las armas, las hizo entrar en la ciudad, ocupó las calles, prohibió á los habitantes salir de sus casas é hizo matar á tan considerable número, que no se atrevió á consignarlo en su carta, diciendo al Senado que era inútil nombrar los que habían recibido la muerte, porque todos los habitantes de la ciudad merecían el último suplicio. Sus bienes fueron saqueados ó destruidos. Muchos extranjeros y Romanos de la comitiva de Antonino, confundidos con los Alejandrinos, sufrieron la misma suerte.

Como la ciudad era muy extensa y la matanza no cesaba de día ni de noche, era imposible hacer distinciones. A medida que se mataba, arrojaban los cadáveres á fosos muy profundos, para que no se conociese su número. Todos los extranjeros fueron expulsados de la ciudad, exceptuando los mercaderes, cuyos bienes fueron saqueados, siéndolo también los templos. Antonino presenció aquella cruel ejecución, dando la orden desde el templo de Serapis, donde permaneció casi constantemente, aunque tenía las manos manchadas de sangre. ¿Qué más diré? Tuvo la insolencia y la impiedad de ofrecer á los dioses y de consagrar en sus templos la espada que le sirvió para el asesinato de su hermano. Después de esto abolió los espectáculos y festines, establecidos en otro tiempo para diversión del pueblo; dividió la ciudad en dos, y construyó fortificaciones para impedir la comunicación de los habitantes. Este fué el tratamiento que recibió la desgraciada ciudad de Alejandria de la fiera de Italia; de esta manera llamó á Antonino un oráculo que consultó acerca de este asunto. Dicese que le agradaba recibir este nombre, y que sin embargo hizo morir á muchos por haberle repetido las palabras del oráculo.»

Xifilino refiere de la siguiente manera la muerte de Caracala: «Un adivino había predicho en África á Macrino, prefecto del Pretorio, y á su hijo Diadumeno, que llegarían al Imperio. De tal manera se había hecho pública esta predicción, que el autor fué enviado á Roma, donde la repitió á Flavio Materniano, que mandaba los soldados de la ciudad, y que en el mismo momento escribió á Antonino dándole la noticia. Pero llevaron la carta á Antioquia, donde Julia tenía orden de abrirlas, por temor de que gravasen sobre Antonino todos los asuntos, mientras éste se ocupaba en la guerra en país enemigo. El censor Ulpio Juliano escribió al mismo tiempo á Macrino, para informarle de los rumores que corrían acerca de aquel asunto; por lo que se enteró de todo mucho antes que el Emperador, cuyas cartas habían quedado detenidas, como ya hemos dicho, y en

cuanto recibió la noticia temió que Antonino le hiciese matar. Aumentaba su zozobra el hecho de que poco antes un egipcio llamado Serapión había dicho á Antonino que le quedaban pocos días de vida y que tendría á Macrino por sucesor. Por haber dicho esto arrojaron al egipcio á un león, al que presentó la mano sin recibir daño alguno; y viendo que el león le perdonaba, le mataron, declarando al morir que habría evitado aquel género de muerte si hubiese tenido un día para invocar á sus dioses. Encontrándose, pues, Macrino muy amenazado, y desconfiando además de Antonino, porque había alejado á sus amigos más íntimos con pretexto de emplearlos, creyó necesario no perder tiempo, y se sirvió de dos tribunos de las cohortes de los guardias para deshacerse del Emperador, de quien habían recibido mal tratamiento. El asesinato se realizó del modo siguiente: Habiendo partido Antonino de Edessa el octavo día del mes de Abril, para marchar á Carras, y habiéndose apeado para satisfacer una necesidad natural, uno de los dos tribunos se le acercó para hablarle, le hirió con un puñal pequeño y huyó. Hubiera podido salvarse arrojando el puñal, pero lo conservó, fué reconocido, y murió de un flechazo que le disparó desde lejos un Escita de los guardias. Los tribunos, acercándose á Antonino como para defenderle, le remataron. Vivió solamente veintinueve años, y reinó seis, dos meses y treinta días.

»Precedieron á su muerte muchas circunstancias muy maravillosas. La última vez que partió para Antioquía, soñó que veía á su padre con una espada en la mano y amenazándole con estas palabras: «Te mataré de la misma manera que has dado muerte á tu hermano.» Los advinos le advirtieron que estuviere prevenido el mismo día en que lo mataron. Además, al pasar por una puerta, un león, al que llamaba Acinacio, y al que algunas veces ponía en su mesa y en su lecho, le detuvo y rasgó un extremo del manto. Mantenía otros muchos leones, siempre tenía alguno á su lado, y con frecuencia besaba delante de gentes al que hemos mencionado. He oído decir,

que habiendo prendido el fuego poco antes de su muerte en Alejandría, consumió la espada con que hizo matar á su hermano Geta, espada que había consagrado en el templo de Serapis, y respetó todo lo demás. Además, en Roma cayó una estatua de Marte que llevaban en pompa entre las otras, cuando iban á celebrar los juegos del Circo. Estos acontecimientos parecerán menos sorprendentes, comparados con los que voy á referir. Los del partido de los azules, en el momento en que acababan de ser vencidos, vieron en lo alto del obelisco un cuervo que hacía ruido, exclamando todos á una voz y como de acuerdo: «Salud, Marcial: te hemos visto con mucha oportunidad.» No fué solamente porque habían denominado al cuervo Marcial por lo que le llamaron de aquella manera, sino porque sintiéndose como inspirados divinamente, saludaban á Marcial que había de libertarlos de Antonino. El Emperador vaticinó en cierta manera su muerte en la última carta que escribió al Senado, en la que le prohibía desear en lo sucesivo que su reinado durase un siglo, deseo que se acostumbraba expresar desde su advenimiento al Imperio; no habiendo mostrado desagrado hasta aquel momento, porque era deseo que no podía realizarse: pero lo más notable era que demostraba con sus palabras que su reinado terminaría muy pronto. Cuando se publicaron todas estas circunstancias, recordé que al darnos un festín en Nicomedia, en la fiesta de las Saturnales, después de habernos hablado de varias cosas, según su costumbre, cuando nos levantamos de la mesa, me llamó y me dijo: «Dión, Eurípides ha dicho, con tanta verdad como elegancia, que el destino tiene muchas fases; que los dioses nos envían muchas cosas que no esperamos, y que hacen fracasar los planes mejores y triunfar los más difíciles.» Cuando me habló así, desprecié sus palabras como dichas sin fundamento; pero cuando las recordé después de su muerte, consideré que aquellas palabras fueron como vaticinio de lo que había de ocurrirle.

»Después de la muerte de Antonino se encontraron mu-

chos venenos que había hecho traer desde lo más lejano del Asia, y que había comprado en cinco millones y medio de dracmas, para deshacerse de cuantos le desagradasen. Aquellos venenos fueron quemados, y sirvieron mucho para aumentar el odio público contra su memoria, execrándola con las injurias más atroces. Ya no le llamaban Antonino, sino Caracala y Taranto, que era el nombre de un gladiador muy pequeño, muy contrahecho y muy malvado.»

El mismo escritor da los siguientes detalles acerca de los gustos, exacciones y gobierno de Caracala:

«Antonino trataba con mucha cortesía á los soldados, pero en cambio solamente pensaba en despojar, oprimir y arruinar á las personas de las demás condiciones, y principalmente á los senadores. Entre otros impuestos, que eran casi innumerables, estábamos obligados á preparar, siempre que salía de Roma, teatros é hipódromos en los países donde se creía que pasaría el invierno; y todo lo que habíamos hecho con grandes gastos era derribado poco después, sin haber servido, lo cual ponía de manifiesto que solamente deseaba arruinarlos. Empleaba cantidades inmensas en enriquecer á los soldados y en mantener caballos y fieras. Compraba parte de aquellos caballos y fieras y nos obligaba á suministrar los otros, matándolos en cuanto los poseía. Mató hasta cien jabalies con su propia mano. Guiaba carros, vestido con traje azul, entregándose á este ejercicio con ardor increíble. Tenía la sutileza y astucia de su madre y de los Sirios, entre quienes había nacido. Ordinariamente daba la intendencia de los juegos y de los combates á sus libertos ó á otras personas ricas, para que atendiesen á los gastos; se sometía bajamente á su autoridad y les pedía una moneda de oro, como habría hecho el último del pueblo. Comparaba su caballo al del Sol, y se glorificaba de imitar la carrera de este astro. En fin, todas las provincias romanas puestas bajo su obediencia, quedaron de tal manera arruinadas bajo su reinado, que el pueblo exclamó un día en el Circo: «Hacemos perecer á los vi-

vos para tributar á los muertos los honores de la sepultura.» Con frecuencia decía que él solo debía tener todo el dinero del Imperio para distribuirlo á los hombres de guerra. Reprendiéndole un día Julia sus profusiones y quejándose de que no le quedaba ya ninguna renta, le contestó: «Ruégote, madre mía, que no te aflijas, y te tranquilices, porque mientras tengamos la espada en la mano, de nada careceremos.» No solamente daba grandes cantidades, sino también tierras y herencias á los que adulaban sus pasiones. Regaló doscientas cincuenta mil dracmas á Julio Paulino, en recompensa de una burla agradable, aunque la hizo más para obligarle, que para adular su carácter. Antonino alteró la moneda y nos dió piezas de estaño y de cobre, por las de oro y plata. Gozaba de poca salud y estaba sujeto á indisposiciones, visibles unas y ocultas otras: pero tenía el alma mucho más enferma que el cuerpo. Atormentábanle penosas imaginaciones, creyendo algunas veces que le perseguían su padre y su hermano, con espadas en las manos. Evocó el espíritu de los muertos, especialmente de su padre y de Cómodo, para librarse de aquellas visiones; pero nunca obtuvo contestación más que de Cómodo, que le dijo una vez fuese prontamente á la horca, otra que tenía una enfermedad oculta. Hizo perecer á cuatro vestales, habiendo tratado de corromper á una de ellas, aunque no logró su propósito, porque al final de su vida le faltaron las fuerzas necesarias para gozar de estos placeres, por lo que, según decían, buscaba otros más infames. Esta vestal, que se llamaba Claudia Leta, fué enterrada viva, á pesar de sus protestas de inocencia y de que gritaba que Antonino sabía bien que era virgen. Rara vez administraba justicia; pero era muy curioso y se enteraba minuciosamente hasta de las cosas más pequeñas. Por esta razón favorecía extraordinariamente á los soldados que le servían de espías, habiendo prohibido que otro que él les castigase. La licencia de que gozaban tendía á nuestra opresión. Pero nada hubo tan vergonzoso é insoportable para el pueblo y el Senado, como el

poder que dejó tomar sobre nosotros á un eunuco, llamado Sempronio Rufo, natural de España, envenenador y mágico de profesión, al que Severo relegó en otro tiempo á una isla, corriendo el riesgo de que le castigasen con los demás denunciadores. Frecuentemente nos hacía advertir Antonino que juzgaría las causas y que trataría los demás asuntos públicos al amanecer, y nos tenía de pie hasta más de mediodía, y á veces hasta la noche, sin hacernos entrar. Más adelante ya no nos recibió para saludarle, divirtiéndose entre tanto en alguna ocupación fútil y ridícula, como guiar carros, matar bestias, combatir como gladiador, beber con exceso, llenar de vino copas y enviarlas en presencia nuestra á los soldados de su guardia. Además de esto, cometía muchos asesinatos, entregándose á otras acciones injustas y violentas. Hacia gastos excesivos é insensatos, en lo que, lo mismo que en otras muchas cosas, no seguía los prudentes consejos de su madre, á pesar de que le había dejado el cargo de las cartas y de los demás asuntos, exceptuando los más importantes, que ponía el nombre de la Emperatriz con el suyo y el del ejército, y le alababa mucho en las cartas que escribía al Senado. Los primeros y principales Estados la saludaban de la misma manera que al Emperador y la tributaban los mismos honores. La Emperatriz mostraba dedicarse al estudio de la filosofía. Antonino hacía ostentación de no necesitar nada y poder contentarse con la manera de vivir más sencilla y frugal, aunque nada había bastante raro y delicado en el aire, en el mar ó en la tierra, que no se viesen obligados á suministrarle los particulares ó las colectividades. Amaba de tal manera á los impostores y á los magos, que tributaba grandes honores á la memoria de Apolonio de Capadocia, que vivió bajo el reinado de Domiciano, y le elevó una tumba.

ANTONINO GETA,

POR ELIO SPARCIANO.

A DIOCLECIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Obedeciendo Severo á un sueño, da á sus hijos Bassiano y Geta el nombre de Antonino.—Diferentes opiniones acerca de los motivos que tuvo Severo para hacer llevar este nombre á sus hijos.—Hace el horóscopo de Geta.—Nacimiento de Geta.—Presagios que anunciaron que le mataría su hermano.—Su carácter.—Su clemencia.—Opónese en vano á las crueles resoluciones de Severo y de Bassiano.—Su afición á las letras.—Sus habituales preguntas á los gramáticos.—Sus costumbres en cuanto al servicio de su mesa.—Su muerte produce extraordinaria indignación en parte del ejército.—Suplicio de Papiniano y de los partidarios de Geta.—Muerte de Helvio Pertinax.—Funerales de Geta.—Nuevas crueldades de Bassiano.

Bien sé, ¡oh Constantino Augusto! que muchos y tu misma clemencia me preguntan por qué escribo la vida de Antonino Geta, supuesto que puede decirse muy poco de un príncipe que fué arrebatado al mundo antes de reinar con su hermano. Pero nada diré de su vida ni de su muerte antes de haber expuesto por qué le dió también su padre el nombre de Antonino. Habiendo consultado un día las suertes Septimio Severo para saber quién sería su sucesor, tuvo un sueño que le reveló

sería un Antonino. En consecuencia de esto, presentose inmediatamente á los soldados é hizo tomar á su hijo mayor, Bassiano, los nombres de Marco Aurelio Antonino. Pero en seguida, por efecto de las reflexiones que le sugirió el amor paternal, ó como dicen otros, las observaciones de su esposa Julia, que conocía aquel sueño, le hicieron ver que de aquella manera había excluido del trono á su segundo hijo Geta, por lo que quiso que también se le diese el nombre de Antonino. Así fué que durante sus ausencias, escribía á sus amigos: «Salud á los Antoninos, mis hijos y sucesores.» Pero esta precaución de su padre y de su madre fué vana, porque el primero que recibió el nombre de Antonino reinó solo. Esto es lo que tenía que decir acerca del nombre de Antonino.

Fué llamado Geta, del nombre de su tío ó del de su abuelo paterno. Marió Máximo ha hablado extensamente de la vida y costumbres de aquel príncipe en el primer septenario de la historia de Severo: quizá recibió Geta el nombre de Antonino porque Severo deseaba que todos los Emperadores llevasen en adelante, con el título de Augustos, el de Antoninos; tanto admiraba á Marco Aurelio, á quien llamaba su hermano y al que tomó siempre como modelo para la filosofía y la ciencia. Pretenden otros que este nombre se dió al hijo de Severo, menos en honor de Marco Aurelio, que lo llevó como sobrenombre, que en memoria de Antonino Pio, sucesor de Adriano, porque este príncipe, habiendo sacado á Severo del formulario forense para hacerle abogado del fisco, le abrió por este medio la carrera de los honores. Añádase á estas razones que nada le parecía de mejor agüero para un emperador, que llevar el nombre de un príncipe de quien lo habían tomado ya cuatro sucesores. Refiérese que Severo, que como la mayor parte de los Africanos era muy experto en Astrología, dijo á Juvenal, prefecto del Pretorio, hablando de Geta: «Extraño es, querido Juvenal, que nuestro Geta haya de ser divinizado, no teniendo á mis ojos su constela-

ción nada de imperial.» No se engañaba Severo, porque, según pretenden, después de asesinarle Bassiano, temiendo que aquel fratricidio le hiciese aborrecer como tirano, y oyendo decir que atenuaría el horror del crimen divinizando á Geta, contestó: «Que sea dios, con tal de que no viva!» Concedióle, pues, los honores de la apoteosis, y por este medio quiso borrar la mancha del parricidio.

Geta nació en Milán, aunque algunos dicen que no nació en esta ciudad, el vi de las kalendas de Junio, bajo el consulado de Severo y de Vitelio. Fué su madre Julia, con la que Severo, antes de ser emperador, desempeñando ya elevados cargos en la república, se había casado, porque su horóscopo anunciaba que sería esposa de un rey. En cuanto nació Geta dijeron á sus padres que una gallina había puesto un huevo color de púrpura, y cuando presentaron aquel huevo, Bassiano le cogió á su vez, y, como niño, lo arrojó al suelo y lo rompió, por lo que le dijo por juego: «Maldito parricida, has dado muerte á tu hermano.» Severo tomó aquella broma más formalmente que ninguno de los presentes, que más adelante reconocieron en aquellas palabras una especie de inspiración divina. Otro presagio fué que en el mismo día, y á la misma hora en que nació Geta, habiendo nacido un cordero con la lana de la frente de color de púrpura, en la cabaña de un plebeyo llamado Antonino, éste, que había oído decir á un arúspice que un Antonino sucedería á Severo, se aplicó el presagio, y para destruir el peligroso indicio de aquel destino, mató al cordero, lo que significaba, como demostraron los hechos, que un Antonino mataría á Geta. Ocurrió también otro presagio de aquel parricidio. El día en que Severo celebró con un sacrificio el nacimiento de Geta, un sacrificador llamado Antonino inmoló la víctima. Entonces no se comprendió ni apreció esta particularidad, que más adelante explicaron los acontecimientos.

Geta tuvo en la adolescencia áspero carácter, pero no



cruel. Era hermoso, pero hablador, glotón y ávido de vinos preparados de diferentes maneras. Citase como rasgo de su infancia que, habiendo resuelto Severo condenar á muerte á sus adversarios y dicho á sus hijos: «Os quito enemigos», Bassiano aprobó aquellos rigores, llegando á declarar que, por su consejo, se mataría también á sus hijos. Geta preguntó á qué número ascendían los condenados, y diciéndoselo su padre, preguntó: «¿Tienen parientes? ¿Tienen allegados?— Tienen muchos, le respondieron.— En ese caso, replicó, habrá en el Estado más personas tristes que contentas por nuestra victoria. Y sus buenos sentimientos habrían prevalecto, si el prefecto Plauciano ó Juvenal no hubiesen insistido en aquellas ejecuciones, esperando enriquecerse, como lo consiguieron, con los despojos de los condenados. Contaban además con la implacable crueldad de su hermano Bassiano, que sostenía y no se cansaba de repetir, con acento jocosu unas veces y grave otras, que era necesario matar con sus hijos á todos los que se habían declarado contra ellos; á lo que replicaba Geta: «Tú, que no perdonas á nadie, podrás matar también á tu hermano.» Estas palabras, que entonces nada significaban, fueron consideradas más adelante como presagio.

Mostró decidida afición por las letras, especialmente por los escritores antiguos, y siempre recordó las máximas de su padre. Su hermano le mostró constantemente odio y su madre le prefería á Bassiano; su voz era sonora á pesar de cierta tartamudez. Era cuidadoso en el vestido, hasta el punto de lamentarlo su padre. En cuanto recibía algún regalo de los que solían hacer al palacio, lo empleaba en su adorno y nunca daba nada á nadie. Después de la guerra de los Parthos, Severo, cubierto de gloria, asoció á Bassiano al Imperio, y según algunos autores, dió el título de César y el nombre de Antonino á Geta. Sus preguntas más comunes á los gramáticos consistían en hacerles dar nombre á la voz de diferentes animales, como los corderos balan, los cerdos gruñen, las palomas arrullan, los osos roncan, los leones

rugen, los leopardos gimen, los elefantes murmuran, las ranas cascan, los caballos relinchan, los asnos rebuznan, los toros mugen, palabras cuya propiedad comprobaba en los escritores antiguos. Incesantemente leía las obras que Severo Sannónico dedicó á Marco Aurelio; y también acostumbraba, especialmente los días en que daba comidas, hacer servir los manjares siguiendo el orden de las letras del alfabeto, por esclavos instruídos al efecto, por ejemplo, pollos, perdiz, pavo, puerco, peces, pastel y demás alimentos cuyo nombre comenzaba con la misma letra, costumbre que le hacía reputar en su juventud por amable compañero.

A su muerte, los soldados á quienes Bassiano no había ganado se mostraron indignados por aquel paricidio, diciendo que, habiendo prestado juramento á los dos hijos de Severo, debían permanecer fieles á los dos; y cerrando las puertas de las ciudades que guarnecian, negaron por mucho tiempo la entrada al Emperador. Bassiano no pudo regresar á Roma hasta después que les calmó por las quejas que formuló de Geta y por medio de considerables donativos. A consecuencia de aquella revolución, condenó á muerte á Papiniano y á otros muchos ciudadanos que habían exhortado á los dos hermanos á la concordia ó se habían declarado por Geta, siendo muertos unos públicamente y otros en el baño ó en la mesa. Papiniano cayó bajo el hacha, cosa que desaprobó Bassiano, que quería se le ejecutase con espada. Al fin se extremaron tanto los sucesos, que los soldados que custodiaban á Roma se sublevaron, costando mucho trabajo á Bassiano calmarlos, después de dar muerte, y según otros desterrar, á su tribuno. Hasta tal punto temía por sí mismo, que entró en el Senado con una coraza debajo de la lactiavlvia, y garantido de esta manera, dió cuenta de su conducta y de la muerte de Geta. Por esta época, Helvio Pertinax, hijo del emperador de este nombre, oyendo al pretor Faustino leer á Bassiano una arenga en que le llamaba Máximo Sarmático y Máximo Párthico, dijo, según se refiere: «añade

Máximo Gético», como si solamente aludiese á la victoria de Bassiano sobre los Getas. Estas palabras impresionaron mucho al Emperador, que se vengó más adelante haciendo matar á Pertinax. Pero éste no pereció solo, viéndose por todas partes, como antes dije, inicuas ejecuciones. Bassiano sospechaba que Helvio aspiraba al trono, porque se le quería universalmente y era hijo del emperador Pertinax, parentesco muy peligroso siempre para un hombre privado.

Dícese que hizo á Geta funerales más espléndidos de lo que prometía el parricidio, depositándolo en la tumba de sus antepasados, es decir, en el sepulcro de Severo, situado en la vía Appia, cerca de la puerta de la derecha, saliendo de Roma, y construido en el género del Septizonio, monumento que Severo había embellecido durante su vida. Bassiano quiso hacer morir también á la madre de Geta, que era madrastra suya, porque lloró la muerte de su hijo, y con ella á muchas mujeres que había encontrado llorando también á su regreso del Senado. Su crueldad era tan refinada, que recibía con mayor cortesía á aquellos á quienes tenía decidido matar: de manera que se temía más su amabilidad que su cólera. Todo el mundo extrañó que llorase la muerte de su hermano cuantas veces oía pronunciar su nombre ó veía su retrato ó su estatua. Pero Antonino Bassiano tenía tan movable carácter y al mismo tiempo tanta sed de sangre humana, que hacía perecer, según su capricho, en tanto los amigos de Geta y en tanto á sus enemigos, lo que hacía que se lamentase más á este príncipe.

OPILIO MACRINO,

POR JULIO CAPITOLINO.

Á DIOCLECIANO AUGUSTO.

SUMARIO.

Dificultades que ofrece la vida de los emperadores cuyo reinado fue corto.—Deberes y objeto del historiador.—Macrino se apodera del Imperio después de la muerte de Caracala.—Marcha contra los Parthos.—El Senado le acepta regocijado por emperador.—Razones por las que hizo adoptar á su hijo Diadumeno el nombre de Antonino.—Es maltratado en el Senado.—Sus principios.—Su elevación.—Se asocia á Diadumeno y manda hacer magníficos funerales á Caracala.—Aumenta el sueldo de las tropas.—Escribe al Senado para justificarse.—Algunos párrafos de su carta al Senado.—Pide la erección de muchas estatuas á Caracala y Severo.—El regocijo del Senado, contenido al principio por el temor de algún lazo, desborda ante la certeza de la muerte de Caracala.—Acumula distinciones sobre Macrino, que toma el título de Feliz.—Manchan el nombre de Antonino los sucesores de Antonino Pio y Marco Aurelio.—Macrino marcha contra los Parthos, y en seguida le abandonan sus tropas, que se declaran por Heliogábalo.—Trabajos de Mæsa para hacer dar el Imperio á su nieto Heliogábalo.—Pasan á su bando las legiones que Macrino envió contra él.—Macrino es muerto en su fuga con su hijo el César Diadumeno.—Después de su advenimiento al trono afecta Macrino austeridad.—Contesta con versos á un epigrama fijado en el Foro.—Su carácter.—Su crueldad.—Sus expediciones.—Diferentes suplicios impuestos por él.—Sus conocimientos en derecho.—Sus comidas.—Los soldados concluyen por odiarle y le matan.—Contesta con yambos á versos hechos contra él.—Cógente y le matan en Bitinia.—Dase el Imperio á Heliogábalo.

La historia de los príncipes, tiranos ó Césares que reinaron poco tiempo es muy oscura, porque los detalles de su vida privada no son dignos de mención, y ellos mismos habrían quedado olvidados por completo si no hubiesen aspirado al trono, ó porque su reinado, siendo corto, no ofrece materia para hablar extensamente. Vamos, sin embargo, á exponer lo que hemos aprendido en diferentes historiadores y que merece ser conservado. No hay, en efecto, persona alguna cuya vida no esté llena de actos; pero el que trata de escribir la historia de los otros, no debe transmitir á la posteridad más que los hechos dignos de ser conocidos. Julio Cordo se aplicó principalmente á la historia de los emperadores cuya vida fué oscura; trabajo en que no consiguió buen resultado, porque asegurando que no omitía ningún detalle, recogía muy pocos hechos, y de éstos, la mayor parte no merecían la pena, como si, por ejemplo, importase saber, con relación á Trajano, Antonino Pio ó Marco Aurelio, cuántas veces se presentaron en público, qué clase de manjares les servían, qué trajes llevaban, á quiénes y en qué épocas confrieron cargos públicos. Queriendo decirlo todo, llenó sus libros de fábulas, cuando deben rechazarse en absoluto todas las frivolidades, ó permitirse solamente aquellas que puedan servir para apreciar las costumbres, cuyo conocimiento es el objeto principal de la historia. Pero basta con lo dicho, que debe servir para apreciar lo demás.

Muerto Antonino Bassiano, apoderóse del Imperio Opilio Macrino, su prefecto del Pretorio y antes su intendente. Era de baja estofa, y su espíritu tan innoble como su rostro. Odiado por todos los ciudadanos y los soldados, no por esto dejó de darse los nombres en tanto de Severo, en tanto de Antonino. En seguida marchó contra los Parthos, para que los soldados no tuviesen tiempo de juzgarle ni arraigasen los rumores desagradables que circulaban contra él. El Senado, sin embargo, le había aceptado gustoso por emperador, en odio á Antonino Bassiano, exclamando á una voz: «Cual-

quiera antes que un parricida; cualquiera antes que un incestuoso; cualquiera antes que un impio; cualquiera antes que el asesino del Senado y del pueblo.» Extrañará que Macrino, de quien se cree que hizo perecer á un Antonino, quisiera que su hijo Diadumeno llevase este nombre, y voy á referir lo que acerca de esto está consignado en los Anales.

La sacerdotisa de Urania, en Cartago, que divinamente inspirada solía vaticinar lo venidero, habiéndola consultado el procónsul, según costumbre, bajo el reinado de Antonino Pio, acerca del estado de la república y duración del Imperio, mandó, cuando llegó á los emperadores, que se contase en alta voz cuántas veces nombraba á Antonino; y todos los presentes observaron que pronunció ocho veces el nombre de Antonino Augusto. Al pronto se creyó que Antonino Pio solamente reinaría ocho años; pero pasó de este plazo, y los que creían en sus profecías quedaron persuadidos de que quiso decir otra cosa. En efecto, la lista de todos los que se llamaron Antoninos da exactamente este número. El primero fué Antonino Pio; Marco Aurelio, el segundo; Vero, el tercero; Cómodo, el cuarto; Caracala, el quinto; Geta, el sexto; Diadumeno, el séptimo, y Heliogábalo, el octavo. No debe contarse entre los Antoninos á los dos Gordianos, que solamente tuvieron el sobrenombre de Antoninos, ó que, á decir verdad, más se les llamó Antonios que Antoninos. Con igual título Severo y otros muchos príncipes, como Pertinax, Juliano y Macrino, tomaron este nombre; y aquellos Antoninos que fueron los verdaderos sucesores de Antonino Pio prefirieron este nombre al suyo propio. Esto es lo que dicen algunos autores. Otros pretenden que Marcia dió el nombre de Antonino á su hijo Diadumeno para destruir en los soldados la sospecha de que él era el autor del asesinato de Antonino Bassiano. En fin, si se da crédito á otros, este nombre era tan querido, que el pueblo y los soldados no consideraban como emperador legítimo más que al príncipe que lo llevaba.

Cuando llevaron al Senado, que ya había dado el título de César á Alejandro, la noticia de que Vario Heliogábalo era emperador, muchos miembros de aquella asamblea hablaron de Macrino como de hombre vil, despreciable é infame. Aurelio Víctor, llamado Primus, se expresó de esta manera: «¿Qué nos quiere Macrino, un liberto nacido en paraje de prostitución, empleado en los oficios más viles en la casa imperial, y dispuesto siempre á vender su fe; que bajo Cómodo llevó vida despreciable; que bajo Severo perdió sus innobles funciones y fué relegado al Africa, donde para encubrir la vergüenza de aquella condenación aprendió á leer, defendió causas sin importancia, declamó después y administró justicia; que honrado después con el anillo de oro (1), llegó al fin á ser abogado del Fisco en tiempo de Vero Antonino por la protección de su liberto Testo?» Pónese, sin embargo, en duda la verdad de estos hechos, y otros escritores refieren diferentes particularidades que no omitiremos. La mayor parte de ellos dicen que combatió como gladiador, y que después de conseguir su licencia pasó al Africa, donde fué espía, después escribano y más adelante abogado del Fisco, empleo del que se elevó á las dignidades más altas. Llegando á prefecto del Pretorio, separó á su colega y mató á su príncipe, Antonino Caracala, teniendo habilidad para ponerse al abrigo de las sospechas. En efecto, habiendo ganado al escudero del Emperador con el ofrecimiento de considerable recompensa, de tal manera obró que se atribuyó la muerte á los soldados, pareciendo que éstos le habían castigado por su parricidio ó por su incesto.

Acto continuo se apoderó Macrino del poder y se asoció á su hijo Diadumeno, haciendo que las tropas le llamasen Antonino, como ya hemos dicho. En seguida envió á Roma el cuerpo de Caracala (2) para que lo deposita-

(1) Esta distinción hacía entrar á los libertos en la clase de los caballeros.

(2) Herodiano no habla del cuerpo de Caracala, sino de sus

sen en la tumba de sus antecesores. Mandó al prefecto del Pretorio, en otro tiempo coega suyo, que cumpliera bien su deber, y sobre todo que hiciese á Caracala exequias dignas de la majestad imperial, porque sabía que el pueblo amaba mucho á aquel príncipe, por los vestidos y congiarios que había recibido. Temía también que en una sublevación militar le arrebatasen el poder que había usurpado y que fingía aceptar contra su voluntad. «como hacen todos los que se dicen obligados á conservar lo que han adquirido hasta por crímenes». Temía además que su colega aspirase al trono; y generalmente se esperaba que si éste conseguía el asentimiento de un ejército, todos los demás se apresurarían á ayudarle: tanto se odiaba á Macrino por sus infames costumbres ó la bajeza de su nacimiento, que contrastaba con la noble alcurnia de los Emperadores precedentes. Adornóse Macrino con el nombre de Severo, aunque no existía ningún lazo de familia entre aquel príncipe y él; pretensión que dió origen á este epigrama: «Macrino es Severo, como Diadumeno es Antonino.» Para calmar el espíritu sedicioso de las tropas, dió inmediatamente á los legionarios y pretorianos mayor paga que de costumbre, esperando atenuar por este medio el crimen cometido contra el Emperador, «y el dinero, como frecuentemente sucede, le sirvió á falta de inocencia». Este hombre, manchado con todos los vicios, ocupó el trono durante algún tiempo, y escribió al Senado una carta acerca de la muerte de Caracala, llamando divino á este Emperador, queriendo justificarse, y asegurando que había ignorado la conspiración. De esta manera, lo mismo que todos los criminales, unía al crimen el perjurio, digno principio de un malvado.

Importante es, para juzgar del sacrilego descaro que distinguió el principio de su odioso reinado, ver cómo se

cenizas encerradas en una urna; y, según el mismo historiador Macrino no las envió á Roma, sino á Julia, madre de aquel príncipe, que se encontraba en Antioquía.

justificó en su oración al Senado (1). Párrafos del discurso de los emperadores Macrino y Diadumeno: « Hemos querido, padres conscriptos, llevaros vivo á nuestro Antonino y seguir en Roma su carro triunfal, á los ojos de vuestra clemencia. Todos seríamos felices viviendo en una república floreciente, y bajo el príncipe que los dioses nos habían dado en el puesto de los Antoninos. Pero no habiéndolo permitido una sedición militar, os enteraremos primeramente de lo que el ejército ha hecho con nosotros: en seguida declararemos que concedemos los honores divinos (que es lo primero de todo) al príncipe á quien habíamos jurado fidelidad. El ejército no ha considerado digno á ninguno de vengar la muerte de Bassiano más que á su prefecto, á quien él mismo habría encomendado el castigo de los conjurados de haberlos descubierto en vida.» Y más adelante: «Hánme conferido el Imperio, cuya carga he aceptado provisionalmente, y la conservaré, si queréis lo mismo que los soldados han querido. Les he pagado el sueldo y lo he dispuesto todo como emperador.» En seguida decía: «Mi hijo Diadumeno, á quien conocéis, ha recibido también de los soldados el Imperio y el nombre de Antonino; nombre que le honra tanto como la majestad del trono. Os rogamos, padres conscriptos, que os dignéis aprobar esta distinción como bueno y favorable agüero, puesto que conservará entre vosotros el nombre de Antonino, que os es tan querido.» Y al fin añadía: «Los soldados, de acuerdo con nosotros, han concedido los honores divinos á Bassiano, cosa que os rogamos ratifiquéis, aunque podemos mandároslo en virtud de nuestra autoridad soberana. Queremos también que se le erijan dos estatuas ecuestres, dos á pie en traje militar, y en fin otras dos que le representarán sentado y vestido con traje civil. Se erigrán también dos estatuas triunfales

(1) Herodiano cita también algunos párrafos de este discurso, ó de la carta de Macrino al Senado, que difieren completamente de éstos.

al divino Severo; vosotros, padres conscriptos, cuidaréis de que todo esto se ejecute, como os rogamos encarecidamente, en nuestro piadoso respeto por la memoria de nuestros predecesores.»

Leída esta carta en el Senado, la asamblea recibió con regocijo, contra la opinión general, la noticia de la muerte de Antonino; y esperando que Opilio Macrino restablecería la libertad pública, comenzó por elevar al rango de los patricios á aquel hombre nuevo, que no fué al principio otra cosa que intendente particular del príncipe. También crearon pontífice máximo á aquel Macrino, oscuro secretario de los sacerdotes, llamados hoy pontífices menores (1). No atreviéndose nadie á creer en la muerte de Antonino, ni aun después de la lectura de aquella carta, guardaron silencio por mucho tiempo; pero en cuanto fué cierto el hecho, los senadores le prodigaron los epítetos reservados á los tiranos, y confirieron en el acto á Macrino la autoridad proconsular y el poder tribunicio. Macrino, después de haberse dado á sí mismo el título de Feliz, para disipar la sospecha de haber asesinado á Antonino Bassiano, hizo tomar á Diadumeno el nombre de Antonino. Más adelante usurpó también este nombre Vario Heliogábalo, el más despreciable de los hombres, y que, nacido de una cortesana, se decía hijo de Bassiano. Existen versos de un poeta demostrando que el nombre de Antonino, llevado primeramente por el que mereció el título de Pío, llegó á extinguirse en las últimas podredumbres del vicio; por que solamente Marco Aurelio aumentó su brillo con la pureza de su vida. Vero, por el contrario, se mostró indigno de él, y Cómodo manchó su santidad. ¿Qué diré de Antonino Caracala? ¿Qué diré de Macrino? ¿Qué

(1) Pretenden muchos escritores que en al principio hubo en Roma más que un pontífice. Más adelante hubo ocho, y Sila creó quince. Estaban divididos en mayores y menores, llamándose así los siete creados por Sila, título que transmitieron á sus sucesores. Dicen otros que se llamaban mayores los pontífices patricios, y menores los plebeyos.

diré, en fin, de Heliogábalo, el último de los Antoninos, y del que nos habla la historia como de un monstruo de impureza?

Nombrado Macrino emperador, quiso continuar la guerra contra los Parthos, y se puso en marcha con grande aparato, á fin de cubrir con el brillo de sus victorias la vergüenza de su cuna y la infamia de su vida pasada. Pero durante esta expedición le abandonaron las legiones, pasando al partido de Vario Heliogábalo, y le mataron. Había reinado poco más de un año (1). En esta guerra que emprendió Antonino, Macrino, aunque más débil que Artabano, que vengaba vigorosamente la muerte de los suyos, trató primeramente de resistirle; pero no tardó en enviarle legados pidiéndole la paz, proposición que aquél acogió apresuradamente, después del asesinato de Caracala. Macrino marchó en seguida á Antioquia, donde se entregó al desenfreno, proporcionando de esta manera al ejército justo motivo para deshacerse de él y declararse por el supuesto hijo de Bassiano, esto es, por Heliogábalo Bassiano Vario, que más adelante fué llamado Bassiano y Antonino.

Existía entonces una mujer llamada Mæsa ó Varia, de la ciudad de Emisena, y hermana de Julia, esposa del africano Severo Pertinax. Macrino, después de la muerte de Antonino Bassiano, la había arrojado ignominiosamente del palacio, aunque dejándola lo que había reunido durante mucho tiempo. Esta mujer tenía dos hijas, Semiamira y Mamea, siendo la mayor madre de Heliogábalo, al que también hicieron tomar el nombre de Bassiano y de Antonino, porque Heliogábalo es el nombre que los Fenicios dan al sol. La belleza de aquel joven, su elevada estatura y su dignidad de sumo sacerdote del Sol, le hicieron notar muy pronto á todos los que concurrían al templo, y especialmente á los soldados. Mæsa ó Varia decía que era hijo de Antonino

(1) Según Xifilino, reinó un año, dos meses y tres días.

Bassiano, y poco á poco quedó persuadido de ello todo el ejército. Mæsa además era muy rica, lo cual permitía á Heliogábalo desplegar mucho lujo. Los ofrecimientos de esta mujer acabaron por separar las legiones del partido de Macrino; admitióse la una noche en la ciudad con su familia, y su nieto fué llamado Antonino, revistiéndole en seguida con las insignias imperiales.

Macrino recibió la noticia en Antioquia, y admirando y despreciando á la vez la audacia de aquella mujer, envió á su prefecto Juliano con algunas legiones á sitiar la ciudad donde se encontraba aquella familia. Mas apenas les mostraron Antonino, entusiasmándose por él, mataron al prefecto Juliano y pasaron todos al partido del nuevo emperador. Antonino reunió en seguida una parte del ejército y marchó contra Macrino, que avanzaba á largas jornadas. Llegaron á las manos, y Macrino, vencido por la traición de sus soldados, que preferían á Antonino, huyó con débil escolta, y fué muerto con su hijo Diadumeno en un pueblo de Bitinia. Cortáronle la cabeza y la llevaron á Antonino. Debemos decir aquí que el joven Diadumeno no recibió más que el título de César y no el de Augusto, á pesar de lo que aseguran muchos escritores que le hacen compartir el mando supremo con su padre. Los soldados le mataron también, y esto fué todo lo que le valió la dignidad imperial. Además su vida no ofrece nada digno de mención, como no sea que le hicieron llevar como á bastardo el nombre de los Antoninos.

Macrino, después de su advenimiento al Imperio, mostró en su conducta más recogimiento y austeridad, esperando hacer olvidar por este medio su vida anterior. Pero su misma gravedad dió pábulo á censuras y sátiras. En efecto, quiso que se le llamase Severo y Pertinax, porque estos dos nombres le parecían símbolos de austeridad, y habiéndole otorgado el Senado los de Pio y Feliz, rechazó el primero y aceptó el segundo. Esta elección inspiró á un poeta griego un epigrama contra él, cuyo sentido es el siguiente: «Ese vil histrión, decrepito, severo, cruel, injusto, quiere ser inipio y feliz al

mismo tiempo, puesto que rechaza el nombre de pío y conserva el de feliz, distinción contraria á la naturaleza y que rechaza la razón. Pudo llamarse y ser, en efecto, pío y feliz; pero el que hace desgraciados no puede menos de serlo él mismo.» No sé qué poeta latino fijó los versos en el Foro, y enterado de ello Macrino, dicese que contestó con estos otros: «Si los destinos hubiesen castigado á Grecia con tan malos poetas como este gárrulo latino, el pueblo y los grandes habrían permanecido en la ignorancia, y nadie habría atacado mi grandeza en versos tan detestables.» Macrino creyó haber respondido suficientemente con estos versos, peores aún que los otros, y que le expusieron á la burla pública de la misma manera que al poeta que tradujo los primeros del griego al latin.

Macrino fué soberbio y sanguinario: afectaba gobernar militarmente, censuraba hasta las instituciones de los tiempos antiguos y no alababa más que á Severo. Hacia crucificar á los soldados y les imponía siempre los castigos reservados á los esclavos. Con frecuencia, después de una sedición militar, los diezmaba, y algunas veces también castigaba uno de cada ciento: á esto llamaba *centesimal*, diciendo que daba elocuente prueba de su clemencia limitando á esto el castigo, cuando habían merecido que se les diezmara ó se les *vicesimara*. Largo sería referir todas sus crueldades, por lo que solamente citaré un ejemplo que sobrepuja todos los que han dado los tiranos más terribles, á pesar de que pretendía haber impuesto en aquella ocasión ligero castigo. Habiendo sabido por un comisario de víveres (*frumentarium*) que se sospechaba de algunos soldados que habían violado la sirviente de su huésped, mandó que se los presentasen y les interrogó acerca del asunto. Resultando verdadera la acusación, mandó en el acto abrir el vientre de dos bueyes muy grandes y ordenó encerrasen en ellos aquellos soldados hasta la cabeza, para que todavía pudiesen hablar. Este fué el castigo que les impuso, aunque aquel suplicio no se imponía ya en su tiempo ni á los adúlteros. Macrino combatió con tanto valor como éxito

contra los Parthos, contra los Armenios contra los Arabes, llamado eudémonos (afortunados). Mandó atar vivo á las ruedas de un carro y arrastrarle agonizante, durante una jornada, á un tribuno que consintió desertar á una guardia. Viósele también renovar el suplicio de Mecencio, que ataba los vivos con los muertos y los dejaba morir por lenta podredumbre. Por esta razón gritaron un día en el Circo, aludiendo á Diadumeno, á quien siempre mostró favor el pueblo: «Ilustre joven, digno de tener otro padre que Mecencio.» También emparedaba hombres vivos. Siempre hizo atar uno con otro y quemar vivos á los culpables de adulterio. Los esclavos que se fugaban de casa de sus amos eran condenados al oficio de gladiador. Los delatores que no probaban su aserto eran condenados á muerte; los que lo probaban, recibían la cantidad ofrecida, y se les despedía con nota de infamia.

Marcino poseía algunos conocimientos en derecho, y había decidido anular todos los rescriptos de los emperadores precedentes, no queriendo que la jurisprudencia romana descansase en rescriptos, avergonzándole, decia, considerar como leyes los caprichos de Cómodo, de Caracala ó de otros príncipes de igual notoria ignorancia; mientras que Trajano jamás contestó á las peticiones con rescriptos por temor de que se aplicasen á otros casos resoluciones que podían concederse al favor. Distribuyó víveres en abundancia, pero muy poco oro. Era tan severo, tan malo, tan duro para sus esclavos y personas del servicio de la corte, que no le llamaban Macrino, sino Macelino (1), porque algunas veces estaba su casa como una carnicería, llena de sangre de sus esclavos. Gustábale la buena mesa y el vino hasta embriagarse algunas veces; pero solamente por las noches, porque en la comida, aunque estuviese solo, era muy sobrio; sus cenas, por el contrario, eran muy espléndidas. Ad-

(1) De Macellum, carnicería: con el nombre de Macelino querían llamarle sin duda Carnicero.

mitía á su mesa hombres instruidos, con objeto de contenerse, y, hablando de literatura, comer poco.

El pueblo se cansó pronto de aquel Emperador, atendiendo á lo bajo de su origen y á su crueldad; y los soldados, que se recordaban mutuamente sus atrocidades é infamias, se sublevaron contra él y le mataron, con su hijo Diadumeno, llamado Antonino, del que se dice que solamente fué Antonino en sueños. Relativamente á esto hicieron versos cuyo sentido es el siguiente: «He aquí, Romanos, lo que he visto en sueños, si no me engaño: Diadumeno llevaba el nombre de los Antoninos: este niño nació de padre puesto en venta en otro tiempo, pero de madre púdica, porque solamente se entregó á cien hombres y únicamente solicitó á otros ciento. Aquel calvo amante de una prostituta se hizo después su marido. Podrá ser, si os place, Antonino Pío, ó Marco Antonino, pero nunca Antonino Vero.» Estos versos, que en griego son hermosos, los tradujo al latín un mal poeta, según mi opinión. Enterado Macrino, contestó con yambos considerados excelentes, pero que no existen por haberse perdido en la confusión que ocasionó su muerte y en el saqueo de todos sus bienes que realizaron los soldados.

Tal fué su fin, como ya hemos dicho. Declarándose el ejército por Antonino Heliogábalo, huyó Macrino, y, vencido en la guerra que quiso sostener, fué asesinado en un pueblecillo de Bitinia; parte de sus soldados se rindieron, otros perecieron, huyendo los demás. Por este hecho adquirió Heliogábalo cierta fama, porque pareció que vengaba la muerte de su padre. De esta manera subió al trono, que manchó con monstruosos vicios, con la lujuria, la prostitución, la crápula, el orgullo y la crueldad, que le acarrearon idéntico fin. Esto es lo que sabemos de Macrino, atendiendo á las diferencias que existen acerca de algunos puntos entre la mayor parte de los escritores y en todas las historias. Hemos consultado con muchos autores, oh Diocleciano Augusto, esto que ofrecemos á tu serenidad, con objeto de satisfacer tu afición á la historia de los antiguos emperadores.

APÉNDICE

Á LA VIDA DE MACRINO.

Xifilino habla de esta manera en su historia del emperador Macrino: «Macrino era natural de Cesarea, en la Mauritania, nacido de padres de baja condición; tenía una oreja taladrada á la manera de los Moros; pero la grandeza de su virtud cubrió en cierto modo la humildad de su origen. Más cuidado que en instruirse desplegó en cumplir exactamente los deberes de justicia. Antonino le honró con el cargo de prefecto del Pretorio, cargo que desempeñó con perfecta equidad. Cuatro días después de la muerte de este príncipe, el ejército le declaró sucesor suyo, porque le había ofrecido librarle de las fatigas de la guerra. Cuando tuvo entre las manos la autoridad absoluta, la ejerció de modo completamente contrario al de Antonino, ordenando con rigor los negocios; prohibió que le erigiesen estatuas de plata que pesasen más de diez marcos, y más de seis las de oro. Acusósele de haber elegido mal los oficiales y de confiar los cargos á personas indignas. Poco después comenzó á vivir con extraordinaria delicadeza y á usar su autoridad con extrema insolencia, con objeto de cubrir con este aparato de grandeza lo que su origen tenía de bajo y despreciable. Trataba con modo por demás injurioso á los que sospechaba despreciaban la obscuridad de su nacimiento y verle con disgusto en una altura en la que no le sostenía ningún mérito, llegando hasta

á matar á algunos por este motivo. Sin embargo, la alegría que sentían los pueblos por la muerte del tirano de tal manera les embargaba el ánimo, que no atendieron á la humilde extracción de Macrino, sometiéndose á su obediencia sin trabajo. Este Emperador relegó á una isla á Lucio Prisciliano, que, bajo el reinado anterior, se hizo famoso por los daños que causó y sus combates con las fieras. Un día combatió solo contra un oso, contra una pantera, una leona, un león, y había dado muerte á otras muchas bestias feroces. Pero también había hecho morir con sus calumnias á número mucho más considerable de hombres, de caballeros y senadores. Cuando Julia, madre de Taranto, tuvo noticia de su muerte en la ciudad de Antioquia, donde se encontraba á la sazón, tanto se afectó, que se dió muchos golpes, como si la dominase furiosa desesperación y estuviese decidida á no sobrevivirle. Lamentaba su muerte, aunque siempre le había odiado, pero no deploraba su desaparición sino porque se veía obligada ella á vivir como una particular. El dolor que la dominaba le arrancó muchas palabras desfavorables á Macrino; pero cuando vió que no la quitaba ni sus guardias ni su casa, y que le había escrito en términos muy amables, abandonó el deseo de morir. Pero cuando Macrino se enteró de lo que había hablado, aunque nada le había escrito ella, y dijeron además que tramaba maquinaciones con sus guardias para usurpar la autoridad soberana, como sus compatriotas Semiramis y Nicotris la habían usurpado en otro tiempo, le envió orden de partir de Antioquia y retirarse á donde le agradara. Entonces se dejó morir, negándose á comer; aunque debe tenerse en cuenta que ayudó mucho á su muerte un cáncer que tenía en el pecho y que había irritado golpeándolo.»

Herodiano dice: «Inciertos é indecisos los soldados, pasaron dos días sin jefe, deliberando acerca de la elección que harían. Pero no podían perder tiempo, porque diariamente se recibían noticias de que Artabano se apresuraba para castigar la perfidia del ejército romano y para

vengar también los males de aquellos que, durante la paz, en medio de las solemnidades de una alianza, habían sido cruelmente degollados. Los soldados quisieron primeramente colocar en el trono á Audancio, que había adquirido mucha fama en la guerra y tenía todas las cualidades de buen general; pero habiéndose excusado con su avanzada edad, ofrecieron el puesto á Macrino. Los tribunos le instaron mucho para que aceptase, y después de su muerte se sospechó que habían entrado en su conjuración, como diremos más adelante. Aunque Macrino no confiaba mucho en el afecto y adhesión de los soldados, la necesidad de los negocios que les llevó á elegirle, le decidió á aceptar.»

Acercas de la guerra con los Parthos, dice Xifilino: «Enterado Macrino de que Artabano hacia grandes levadas y se preparaba enérgicamente á la guerra, intentó calmarle devolviéndole los prisioneros y escribiéndole en términos muy atentos. Pero Artabano, lejos de acceder á condiciones equitativas, habiendo pedido la reedificación de las ciudades que habían sido destruidas, la restitución de toda la Mesopotamia é indemnización por los sepulcros derribados de los reyes, Macrino, sin perder tiempo en deliberaciones, avanzó sobre Nisiba, á donde había llegado el enemigo, y trabó combate con ocasión del campamento, donde los dos ejércitos querían tener la ventaja del agua, y fué vencido. Otro combate trabó que, no teniendo mejor resultado que el primero, le obligó á comprar la paz, dando, tanto á Artabano como á sus jefes, más de quince millones de dracmas.»

Sobre la misma guerra, dice Herodiano: «Acercábase Artabano con numerosas tropas, muy fuertes en caballería y arqueros, con los que había mezclados soldados con armadura completa, que combatían con picas muy largas desde lo alto de sus camellos. Macrino, después de su elección, habló así á los soldados: «Muy natural es llorar la muerte de un príncipe, ó, por mejor decir, de un compañero como el que acabamos de perder; pero también es prudente no dejarse abatir por el dolor. Su me-

»moria, que siempre os será querida, también será ilustre en la posteridad; mereciéndole inmortal gloria sus hazañas, el cariño que os tenía y la parte que tomaba en todos vuestros trabajos. Pero después de haber consagrado algunos días á nuestro dolor, tiempo es de pensar en el peligro que nos amenaza. Tenemos sobre nosotros al Rey de los Parthos con todas las fuerzas del Oriente. Hase armado en justa venganza: fuimos los primeros en atacarle, llevando la guerra en el seno mismo de la paz. El honor y salvación del Imperio están en vuestras manos, sin tener otros recursos que vuestro valor. No se trata de defender las fronteras ó ensancharlas: hoy lo arriesgamos todo, fortunas y vidas, contra un gran Rey y un ejército poderoso que viene á pedirnos cuenta de la sangre de sus hijos y sus hermanos, y que nos trata de pérfidos y perjuros. »Opongamos á esa multitud el orden y disciplina de los ejércitos romanos. Los bárbaros, por no saber formarse en batalla, pierden muchas veces la ventaja del número, que solamente les sirve para desordenarse, mientras que nosotros, conservando exactamente las filas, con movimientos uniformes y oportunos, con la experiencia de los cuerpos antiguos, ordinariamente triunfamos de los ejércitos más numerosos. Marchad, pues, al combate con la acostumbrada seguridad del soldado romano. Honor vuestro es demostrar al Imperio y al mundo, con otra victoria, que no debisteis la primera sino á vuestro valor, y de ninguna manera á indigna estratagemas, y que, en vez de violar el derecho de gentes, no hicisteis más que usar del derecho de vencedores.»

»Animados los soldados por esta arenga, empuñaron prontamente las armas, viendo al amanecer á Artabano con todas sus fuerzas. Después que los Parthos hubieron adorado al Sol, según su costumbre, comenzaron el combate á flechazos. Los Romanos habían mezclado en sus filas soldados armados á la ligera y colocado en las alas los Moros mezclados con la caballería. Manteníanse

muy apretados y sostenían vigorosamente el choque de los bárbaros, que corrían por todos lados, haciendo caer sobre ellos espantosa lluvia de flechas, molestándoles mucho con las largas picas que emplean los que montan los camellos. Pero cuando peleaban de cerca con las espadas, los Romanos eran siempre los más fuertes. Cuando les estrechaba vivamente la caballería, fingían huir y arrojaban al suelo objetos de hierro que quedaban con la punta hacia arriba, que herían gravemente á los caballos, y en especial á los camellos, que tienen blando el casco; de manera que caían en el acto sobre los que los montaban. Necesario es saber que toda la fuerza de los Parthos está en su caballería, y que es muy fácil derrotarlos cuando se ven obligados á echar pie á tierra, porque su largo ropaje les impide igualmente huir y defenderse. Con sostenida obstinación combatieron dos días seguidos, sin que ningún bando consiguiese ventaja, á pesar de que los dos se la atribuían. El tercer día trataron los bárbaros de envolver á los Romanos; pero éstos, para impedirlo, prolongaron su frente de batalla á medida que los otros extendían las alas. Tal había sido la matanza los días anteriores, que toda la llanura estaba cubierta de cadáveres amontonados, que algunas veces ocultaban á los combatientes la vista del enemigo; por lo que los dos ejércitos se retiraron á sus campamentos antes de terminar el día.

»Sorprendido Macrino de que los Parthos, que ordinariamente agotan su fuego en la primera resistencia, se obstinasen tanto y preparasen á comenzar de nuevo el combate en cuanto enterrasen los muertos, sospechó que Artabano no se mostraba tan fiero, sino porque creía tener enfrente á Antonino. Para desengañarle envió legados con cartas, en las que le decía que los dioses vengadores de los perjuros habían castigado el atentado cometido contra su persona, y que aquel á quien odiaba no existía ya; que los Romanos le habían elegido emperador; que nunca había aprobado la perfidia de Antonino; que estaba dispuesto á devolverle los prisioneros

y á indemnizarle todos los daños que el ejército romano había hecho en sus tierras; que no deseaba más que tenerle por amigo, y que firmaría en el acto un tratado de paz, si quería aceptarlo. Enterado Artabano por las cartas y relatos de los legados, contento con las satisfacciones que le ofrecían, aceptó las proposiciones de Macrino y regresó á su reino con todas sus tropas. El Emperador por su parte, dejando la Mesopotamia, marchó Antioquia.

»Desde allí escribió al Senado y pueblo romano cartas concebidas en estos términos: «Como no ignoráis la conducta que he observado hasta mi elevación al Imperio; como conocéis mi natural inclinación á la dulzura, de la que os he dado muchas pruebas en el ejercicio de un cargo que se acerca mucho al poder soberano, puesto que el Emperador mismo y su vida dependen en cierta manera del Prefecto de las cohortes pretorianas, creo inútil extendirme más para demostraros una cosa de que estáis convencidos. Siempre he condenado los excesos de Antonino. Las observaciones que algunas veces me aventuré á dirigirle para salvar la vida de los que sin razón ni fundamento condenaba á morir, me expusieron á perder la mía. Por esta razón me dirigía con frecuencia palabras mordaces, censurando mi moderación y tratándome de molice y de cobardía lo que se alejaba de sus feroces costumbres. Para agradarle era necesario adularle, alentar y excitar su carácter sanguinario. Los delatores que favorecían su crueldad merecían sus mayores consideraciones. Pero en una corte tan corrompida no he cambiado de carácter, y siempre he preferido la virtud á la fortuna. Después de su muerte hemos terminado con felicidad una guerra importante, que con tanta injusticia empezó, aventurando por vanidad ridícula la gloria y salud del Imperio. Hemos demostrado tanto valor en el combate como prudencia en un tratado por el cual de un enemigo terrible nos hemos hecho un amigo sincero, librando al mismo tiempo al Imperio de la alarma que producta un ejército for-

midable diseminado por nuestros campos. Bajo mi reinado gozaréis de dichosa tranquilidad; no se derramará sangre inocente, y veréis renacer bajo un emperador los tiempos de la República. No creo que nadie imagine que la fortuna se ha equivocado al colocar á un simple caballero en el trono. Verdad es que á veces favorece á los más indignos; pero la gloria que procede de las cualidades personales no depende de sus caprichos. El nacimiento, las riquezas y todos los honores que admiran los hombres, no constituyen el mérito de aquellos que los poseen; se les envidia, sin que por ello se les estime más. Pero la dulzura y moderación son virtudes que es agradable y honroso poseer. ¿De qué sirve la nobleza si el mérito no la sostiene? ¿Os encontrasteis mejor con Cómodo que con Antonino, porque este último era hijo de emperador y el otro contaba muchos entre sus abuelos? Por el contrario, los que ocupan el trono por sucesión creen tener derecho para usar del poder á su capricho y sin circunspección como herencia propia. Pero aquellos que sacáis de condición privada os deben gratitud que no pueden olvidar jamás. Los príncipes que proceden de familias patricias, ordinariamente se hacen orgullosos y miran con desprecio á sus súbditos como infinitamente inferiores á ellos; pero aquellos que de mediana fortuna por distintos grados ascienden al trono, se mantienen en él por su moderación, comen parcamente el fruto de su trabajo y siempre muestran mucha consideración á las personas distinguidas, á las que acostumbraban respetar. Estoy decidido á no hacer nada sin vuestra participación, á admitiros en todos mis consejos y á devolveros cierta antigua libertad que habéis perdido bajo los emperadores más nobles, y de la que comenzasteis á gozar de nuevo bajo Marco Aurelio y Pertinax, ambos llegados al Imperio por elección vuestra, y no por el nacimiento. Mejor es dar á la propia raza comienzos ilustres que manchar con vicios el brillo de la estirpe.»

»El Senado recibió esta carta con grandes aclama-

ciones, y en el acto se concedieron á Macrino todos los títulos y honores que se otorgan á los emperadores; pero el regocijo público no se debía tanto á su elevación como á la muerte de Antonino. Las personas distinguidas principalmente, desde el momento en que sucumbió el príncipe, creían separada de encima de sus cabezas la espada que estaba próxima á caer. Mandóse aprisionar á todos los delatores de profesión y á los esclavos que habían acusado á sus amos, viéndose Roma y todo el Imperio libres de aquella calamidad por su fuga ó por su muerte. Si quedaban algunos, ocultábanse cuidadosamente, sin turbar la tranquilidad pública, apareciendo un rayo de libertad ante los Romanos durante aquel año del reinado de Macrino. La falta más grande que cometió este príncipe y que ocasionó su pérdida, fué conservar las tropas formando ejército y no enviarlas á cuarteles de invierno. Debíó también marchar prontamente á Roma, adonde diariamente le llamaban los votos del pueblo. Pero en vez de dar este paso tan esencial, continuaba tranquilamente en Antioquía, cuidándose la barba, marchando con estudiada gravedad, haciendo esperar mucho á aquellos á quienes daba alguna contestación y hablándoles tan quedo, que casi nunca entendían lo que les decía. Con estas cosas creía imitar á Marco Aurelio, pero solamente imitaba sus defectos. Entregábase á los placeres y pasaba el tiempo en los espectáculos de bufones, en vez de dedicarse á los negocios del Estado. Llevaba broches de oro y un cinturón cubierto de plata y de piedras preciosas; lujo y ostentación que desagradaba á los soldados romanos, chocándoles cada vez más aquellos objetos que diariamente veían. No podían soportar aquella molicié en un general, sobre todo cuando la comparaban con la dura vida y virtudes militares de Antonino. Murmuraban también de que, habiéndose hecho la paz, les mantuviese bajo las tiendas, alejados de su país, careciendo frecuentemente de las cosas más necesarias, mientras que Macrino no se privaba de ningún placer y se entregaba á todo género de voluptuosidades. Después

de murmurar por mucho tiempo, se lanzaron de pronto hasta á injuriarle en público, y comenzaron á acechar la ocasión de deshacerse de un hombre con quien no podían convenir.»

Xifilino y Herodiano refieren la historia de Mæsa y el fin de Macrino. El primero dice: «Apenas libres los Romanos de la guerra de los Parthos, se vieron por desgracia comprometidos en otra civil, promovida por los soldados, disgustados porque Macrino no les trataba con la dulzura que deseaban, ni les hacía regalos con tanta profusión como Antonino.

»Por este tiempo nos alarmó extraordinariamente la presencia de un cometa que apareció durante muchas noches, extendiendo la cola de Occidente á Oriente, y repetíamos frecuentemente versos de Homero, cuyo sentido es que el aire resuena con el ruido del trueno.

»Las consecuencias de esto fueron las siguientes: Mæsa, hermana de la emperatriz Julia, tenía dos hijas, Socemis y Mammea, y cada una de éstas tenía un hijo. Una era viuda del sirio Varo Marcelo, y la otra de Genesio Marciano, sirio también. Un liberto del Emperador, llamado Eutiquiano, que había conquistado el favor del príncipe por la destreza que había demostrado en los juegos y combates, viendo la aversión de los soldados á Macrino, y sintiéndose como impulsado por las respuestas del Sol, denominado Heliogábalo, al que se adoraba con profunda veneración, y excitado por otros oráculos, trató de deshacerse del Emperador, reemplazándole con Lupo, nieto de Mæsa, aunque se encontraba en la niñez. Por difícil que era la empresa, consiguió realizarla, porque habiendo supuesto que Lupo era hijo natural de Taranto, vistiéndole el traje que aquel príncipe usó siempre, en su juventud, le llevó al campamento de noche, sin conocimiento de su madre ni de su abuela, y el día 16 del mes de Mayo persuadió á los soldados, que solamente esperaban ocasión para sublevarse, á que le proclamasen emperador, como lo hicieron, llamándole Antonino.

»Macrino escribió al Senado relativamente á aquel falso Antonino, llamándole niño y estúpido. En la misma carta se quejaba de la cobardía de los soldados, que se habían dejado corromper por dinero para sublevarse contra él. Decía además que en su desgracia tenía el consuelo de sobrevivir á un fratricida, que hizo cuanto pudo por arruinar el universo. «No dudo, añadía, que hay muchos que desean más la muerte de los emperadores que su vida. No hablo, sin embargo, de mí, no pudiendo creer que nadie haya deseado verme perecer.» Cuando se leyó este párrafo, exclamó Fulvio Diogeniano: «Todos lo hemos deseado.» Había sido cónsul, tenía luces muy escasas y no le estimaba nadie, ni tampoco él mismo.

»Macrino tomó muchas veces el título de padre en su carta, y designó á su hijo Diadumeno emperador, aunque tenía menos edad que el falso Antonino, al que despreciaba por su infancia; en lo que reconocimos su ceguedad. El falso Antonino fué tan diligente que los dos ejércitos se encontraron en un pueblecillo distante ciento ochenta estadios de Antioquia. Macrino podía conseguir mucha ventaja del ardor, energía y rapidez de las cohortes de sus guardias, á los que, para hacerles más ligeros, había quitado las corazas construidas en forma de escamas, y los escudos ahuecados como canales. Pero le venció su propia timidez, como parecía que los dioses le habían predicho por la paloma que voló sobre su estatua al tiempo en que el Senado escuchaba la lectura de la primera carta que le escribió. Menos valor tuvo que Mæsa y Socemis, abuela y madre del falso Antonino, quienes, viendo que los soldados comenzaban á retroceder, saltaron abajo de sus carrozas y les reconvinieron por su cobardía. El falso Antonino desenvainó en el acto la espada, acudió á brida suelta, y arrojándose como por inspiración divina delante de ellos como si fuesen sus enemigos, les contuvo, aunque por segunda vez habrían huido, de no hacerlo antes Macrino. Envio su hijo á Artabano, y habiéndose retirado

á Antioquia, dijo á los habitantes que había conseguido la victoria, para que le recibiesen en la ciudad. Pero habiéndose propagado la noticia de su derrota, y habiéndose cometido muchos asesinatos en los caminos y en la ciudad, huyó á caballo durante la noche, después de cortarse la barba y los cabellos, y cubriendo con un manto obscuro su traje de púrpura, para que se le tomase por un particular. Llegó con su comitiva que era muy corta, á Ega, ciudad de Cilicia; allí tomó carros como si fuese un oficial del ejército enviado con noticias, á través la Capadocia, la Galacia y la Bitinia, y llegó á Eribola, puerto de Nicomedia. No atreviéndose á entrar en esta ciudad, hizo vela hacia Calcedonia y pidió á un abastecedor suyo que le enviase dinero. Reconocido por esta orden, cogieronle en Calcedonia los soldados que el falso Antonino había enviado para ello, y llevaronle á Capadocia, donde enterado de que su hijo estaba en poder de sus enemigos, saltó de su carro (cosa que le fué fácil porque no iba atado), se hirió en un hombro y poco después le mataron.

»De esta manera Macrino, que ya tenía cincuenta y cuatro años, y que era notable por su mucha experiencia, por la habilidad que había demostrado en la dirección de ejércitos y por sus gloriosas hazañas, quedó vencido por un niño cuyo nombre apenas conocía. Esta desgracia se la había predicho un oráculo cuyo sentido era, que un príncipe joven derribaría á otro debilitado por la vejez. En poco tiempo, y por desgracia notable, se vió privado del Imperio, del que solamente había gozado un año y dos meses, contando desde el día en que se apoderó de él, hasta el de la batalla que perdió»

«Cansada la fortuna al cabo de un año, dice Herodiano, de ver á Macrino abusar de sus favores y entregarse á indigna ociosidad, proporeionó á los soldados ocasión de perderle, ocasión que en sí misma no era muy importante. Julia, esposa de Severo y madre de Antonino, tenía una hermana llamada Mæsa, nacida en la ciudad de Emesa, en Fenicia. Había pasado casi toda su vida en la

corte, bajo los reinados de Severo y Antonino. Elevado al Imperio Macrino, la despidió á su país, sin quitarle nada de sus bienes, que eran considerables, porque habia aprovechado bien su parentesco con el príncipe, y el tiempo que habia permanecido á su lado. Mæsa tenia dos hijas, Soema y Mammea; la primera tenia un hijo llamado Bassiano, y la segunda otro llamado Alexiano. Su abuela Mæsa cuidaba de la educaci6n de los dos. Bassiano tenia entonces cerca de cuatro años y su primo diez. Los dos eran sacerdotes del Sol, que los Fenicios honran especialmente llamándole en su lengua Heliogábalo. Estos pueblos le han erigido un templo magnífico, en el que por todas partes brillan el oro, la plata y las piedras preciosas. Y no le honran las gentes del país solamente, sino que los sátrapas y reyes vecinos envían ricas ofrendas. En este templo no se ve como en los de los Griegos y Romanos una estatua representando al dios que allí se adora; solamente hay una piedra grande completamente negra, que dicen cayó del cielo. Considerándola de cerca, vense en ella algunas desigualdades con trazos mal formados, pretendiendo los naturales que aquélla es la imagen del Sol. Bassiano ejercía el cargo de pontífice, vestido con un traje talar con anchas mangas, según la costumbre de aquellos bárbaros. El calzado le llegaba desde los pies á la cintura; ostentaba manto cubierto de franjas de púrpura y bordado de oro, y en la cabeza corona enriquecida con piedras preciosas. Bassiano sobrepujaba en belleza á todos los de su edad, y su buen aspecto, realzado por su aire juvenil y el adorno, le daban bastante semejanza con las hermosas imágenes que tenemos de Baco. Todos gustaban verle cuando ejercía sus funciones, danzando al son de la flauta, según la costumbre de los Fenicios, seguido de un grupo de mozos y de mujeres del país. Su belleza le atraía todas las miradas, y muy especialmente las de los soldados romanos, que le contemplaba porque era de la sangre de sus emperadores. La mayor parte del ejército campaba entonces cerca de Emesa para guardar las

fronteras de la Fenicia, y no se le retiró de aquella provincia hasta algún tiempo después, como veremos más adelante.

» Los soldados, que de tiempo en tiempo iban á la ciudad y al venerado templo, veían allí al joven Bassiano y siempre con nueva admiración. Algunos de ellos estaban desterrados de Roma, donde Mæsa les habia conocido. Esta mujer, cuando admiraban la belleza de su nieto, les decía que era verdaderamente hijo de Antonino, aunque pasaba por serlo de otro. Fuese esto verdad ó fábula inventada de intento, deciales que mientras permaneció en Roma en el palacio, aquel príncipe tuvo comercio con sus hijas, que entonces eran muy jóvenes y bellas. Los soldados repitieron estas cosas á sus compañeros, propagándose el rumor por todo el campamento. Añádíase que Mæsa tenia montones de oro y plata que estaba dispuesta á distribuir á los soldados, si devolvían á su nieto la herencia de que le habían privado. En vista de esto, los soldados la ofrecieron recibirla en el campamento con toda su familia, y proclamar á Bassiano emperador é hijo de Antonino. Venciendo en aquella mujer la ambición al temor natural de su sexo, se decidió á aventurarlo todo, antes que continuar más tiempo en la obscuridad de condición privada. Durante la noche salió de la ciudad con sus hijas y sus nietos, escoltada por los soldados expulsados de Roma; y en cuanto se acercó á la muralla, abriéronle las puertas, y el ejército proclamó unánimemente á su nieto emperador con el nombre de Antonino. Declarados de esta manera, hicieron considerable acopio de víveres, retiraron de las ciudades vecinas sus esposas é hijos con todo cuanto poseían y se prepararon á sostener el sitio.

» Cuando llevaron estas noticias á Antioquía y en los demás ejércitos se propagó el rumor de que habia sido proclamado un hijo de Antonino, y que la hermana de la emperatriz Julia hacia á los soldados considerables regalos, encontrándose dispuestos los ánimos á creer cuanto se decía y todo lo que no era imposible, admiraban asom-

brados aquel suceso. El odio que profesaban á Macrino, un resto de afecto á su antecesor, y muy especialmente el dinero que les ofrecían, les hacía prestar oído á las novedades, de manera que diariamente pasaban muchos al partido del nuevo Antonino. Sin asombrarse Macrino por aquel movimiento, mostrando aspecto tranquilo y seguro, no se dignó marchar en persona contra los rebeldes, y se contentó con enviar un legado con las tropas que creyó suficientes para reducirles á la obediencia. Juliano (así se llamaba el legado), habiendo avanzado hasta cerca del campamento para sitiario, los soldados que permanecían encerrados en él subieron á los parapetos, mostrando desde lejos á sus compañeros el Príncipe, al que llamaban con grandes aclamaciones hijo de Antonino. Al mismo tiempo les enseñaban sacos de dinero, como apetitoso cebo para atraerles á su partido. En vista de esto, los soldados de Juliano se dejaron persuadir fácilmente de que el hijo de Soema era de Antonino; haciendo el deseo que tenían de reconocerle que le encontrasen todos los rasgos de su pretendido padre, aunque apenas podían verle á la distancia que estaban. Comenzaron por cortar la cabeza á su general y la enviaron á Macrino; en seguida pasaron al campamento de los que habían venido á sitiar, quienes con este refuerzo, unido á los desertores que diariamente llegaban por todos lados, se encontraron en estado, no solamente de defender sus parapetos, sino de salir á campo raso.

«Enterado Macrino de estas malas noticias, marchó al frente de su ejército para castigar á los rebeldes en su campamento; pero no le esperaron y salieron muy confiados á su encuentro, trabándose la batalla en los confines de la Siria y la Fenicia. Los soldados de Antonino combatían con valor, animados por la desesperación, convencidos de que no había perdón para ellos si quedaban vencidos. Los de Macrino, por el contrario, le servían sin ardor, y muchos le abandonaron, pasando al ejército enemigo, llegando á temer este príncipe que le

dejasen solo y caer prisionero. Para evitar indignidades é insultos que habría tenido que sufrir, retiróse de la batalla al obscurecer, y despojándose de la armadura y de todas las prendas que le daban á conocer, tomando traje de viajero y cubriéndose el rostro, habiéndose cortado también la barba, por la que podían reconocerle, huyó con algunos centuriones que le eran adictos, marchando noche y día para adelantarse á la noticia de su derrota. Los centuriones llevaban los caballos y el carro á la carrera, como si marchasen para evacuar asuntos importantes que el Emperador les hubiese encargado. Entretanto continuaba la batalla, defendiendo á Macrino los pretorianos solamente contra todos los otros que habían pasado al bando de Antonino, y como son los hombres robustos y aguerridos, sostenían con firmeza el combate. Pero al fin, no viendo á Macrino ni las enseññas que llevan delante del Emperador, ignorando si había muerto ó huído, se encontraron muy indecisos acerca del partido que debían adoptar. No era posible combatir más tiempo por un hombre que había desaparecido; rendir las armas, era confesarse vencidos y que se entregaban; pero Antonino, enterado por los prisioneros de la fuga de Macrino, les envió un heraldo para que les dijese era locura que se expusiesen más por un cobarde que les había abandonado; que les prometía bajo juramento olvido completo, y que estaba dispuesto á recibirles como guardias de su persona. Confiando en su palabra, los pretorianos pasaron á su partido. En seguida envió apresuradamente fuerzas en persecución de Macrino, que se encontraba ya muy lejos, y encontrándole en Calcedonia, en una casucha de un pueblecillo, con grave fiebre producida por el cansancio del camino, le cortaron la cabeza. Dícese que quería huir á Roma, confiando en el afecto del pueblo, y que, habiéndose embarcado, encontró en el estrecho de la Tracia, cerca de Bizancio, viento contrario, que le rechazó á las costas del Asia, para entregarle al suplicio que le esperaba, faltando muy poco para que escapase á los que le perseguían. Así

pereció miserablemente aquel príncipe, por no haberse encontrado en Roma desde el principio de su reinado, sin esperar al último extremo. Si la fortuna le faltó, él faltó á la fortuna. A su muerte siguió la de su hijo Diadumeno, al que habia creado César.»

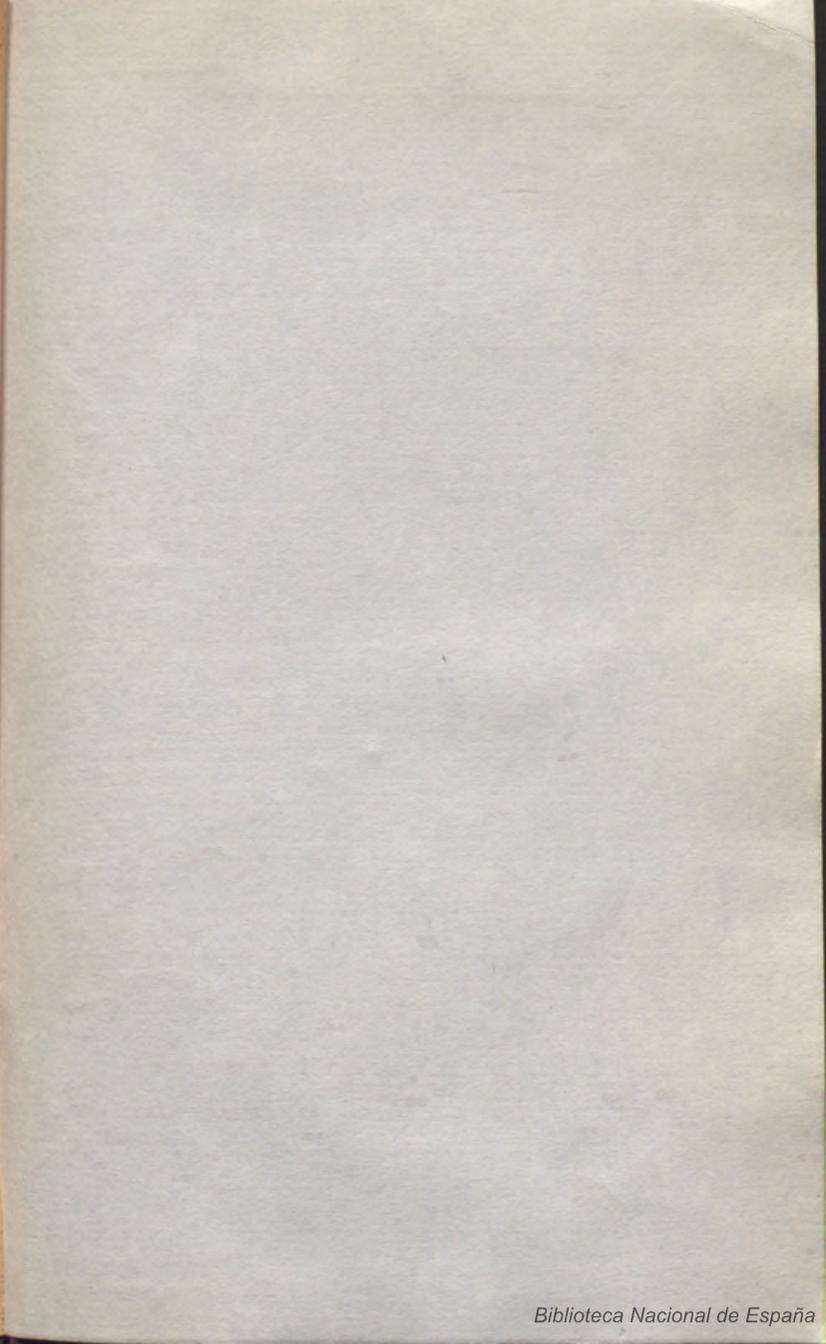
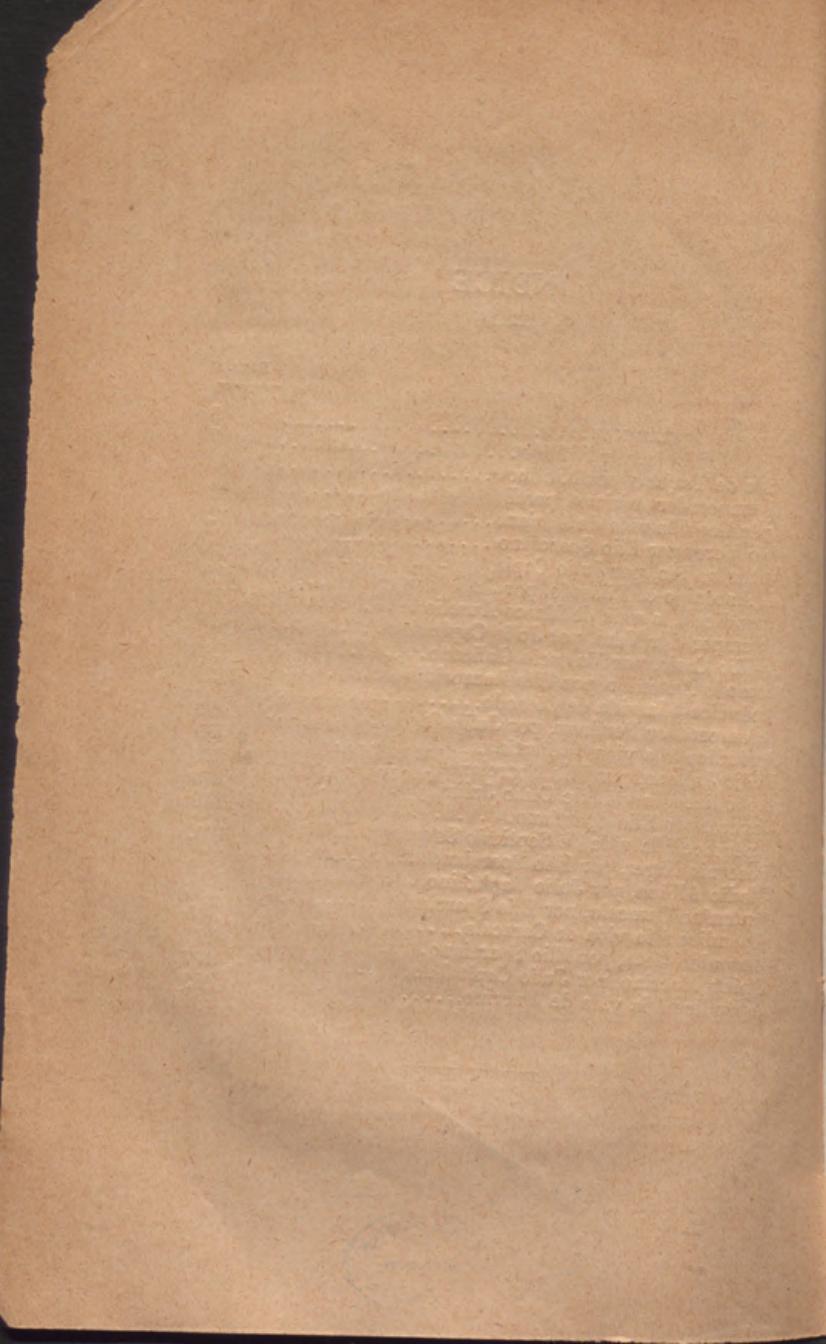
FIN DEL TOMO PRIMERO



ÍNDICE

	Págs.
NOTICIA PRELIMINAR.....	5
Vida de Nerva, por Xifilino.....	7
Vida de Trajano, por Xifilino.....	11
El emperador Adriano, por Elio Sparciano.....	25
Apéndice á la vida de Adriano.....	57
Elio Vero, por Elio Sparciano.....	67
Antonino Pío, por Julio Capitolino.....	75
M. Antonino el Filósofo, por Julio Capitolino.....	89
Apéndice á la vida de Marco Aurelio.....	119
El emperador Vero, por Julio Capitolino.....	133
Avidio Casio, por Vulcacio Galicano.....	143
Cómodo Antonino, por Elio Lampridio.....	155
Apéndice á la vida de Cómodo.....	173
El emperador Pertinax, por Julio Capitolino.....	195
Apéndice á la vida de Pertinax.....	209
Didio Juliano, por Elio Sparciano.....	223
Apéndice á la vida de Didio Juliano.....	233
Severo, por Elio Sparciano.....	249
Apéndice á la vida de Septimio Severo.....	273
Pescenio Niger, por Elio Sparciano.....	307
Clodio Albino, por Julio Capitolino.....	319
Antonino Caracala, por Elio Sparciano.....	333
Apéndice á la vida de Caracala.....	345
Antonino Geta, por Elio Sparciano.....	371
Opilio Macrino, por Julio Capitolino.....	377
Apéndice á la vida de Macrino.....	389







1001774327